WARHAMMER 40,000

CABALLEROS GRISES

BEN COUNTER



La aparición del demonio Ghargatuloth pone en peligro a todo el universo. Es necesario vencerlo antes de que caos se apodere de la realidad. Los Caballeros Grises, legendarios cazadores de demonios, son el Capítulo designado para enfrentarse a él. La acción está asegurada. ¿Podrán conseguirlo antes de que sea demasiado tarde?



Ben Counter

Los Caballeros Grises

Warhammer 40000. Los Caballeros Grises 01

ePub r1.1
epublector 16.09.14



Título original: *Grey Knights*
Ben Counter, 2004
Traducción: Traducciones Imposibles, 2010

Editor digital: epublector
ePub base r1.1



Para Helen



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

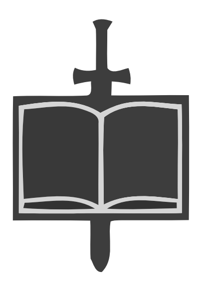
En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente.

Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicum por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la

continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra.

No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.



UNO

Khorion IX

Era un mar rebosante de odio, un océano de pura maldad.

Mucho más abajo, la superficie de Khorion IX estaba cubierta por un bosque rebosante de potros de tortura, cruces, cuadrados y estrellas de madera ensangrentada sobre los que agonizaban cientos de miles de cuerpos mutilados y retorcidos, como enredaderas alrededor de un tronco. Era como un viñedo enorme y horrible, filas y filas de cuerpos crucificados derramaban su terrible cosecha de sangre sobre la tierra. Las víctimas estaban atrapadas entre la vida y la muerte, sus cuerpos se desangraban pero sus mentes se mantenían lo suficientemente lúcidas como para percibir su propia agonía. Eran sirvientes del Príncipe de las Mil Caras, sectarios y demagogos llamados al planeta de su amo con la esperanza de una recompensa eterna que parecía real. Sus cuerpos se habían fusionado con la madera conforme habían ido pasado las estaciones, sus miembros se habían retorcido hasta convertirse en ramas carnosas y sangrantes, se habían deformado hasta que no les quedó nada de humano excepto su sufrimiento.

Se decía que sus alaridos se oían desde la órbita, y era cierto.

Tras una señal que nadie oyó, el suelo empezó a estremecerse. Los crucificados de Khorion IX comenzaron a gritar aún más alto, los alaridos de miedo reemplazaron a los aullidos de agonía cuando el suelo empapado explotó formando fuentes de tierra ensangrentada, dejando salir un sonido espantoso de sus entrañas. Criaturas iridiscentes habían comenzado a arrastrarse hasta la superficie, algunas de ellas con largos dedos y torsos coronados por caras malignas con fauces terribles, otras con cuerpos hinchados y fungoides escupían llamaradas de múltiples colores. Había voraces enjambres de pequeñas criaturas deformes que roían las raíces del bosque de los crucificados, y unos inmensos monstruos alados como enormes buitres deformes que escupían fuego mágico. Cada una de estas criaturas era como una visión multicolor del infierno y al mismo tiempo un débil reflejo de su maestro. El Príncipe de las Mil Caras, el Forjador de Infiernos, El que susurra en la Oscuridad; Ghargatuloth, el Señor Demonio, el elegido del Dios de la Transformación.

Una marea de demonios emergió desde el suelo como un océano e inundó el bosque de los crucificados, chillando de excitación y de hambre. Los demonios más grandes guiaban a los más pequeños formando un manto de carne demoníaca que cubría el suelo dando lugar a un mar iridiscente.

La marea demoníaca continuó fluyendo hasta que vista desde arriba pareció un océano de demonios, los más pequeños se arrastraban entre las hileras de crucificados y los de mayor tamaño aplastaban a las víctimas y esclavos de Ghargatuloth bajo sus garras. La voluntad de Ghargatuloth resonaba por toda la corteza de Khorion IX; todos y cada uno de los sirvientes de Tzeentch lo sintieron.

Se decía que el próximo punto de inflexión tendría lugar aquí. Gran parte de las aspiraciones del Dios de la Transformación pasaban por esta batalla, un cruce de destinos que marcaría los acontecimientos venideros. Fue el destino el que le proporcionó a Tzeentch el medio gracias al cual mutó el mundo a su antojo, de modo que ésta era una batalla sagrada en la que el destino era el arma, el botín y el campo de batalla.

El resonar del ejército demoníaco se mezclaba con los gritos de los crucificados y el aire se estremecía con tal estruendo. Aquellos chillidos

dementes y gritos de desesperación encontraron eco en toda mente que se encontrara en un radio de varios años luz. Aunque el espacio que rodeaba a Khorion IX estuviera prácticamente deshabitado de humanos, muchos de los que oyeron la llamada del demonio perdieron la cordura en el preludio de la batalla.

Pero las mentes que más importaban, las de aquellos que se enfrentarían a las hordas de Ghargatuloth, se mantenían firmes. Habían sido entrenados desde tiempos inmemoriales para resistir a las artimañas de Tzeentch y a la corrupción que paulatinamente había atraído a tantos hasta las garras de Ghargatuloth. Estaban equipados con las mejores armas que el Ordo Malleus pudo proporcionarles, protegidos por servoarmaduras consagradas de cientos o miles de años de antigüedad. Estaban a salvo de la brujería gracias a los conjuros hexagrámicos y pentagrámicos que llevaban tatuados sobre su piel, diseñados por los sabios de los archivos inquisitoriales.

Estaban preparados, su única finalidad era estar preparados, porque cuando llegara el momento de enfrentarse a algo como Ghargatuloth, ¿quién podría hacerlo sino ellos? Eran los Caballeros Grises, los cazadores de demonios del Adeptus Astartes, que habían recibido orden del Ordo Malleus de la Inquisición, y por tanto del mismísimo Emperador, de luchar contra los demonios en todas sus formas. Eran tan sólo unos pocos en comparación con los miles de millones de ciudadanos que componían el Imperio, pero cuando finalmente hubo que enfrentarse a una amenaza como Ghargatuloth, los Caballeros Grises se convirtieron literalmente en la última esperanza imperial.

Eran trescientos de ellos los que iban a luchar en Khorion IX para alzar su voz en aquella confluencia de destinos. Y Khorion IX los estaba esperando.

Lo primero que el gran maestre Mandulis vio de Khorion IX fueron las espesas nubes blancas con líneas rojizas mientras miraban por la ventana de observación de la cápsula de desembarco en la que descendían por las capas bajas de la atmósfera. Los alaridos de abajo se podían oír entre el estruendo del descenso y el ruido de los motores de aterrizaje, un millón de voces se

elevaron expectantes y enaltecidas, clamando sangre y nuevos espíritus para poder liberarse del yugo de la magia de Ghargatuloth.

En la reunión informativa, a los Caballeros Grises les habían dicho que su zona de aterrizaje sería un complejo de túmulos de la época preimperial, pero esos planes estaban basados en archivos de reconocimiento de hacía trescientos años. Podían encontrarse cualquier cosa sobre Khorion IX. Habían necesitado más de cien años para seguir a Ghargatuloth hasta ese planeta y el Príncipe Demonio sabía que los Caballeros Grises se acercaban. Iba a ser algo salvaje. Muy probablemente no sobreviviría nada ni nadie. El gran maestre Mandulis lo sabía y lo aceptaba, ya que hacía mucho que había jurado que la destrucción de lo demoníaco era más importante que su propia vida. Tenía décadas de experiencia entre las filas de los Caballeros Grises, había luchado en miles de mundos y en interminables batallas secretas contra los horrores de la disformidad, pero si tenía que morir por ver desaparecer a Ghargatuloth, daría gustoso su vida.

Sin embargo, no sería tan fácil.



Las alarmas de proximidad de la cápsula de desembarco se dispararon e inundaron el angosto interior con una luz de color rojo oscuro. Ésta iluminó el rostro del juez Chemuel, a cuya escuadra Mandulis iba a apoyar en el asalto. Chemuel era un soldado tan bueno como cualquier Caballero Gris y Mandulis ya lo había visto liderar a su escuadra de expiación. Sus marines estaban armados con cañones psíquicos y lanzallamas, y Chemuel los había instruido para que fueran capaces de desplegar fuego de precisión. La tarea de Chemuel sería abrir un paso entre los sirvientes de Ghargatuloth para que las veteranas escuadras de asalto exterminadoras pudieran enfrentarse cara a cara con los demonios más grandes, o incluso con el mismísimo Príncipe de las Mil Caras.

Ése era el plan, pero los planes nunca duraban mucho. Los Caballeros Grises podían luchar sus batallas precisamente porque todos y cada uno de ellos estaban entrenados y adoctrinados psicológicamente para sobrevivir por sí mismos en medio del fragor de la batalla, si es que era necesario; Chemuel, al igual que sus hermanos de batalla, podría luchar sólo cuando el combate se convirtiera en una carnicería.

Cuando se convirtiera, no en el caso de que se convirtiera. Así luchaban los demonios. Éstos traían consigo confusión y baños de sangre porque disfrutaban con ello. Ése era el ejército que rodeaba a Ghargatuloth, y si los Caballeros Grises tenían que luchar contra todos ellos a la vez, así lo harían.

Los arneses que sujetaban a Mandulis y a la escuadra de Chemuel a sus asientos gravíticos se abrocharon automáticamente para el impacto. Las nubes ensangrentadas se vieron pasar por un momento a través de la ventana de observación y después desaparecieron. Los motores de aterrizaje de la cápsula se encendieron y ésta desaceleró repentinamente, descendiendo en picado conforme se aproximaba a tierra. Por un momento Mandulis miró hacia el exterior y vio la pesadilla deforme que era Khorion IX; un paisaje desolador que parecía aplastado por un martillo gigante, hileras interminables de cuerpos atormentados, empalados o clavados en cruces, dispuestos en bancales que se extendían más allá del horizonte. En la distancia se veía una cascada de sangre que caía sobre un mar embravecido.

Había una red de túmulos preimperiales, el único signo reconocible en los antiguos mapas de aquel planeta, que estaba rodeada de incontables mástiles en los que ondeaban banderas de piel arrancada. Y lo peor de todo, el ejército demoníaco rugía con cientos de miles de criaturas que rodeaban el túmulo más cercano, formando un mar ininterrumpido de carne impía.

Mandulis era Caballero Gris desde que tenía uso de razón. Había luchado contra el Caos y los demonios desde el corazón del Segmentum Solar hasta los lejanos mundos demoníacos, desde los salones de gobernadores planetarios hasta los interminables suburbios de las ciudades colmena. Mandulis había vivido tanto que las estanterías del Archivum Titanis estaban repletas de volúmenes con informes de batalla redactados

por él, pero en todos sus combates nunca había visto algo como las hordas de Ghargatuloth.

No tenía miedo. El Emperador en persona había decretado que ningún marine espacial debía conocer el miedo. Pero el alma del gran maestre Mandulis aún se sobrecogía ante la mera presencia del mal.

—Yo soy el martillo —entonó mientras los cohetes de aterrizaje ejercían más y más empuje para frenar el descenso de la cápsula de desembarco—. Soy la mano derecha de mi Emperador, el instrumento de Su voluntad, el guante que protege Su mano, la punta de Su lanza, el filo de Su espada…

Los marines de la escuadra de Chemuel siguieron a Mandulis mientras éste los guiaba en la última oración de batalla, entonando las palabras sagradas, aunque éstas casi no se oyeran, por encima del estruendo de los retrocohetes de la cápsula de desembarco.

El impacto fue tremendo, como chocar contra un muro. Los arneses de seguridad de los asientos gravíticos se tensaron cuando la cápsula se precipitó entre las ramas de madera y hueso hasta el corazón de la horda demoníaca. Un terrible quejido se alzó sobre el estruendo del impacto cuando varios demonios fueron aplastados por la cápsula y la ventana de observación se cubrió con su sangre multicolor.

—¡Cápsula en tierra! —gritó el juez Chemuel—. ¡Soltad los arneses!

* * *

El servidor piloto que controlaba los sistemas de la cápsula respondió a la orden preprogramada, y los tornillos que sujetaban los laterales de la cápsula se soltaron con una serie de pequeñas detonaciones. Los paneles se desprendieron y se deshicieron las ataduras de Mandulis. Una luz rojiza y siniestra y un hedor putrefacto invadieron el habitáculo, tan intensos, que era como zambullirse en un mar de sangre. El estruendo de los motores fue sustituido por los espantosos gritos sobrenaturales de miles de demonios, como un coro atonal cuyos aullidos creaban un muro de sonido. Una cúpula

de ramas con miembros crucificados se alzaba bajo el cielo sangrante; el bosque estaba infestado de demonios; el puro odio contenido en el ejército de Ghargatuloth era como una ola de sufrimiento que rompía contra la cápsula de desembarco.

Mandulis tenía tan sólo un segundo antes de que los demonios se reagruparan de nuevo. La cápsula había abierto un cráter, que se había llenado de sangre demoníaca y estaba circundado por árboles-crucifijo destrozados. La sangre brotaba del suelo como si saliera de arterias cercenadas. El hedor que atravesaba los filtros del casco de Mandulis era de carne quemada y sangre, y los aullidos de los demonios llegaron a sus oídos como una tormenta.

—¡Escuadra, fuego de supresión! —gritó Chemuel, y sus marines, con los cañones psíquicos cargados y preparados, lanzaron una única ráfaga que hizo saltar por los aires a los demonios que se amontonaban en los bordes del cráter.

Mandulis vio cómo otra cápsula tomaba tierra cerca de él, esparciendo una lluvia de sangre y de restos de demonios.

—¡Es Martel! —dijo Mandulis a través del comunicador—. ¡Chemuel, cubridlos y reuníos con ellos!

Dos marines espaciales subieron hasta el borde del cráter y sus lanzallamas incineradores dispararon un fuego azulado sobre la marea de demonios que se abalanzaba sobre ellos a través del bosque. Mandulis avanzó tras ellos con el resonar de los servos de su armadura de exterminador, disparando ráfagas con el bólter de asalto hacia los malignos rostros demoníacos. Cuando alcanzó el borde del cráter, vio por primera vez aquel ejército a ras de suelo: miembros retorcidos de color rosa y azul iridiscente, criaturas hinchadas que escupían fuego y siluetas asimétricas de demonios alados que se dirigían hacia la zona de aterrizaje.

Mandulis sacó su espada némesis de la funda que llevaba en la espalda. La hoja cobró vida, el campo de fuerza se activó, calibrado para alterar la materia psíquica de la carne demoníaca, y el relámpago dorado del filo de color plata comenzó a refulgir con fuerza. De una estocada abrió un gran hueco entre los demonios que trepaban por los restos humeantes de sus

hermanos; notó cómo tres cuerpos repugnantes se deshacían bajo el filo de su espada.

Era una buena espada. Una de las mejores del capítulo; le fue entregada a Mandulis cuando obtuvo el rango de maestre. Pero si esta misión debía tener éxito, iba a tener que beber más sangre demoníaca que toda la que había bebido hasta aquel momento.

El fuego del cañón psíquico de Chemuel aullaba por encima de su cabeza, los proyectiles bólter explotaban generando una onda expansiva, de color plateado que destrozaba a los demonios de alrededor. El resto de la tropa había avanzado y ya estaba junto a Mandulis, lanzando más fuego contra los demonios mientras la espada némesis destrozaba a cualquier criatura que se pusiera a su alcance.

La escuadra de exterminadores de Martel intentaba llegar hasta Mandulis. Los árboles de crucificados caían al paso de las armaduras tácticas dreadnought mientras el fuego de los bólters de asalto causaba estragos en el bosque.

—Hermano Martel —dijo Mandulis por el comunicador—. Chemuel os dará cobertura. Estamos cerca del primer túmulo; seguidme.

—Bien hallado, gran maestre —contestó el capitán Martel mientras cercenaba a un demonio con su alabarda némesis—. Justinian está muy cerca de nosotros, pero creo que estamos aislados del resto.

—Tendrán que luchar por sí solos —dijo Mandulis—. Sabíamos que esto ocurriría. Demos gracias al Emperador por tomar parte en esta batalla y sigamos adelante.

—¡En posición! —Oyó la voz del juez Chemuel. Mandulis se volvió para ver cómo la escuadra de expiación se alineaba en el borde del cráter, rodeada por los restos humeantes de demonios carbonizados y con los cañones psíquicos listos para abrir fuego contra las hordas de Ghargatuloth.

El gran maestre Mandulis pudo sentir, en medio de la tierra empapada de sangre y de los gritos de los crucificados, el gruñido profundo y tormentoso de algo que comenzaba a despertar. Algo que se encontraba bajo tierra, enorme y malévolo, listo para desempeñar su papel cuando llegara el

momento. Las estimaciones previas a la batalla habían sido correctas: se encontraba bajo los túmulos y estaría rodeado por sus sirvientes más letales.

Mandulis dedicó al Emperador una oración en silencio mientras la marea demoníaca se reagrupaba de nuevo, gritando y chillando a medida que se abría paso entre los árboles con su fulgor llameante y maligno.

Mandulis apretó el gatillo de su guante y disparó una ráfaga de proyectiles bólter hacia los demonios que se aproximaban. Alzó su espada némesis y, cuando los exterminadores de Martel llegaron junto a él, comenzó la carga.

* * *

La fuerza de ataque de los Caballeros Grises que había atacado Khorion IX era la más poderosa que el Ordo Malleus fue capaz de reunir. Compacta, rápida, liderada por tres grandes maestres del capítulo y compuesta por los mejores Cazadores de Demonios que había en todo el Imperio. Aun así, no estaba nada claro que fueran a tener éxito. Se había necesitado un siglo para dar caza a Ghargatuloth, la fuerza que, mediante cientos de avatares y caminos, había instado a miles de adoradores del Caos a llevar a cabo actos de depravación y terror.

El propósito de Ghargatuloth era extender el caos y la muerte en nombre de su dios Tzeentch, siguiendo un plan tremendamente oscuro e imposible de seguir. El Ordo Malleus había luchado con ahínco durante mucho tiempo hasta descubrir que se ocultaba en Khorion IX, un mundo deshabitado y casi sin explorar en el corazón de la Zona Halo del Segmentum Obscurus, donde apenas llegaba la luz del Astronomicón. En todo ese tiempo, Ghargatuloth se había estado preparando, y al Ordo Malleus no le quedó más opción que enviar a sus tropas a semejante trampa, ya que una oportunidad semejante podía no volver a presentarse. Khorion IX estaba demasiado aislado como para que la flota imperial pudiera lanzar un asalto que purgase el planeta, y las tropas convencionales no aguantarían más que

unos pocos segundos sobre la superficie. Incluso el exterminatus, el mayor de los castigos inquisitoriales, no sería suficiente. Alguien tenía que ver morir a Ghargatuloth, e incluso lanzando un ataque devastador desde la órbita el Ordo Malleus no podría estar seguro.

Tendrían que ser los Caballeros Grises. Ya que sí alguien era capaz de sobrevivir lo suficiente como para enfrentarse a Ghargatuloth en combate, ésos serían ellos.

* * *

Los cruceros de asalto *Valour Saturnum* y *Vengador* transportaban más de doscientos cincuenta Caballeros Grises, la fuerza más grande que se podía transportar a esa velocidad por los vastos espacios del Segmentum Obscurus. Lakonios, el señor inquisidor del Ordo Malleus, era quien estaba al mando, pero una vez que las cápsulas de desembarco hubieran sido lanzadas y hubieran penetrado en la atmósfera de Khorion IX, serían los propios Caballeros Grises quienes darían las órdenes.

El gran maestre Ganelon, que cuando aún era juez mató con sus propias manos al rey insecto de Kalentia, aterrizó muy lejos del núcleo del ejército demoníaco. Con casi un centenar de Caballeros Grises bajo sus órdenes, luchaba por sobrevivir espalda contra espalda y completamente rodeado por oleadas de demonios. Los marines morían uno tras otro a causa de los destellos mágicos o aplastados por las garras devastadoras de los demonios más grandes. Entonces el propio Ganelon comenzó a recitar la Oración de Purificación, preparando las almas de sus hombres para que en su inevitable viaje después de la muerte se unieran al Emperador en la batalla definitiva contra el Caos.

Los marines liderados por el gran maestre Malquiant aterrizaron violentamente en los alrededores del bosque de los crucificados, donde formaron una vanguardia temible de unos setenta Caballeros Grises, encabezada por las escuadras de asalto provistas de armaduras de

exterminador y por las cuchillas relámpago del propio Malquiant. Una parte de las hordas demoníacas intentó repeler el ataque, pero todos aquellos que se acercaban a los exterminadores de Malquiant eran reducidos a polvo por el poderoso fuego cruzado de las escuadras tácticas y de expiación que iban a la zaga. El ataque de Malquiant acabó con un gran número de demonios en aquel bosque, desangrando a las hordas de Ghargatuloth en una impresionante demostración de fuerza. Pero las hordas eran muy numerosas y las irregularidades del terreno dificultaban el asalto. Malquiant sabía que nunca alcanzaría su objetivo, pero tenía que hacer todo lo posible por sus hermanos de batalla, intentando mantener al grueso de las hordas demoníacas alejadas de los túmulos. A medida que el asalto se estancaba, Malquiant lo convertía en una masacre, lanzando ráfagas que se sucedían unas a otras y contraatacando contra cualquier cosa que se acercara.

El gran maestre Mandulis era quien había aterrizado más cerca de los túmulos. Con la ayuda de las escuadras de Chemuel y de Martel y con la del grupo táctico de Justinian, que había llegado a tiempo para cubrir a la avanzadilla, Mandulis fue el primero en golpear en la guarida de Ghargatuloth. A través del comunicador supo del sacrificio de Ganelon y fue informado de que el valeroso asalto de Malquiant estaba atascado. Entonces se dio cuenta de que siempre había sabido que todo dependería de él. Algo de lo que ya eran conscientes todos aquellos que habían dicho que la fuerza que albergaba en su interior era la del Emperador y que con Su voluntad saldría victorioso. De modo que Mandulis encabezó la carga que avanzó por las colinas de los túmulos y se perdió todo contacto al tiempo que los hechizos destellaban como relámpagos en las nubes y la horda demoníaca comenzaba a entonar oraciones a su maestro.

La cima del túmulo estaba cubierta de cuerpos cuyos esqueletos se habían deformado hasta convertirse en lanzas de carne y hueso en las que ondeaban banderas de piel mecidas por la brisa caliente y de sangriento olor. Estas banderas estaban blasonadas con símbolos que habrían hecho arder los ojos de hombres menos preparados. Mandulis reconoció los mismos símbolos que los adoradores de Ghargatuloth llevaban marcados a fuego

sobre su piel, los mismos que se encontraban escritos con sangre en las puertas de sus templos.

Algo rugió más allá de la cima del túmulo.

* * *

Mandulis, cuya armadura de color bronce se había teñido de oscuro debido a la sangre y al humo que desprendían los dos cañones de su bólter de asalto, se volvió para mirar a los Caballeros Grises que lo seguían. Uno de los exterminadores de la escuadra de Martel había caído, al igual que varios de la escuadra de Justinian que habían intentado seguir a Mandulis por el paso que había abierto. El propio Justinian había perdido un brazo, y las garras deformes de un demonio le habían arrancado el casco. Su rostro estaba cubierto de suciedad, y la sangre hacía que su respiración fuera entrecortada.

Más atrás, Chemuel intentaba formar un cordón para proteger a los hombres de Mandulis del contraataque. Mandulis no tenía ninguna duda de que el juez Chemuel, ayudado por los lanzallamas y los cañones psíquicos, daría su vida a los pies del túmulo para detener el avance de la marea demoníaca. Era una muerte digna y gloriosa, pero sería inútil si Mandulis no conseguía inclinar la balanza a su favor en seguida.

—¡Martel! ¡Conmigo! —dijo Mandulis por el comunicador. El capitán ascendió por el suelo resbaladizo del túmulo seguido por sus exterminadores—. Que la Gracia esté contigo, hermano. ¡Coronemos la cima!

Protegidos por el fuego de cobertura de Justinian, Mandulis y la escuadra de Martel cargaron hacia la cima. Frente a ellos se abría todo el complejo de túmulos, una serie de montículos dispuestos en círculos concéntricos que rodeaban una torre de piedra en ruinas, como la cepa de un gran árbol. Pero otros árboles retorcidos, aquellos que una vez fueron los más leales líderes del culto de Ghargatuloth, crecían enmarañados por todas

partes creando nódulos de carne aullante y ennegrecida. La sangre se había acumulado en las pequeñas depresiones que separaban unos túmulos de otros, formando fosos de sangre coagulada bajo los que una criatura enorme comenzaba a retorcerse.

Mandulis vio cómo el suelo se abría para dejar salir unas siluetas blanquecinas. Las tumbas de piedra afloraron a la superficie esparciendo huesos y útiles funerarios por todo el suelo. La maldad que se ocultaba bajo los túmulos era tal, que los que habían sido enterrados allí hacía miles de años, antes incluso de que Khorion IX fuera descubierto por el Imperio, intentaban salir de sus tumbas para escapar.

Mandulis lideró la carga. Cuando corría a toda velocidad por la colina opuesta al primer túmulo, se produjo una enorme explosión de tierra que dejó emerger a la superficie algo blanquecino, enorme y monstruoso. Una oleada de magia demoníaca lo arrasó todo y las oraciones que Mandulis llevaba tatuadas en la piel comenzaron a abrasarlo mientras luchaban contra la maligna hechicería. Entonces vio un cuerpo encorvado y retorcido con un torso hediondo y repugnante, una piel putrefacta salpicada de plumas y un cuello alargado del que colgaba una cabeza con un pico y una expresión maligna. Desplegó unas alas de fuego azulado mientras arremetía contra el hermano Gaius y lo aplastaba con una de sus garras. El fuego de los bólters de asalto caía sobre la bestia, y el cañón psíquico del hermano Jokul abría agujeros en su repugnante torso, pero ésta respondió esbozando una expresión de gozo cuando cogió a Gaius y lo partió en dos con su pico.

—¡Seguid avanzando! —gritó Mandulis por el comunicador—. ¡Hermanos caballeros, conmigo! ¡Chemuel, Justinian, buscad una posición elevada y cubridnos!

Mandulis oyó cómo Gaius moría a través del comunicador, oyó las últimas palabras de odio del Caballero Gris mientras éste asestaba un último golpe con su arma némesis al terrible demonio. El hermano Thieln, el marine lanzallamas de Justinian, murió tan sólo un momento después, partido en dos por una hacha de metal oxidado lanzada por un demonio aún más grande que acababa de emerger por la colina del túmulo.

El círculo íntimo de demonios de Ghargatuloth, conocidos por los adoradores como Señores de la Transformación, generales de los Ejércitos de la Transformación, salían a borbotones de debajo de los túmulos para acabar con los Caballeros Grises que habían osado atacar al Príncipe de las Mil Caras. Era el corazón de la trampa de Ghargatuloth. Mandulis sabía que terminaría así, una carga suicida con la esperanza de que los Caballeros Grises llegaran hasta él en número suficiente como para tener alguna probabilidad de victoria.

Un demonio emergió muy cerca, cubriendo a Mandulis de tierra y sangre. El capitán Martel se abalanzó contra él atravesando el muslo del demonio alado con su alabarda. Mandulis blandió su báculo y lo agitó, haciendo que su armadura desprendiera un halo mágico y poniendo al límite sus protectores antipsíquicos. Clavó la espada en el corazón de la criatura iridiscente y cercenó la cabeza del demonio, de cuyo cuello empezó a brotar una sangre azulada y viscosa.

Dentro de su cráneo podía oír voces que le susurraban y le gritaban, un murmullo demente que habría hecho perder la cordura a alguien más débil. Pero la cordura de un Caballero Gris estaba protegida por una fe inquebrantable e ilimitada. Donde otros sentían pánico, los Caballeros Grises sentían determinación. Donde otros dudaban, Mandulis tenía fe. A un guardia imperial, con independencia de su valor o de su piedad, aún le quedaba un resquicio de desesperación, de avaricia y de terror en lo más profundo de su alma. Pero a un Caballero Gris no. Las argucias de Ghargatuloth se estrellaban contra la cordura de Mandulis como olas contra la piedra.

Ésa era la razón por la que los Caballeros Grises eran los únicos que podían atacar Khorion IX. Los comandantes militantes podrían haber reunido ejércitos de cientos de millones de hombres, pero ninguno de esos guardias imperiales se habría mantenido impasible ante la mirada de Ghargatuloth más de un minuto. Todo dependería de los Caballeros Grises, y ahora todo dependía de Mandulis.

Del suelo seguían emergiendo más garras resplandecientes, lo suficientemente grandes como para atrapar al hermano Trentius y

presionarlo con tanta fuerza que su cuerpo quedó aplastado contra la torre de piedra del centro del complejo. Uno de los demonios sostenía un báculo de madera negra manchado de sangre. Unos rayos rosados salían de los cráneos que tenía en la parte superior y anulaban el poder de las servoarmaduras haciendo que los marines espaciales perdieran el equilibrio y fueran masacrados por los demonios más grandes.

La escuadra de Chemuel intentaba ganar tiempo a costa de sus propias vidas. Estaban rodeados, los demonios alados dejaban salir fuego y humo por los orificios que les habían abierto los cañones psíquicos. El propio Chemuel había desenvainado su arma némesis, que los artesanos de Titán habían convertido en una alabarda, y hundía su hoja en el demonio más cercano mientras éste le arrancaba el otro brazo.

La escuadra de Justinian había intentado avanzar al mismo ritmo que Martel y Mandulis, pero su carga había fracasado. El propio Justinian murió en medio de un mar de fuego rosado que afloraba desde el suelo, derribado y destrozado por las garras de los demonios. Sus hermanos de batalla quedaron diseminados por culpa de un demonio que emergió de aquel fuego blandiendo una gran bola de metal con púas al final de una enorme cadena, y aplastó a dos marines antes de que sus hermanos de batalla pudieran darse la vuelta y abatir a la bestia con los bólters de asalto.

Mandulis intentaba alcanzar la cima del último túmulo. Los exterminadores de Martel, de los que ya sólo quedaban unos pocos, se dispusieron a proporcionar fuego de cobertura al propio Martel y a Mandulis. Un enjambre de demonios más pequeños emergió de un túmulo lejano para unirse a su maestro en la marea de carne demoníaca. Lo último que Mandulis vio del juez Chemuel fue su cuerpo al ser lanzado a la marea demoníaca por una de las bestias más grandes, donde fue destrozado y descuartizado como si fuera un juguete.

Mandulis siguió adelante. Hasta el terreno luchaba contra él, ya que se hundía formando grandes grietas bajo sus pies. La torre se inclinó y muchas de las piedras ancestrales de los muros en ruinas comenzaron a desprenderse. En el interior del cráneo de Mandulis el odio puro se convirtió en un alarido cuando Ghargatuloth intentó penetrar en su mente.

El Príncipe Demonio no tendría éxito. Lo que significaba que tendría que desviar su atención para poder defenderse personalmente, y ésa sería la única oportunidad de Mandulis.

La torre se había hecho añicos y se había derrumbado en una lluvia de piedra. El suelo estaba completamente agrietado y Mandulis hundió los pies en el terreno desmenuzado cuando la tormenta llegó hasta él.

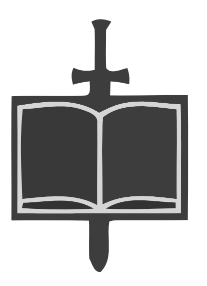
El cielo se pudrió y se volvió negro. Una onda expansiva de corrupción estalló convirtiendo el paisaje de Khorion IX en una amalgama de alaridos y carne torturada. Mandulis vio cómo aquel viento huracanado levantaba el cuerpo del capitán Martel y lo hacía desaparecer mientras seguía disparando su bólter de asalto.

Justo en el centro de la tormenta, donde antes estaba la torre, emergió una enorme columna oscura. Era tan alta que se perdía entre las oscuras nubes del cielo. Era un arpón de carne retorcida, algo vivo pero sin vida, y estaba acompañada por un coro de pura maldad que atacó las defensas de la mente de Mandulis con tanta fuerza que, por primera vez en su larga vida, éste sintió una tenue duda respecto a si sería capaz de resistir el asalto.

Sin embargo, dejó de lado esa incertidumbre y empuñó su espada némesis con ambas manos. Enfundó el bólter de asalto porque ni siquiera los sagrados proyectiles podían dañar a algo semejante.

Los ojos de la tormenta se posaron sobre el gran maestre Mandulis; de pronto cesó el viento, las cacofonías de los gritos se podían oír de forma clara y horrible, y el asalto sobre la mente del marine se convirtió en un alarido.

El verdadero rostro del Príncipe de las Mil Caras posó su mirada sobre Mandulis. El gran maestre de los Caballeros Grises rezó en silencio una última oración y cargó.



DOS

Tetis

Pasaron mil años. El Imperio sobrevivió, lo cual fue posible gracias al sacrificio de innumerables hombres y mujeres. Armageddon se había perdido frente a los orkos. El golfo de Damocles fue conquistado, lo que propició el descubrimiento de nuevas especies. Los Mundos de Sabbat estaban ahora dominados por el Caos y se emprendió una gran cruzada para recuperarlos.

Stratix había muerto debido a la peste y Stalinvast en el fuego extremo del exterminatus. El Ojo del Terror se abrió para dejar salir al infierno a través de las Puertas de Cadia. La Inquisición continuó torturándose a sí misma por el bien de la humanidad, el Adeptus Terra trató de desacreditar muchas de las leyes y declaraciones del Emperador. La disformidad creó nuevos infiernos más allá de los límites del espacio real. Sistemas enteros se perdieron en la locura, aunque también se colonizaron otros cientos.

Tan sólo había dos constantes en toda la galaxia. La primera era la férrea determinación de Imperio de no dejarse desmembrar bajo el peso de la herejía, de la secesión, de las agresiones alienígenas y de lo demoníaco. La segunda era la guerra, una guerra interminable y sin cuartel, un estado de

guerra permanente que se había convertido en la perdición del Imperio, en su función primordial y en su salvación.

Mil años de odio, mil años de guerra. Tiempo suficiente como para que nuevos horrores afloraran sin haber podido olvidar los viejos.

* * *

Con el primer disparo, el juez Alaric dedicó un pensamiento a los últimos días, los días en los que el Emperador volvería a ser un todo, los días en los que los héroes del Imperio y los soldados del presente fueran a la batalla como uno solo, los días en los que llegaría la hora de la verdad.

Con el segundo disparo, el que le atravesó la pierna y le llegó hasta el abdomen, se dio cuenta de que aún no estaba muerto y de que los últimos días aún no habían llegado para él. Recordó las runas rojas parpadeando insistentemente en el interior de sus ojos, avisándolo de que su presión sanguínea estaba disminuyendo y que sus dos corazones latían entrecortadamente, que el disparo en el pecho le había perforado los pulmones y que el abdomen se le estaba llenando de sangre. Recordó cómo se puso a cubierto mientras los disparos silbaban por encima de su cabeza e impactaban en el suelo de piedra a su alrededor.

Recordó la vergüenza mientras perdía la conciencia en un olvido oscuro y grisáceo, al mismo tiempo que intentaba mover los brazos para disparar una última ráfaga a los adoradores que lo habían herido tan gravemente.

Esto fue lo que sintió Alaric al despertar. Vergüenza. Aquello lo hizo pensar en lo joven que era en comparación con los grandes maestres que habían caminado por los salones de Titán. Como todo Caballero Gris tenía un núcleo mental tan puro como el cristal, pero alrededor de éste había una mente a la que aún le quedaba mucho por aprender. No se trataba de luchar; esos conocimientos le habían sido transmitidos con tanta fuerza durante la hibernación que ya no le quedaba ningún recuerdo de su infancia. Se trataba de la férrea disciplina mediante la cual ni la vergüenza, ni la rabia ni el

honor podían interferir en el sentido del deber de un gran maestre para con su Emperador.

Alaric estaba completamente sumergido en un tanque de líquido transparente, una fórmula magistral desarrollada por los apotecarios de Titán para ayudar a cicatrizar los tejidos y mantener las infecciones bajo control. Sentía que tenía agujas clavadas por todo el cuerpo, inyectándole medicinas vía intravenosa y enviando información a los cogitadores cuyo zumbido podía oír muy cerca de él. Estaba iluminado por unos focos colocados en disposición circular que colgaban del techo de piedra. Toda la fortaleza monasterio de los Caballeros Grises estaba construida con la misma piedra viva de color grisáceo de Titán. Esta construcción se encontraba muy por debajo de la superficie de la luna, y se componía de niveles y más niveles de celdas, capillas, zonas de entrenamiento e instrucción, instalaciones sanitarias, plazas de armas, arsenales y, en la zona más profunda, las tumbas de todos los Caballeros Grises que habían caído en batalla durante los diez mil años de historia del capítulo.

Alaric giró la cabeza para ver los cogitadores recubiertos de latón que imprimían interminables páginas con información sobre sus signos vitales. Él ya había estado antes en aquella instalación sanitaria. Fue allí donde recibió los protectores hexagrámicos que formaban un fino entramado de plata bendecida bajo su piel. Los celadores sanitarios se movían en silencio entre los tanques de cicatrización y las mesas de autocirugía mientras pasaban consulta a los pacientes, algunos de los cuales eran soldados y otros personal del Ordo Malleus. También había figuras monstruosamente altas y musculosas, eran otros Caballeros Grises, camaradas de Alaric. Aquella instalación era una especie de sótano abovedado, el techo era muy bajo y transmitía una terrible sensación de claustrofobia; la piedra era fría y dura. Los focos superiores dejaban caer columnas de luz sobre los pacientes, dejando en penumbra la zona a cuyo cobijo zumbaban los cogitadores y los servidores médicos.

Alaric reconoció al hermano Tathelon, al que le faltaba un brazo y tenía el cuerpo cubierto de pequeñas cicatrices causadas por la metralla. El interrogador Iatonn, que había acompañado al inquisidor Nyxos en el asalto,

yacía con las entrañas al descubierto mientras los diestros dedos del autocirujano trabajaban para recomponer sus órganos. Alaric había visto caer a Iatonn: una hoja le había atravesado los intestinos. Nyxos, por lo que Alaric sabía, no había resultado herido, pero por supuesto Alaric no había visto las fases finales del asalto.

Un camillero, uno de los muchos hombres y mujeres adoctrinados y de rostros anónimos que el Ordo Malleus empleaba para trabajos menores, vio que Alaric estaba despierto y se acercó para revisar las lecturas de los signos vitales que salían de los cogitadores. Alaric se irguió dentro del tanque y se arrancó los electrodos de la piel y los catéteres de sus venas. El caparazón negro, una capa rígida que tenía bajo la piel del pecho y el abdomen, tenía un agujero irregular causado por el primer impacto que había perforado la armadura. Alaric podía ver, a través de la herida cristalizada, la superficie ósea que se había desarrollado a partir de las costillas. Pero tenía otro agujero en el muslo, éste de un tamaño mucho mayor, con una cicatriz interna que se extendía desde la pierna hasta el abdomen. Podía sentir cómo sus heridas internas ya casi estaban cerradas gracias a sus sistemas de cicatrización acelerada y a los apotecarios del capítulo. También tenía infinidad de cicatrices más pequeñas y quemaduras, justo en las zonas en las que su armadura se había calentado al rojo vivo debido a los disparos que había recibido. Muchos cortes, causados por fragmentos de ceramita, cubrían cicatrices de batallas anteriores y de otras intervenciones quirúrgicas previas.

El apotecario Glaivan se acercaba apresuradamente desde el otro extremo de la estancia. Glaivan era un anciano, uno de los pocos Caballeros Grises que quedaban en el capítulo a quienes los marines espaciales habían mejorado sus condiciones de vida al llegar a una edad anciana. Hacía ya mucho que las manos de Glaivan habían sido sustituidas por armazones biónicos que le otorgaban capacidades quirúrgicas mucho más precisas que las de las manos humanas, sus dedos eran más largos y estaban equipados con escalpelos y pinzas. Normalmente, los Caballeros Grises siempre llevaban su servoarmadura cuando no estaban en sus celdas o en los lugares de culto, pero hacía mucho que Glaivan había dejado de lado su equipo de

batalla. Bajo la túnica blanca de apotecario, su cuerpo había sido reconstruido con acero y latón y los órganos superfluos le habían sido retirados, lo que había convertido a Glaivan en un caparazón de marine espacial. Su rostro era tan alargado y anguloso que costaba creer que una vez perteneció a un hombre joven. Glaivan tenía más de cuatrocientos años, pertenecía al reducido grupo de aquellos que habían pasado su vida al servicio de los Caballeros Grises y del Ordo Malleus.

—Vaya, joven juez —dijo Glaivan con una voz gutural a causa de su garganta reconstruida—. Cicatrizas con rapidez; tienes mucha fuerza de voluntad. Tenías quemaduras de láser muy serias. Me sorprende que hayas despertado tan pronto, y es difícil hacer que me sorprenda.

—No pude ver cómo terminaba —replicó Alaric—. ¿Conseguimos…?

—Siete bajas —contestó Glaivan con un tono pesaroso—. A mí me trajeron a doce de ellos, casi todos se pondrán bien. Pero sí, Nyxos tuvo éxito. Valinov fue capturado con vida, lo tienen en Mimas.

Alaric salió del tanque y sintió que tenía los músculos atrofiados. Había visto a Valinov justo antes de que el torrente de fuego láser cayera sobre el templo subterráneo de los adoradores que estaban bajo sus órdenes. Vio cómo un hombre alto y delgado, con la cara angulosa y la cabeza afeitada y cubierta de tatuajes, daba órdenes en el lenguaje inmundo de la disformidad. Sus adoradores, de cuyo número se había hecho una estimación previa al asalto y se había calculado en varios cientos en el templo subterráneo, estaban encorvados, tenían la piel muy pálida y vestían unas túnicas andrajosas de color amarillo sucio. Sin embargo, estaban fuertemente armados y dispuestos a entregar su vida bajo el fuego de los bólters de asalto y las estocadas de las armas némesis de los Caballeros Grises. Alaric fue uno de los primeros en entrar, liderando la escuadra a cuyo mando había accedido hacía poco tiempo.

Ahora el asalto había terminado y los supervivientes estaban de vuelta en Titán.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Alaric. El camillero le dio una toalla y comenzó a secarse. El líquido cicatrizante estaba frío y pegajoso y goteaba alrededor de sus pies sobre el suelo de piedra.

—Tres meses —contestó Glaivan—. El *Rubicón* hizo el viaje de regreso muy de prisa. Querían asegurarse de dejar a Valinov en Mimas lo antes posible. Ese hombre es la corrupción en persona. —Glaivan escupió sobre el suelo de piedra y en seguida apareció un pequeño servidor higiénico para limpiarlo—. Da que pensar. Un inquisidor. Me temo que el radicalismo se está haciendo más y más fuerte.

El hecho de que Glaivan pudiera hacer esos comentarios con semejante libertad daba idea del respeto del que gozaba. Los Caballeros Grises eran, en teoría, autónomos, pero en la práctica el Ordo Malleus era quien los dirigía, y era evidente que no querían que los Caballeros Grises albergaran opiniones tan sediciosas respecto a la Inquisición. El radicalismo era oficialmente una amenaza inexistente, y eso era todo lo que el Ordo Malleus les decía a los Caballeros Grises.

Alaric repasó los últimos recuerdos del asalto. Disparos que silbaban a través de oscuros túneles subterráneos y hermanos de batalla que cargaban en medio de un pandemónium de explosiones. Si era verdad que el *Rubicón* había hecho el viaje de regreso a una buena velocidad de crucero, entonces Alaric habría estado bajo el cuidado de Glaivan durante un par de semanas.

—¿A quién hemos perdido?

—El interrogador Iatonn no sobrevivirá. —Glavian miró con tristeza el cuerpo del interrogador, abierto en canal bajo el autocirujano—. Le-Mal, Encalion y Baligant cayeron en el asalto. Gaignun y el juez Naimon murieron en el *Rubicón* durante el regreso, Tolas y Eviain están a mi cuidado.

—Encalion y Tolas eran mis hombres. —Alaric había obtenido el rango de juez hacía tres años. Ya antes había perdido hombres, pero los había visto morir. Compartir la muerte de sus hermanos de batalla era parte del lazo que unía a Alaric con su escuadra, pero esta vez él no había estado allí.

—Lo sé, juez. Pero ahora hay un lugar para ellos en la cripta. El gran maestre Tencendur ha decretado que serán enterrados después de que redactes tu informe. Debería comunicarle que estás bien.

Glaivan cogió una de las hojas con sus manos metálicas y revisó las lecturas del ritmo cardíaco y la presión sanguínea de Alaric.

—No debería hablar más de la cuenta hasta que Tencendur se pronuncie, pero Nyxos me ha dicho que puedes estar orgulloso de tus hermanos de batalla. Cuando caíste, atacaron clamando venganza en lugar de hundirse en la desesperación. He conocido a muchos líderes del capítulo, y lo que los hace especiales es que, hagan lo que hagan, incluso cuando caen ante el enemigo, inspiran a sus hombres. Tus marines espaciales pensaron que habías muerto y lucharon con ahínco. Recuerda esto, joven juez, porque tengo la sensación que no serás un simple juez por mucho tiempo.

Alaric se quitó la última aguja que quedaba sobre su piel.

—Tengo que regresar a mi celda —dijo—. Debo llevar a cabo actos de contrición con mi armadura antes de que los artesanos puedan repararla, y he dejado muy de lado mis oraciones.

—Haz lo que creas que debes hacer, pronto estarás listo para volver a luchar. El capellán Durendin está tomando confesión en la capilla Manduliana y parece que te vendrían bien sus consejos antes de redactar el informe. Haré que los servidores te traigan un hábito.

A una orden de Glaivan, dos de los servidores domésticos bajaron a los niveles inferiores del apotecarión para traerle a Alaric ropa con la que poder desplazarse por los corredores de Titán con la humildad suficiente. Alaric tenía mucho que hacer después de una batalla semejante. Tras haber sido herido de gravedad y estar expuesto a la corrupción, ahora tendría que confesarse, recibir la purificación, reparar y volver a consagrar su equipo de combate, inscribir su nombre en los inmensos tomos en los que se recogían las hazañas de los Caballeros Grises y, finalmente, dar el parte de batalla al gran maestre Tencendur y a los inquisidores responsables del ataque.

La vida de un Caballero Gris constaba de rituales y purificaciones salpicadas de combates salvajes contra los enemigos más repugnantes. Este tipo de vida acabaría con un hombre débil en muy poco tiempo, y en ocasiones Alaric daba gracias a no poder recordar nada más. Pero no era momento de merodear por los límites de la duda herética. Valinov había sido capturado y su culto había sido destruido. Había una victoria que celebrar y hermanos de batalla a quienes honrar.

* * *

El inquisidor Gholic Ren-Sar Valinov había sido miembro del Ordo Malleus desde que el último señor inquisidor Barbillus lo reclutó como interrogador. Barbillus era un inquisidor de la vieja escuela, el tipo de hombre esculpido entre los frisos de los templos del Ordo Malleus al que se nombraba como ejemplo de valor y rectitud en los sermones. Barbillus había portado una armadura decorada con filigranas de oro en la que se veía una serie de demonios aplastados bajo los pies del Emperador, y había blandido un martillo de energía con una cabeza tallada en hierro meteórico. Había llevado su sabiduría en el combate hasta las profundidades más oscuras del horror demoníaco. Era un soldado, un luchador, el castigador del mal y el azote de lo herético. Cuando los ciudadanos del Imperio oían rumores sobre los defensores secretos de la Inquisición, pensaban en hombres como Barbillus.

Barbillus contaba con una guardia muy numerosa, casi todos sus miembros eran guerreros que lo acompañaban en las batallas, reclutados de entre las culturas marciales más estrictas de todo el Imperio. Pero también necesitaba gente que lo llevara hasta el campo de batalla. Investigadores. Entrevistadores. Científicos. Muchos de los más importantes miembros de la guardia secreta de Barbillus se infiltraban de incógnito en casas nobles sospechosas de cultos demoníacos o en grupos colmena apoyados por células cubistas en la oscuridad. Estaban expuestos constantemente, tanto a la violencia que se desataría si fueran descubiertos como a la locura que podría causarles estar en contacto directo con el enemigo.

Hacían lo que hacían porque era su manera de contribuir a la lucha contra el Caos.

Muy pocos de ellos conseguían sobrevivir el tiempo suficiente para ser ascendidos dentro de la guardia de Barbillus, y uno de ellos fue Gholic Ren-Sar Valinov.

Los archivos que el Ordo Malleus tenía sobre el origen de Valinov estaban incompletos, principalmente porque él mismo borró o alteró casi toda la información que existía sobre él en los archivos inquisitoriales. Provenía del Segmentum Solar, eso era seguro, de uno de los mundos enormemente industrializados del centro del Imperio, donde sólo los más duros y despiadados pueden ganarse el respeto de los mundos exteriores. No se especificaba el lugar concreto de su nacimiento, pero Barbillus lo reclutó durante una espectacular purga de la aristocracia naval de Rhanna.

Hubo quien dijo que la posición de Valinov dentro del Administratum le dio acceso a información confidencial que, en las manos adecuadas, llevó a Barbillus hasta células de hechiceros y hedonistas dentro de la nobleza de aquel planeta. Otros inquisidores sostenían que las habilidades de Valinov sólo podía haberlas adquirido en el Adeptus Arbites, en la Fuerza de Defensa Planetaria o incluso en las bandas criminales de la subcolmena de Rhanna. Pero las habilidades más útiles de Valinov estuvieron claras desde el principio: era experto en manipular a las personas, capaz de halagar y coaccionar al mismo tiempo. Tenía la capacidad de obtener la información más importante de los sujetos más cautelosos.

Valinov era el tipo de hombre perfecto para la guardia secreta de Barbillus, capaz de infiltrarse en familias nobles, en gremios adinerados o en bandas criminales, con la única finalidad de destapar fuentes de herejía o de magia prohibida. Durante seis años, el trabajo de Valinov permitió a Barbillus llegar hasta el corazón del imperio criminal de K'Sahrr *el Carnicero*, los sectarios secretos que habían infectado el mundo de astilleros de Talshen III con sus herejías, o hasta las salvajes tribus preimperiales de Feneratulan Menor, y así hasta una decena de pozos de corrupción. Era muy bueno. Barbillus vio el potencial de Valinov y lo ascendió a interrogador superior. Todo parecía indicar que Valinov se convertiría en el consejero de Barbillus, un hombre salido de los bajos fondos del Imperio para cabalgar junto al señor inquisidor.

Y después llegó la fortaleza de Agnarsson. Si Barbillus no murió luchando contra el príncipe demonio Malygrymm *el Ensangrentado* en aquel planeta, a buen seguro que murió cuando se llevó a cabo el exterminatus. No

era la primera vez que Barbillus había ordenado la destrucción total de todo un mundo, pero en aquella ocasión fueron sus propias tropas las que lanzaron los torpedos ciclónicos desde la flota de combate de Barbillus, ya que él mismo les había ordenado destruir la fortaleza de Agnarsson si no regresaba de la superficie infestada de demonios. El interrogador superior Valinov vio desde el buque insignia de Barbillus cómo aquel mundo agrícola se sumergía en el magma que salía de su propia corteza quebrada. Malygrymm fue destruido, pero Barbillus nunca regresó a su nave.

Muchos templos se irguieron en nombre del señor inquisidor Barbillus. Numerosas fortalezas inquisitoriales, por todo el Segmentum Solar e incluso más allá, se decoraron con estatuas de Barbillus con su rostro siniestro e implacable, y en las que siempre aparecía aplastando algún horror desconocido con su martillo hechizado. Su nombre estaba tallado en el muro del salón de los Héroes del Palacio Imperial y también escrito en las páginas de la historia imperial.

Los archivos de la inquisición eran claros con respecto a cómo los recursos y el personal de Barbillus pasaron a estar controlados por el Gran Conclave del Ordo Malleus, y sobre cómo Valinov sirvió como segundo aprendiz junto con otros doce inquisidores. Sin embargo, no había ningún registro que indicara bajo qué circunstancias Valinov fue reconocido por el Ordo Malleus como inquisidor de pleno derecho, aunque no existe ninguna duda de que semejante hecho ocurrió. Él se encontraba en activo en algún lugar de Thracian Primaris durante las terribles campañas del Ojo del Terror, y probablemente jugó un papel importante en el sometimiento de las especies infectadas por el Caos que se descubrieron durante las postrimerías de la cruzada de Damocles, aunque no había más detalles. Valinov había sido muy minucioso. Probablemente por aquel entonces ya se había corrompido y habría decidido esconder su rastro en caso de que otro inquisidor encontrara pruebas de sus fluctuantes alianzas.

Había muy poca información sobre la misión más importante de Valinov. Se trasladó hasta el mundo colmena de V’Run junto con un división de tropas de asalto de la 79.ª de Lastrati, un grupo de psíquicos autorizados de la Scholastica Psykana y un escuadrón de naves de escolta de

la clase Espada. Oficialmente se dirigió hasta allí siguiendo ciertas informaciones que afirmaban que un culto separatista dominaba grandes extensiones de la subcolmena y de las tierras baldías, pero después de todo se descubrió que el propio Valinov había inventado tal amenaza con el fin de tener una excusa para intervenir.

Todo lo que se sabía sobre la misión de V'Run era que, tan sólo dos semanas después de la llegada de Valinov, el planeta al completo se encontraba completamente cubierto por una bruma hirviente de nubes estelares salpicadas con tormentas de relámpagos, una tormenta de disformidad tan localizada y perfecta que sólo podía haber sido creada deliberadamente. Aquel mundo colmena se encontraba totalmente sumido en la pesadilla de la disformidad. Aquella tormenta era impenetrable y nadie podía estar seguro de qué le ocurrió a los diecinueve mil millones de hombres, mujeres y niños que componían la población de V'Run, pero los astrópatas afirmaban oír alaridos que salían del planeta y que llegaban a años luz de distancia.

Valinov dejó un reguero de atrocidad a lo largo de todo el Segmentum Solar. Asfixió a la capital de Puerto San Indra sobrecargando los disipadores de calor de la ciudad. Las naves pirata adoradoras del Caos borraron del mapa a todo un convoy de peregrinos en las Nubes de Nememea y nombraron su líder a Valinov. Como llevado por un incontenible afán de cometer los más terribles actos en nombre del Caos, Valinov desató una devastación indiscriminada. Por aquel entonces el Ordo Malleus ya había encomendado a varios inquisidores que le dieran caza y que intentaran prever sus próximos movimientos, y de esta manera lo siguieron hasta las comunidades infestadas de plagas del cinturón de Gaolven. Valinov se unió a un culto formado por supervivientes de las plagas, quienes creían que debían su salvación al panteón del Caos, y en unas pocas semanas los convirtió en un ejército bien armado y muy motivado que controlaba un asteroide fortificado.

El Ordo Malleus concluyó que se estaba preparando para luchar su última batalla. Y si eso era lo que quería, entonces eso era lo que le darían. El cónclave consultó al gran maestre Tencendur y él estuvo de acuerdo en

enviar una fuerza de Caballeros Grises para actuar a modo de avanzadilla en el asalto a la fortaleza de Valinov. El primero en salir de las cápsulas de abordaje y comenzar el asalto fue el juez Alaric.

* * *

La capilla Manduliana era una galería muy larga con un techo tremendamente alto, gruesas columnas y grandes estatuas en hornacinas que se extendían a lo largo de todo el muro. Para poder llegar hasta el enorme altar tripartito de la capilla, un Caballero Gris tenía que tenía que pasar ante las implacables miradas de piedra de cientos de héroes imperiales. Algunos de ellos eran leyendas, otros habían caído en el olvido, pero cada uno de ellos representaba uno de los nudos de la red de organizaciones que mantenían el Imperio unido. Junto al mismísimo altar se encontraba la estatua del gran maestre Mandulis, quien había muerto hacía mil años, su figura estaba tallada en uno de los pilares, como sosteniendo el techo de la capilla.

El mensaje era claro. Mandulis, al igual que todos los Caballeros Grises, era quien evitaba que el Imperio se derrumbase.

Alaric caminó por la nave central, los filtros que tenía instalados en la nariz y en la garganta eran atravesados por partículas de incienso que emanaban de los incensarios que colgaban del techo, ocultos en las sombras. Las velas que rodeaban cada una de las columnas emitían una luz parpadeante. Un pequeño servidor recorría toda la nave encendiendo los cirios que se habían apagado. La luz titilante hacía destellar el oro del altar, que había sido forjado trescientos años antes por los artesanos del capítulo. La imagen central mostraba al Emperador en los días anteriores a la Herejía de Horus y en su rostro se veía una cierta expresión de rechazo, como recordatorio de lo cerca que estuvo de la muerte en los últimos días de la Herejía. Esta imagen estaba rodeada por escenas que mostraban a Caballeros Grises, pero no luchando contra demonios o herejes, sino

arrodillados, con los brazos caídos. Era una imagen de humildad que representaba la quintaesencia del capítulo, y su finalidad era recordar a los Caballeros Grises que no importa el poder que tengan, puesto que sólo podrán salir victoriosos si cuentan con la voluntad del Emperador.

Los artesanos aún no le habían devuelto a Alaric su equipo de combate, de manera que vestía un hábito muy sencillo, de color negro y gris. Se sentía desnudo en medio de aquel lugar de culto; sus pies descalzos caminaban sobre un suelo desgastado tras cientos de años de ser pisado por botas de armaduras. Las heridas aún le dolían y podía sentir cómo seguía sanando el tejido cicatrizal en la zona del abdomen en la que recibió el último impacto. Sentía la piel agrietada a causa del tanque de cicatrización. Pero lo que era aún peor, la idea de desamparo aún bullía en su cabeza. No había estado junto a sus hermanos de batalla cuando murieron.

El capellán Durendin estaba esperando en la capilla vacía. Llevaba puesta su armadura de exterminador, como hacía siempre que velaba por la salud espiritual del capítulo. Uno de sus brazos estaba pintado de color negro brillante, indicativo de su cargo de capellán, el resto de su armadura era del tradicional color bronce grisáceo. Durendin llevaba el mismo par de garras relámpago que habían sido trasmitidas de generación en generación desde los primeros días del capítulo.

Alaric llegó hasta el atar donde se encontraba Durendin, y rápidamente se arrodilló ante el capellán. Después, los dos hombres se inclinaron ante la imagen del Emperador que había en el altar.

—Tencendur me ha dicho que querías verme —dijo Durendin mientras se levantaba de nuevo. La cara del capellán estaba casi totalmente cubierta por la capucha, y, como el de todo buen capellán, su rostro era inescrutable.

—Ya sabe lo que pasó, capellán, me hirieron y perdí el conocimiento. Encalion y Tolas cayeron, no es la primera vez que pierdo hombres, pero hasta ahora siempre había estado junto a ellos. Esta vez no estaba allí.

—No puedo absolverte de esas muertes, juez. Cada uno de nosotros debe cargar con la responsabilidad de las muertes de nuestros hermanos de batalla. Aún hace poco que eres juez, Alaric. Es evidente que tienes una gran capacidad de liderazgo, pero aún te queda mucho camino que recorrer.

—Eso es lo que más me preocupa, capellán. Nunca antes había sentido una duda semejante. Todo cuanto he aprendido como Caballero Gris me dice que una vez que el núcleo de mi fe esté agrietado, no valdré nada como guerrero.

—¿Y crees que si no eres capaz de olvidar el sentimiento de desamparo que experimentaste cuando los hombres de Valinov te alcanzaron, no podrás confiar en la pureza de tu alma? —Durendin se volvió y, desde algún punto bajo aquella capucha, comenzó a escudriñar el espíritu de Alaric—. Recuérdalo, Alaric, recuerda la sensación de verte herido en el suelo. Lo que define a un líder no es que sea capaz de evitar eso, sino que sepa aprovecharlo y convertirlo en algo que lo haga más fuerte. Tus hermanos de batalla están muertos, por eso debes asegurarte de que sus vidas tengan un sentido. Eso es lo que significa ser líder.

—Sabía que no sería nada fácil, capellán —dijo Alaric—. Pero la magnitud de esta tarea nunca se me había presentado de manera tan clara. Sé que ésta no será la última prueba, y por supuesto tampoco será la más dura. Justo ahora es cuando empiezo a comprender los enormes sacrificios que los grandes maestres han debido hacer para que los caballeros los sigan. Su fe debe ser absoluta. No creo que haya honor más grande en todo el Imperio que contar con la confianza de los Caballeros Grises.

—Pero ¿podrás conseguirlo?

Alaric hizo una pausa. Miró hacia las gemas rojizas que decoraban la armadura dorada del Emperador, hacia las sombras que cubrían el altísimo techo y hacia la figura de Mandulis, sosteniendo el Imperio él solo.

—Sí, sí que podré.

—Ésa es la diferencia, Alaric. No tienes que creer en nada más. Lo que tú llamas duda es el dolor de aprender una dura lección. Y el hecho de que la hayas aprendido confirma lo que el capítulo siempre ha pensado de ti, que tienes curiosidad e inteligencia y que al mismo tiempo cuentas con la confianza de tus hombres. Representas una extraña combinación de cualidades que hará que nunca te sientas satisfecho hasta que no veas tu deber cumplido hasta el más alto nivel.

Alaric se irguió e hizo una rápida reverencia ante el Emperador.

—Tencendur debe de estar esperándome, capellán. Pensaré en lo que me ha dicho.

—Quizá no puedas permitirte ese lujo, juez —dijo Durendin mientras Alaric se daba la vuelta para marcharse—. Por lo que han encontrado en el cinturón de Gaolven, parece que atrapar a Valinov ha sido sólo el principio.

* * *

El Ordo Malleus se había hecho con el poder de los anillos de Saturno poco tiempo después de la creación de la Inquisición, y los había convertido en su dominio extraoficial. Los señores inquisidores del Ordo Malleus tenían el poder absoluto sobre las lunas de Saturno, ya que ése era el único modo de hacer que sus instalaciones estuvieran seguras. El Malleus controlaba algunos de los artefactos, textos y seres más peligrosos de la galaxia. Una geometría tan compleja como la de Saturno hacía que fuera recopilado, así como tener controlados a los individuos más peligrosos que había capturado. Era esta seguridad la que permitía que las posesiones de Valinov pudieran estar aisladas y controladas. Y era aquí donde la inquisidora Briseis Ligeia podría examinarlas con detenimiento.



Una luz azul grisácea caía sobre la planta de investigación, iluminando tenuemente páginas de libros y placas de datos que cubrían unas estanterías de cientos de metros de altura. Numerosos servidores de archivo de aspecto arácnido trepaban por las estanterías con sus patas de metal. Sus partes carnosas, aquellas que una vez fueron humanas, examinaban los tomos y las etiquetas de los libros para el personal de investigación del Malleus, aquellos que pasaban su vida estudiando minuciosamente textos atávicos para sus

maestros inquisitoriales. Muchos de los inquisidores del Malleus de más alto rango contaban con uno o dos investigadores personales en Tetis, cuyo único propósito en la vida era encontrar informaciones oscuras y potencialmente peligrosas sobre los enemigos del Emperador.

Casi todas las plataformas que se encontraban suspendidas entre los inmensos acantilados de libros estaban vacías. Unos pocos investigadores pálidos y ojerosos se inclinaban sobre tomos decrépitos, con servidores armados que vigilaban por encima de sus hombros ante la eventualidad de que los conocimientos que estaban investigando consiguieran dominar sus mentes. Se podía ver cómo su aliento se condensaba. Todos ellos llevaban trajes térmicos, puesto que la temperatura era tan baja que ningún humano podría sobrevivir allí más de unos pocos minutos.

La inquisidora Ligeia se encontraba más a gusto cuando aquello estaba tranquilo. Tenía más espacio para pensar. Un pequeño servidor-guía comenzó a zumbar delante de ella, serpenteando entre varios puestos de trabajo hasta descender por dos escalinatas y detenerse en el punto donde las posesiones de Valinov habían sido preparadas para su examen. Ligeia llevaba unas voluminosas pieles y una capa tejida con piel de armiño; siempre iba vestida a la manera de los nobles más extravagantes porque eso es lo que era, o por lo menos lo que había sido. Llevaba anillos en los dedos, por encima de los guantes, y sus botas eran del mejor cuero de grox pigmeo. Hubo un tiempo en el que era muy hermosa, pero eso fue hace mucho y la vida había endurecido su alma lo suficiente como para que eso se reflejara en su rostro. Su figura aún era imponente, y a ella le gustaba el hecho de que la gente reaccionara primero ante su apariencia. Eso significaba que muchas veces la subestimaban, un hecho que la había salvado en innumerables ocasiones.

Ligeia no nació para luchar, aunque había visto numerosas batallas. Ella era una investigadora, una erudita educada en las mejores instituciones que el dinero noble podía pagar. El Ordo Hereticus la reclutó directamente de entre la nobleza de Gathalamor, descubriendo que sus habilidades en el manejo de información eran más importantes que la incomodidad que algunos sentían ante sus crecientes habilidades psíquicas. El Ordo Malleus le

ofreció un puesto por su facilidad a la hora de descifrar textos antiguos o crípticos. Trabajó como asistente, cada vez más y más valorada, de muchos inquisidores del Malleus, hasta que al final obtuvo ese rango ella misma. Durante todo ese tiempo también se dedicó a perfeccionar sus habilidades psíquicas. La imagen típica de los miembros del Ordo Malleus era la de unos cazadores de demonios casi tan bien equipados como los Caballeros Grises, que cargaban contra lo impío en atroces batallas. Pero el arma de Ligeia era el conocimiento. Lo que se esperaba de un inquisidor psíquico del Malleus era que lanzase rayos y truenos o que hiciera desaparecer a los demonios con sólo pronunciar una palabra, pero los poderes de Ligeia estaban enfocados hacia el entendimiento y la percepción.

Sin Ligeia, se habrían desencadenado innumerables atrocidades secretas sin que el Ordo Malleus llegara siquiera a sospecharlo. Quizá Valinov estaba planeando algo que seguiría adelante en caso de que fuera capturado.

Ligeia tomó asiento y el servidor-guía se alejó serpenteando, porque uno de los privilegios de los que Ligeia disfrutaba era la confianza que los señores inquisidores habían depositado en su inquebrantable voluntad. El supresor de campo que llevaba consigo apagó las defensas de la zona que la rodeaba para evitar que su poder psíquico activara las armas centinela que se escondían entre los muros. Ante ella se extendían todos los artículos encontrados en los aposentos de Valinov, así como los que llevaba encima en el momento de ser capturado, muchos de los cuales estaban ensangrentados o ennegrecidos a causa de los disparos bólter. Sus ropas, de color rojo oscuro y extravagantemente decoradas con filigranas plateadas, tenían un gran agujero en uno de los brazos. Ligeia recordó que, según el informe, Valinov había sido herido. El hecho de que sobreviviera a un disparo de bólter sin llevar ningún tipo de armadura daba una idea de su poder. Todos aquellos artículos habían sido recopilados a petición de Ligeia, que quería examinar todo lo que se hubiera encontrado en el asteroide de Valinov.

Valinov tenía un láser de caza diseñado a medida, un vestigio de los días en los que había trabajado bajo los auspicios del Ordo Malleus. Era una arma muy hermosa, el cañón y las carcasas estaban esmaltados en color rojo sangre con incrustaciones doradas. El cargador también estaba hecho a

medida y decorado desde la empuñadura hasta el cañón. Valinov también llevaba una arma blanca, una pequeña hoja que se asemejaba a un cuchillo de combate pero que escondía en su interior un procesador neuronal. Aquella misma hoja fue la que atravesó las entrañas del interrogador Iatonn. Se trataba de un instrumento muy caro y difícil de conseguir.

Ligeia no prestó ninguna atención a las armas. Ya habían sido sometidas a sesiones psíquicas y estaban libres de contaminación. Lo que le interesaba eran los documentos. Había un par de placas de datos, un puñado de pergaminos atados con lo que parecían tendones humanos y un enorme libro. Las placas de datos contenían horarios e inventarios de la fortaleza, y daban muestra de lo bien que Valinov había organizado, y hasta que punto, a semejante banda de fanáticos, pero poco más.

Los pergaminos parecían más interesantes. Estaban cubiertos con mensajes crípticos escritos a mano, con complejos diagramas de panteones, hechizos mágicos, transcripciones de cánticos y descripciones de ceremonias. Ligeia posó una mano sobre un pergamino hecho jirones y dejó que su percepción fluyera desde el interior de su mente hasta el papel, captando de esta manera no sólo la forma de las letras, sino los significados con los que habían sido dotadas. Había descubierto ese poder en la escuela, cuando aún era una niña de Gathalamor, y aunque las hermanas encargadas de su educación le advirtieron que aquello se trataba de brujería, tuvo suerte de no ser considerada como una amenaza sino como una psíquica muy útil y poderosa. Ésa era una de las paradojas del Imperio, un Imperio que profesaba un miedo atroz a los psíquicos, hombres y mujeres cuyos poderes podían acercarse a la disformidad y tender puentes para que los elementos oscuros se hicieran realidad en el espacio real, pero que también dependía absolutamente de ellos. Al igual que de los astrópatas, capaces de transmitir mensajes telepáticos, o de los inquisidores psíquicos que, como ella, conseguían con sus mentes lo que ningún otro hombre podía conseguir con las armas.

El significado de los pergaminos estaba muy poco claro, era algo oscuro y vago. Ligeia sospechaba que se trataba de algún tipo de código tremendamente complicado, pero cuanto más se concentraba más falta de

significado percibía. Aquellos pergaminos no significaban nada. Su único propósito era aparentar. Si se tratara de verdaderos rituales dedicados a los dioses del Caos, su percepción se habría disparado como si fueran fuegos artificiales.

Después de examinarlos un poco más para estar segura, llegó a la conclusión de que aquello no significaba nada. Valinov los habría inventado para dárselos a sus cultistas con el fin de que pensaran que hacían cumplir la voluntad de los dioses oscuros. Eso significaba que, según Valinov, aún no estaban listos para iniciarse en el verdadero culto al Caos. Probablemente él nunca pensó llevarlos tan lejos; eran carne de bólter, un grupo de hombres que podía manipular para que murieran en su lugar. Y, en efecto, habían muerto, todos y cada uno de ellos.

Ligeia dejó los pergaminos y cogió el libro que había junto a ellos, era muy viejo y estaba muy deteriorado por culpa de la humedad y del moho. Las hojas eran muy gruesas y las tapas estaban desgastadas. Ligeia se preguntó si aquel libro habría sido encuadernado varias veces. No tenía título, y si lo hubiera tenido habría desaparecido cuando la primera cubierta se desintegró.

Abrió el libro con mucho cuidado. Incluso con su percepción desactivada, los dedos le temblaron al tocarlo, como si su significado deseara salir y ser descifrado. Unas letras góticas y arcaicas cubrían la primera página que se abría frente a ella.

Codicium Aeternum

Bajo el título había unas líneas escritas por algún servidor escriba hacía cientos de años con una elegante caligrafía.

Una descripción completa y fiel de las muertes de Demonios, Prodigios Monstruosos y Señores de la Oscuridad, acompañada de extrapolaciones de su retorno del Destierro.

El final de la página estaba adornado con el sello del Ordo Malleus. Ligeia contuvo la respiración. Aquello era algo que de ninguna manera habría esperado encontrar. Comenzó a ojear las primeras páginas. Nombres monstruosos le devolvían la mirada. Reconoció el nombre de Angron, el demonio primarca que una vez se exilió de la realidad en medio de la primera batalla por el Armageddon. Leyó Cherubael, Doombreed, N'Kari y cientos de otros, con las fechas y la duración prevista de sus destierros al lado. La sola lectura de alguno de aquellos nombres habría corrompido a una mente más débil.

El *Codicium Aeternum*. Por el Trono de… Si fuera real…

La última vez que fue visto por aquellos pasillos fue hace décadas. Se creía que sencillamente se había perdido, escondido en las entrañas de Tetis y víctima del secreto que se suponía que debía mantenerlo oculto. Muchos volúmenes se habían perdido de aquella manera, y el Malleus contaba con escuadrones de búsqueda especializados que escudriñaban los niveles inferiores buscando textos vitales que habían caído en el olvido. Pero eso no era lo que le había ocurrido a este libro. Valinov debió de haberlo robado de la biblioteca del Ordo Malleus cuando aún servía al inquisidor Barbillus, mucho antes de empezar a mostrar cualquier signo de corrupción. Debía de haber estado urdiendo su terrible plan durante mucho más tiempo de lo que sospechaba el Malleus. El *Codicium Aeternum* era uno de los trabajos de referencia más importantes que poseía el Malleus, ya que contenía un listado de miles de demonios desterrados por los Caballeros Grises o por la Inquisición. Sólo el Emperador sabía lo que Valinov habría estado tramando.

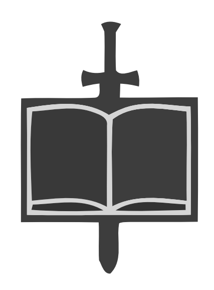
Ligeia se puso en pie y llamó al servidor-guía, que se encontraba levitando a una distancia prudencial.

—Orden de Ligeia al Librarium. Tenemos un texto sensible. Posible amenaza moral. Envíen un equipo de contención y avisen al cónclave de que se trata del *Codicium Aeternum*. Aquí Ligeia. Corto.

El servidor se alejó llevando el mensaje para los supervisores del Librarium. Ellos sabrían cómo aislar y mantener a salvo un libro con semejante poder y valor. Cuando Ligeia volvió a darse la vuelta para mirar a la mesa se dio cuenta de que el libro se había quedado abierto por una

página aparentemente aleatoria, húmeda, manchada por la pátina del tiempo y difícilmente legible. Una palabra, un nombre, llamó su atención. Había sido escrito con tinta roja por una mano hábil y elegante.

Ghargatuloth.



TRES

Titán

El encuentro iba a celebrarse en la sala de la Daga Caída, donde cientos de años antes el gran maestre Kolgano desafió a los Caballeros Grises bajo su mando a un duelo de dagas, y prometió entregar su armadura de exterminador a aquel que consiguiera vencerlo. Ahora hacía ya mucho que Kolgano había muerto y estaba enterrado, junto con su daga, en el corazón de las catacumbas de Titán, pero su sala aún se alzaba imponente y majestuosa.

Se empleaba para simulacros y entrenamientos de combate con los nuevos reclutas, y en ocasiones era donde tenían lugar los encuentros entre el Ordo Malleus y los Caballeros Grises.

Justo en el centro de la sala se erguía una enorme mesa redonda de madera oscura, flanqueada por un grupo de tropas de asalto ataviadas con sus uniformes de gala. El inquisidor Nyxos habitualmente acudía a las reuniones más importantes rodeado por su siniestra y silenciosa guardia de honor, cuyos miembros siempre ocultaban su rostro. Estaba sentado a la mesa rodeado por dos de sus consejeros, que permanecían de pie. Uno de ellos era un astrópata cuya edad resultaba imposible de determinar, la otra

era una joven brillante de la que se decía que había sido reclutada en la mejor academia de oficiales de la Marina Imperial. El propio Nyxos era un guerrero curtido en mil batallas que siempre vestía de negro, lo que hacía resaltar el color plateado de los soportes y servoengranajes, artefactos que otorgaban a su anciano y frágil cuerpo una fuerza y una velocidad inmensas. Su cabeza, sin pelo y plagada de manchas de edad, se proyectaba hacia adelante como la de un halcón, con sus ojos pequeños y afilados siempre en busca de una presa.

La inquisidora Ligeia estaba sentada junto a Nyxos, llevaba unas imponentes vestiduras nobles que la hacían parecerse más a una matriarca familiar en algún baile social que a una cazadora de demonios. Llevaba el *Codicium Aeternum* en una caja de seguridad para evitar que sus delicadas páginas se deshicieran.

El gran maestre Tencendur entró en la sala portando su armadura de exterminador hecha a medida. Se había quitado el casco para revelar un rostro repleto de arrugas de preocupación y una mandíbula fuerte y ancha. Iba acompañado por su escuadra de exterminadores y por el juez Alaric, que caminaba detrás de la escuadra con su armadura y su equipo de batalla ya reparados.

Alaric ya había entregado su informe a Tencendur y había podido hablar brevemente con su escuadra. Habían comenzado el luto por sus hermanos de batalla caídos. A Encalion y a Tolas les habían sido asignados sendos nichos en las catacumbas de Titán, donde sus cuerpos descansarían, amortajados, hasta que llegara el momento en el que los sirvientes del Emperador volvieran a unirse a él. Ahora el hermano Lykkos estaba llevando a cabo un entrenamiento intensivo con el cañón psíquico que una vez perteneció a Tolas. El resto de los marines espaciales llevarían los cadáveres de sus hermanos de batalla en el cortejo fúnebre, durante el cual Alaric diría unas palabras para honrar su memoria. Ya antes había hablado en honor a otros hermanos caídos, pero esta vez iba a ser mucho más duro.

Con el paso del tiempo nuevos reclutas serían elegidos para integrar la escuadra de Alaric y sustituir a los caídos, pero aún quedaba mucho para

eso. Hasta entonces, a la escuadra de Alaric la faltarían dos hombres, un recordatorio de los peligros a los que se enfrentaban.

—Gran maestre —empezó Nyxos, que se había levantado como muestra de respeto. Sus servos chirriaron ligeramente—. Pido disculpas por haber avisado con tan poco tiempo, pero va a ser necesario saltarse algunos protocolos.

—Tengo entendido que se ha encontrado material sensible entre las posesiones de Valinov —dijo Tencendur con su voz ronca y casi inhumana, resultado de una terrible herida en la garganta que casi acaba con él cuando aún era juez—. Si no fuera algo importante estoy seguro de que no se habrían molestado en reunirse conmigo.

Nyxos hizo un gesto a Ligeia, quien puso el libro sobre la mesa y lo empujó hacia donde estaba Tencendur, posó su dedo pulgar sobre el candado genético y la caja de seguridad se abrió con un chasquido, dejando ver la cubierta ajada y sucia del *Codicium Aeternum*. El gran maestre se puso en pie y cogió el libro con sus guantes, mostrando una habilidad sorprendente. Abrió la cubierta con mucho cuidado y leyó el título que aparecía en la primera página.

—Creemos que Valinov lo robó antes de que su traición fuera descubierta —dijo Nyxos al tiempo que Tencendur ojeaba las páginas manchadas—. No entraña ningún peligro en sí mismo, de modo que podemos liberarlo de las protecciones del Librarium, pero la información que contiene es de la más maliciosa naturaleza, sobre todo teniendo en cuenta que pertenecía a un radical.

—¿Se sabe por qué lo robó?

—Valinov aún no ha confesado nada ante nuestros interrogadores —dijo Nyxos—. Mimas cuenta con los mejores excruciadores del Ordo y antes o después acabará cediendo, aunque eso no ocurrirá de un día para otro. Sin embargo, hemos hecho algunas averiguaciones, ¿verdad, Ligeia?

—El *Codicium* —comenzó diciendo Ligeia con un marcado acento de las clases altas, lo que contrastaba con los toscos gruñidos de sus compañeros cazadores de demonios— contiene los nombres de varios miles de demonios así como las descripciones y las fechas de sus destierros. Como seres de pura

energía que son, muchos de ellos no pueden ser destruidos para siempre, sólo pueden ser enviados de vuelta a la disformidad hasta que se regeneren; creemos que el *Codicium* se recopiló como un intento de controlar sistemáticamente el retorno de esos seres. Por supuesto, el modus operandi del Caos es cualquier cosa menos sistemático, pero los autores de este libro fueron muy meticulosos, por lo menos en un principio. Muchas de las entradas están incompletas o han sido dañadas, pero hay una en particular que creo que podría resultar de especial interés para Valinov.

Ligeia había colocado un marcapáginas en el libro, Tencendur lo abrió por el punto, miró la página de la derecha y entonces se detuvo.

—Ghargatuloth —dijo simplemente.

—Ghargatuloth —repitió Ligeia— fue desterrado del mundo material hace mil años, en Khorion IX, gracias al gran maestre Mandulis.

—Y tenía que estar desterrado —dijo Tencendur mientras leía— durante un millar de años.

—Comprenderán por qué pensamos que este asunto es de suma importancia —dijo Nyxos.

Tencendur cerró el libro y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué es lo que necesitan?

Nyxos consultó una placa de datos que acababa de darle uno de sus consejeros.

—Todos sabemos lo que está ocurriendo en Cadia, gran maestre. El Ojo del Terror se ha abierto y Cadia podría caer. El Ordo me necesita para dirigir los interrogatorios que se están llevando a cabo en los territorios controlados por el Caos, de manera que no podré ocuparme de este asunto personalmente. La inquisidora Ligeia tendrá toda la autoridad sobre esta operación, y en su nombre le insto a que prepare una fuerza de asalto de Caballeros Grises con la mayor rapidez posible, y que la ponga a su disposición para investigar las cuestiones que planteen estas informaciones.

Tencendur no parecía impresionado. Miró fijamente a Ligeia.

—La galaxia es muy grande, inquisidora. ¿Sabe dónde reaparecerá Ghargatuloth?

—Tenemos alguna idea —dijo Ligeia—. El Tarot del Emperador ya fue consultado a su debido tiempo. Además, las visiones de varios astrópatas en los alrededores de Khorion IX sugirieron que Ghargatuloth regresaría en algún punto de la senda de San Evisser.

—¿Hasta qué punto son ciertas esas predicciones?

—Fueron recogidas en el *Codicium* hace mucho tiempo; son las más fiables que tenemos. —La voz de Ligeia se mantenía sorprendentemente firme mientras señalaba hacia los últimos párrafos de la entrada de Ghargatuloth en el libro. La senda de San Evisser era un conjunto de sistemas situado en el este galáctico del Segmentum Solar, nombrado así en honor a un santo imperial. Tencendur no reconoció aquel nombre, el Imperio era un vasto espacio en el que abundaban los rincones olvidados, escondites perfectos para el Caos.

Tencendur negó con la cabeza y volvió a empujar el libro sobre la mesa.

—No es suficiente, no si esto es lo único de lo que disponemos para empezar. Usted mismo lo ha dicho, Nyxos, el Ojo se ha abierto y en cualquier momento podrían requerirnos a todos para intentar detener la marea. Ya tenemos a varias compañías dirigiéndose a Cadia en este momento y muy pronto yo estaré junto a ellas. No puedo dejar de lado ese deber por unas simples conjeturas. Valinov podría haber cogido este libro por cualquier razón, podría haberlo robado por rencor, para probar nuestras defensas o como desafío. E incluso si pretendiera hacer regresar a Ghargatuloth, ahora mismo lo tenemos encerrado en Mimas, donde será juzgado, condenado y ejecutado.

—¿Sabe usted —preguntó Ligeia— qué era Ghargatuloth?

Tencendur se irritó ligeramente. Alaric supuso que no estaba acostumbrado a que nadie le hablara así, ni siquiera una inquisidora.

—Por supuesto: un Príncipe Demonio.

—El Ordo Malleus necesitó más de cien años sólo para averiguar su nombre. Ni siquiera su verdadero nombre, sino el que usaba para crear cultos a lo largo de todo el Imperio. Después, costó décadas seguirlo hasta Khorion IX, y cuando por fin estaba acorralado se envió a trescientos Caballeros Grises para desterrarlo. No regresó ni uno solo. Mandulis fue el

único del que quedó lo suficiente como para poder enterrarlo. Si Ghargatuloth quiere regresar, va a necesitar ayuda. Podría influenciar a las voluntades más débiles de la disformidad, pero hasta que puedan traerlo de vuelta al espacio real será relativamente vulnerable. Es nuestra única oportunidad de atacar antes de que se vuelva demasiado poderoso para nosotros. El Ordo ya intentó determinar cuántos ciudadanos habían muerto por culpa de los cultos de Ghargatuloth, pero incluso el cuerpo de logistas fue incapaz de dar un número concreto. Si existe alguna manera de detener esto, debemos aprovecharla. Acudiría yo sola si fuera necesario, pero tengo un deber con el Imperio y debo cumplir con él.

Tencendur contestó con calma.

—Yo no puedo liderarlos, el Imperio necesita a los grandes maestres en otros emplazamientos, al igual que a sus comandantes. Podría cederle un destacamento, pero oficiales…

—Por eso solicité que el juez Alaric acudiera a este encuentro —dijo Ligeia desviando la mirada repentinamente hacia Alaric—. Comprendo que no pueda desprenderse de sus jefes de batalla. El juez Alaric ha destacado mucho y, dado que fue el primero en penetrar en la fortaleza de Valinov, ha estado en esto desde el principio. Alaric y su escuadra, una unidad de asalto de exterminadores, dos escuadras tácticas y el *Rubicón*. Sé que es pedir demasiado cuando el enemigo no para de salir a través del Ojo, pero debe usted entender que la posibilidad del regreso de Ghargatuloth implica que no pueda pedir menos.

—Si los interrogatorios a Valinov revelaran…

—Gran maestre, probablemente Ghargatuloth ya esté entrando en contacto con sus seguidores. Dentro de cuatro meses se cumplirán mil años desde que fue desterrado y podrá crear nuevos cultos e instruirlos para que lo traigan de vuelta. Hacer hablar a Valinov llevará demasiado tiempo. Debemos actuar ahora.

Tencendur se volvió hacia Alaric.

—¿Juez?

Alaric no se esperaba algo así. Aún tenía la impresión de que había fracasado en el cinturón de Gaolven y todavía sentía el dolor de las heridas

que casi acabaron con él. Durendin le había hablado del largo camino que debería recorrer antes de convertirse en un líder respetado de los Caballeros Grises, y ahora acababan de pedirle que se uniera a una misión que para Ligeia era de una importancia capital. Durante un momento no supo qué decir. ¿Debería negarse? Un sirviente del Emperador debía mostrarse honesto cuando albergaba dudas sobre si sería capaz de cumplir con su deber. Pero si él no iba, ¿quién más podría hacerlo? Lo que Tencendur había dicho era cierto, muy pronto el Ojo del Terror requeriría la intervención de los hermanos capitanes y de los grandes maestres más experimentados.

Alaric caminó hasta la mesa y cogió el *Codicium Aeternum*. Era muy viejo y pesado. Nombres de demonios desfilaban página tras página, nombres terribles y repugnantes junto con descripciones de sus atrocidades y las circunstancias de su destierro. La entrada dedicada a Ghargatuloth ocupaba varias páginas. El Príncipe de las Mil Caras había creado cultos aislados a lo largo de todo el Imperio, cada uno de ellos diferente e ignorante de la existencia de los demás, y cada uno de ellos se preparaba para las peores atrocidades, unas atrocidades que se harían realidad cuando sus terribles planes se llevaran a cabo.

El destierro de un demonio era un concepto muy complicado. La fuerza del propio demonio, el método de destierro y la mera suerte eran algunos de los factores que determinaban la duración del exilio en la disformidad. Mandulis debió de haberle asestado un duro golpe a Ghargatuloth para desterrarlo durante mil años. El *Codicium Aeternum* fue escrito para recoger todos aquellos factores y predecir con precisión cómo y cuándo regresarían los demonios. Pero el Caos, por su propia naturaleza, era imposible de sistematizar, de modo que el libro se abandonó cuando aún estaba incompleto, aunque eso fue después de que se predijera el regreso de Ghargatuloth.

Si Cadia caía, una flecha de puro Caos se clavaría en el corazón del Segmentum Solar, y los Caballeros Grises, los únicos soldados que podían plantar cara a los aliados demoníacos del señor de la guerra Abaddon, tendrían que estar allí. Pero si todos los Caballeros Grises eran destinados a

luchar contra el Ojo y, mientras, algo terrible despertaba para atacar al Imperio por la retaguardia…

Valinov robó aquel libro del Librarium y poco después se reveló contra el Ordo. ¿Habría sido Ghargatuloth la causa de su depravación? ¿Estaría Valinov en aquel momento riéndose de ellos desde su celda de Mimas, a sabiendas de que había puesto en marcha algo en la senda de San Evisser que podría golpear al Imperio en su momento de mayor flaqueza?

—Cuente con mi escuadra —dijo Alaric—. Valinov es la causa por la que ahora estamos de luto. Y Tancred también estuvo allí. Respecto a las otras dos escuadras, yo recomendaría a los jueces Ganhain y Santoro, ambos estaban junto a las tropas que atacaron la fortaleza por su flanco oriental.

—Estarás tú solo, juez —dijo Tencendur—. Puedo hablar en favor de tu liderazgo, pero cuando llegue la hora de la batalla no habrá nadie más.

—Confío en el juicio de la Inquisición.

Tencendur hizo un gesto a su escuadra para que se retirara junto a él.

—Cuenta con el *Rubicón*. Estará listo para abandonar Iapetus en doce horas, te dejo bajo la autoridad de la inquisidora Ligeia. Por el Trono, juez.

—Por el Trono, gran maestre —respondió Alaric con una inclinación de cabeza.

Tencendur se marchó, el ruido de sus botas y las de su escuadra resonaba sobre el suelo de piedra de la sala de la Daga Caída. El inquisidor Nyxos se marchó en la dirección opuesta, seguido en silencio por sus consejeros y por su guardia de honor. Los servos de su armadura chirriaban mientras caminaba.

—Es usted psíquica —dijo Alaric cuando Ligeia recogía el libro y se levantaba de su silla—. Mis protectores se han activado.

Ligeia sonrió ligeramente.

—Yo también he visto a mis colegas inquisidores lanzar rayos. Me temo que no puedo lograr nada tan grandioso, mi campo es el conocimiento, soy una erudita, ¿y usted?

—Todo Caballero Gris tiene ciertas capacidades psíquicas. Tengo el entrenamiento necesario para que sean una parte de mi preparación, pero no puedo encauzarlas. Aunque esto usted ya lo sabía, inquisidora.

—Por supuesto. También sé que es usted curioso e inteligente, y que tiene imaginación. Son cualidades que valoro mucho. Además, usted nació para ser líder, aunque los grandes maestres prefieran ver cómo se pasa un par de décadas intentando ganarse los galones. Podrá liderar a sus marines cuando haya que entablar combate y estar a mi lado cuando haya que aprender algo. Y me temo que, si estoy en lo cierto sobre Ghargatuloth, habrá que hacer ambas cosas.

Ligeia se volvió y se marchó caminando con elegancia, haciendo ondular su larguísimo vestido de armiño.

Ella sabía que Alaric accedería a liderar su destacamento, sabía que él querría asestarle otro golpe a Valinov desbaratando cualquier plan que hubiera puesto en marcha. Alaric había aprendido que así era como pensaban los inquisidores. Las personas, con independencia de que fueran Caballeros Grises, ciudadanos del Imperio o incluso otros inquisidores, no eran más que armas con las que maniobrar y abrir fuego contra el enemigo que fuera más oportuno eliminar. Comprendió que ésa era la única manera de manipular a un Imperio tan complejo y monolítico para que un inquisidor obtuviera los medios con los que luchar contra los enemigos de la humanidad. Pero esto no quería decir que tuviera que disfrutar formando parte de ello.



Gholic Ren-Sar Valinov estaba desnudo y esposado por las muñecas y los tobillos. Alrededor de su cuello tenía un collar de metal repleto de explosivos que le volarían la cabeza si intentaba escapar de la celda de interrogatorios, usar sus poderes psíquicos (aunque Valinov nunca había mostrado ninguna habilidad psíquica) o si simplemente enojaba al interrogador lo suficiente como para que éste decidiera activar el detonador. La celda en la que se encontraba, construida con roca obsidiana pulida, desnuda y con motas blanquecinas, se mostraba implacable bajo la brillante

luz que la iluminaba desde el techo. Estaba sentado en una silla de metal situada en el centro de la estancia, que aparte de este asiento se encontraba completamente desprovista de mobiliario alguno. A pesar de su situación seguía pareciendo un individuo tremendamente peligroso, su cuerpo musculado no era grande pero sí fuerte. Estaba cubierto de cicatrices que parecían demasiado regulares como para ser el resultado de las heridas recibidas a lo largo de su carrera. Los laterales de su abdomen estaban cubiertos por unos tatuajes de diseño abstracto que se curvaban hasta convertirse en unas gruesas líneas azules que se extendía por su espalda y sus hombros hasta acabar formando un grueso collar alrededor de su cuello y sus costillas, como si fuera el cierre de un abrigo, y después serpenteaba hasta su cabeza.

Su rostro se mostraba agudo y alerta. Tenía unos ojos sabios y expresivos incrustados en su perfil aguileño. Llevaba la cabeza completamente afeitada, y de sus orejas habían colgado tantos pendientes que, ahora que estaban desprovistas de todo abalorio, se mostraban irregulares y deformes.

Alaric esperaba en la sala de monitorización que se encontraba al otro lado de la pared de piedra, muy concentrado en las imágenes que grababan las cámaras ocultas dispuestas en los rincones de la celda. La luz de las pantallas era la única que iluminaba aquella estancia, y proyectaba un resplandor plateado sobre los rostros atentos del personal que supervisaba el interrogatorio. El personal destinado en la prisión de Mimas estaba compuesto por hombres y mujeres que habían sido completamente adoctrinados y entrenados en todo tipo de protocolos de seguridad, técnicas de interrogación y otra serie de habilidades que los internos en Mimas odiaban profundamente. Existía un riesgo muy bajo de que se corrompieran porque prácticamente no les quedaba el menor resquicio de mente que corromper.

El supervisor se inclinó sobre un micrófono que sobresalía de la consola que había frente a él.

—Todo listo. Ya puede empezar, inquisidora.

La puerta de piedra de la celda se abrió, entró un servidor y colocó una silla frente a Valinov. Después salió de la estancia. Acto seguido entró la

inquisidora Ligeia y se sentó. Alaric se percató de que había escogido una vestimenta menos llamativa de lo que era habitual en ella. Transmitía la impresión de ser un oficial militar que portaba un uniforme serio y oscuro, pero con la ornamentación justa como para dejar entrever que ostentaba un alto cargo.

Valinov la miró. Alaric pudo percibir una ligera sonrisa en sus labios. La misma que vio cuando Valinov apuñaló a Iatonn. Ligeia llevaba una carpeta con algunos documentos que abrió sobre su regazo, dejando ver todos los archivos que la Inquisición tenía sobre Valinov.

—Gholic Ren-Sar Valinov —comenzó Ligeia de manera seca—. Se le acusa de un delito de herejía en primer grado, alta traición, demonismo, manipulación de la disformidad y asociación con personas consideradas como amenaza moral. Lo pongo al corriente de que cada uno de estos cargos es de tal magnitud que no se aceptará posibilidad alguna de inocencia, y de que todos y cada uno de ellos se castigan con la muerte.

—Entonces… —dijo Valinov—. ¿Es que pretenden ejecutarme cinco veces?

Ligeia levantó la vista para mirarlo.

—Sí, ése era el plan.

Valinov guardó silencio.

—Lleva usted mucho tiempo desaparecido, Valinov. Probablemente desconozca los cambios que se han introducido en nuestros procedimientos. Es algo difícil de explicar, pero desde hace poco el departamento de ejecuciones cuenta con un psíquico que permite mantener a los reos con vida, incluso a pesar de que hayan muerto. Fue entrenado por el Adeptus Astra Telepática, quienes le debían un favor al Ordo, y de ahí que haya sido usted condenado a cinco penas de muerte. Debo confesar que me resulta difícil imaginar cómo se sentirá al permanecer consciente mientras su cuerpo empieza a pudrirse. —Esta vez fue Ligeia quien sonrió ligeramente —. Pero supongo que usted tiene mucha más imaginación que yo.

Al principio Ligeia se mostró extremadamente oficial, simplemente se dedicó a exponer los particulares de los diversos crímenes de Valinov y la autoridad por la que iba a ser condenado. Alaric ya lo sabía todo de

antemano, el cónclave del Ordo Malleus en Encaladus ya había decidido de qué crímenes sería acusado Valinov y lo que se haría con él. De vez en cuando Ligeia intentaba halagar a Valinov mediante trucos, como fingir estar sorprendida por la velocidad con la que había organizado a los cultistas del cinturón de Gaolven. Otras veces intentaba provocarlo para que alardeara sobre los crímenes que había cometido, expresando un desprecio mal disimulado hacia su habilidad para matar a distancia sin pensárselo dos veces. Valinov superó estas pruebas con facilidad, pero Alaric supuso que ésa era la cuestión: se trataba de un juego. Valinov había jugado con todo aquel que lo había interrogado y ahora Ligeia estaba dejando que él jugara, con la esperanza de que se sintiera cómodo y, en medio de aquella amalgama de informaciones contradictorias, dejara escapar algo importante.

Ligeia era buena, pensaba Alaric. Pero sospechaba que Valinov era aún mejor.

—Me acuerdo de usted —dijo de pronto Valinov con una voz grave y seca, cortando a Ligeia a mitad de su frase.

Alaric vio a uno de los interrogadores hacer un gesto con la cabeza a un subalterno, que posó un dedo sobre el detonador del collar.

—La han traído desde el Ordo Hereticus —continuó Valinov—. Eso no ocurre muy a menudo. Han debido de pensar que usted es de acero, pero parece que se han equivocado. ¿Acaso estos trucos funcionan con hechiceras de segunda y gobernadores que no pagan sus impuestos? ¿Pensaba usted que un inquisidor del Ordo Malleus se desmoronaría con tanta facilidad? Yo he visto el Caos, niñita, desde ambos lados. Es imposible que usted me haga nada.

Ligeia no vaciló.

—Quizá no me haya expresado con claridad. Vamos a hacerlo sufrir, Valinov. Usted nunca ha tenido acceso a los procedimientos sensitivos del Ordo. Pero si lo desea se los podemos mostrar.

—¿Y qué es lo que quieren a cambio de ejecutarme una sola vez? —El tono de Valinov era de burla—. ¿Información?

—Me alegro de que empecemos a entendernos.

—Su mente no tiene capacidad para asimilar todo lo que yo podría contarle. He visto las fuerzas que conforman este universo, y le aseguro que esas fuerzas no son su Emperador. Todos ustedes, alimañas imperiales, dedican sus vidas a aplastar la voluntad de la humanidad hasta que no haya mujer u hombre vivo que sepa la verdad. —Valinov se reclinó sobre el respaldo de la silla—. Usted no lo sabe, ¿verdad? No se lo han dicho. No es más que una mensajera, Ligeia, una lacaya. Piensa que tiene futuro porque es capaz de hacer algo aparte de aplastar cráneos de demonios con un martillo psíquico, pero usted es la más patética de todos. Le están mintiendo. Aquellos que saben la verdad, mienten.

Ligeia volvió a ojear los archivos de su carpeta. Las palabras de Valinov parecían no tener ningún efecto sobre ella.

—Mientras estaba al servicio del inquisidor Barbillus, usted tenía acceso al Librarium…

—El propósito de la Inquisición —dijo Valinov de repente— no es otro que asegurarse de que el Adeptus Terra mantenga el poder, y lo hace ocultando la verdad con cuentos sobre su Emperador muerto y con mentiras que ustedes llaman historia. El Caos es la esencia de la existencia, es fuerza dotada de forma, se puede moldear, se puede usar. El Caos podría liberar a la humanidad. ¿Sabe usted lo que es la libertad? Me refiero a la auténtica libertad, a romper los grilletes de su mente.

—Las condenas de muerte que lo esperan acaban de ascender a seis —dijo Ligeia fríamente.

—¿Alguna vez ha aniquilado a todo un mundo, Ligeia? Me refiero a exterminar a todas y cada una de las personas que habitan en un planeta, aniquilar todo lo que son y todo lo que podrían ser.

—Usted sí. Usted destruyó V'Run.

—Ahora V'Run es un mundo libre. Pero he destruido otros mundos. Estando a las órdenes de Barbillus lo hice todo excepto apretar el botón. Civilizaciones enteras aniquiladas en cuestión de horas. ¿Sabe lo que él hizo en Jurn? Tuvieron que enviar cientos de cargueros llenos de refugiados para repoblarlo. Aún hoy, en la subcolmena se siguen encontrando torpedos víricos sin detonar. —Los ojos de Valinov bullían llenos de vida—. Tendría

que haber estado allí, no sería suficiente con que pudiera verlo ahora. No soy psíquico, pero aún puedo sentir la muerte de todas aquellas almas. No paraba de repetirme a mí mismo que lo que hacía era lo correcto, pero cuando por fin empecé a entender, me aseguré de que Barbillus nunca saliera de la fortaleza de Agnarsson, eso sí que era lo correcto. Y él ardió igual que los miles de millones de almas que él mismo había abrasado. Ahí fue cuando lo comprendí todo.

»Todo aquello que el Imperio se hace a sí mismo para aplastar la libertad es lo que se llama herejía, ésa es la autentica herejía. Usted no sabe nada sobre la verdadera gloria del Caos. Si lo supiera, comprendería que la libertad y el poder que es capaz de otorgar serían mucho mejor destino para la galaxia que el sufrimiento que el Imperio se impone para ocultar esa verdad.

—El Caos es sufrimiento —replicó Ligeia—. Y yo he visto tanto como usted.

Valinov negó con la cabeza.

—Perspectiva, inquisidora. Siempre hay algunos que deben sufrir, pero el Caos le da mucho más a aquellos que no lo hacen. Bajo los auspicios del Imperio, todos sufren.

—Tiene una oportunidad —dijo Ligeia—. Y eso es más de lo que usted le ha dado nunca a nadie. Háblenos de Ghargatuloth y la senda de San Evisser. ¿Qué planeaba hacer para traerlo de vuelta? ¿A quién instruyó para ayudarlo a realizar esa tarea?

Valinov se reclinó una vez más y suspiró.

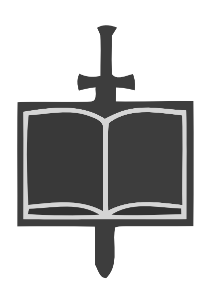
—Casi ha conseguido usted preocuparme, inquisidora, por un momento ha parecido como si usted supiera algo.

Ligeia cerró la carpeta, se puso en pie y le dirigió a Valinov el tipo de mirada de superioridad que se le daba tan bien. Los ojos de Valinov temblaban como si estuviera conteniendo la risa. Junto a Alaric, el operario a cargo del interrogatorio accionó un mando y la puerta se abrió de nuevo. Ligeia abandonó la celda caminando con elegancia, el servidor recogió la silla y la puerta volvió a cerrarse.

Las luces de la celda se apagaron dejando a Valinov sumido en la oscuridad total. Alaric podía oír la respiración malévola del inquisidor. Sabía por los informes previos de los interrogadores que Valinov no se derrumbaría si empleaban los procedimientos convencionales. Ligeia era la última esperanza que les quedaba para descifrar la mente de Valinov.

La voz de Ligeia llegó hasta Alaric a través del comunicador.

—Juez, aquí ya hemos hecho todo lo que hemos podido. Reúna a su escuadra en el *Rubicón*, el tiempo se nos acaba.



CUATRO

La senda de San Evisser

La senda de San Evisser era una pequeña zona olvidada situada en el este de la galaxia, en los límites del Segmentum Solar, muy cerca de los centros de la Eclesiarquía de Gathalamor y Chirios. La senda consistía en un par de decenas de mundos colonizados, y su visita suponía un viaje largo y extenuante serpenteando entre nebulosas y cinturones de asteroides, lo que se conocía como la Peregrinación de San Evisser.

Ligeia había conseguido algunas obras de referencia sobre la senda antes de embarcar, y Alaric pasó parte del viaje leyéndolas. Según parecía, hubo un tiempo en el que la senda constituía uno de los ejes del Culto Imperial. Era todo un ejemplo de piedad y devoción con infinidad de catedrales y templos erigidos en todos los mundos colonizados, una cantera de clérigos carismáticos en la que existía un júbilo tan intenso que los pináculos de las

catedrales estaban recubiertos de oro. La competencia entre los distintos mundos por mostrar una mayor devoción hizo que los festivales del Adeptus Ministorum se convirtieran en celebraciones que duraban varias semanas, con procesiones que serpenteaban a través de varios continentes. Rivalizaba con la senda religiosa de Sebastián Thor en cuanto a ostentación de la devoción y celebraciones en honor al Emperador.

Pero eso fue hace muchos siglos. El Imperio era un lugar enorme y cambiante, un punto incrustado entre las estrellas en el que la riqueza y la pobreza, la fama y la oscuridad se sucedían unas a otras constantemente.

Pero ahora la senda de San Evisser había caído en el olvido, no era más que otro conglomerado de mundos en los que miles de millones de ciudadanos del Imperio vivían sus vidas. La población, según había leído Alaric, había descendido alrededor de una cuarta parte desde su punto más alto. El mundo colmena de Volcanis Ultor estaba medio vacío y mundos agrícolas enteros habían sido dejados en barbecho. Parecía que tanto fervor religioso por lo menos había servido para que las rutas de la disformidad evitaran la senda. Ahora, al atravesarla, tan sólo se percibían reflejos de un esplendor de antaño y san Evisser era poco más que un simple nombre.

El *Rubicón*, el crucero de asalto de los Caballeros Grises, era una nave muy rápida, pero a pesar de eso les llevaría semanas llegar. Ligeia había enviado un mensaje astropático a la fortaleza inquisitorial bajo cuya jurisdicción se encontraba la senda, pero de momento había poco que hacer aparte de rezar, entrenar y esperar.



Alaric y Ligeia se reunían con frecuencia en los camarotes principales del *Rubicón*, una serie de estancias majestuosas de madera noble que, de no ser por la ausencia de ventanas y por el zumbido constante de los motores de disformidad, parecerían el interior de la casa de un gobernador.

—¿Qué es lo que usted recuerda —preguntó Ligeia una tarde después de que Alaric hubiera cumplido con los ritos de entrenamiento de los Caballeros Grises— de lo que era antes?

Alaric, ya sin su armadura, estaba sentado frente a Ligeia, que vestía su hábito de color negro grisáceo. Ligeia estaba dando cuenta de su cena habitual, consistente en exóticos manjares traídos desde el otro extremo del Imperio, mientras que Alaric, como siempre, comía poco.

—Nada —contestó.

—¿Nada? —Ligeia arqueó una de sus cejas—. Eso me resulta difícil de creer. Precisamente todo aquello que hice antes de saber de la existencia de la Inquisición es lo que hizo que me convirtiera en inquisidora.

—Un Caballero Gris debe tener un núcleo de fe inquebrantable. —Alaric cogió uno de los filetes de pescado de la bandeja de plata que tenía frente a él. En realidad, se sentía muy incómodo en medio del lujo del que siempre se rodeaba Ligeia—. Es como una roca en medio del océano. Eso es lo primero que se graba en nuestro subconsciente, aunque ninguno de nosotros recuerda haberlo aprendido. Usted comprenderá que no podemos saber cómo sería no tener ese escudo de fe. Si pudiéramos recordarlo, ese núcleo se agrietaría, se resquebrajaría. Para nosotros no existe recuerdo posible.

Ligeia se inclinó hacia adelante y esbozó una leve sonrisa. Incluso parecía un tanto infantil, como una niña que comparte un secreto con su mejor amiga.

—Pero usted antes era otra persona, Alaric. ¿Sabe quién?

Alaric negó con la cabeza.

—Aquélla era otra persona. El Ordo Malleus cuenta con las más avanzadas técnicas de psicoadoctrinamiento de todo el Imperio. No dejan ningún cabo suelto. Yo podría haber sido el capataz de alguna colmena, algún cazador tribal o cualquier otra cosa. El capítulo recluta a guerreros en cientos de planetas de todo tipo. Hubiera sido quien hubiera sido, me reclutaron antes de la adolescencia y me convirtieron en otra persona.

Ligeia dio un trago de vino.

—Parece un precio demasiado alto.

Alaric la miró. Sabía que estaba jugando con él; ella tenía una curiosidad insaciable y los Caballeros Grises no eran más que otra área de estudio.

—Ningún precio es demasiado alto —repuso—. Si nosotros no lo hacemos, no lo hará nadie más. El Caos siempre ha estado a punto de tragarnos a todos, y perder unas pocas mentes viciadas no es nada en comparación con lo que ocurriría si fracasamos.

—Debo confesar —admitió Ligeia— que luchamos de maneras muy diferentes.

—Tengo entendido que usted no fue reclutada originalmente por el Ordo Malleus —dijo Alaric satisfaciendo un poco su propia curiosidad—. Por lo que sé sobre la Inquisición, eso es algo muy poco común.

—Fui reclutada como personal de la fortaleza del Ordo Hereticus en Gathalamor. —Ligeia diseccionaba hábilmente el filete de pescado mientras hablaba, y Alaric pensó en la educación que debía de haber recibido para realizar semejante acción de manera automática. Estaba un tanto sorprendido de que una mujer con la mente tan despierta pudiera haber salido de las encorsetadas clases nobiliarias de Gathalamor—. Resultó que yo era más útil de lo que esperaban. Como psíquica, puedo descifrar información escrita en cualquier idioma. El Ordo Malleus… me hizo una oferta y la acepté. Hubo cierta resistencia, pero el Malleus tiene sus recursos. —Le dirigió una sonrisa leve y disimulada.

—¿Resistencia? Parece que sé menos de la Inquisición de lo que pensaba.

—Y eso es así deliberadamente, juez. Nuestra política puede llegar a ser muy complicada, y usted no es un político, es una arma. Usted no necesita conocer nuestras diferentes facciones y luchas internas, casi todas ellas son cuestiones de orgullo y de dogma. Pero créame, los hombres como Valinov son más comunes de lo que cualquiera de nosotros admitiría.

—Es usted muy abierta —afirmó Alaric, quien, por mera educación, comió un trozo de pescado. Tenía un gusto sabroso y picante muy distinto del de las gachas sintetizadas que hacían para los Caballeros Grises en Titán. No le gustaba nada. Comer algo así era puro amaneramiento, una demostración de orgullo, y habían caído suficientes Caballeros Grises por culpa del orgullo para que a Alaric todo aquello le resultara desagradable.

—Confío en usted, juez —contestó Ligeia—. Debemos confiar el uno en el otro. Usted no sabría llevar a cabo una investigación y evidentemente yo no sé luchar, de modo que no nos queda más remedio que confiar en nosotros.

Ligeia había traído a su cuerpo de guardaespaldas del Culto de la Muerte. Ahora estaban allí, en los rincones oscuros de los aposentos de Ligeia, con sus guantes y sus máscaras de color negro brillante entre los que escondían decenas de cuchillos. Estaban muy bien entrenados y, de alguna manera, unidos personalmente a Ligeia. Si contaba con su ayuda, Alaric dudaba de que Ligeia no fuera capaz de salir adelante cuando las balas empezaran a silbar.

Los receptores del *Rubicón* comenzaron a emitir un zumbido, lo que significaba la llegada de un mensaje astropático. Los astrópatas empleados por los Caballeros Grises eran poco más que meras cifras, hombres y mujeres cuyas mentes eran limpiadas después de cada misión para evitar que recordaran cualquier información confidencial. Se oyó una voz apagada y gris.

—Conducto telepático establecido. Hemos entrado en la jurisdicción de la fortaleza inquisitorial de Trepytos. Solicitan itinerario, manifiesto y misión.

Ligeia se puso en pie, se alisó el vestido y chasqueó los dedos para llamar a un servidor para que recogiera los restos del festín. Se limpió las manos con una servilleta, otro amaneramiento más teniendo en cuenta que sólo había usado cubiertos de plata.

—Ya casi hemos llegado. Me temo que algunos políticos de los que hemos hablado antes van entrar en escena, juez. Los inquisidores del Ordo Hereticus que controlan la senda de San Evisser tienen su base en la fortaleza de Trepytos, y hay ciertos protocolos que debemos respetar si queremos actuar libremente dentro de su jurisdicción.

—Advertiré a mis hombres de que llegaremos pronto.

—Bien. Dígales que muestren su mejor cara, juez, un destacamento de Caballeros Grises con la armadura bien brillante no estaría de más si queremos que nos den carta blanca.

Alaric la miró fijamente.

—Mis hermanos de batalla cumplen a rajatabla con los ritos de mantenimiento de su equipo de combate, inquisidora.

Ligeia le dirigió una sonrisa.

—Por supuesto. Y ahora, si me disculpa, me necesitan en el puente.

Volvió a chasquear los dedos y los adeptos del Culto de la Muerte al servicio de Ligeia emergieron de las sombras para seguirla como si fueran su guardia personal. Eran seis asesinos vestidos con ropa de cuero negro que se movían con una precisión felina, siempre con una mano en la empuñadura de la espada. Tenían la cara cubierta con inexpresivas máscaras a excepción de los ojos. Alaric pudo apreciar el efecto intimidatorio que podrían llegar a tener; no era la primera vez que se preguntaba de dónde los habría sacado Ligeia. Era un grupo que desentonaba junto a una dama aristocrática.

Durante un brevísimo instante Alaric se preguntó quién habría sido antes. Una vez hubo un niño que fue recogido por un capellán de los Caballeros Grises o por una Nave Negra de la Inquisición, y que fue borrado de la existencia mediante innumerables sesiones de psicoadoctrinamiento. ¿En qué se habría convertido de no ser un Caballero Gris?

Habría sido algo muy distinto a lo que Alaric era hoy en día. Eso era lo que le habían dicho y lo que siempre había creído. En seguida abandonó esos pensamientos y se dirigió a la cubierta de entrenamiento para reunirse con sus hombres.

* * *

El *Rubicón* era uno de los mejores transportes que habían atracado en Trepytos en varios cientos de años. Era de un color bronce grisáceo muy brillante y tenía oraciones protectoras pintadas en color dorado por todo el casco. Era una versión modificada de los cruceros de asalto empleados por los marines espaciales del Adeptus Astartes, con una plataforma sobredimensionada para las cápsulas de desembarco, dependencias

fuertemente protegidas para personal de la Inquisición y una extensa red de protectores hexagrámicos visibles en cada tuerca y en cada panel.

La fortaleza de Trepytos, por otro lado, había vivido días mejores. Era un impresionante castillo de granito negro, cuyas imponentes almenas ocultaban innumerables láseres de defensa planetaria y lanzamisiles orbitales. Debajo se encontraba el baluarte de la Inquisición desde el cual el Ordo Malleus vigilaba la senda de San Evisser. Alrededor se apilaban las ruinas de lo que una vez fue una próspera y exclusiva ciudad fortificada, desde la que la aristocracia de la senda vigilaba a los altos cargos de la Guardia y de la Marina, así como a los escalafones más altos de la Eclesiarquía.

Trepytos había sido uno de los centros de autoridad más importantes de la senda, pero ahora estaba en decadencia. El declive de la adoración a san Evisser había golpeado a este planeta más fuerte que a cualquier otro. Enormes y majestuosos parajes naturales, antaño protegidos por una nobleza a la que le encantaba la caza y la aventura, ahora no eran más que territorios cuya maleza salvaje invadía ciudades en ruinas. La población sobrevivía en enclaves, y la presencia del Ordo Malleus no era más que un fantasma en la majestuosa y casi deshabitada fortaleza.

El *Rubicón* entró en la órbita baja, donde la torre de acoplamiento sobresalía entre las nubes grises y sucias de la atmósfera. Las pinzas de acoplamiento se sellaron y, mientras el crucero repostaba, la inquisidora Ligeia, sus guardaespaldas y el juez Alaric descendieron en una lanzadera oficial para ver el estado de la senda de San Evisser después de cientos de años de declive.



El inquisidor Lamerrian Klaes los estaba esperando en el salón de asambleas, una estancia cavernosa y fría en el corazón de la fortaleza de Trepytos. Hubo un tiempo en el que esta sala albergaba a cientos de

asistentes en interminables hileras de asientos, pero ahora no había nadie más. A la altura del techo había una enorme pantalla plegada y envuelta en un tejido negro que acumulaba polvo. Antiguamente, en aquel salón se reunía la élite de la senda para llevar a cabo audiencias o hacer públicos los edictos inquisitoriales; ahora estaba tan tranquila y vacía que era un lugar tan bueno como cualquier otro de la fortaleza para discutir asuntos delicados. La única parte iluminada de la sala era el centro, donde había un grupo de bancos de datos y cogitadores dispuestos en un semicírculo que emitían una luz rojiza y pálida. Era ahí donde el inquisidor Klaes trabajaba, y debido a que el número de soldados y de personal que habitaban la fortaleza era muy reducido, trabajaba solo.

Klaes era un hombre delgado, anguloso e inquieto que parecía más un adepto del Administratum que un inquisidor. Si no fuera por la espada de energía que llevaba enfundada en la cintura y por el sello de la Inquisición que le colgaba del cuello, habría pasado por uno más de los miles de millones de chupatintas que mantenían el Imperio unido con cinta aislante.

Alaric y Ligeia entraron guiados por las tropas de asalto del Hereticus que formaban parte del destacamento de la fortaleza. Klaes, que estaba en el centro del salón rodeado de monitores y montones de páginas con datos, los miró molesto mientras entraban. Cuando vio a Alaric retrocedió sorprendido. Ligeia estaba como siempre, por supuesto, pero Alaric, que medía casi tres metros con su enorme servoarmadura recién pulida, era una visión bastante imponente.

—Inquisidora Ligeia —dijo con una voz directa y sorprendentemente fuerte mientras se ponía en pie para saludarla—. La estaba esperando. —Inclinó ligeramente la cabeza ante Alaric.

—Juez.

Alaric le devolvió el mismo saludo. Klaes no esperaba a los Caballeros Grises.

—Me temo que hemos llegado en un momento en el que está usted terriblemente ocupado. —Ligeia señaló hacia las pantallas y las hojas con datos. Las pantallas estaban proyectando imágenes de cámaras de vigilancia,

columnas con datos y estadísticas y fragmentos de textos. Las hojas impresas estaban desparramadas por el suelo.

—La información es como nuestra sangre, inquisidora —señaló Klaes—. Incluso hoy en día la senda de San Evisser la genera en ingentes cantidades. Soy el único aquí que tiene autoridad total para actuar según lo que vea, de modo que tengo que verlo todo.

—Entonces tendremos que trabajar mano a mano, inquisidor Klaes —declaró Ligeia, que se acercó hasta el montón de pantallas y cogitadores que rodeaban a Klaes y dejó pasar entre sus dedos una de las hojas que salían de una de las máquinas—. Tenemos razones para pensar que hay una amenaza demoníaca que ha emergido, o que está a punto de emerger, en algún lugar de la senda. Mi deber es encontrarla y, con la ayuda del juez Alaric y de sus hombres, destruirla.

Klaes avanzó hasta Alaric, que al ver la divisa heráldica tallada en la espada de Klaes, se preguntó qué noble casa se sentiría tan en deuda con él como para haberle entregado una de sus reliquias familiares.

Klaes extendió la mano esperando un apretón. Alaric hizo lo propio.

—Juez, es un extraño placer. Había oído hablar de los Caballeros Grises, pero aquí en el Hereticus escasean bastante. Bienvenido a la senda de San Evisser, sea lo que sea lo que ha venido a hacer aquí.

—No hay mucho que decir, inquisidor —dijo Alaric, un tanto incómodo con tanta diplomacia—. Nuestro propósito es simple. Somos soldados y necesitamos apoyo como cualquier otro soldado.

—Por supuesto, pero comprenderá usted… —en este punto Klaes se volvió hacia Ligeia—… que la senda ha caído en el olvido. Yo soy la única presencia inquisitorial permanente en toda la senda, y los recursos de esta fortaleza son muy limitados. Podría ponerme en contacto con el Adeptus Arbites, cuyas tropas son mucho más numerosas que las del Hereticus, pero creo que ya están bastante ocupados. De hecho, son ellos los que controlan varios de los planetas después de que la nobleza haya volado. Aquí no hay ni un solo marine espacial que pudiera responder a mi llamada ahora que Abaddon está saliendo por las Puertas de Cadia. Le prestaré toda la ayuda

que me sea posible, pero la senda está en horas muy bajas, y si quiere volver a ver su esplendor me temo que tendrá que esperar mucho tiempo.

—Tiempo es precisamente lo que no tenemos —terció Ligeia—. Necesitaré acceso a todos sus informes sobre cultos u otras actividades sospechosas. Necesito detalles, entrevistarme con los investigadores, si fuera posible. Me temo que necesitaré acceso total y plena jurisdicción.

—Muchos de los investigadores aún están infiltrados y no puedo hacerlos venir avisándolos con tan poco tiempo. Respecto a los demás, podría traérselos, pero me estaría saltando muchos de los protocolos del Hereticus y tendría que responder ante el cónclave del sector. Necesitaría saber qué tipo de amenaza está usted investigando.

—Mmmm. —Ligeia reflexionó durante un instante—. Si usted está dispuesto a saltarse el protocolo, yo también. La criatura tras la que andamos es conocida por algunos como Ghargatuloth. El juez Alaric le puede contar la historia mucho mejor que yo. Juez, ¿le importa?

Alaric no esperaba convertirse en narrador, pero supuso que Ligeia tenía razón. Para los Caballeros Grises la historia del gran maestre Mandulis y el Príncipe de las Mil Caras era casi una parábola religiosa, un ejemplo del sacrificio de los Caballeros Grises y de la maldad sobrenatural a la que debían enfrentarse.

Alaric le contó al inquisidor Klaes la historia de la muerte de Mandulis del destierro de Ghargatuloth, y lo hizo del mismo modo en el que los capellanes se la contaron a él cuando aún era un novicio sobrecogido por lo que se avecinaba.

Cuando hubo terminado, el inquisidor Klaes se sentó frente a sus pantallas y las miró durante unos instantes. Reflejadas en sus ojos se veían pasar columnas y más columnas de cifras.

—Nuestros archivos están en un estado lamentable —comenzó—. El Adeptus Mechanicus retiró todo el apoyo lexicomecánico hace doscientos años. He encargado a varios interrogadores que intenten ordenarlos, pero el progreso ha sido mínimo.

—Si yo hubiera estado aquí, inquisidor, eso no habría supuesto ningún problema. La información es mi especialidad.

—Bien, entonces tendrá usted acceso a todo lo que sabemos. La pondré en contacto con el superintendente Marechal, nuestro contacto de más alto rango en el Arbites. No creo que me agradezca que lo ponga en contacto con usted, pero asegúrese de que comprenda la autoridad que usted trae consigo y le brindará toda la ayuda que pueda. Podrán ustedes amarrar su nave aquí y en cualquier otro lugar de la senda preparado para recibir a un crucero de asalto, aunque no es que haya demasiados. Haré que el personal de la fortaleza prepare los aposentos para usted. Y usted, juez, tiene acceso total a los barracones; de todos modos están medio vacíos.

Ligeia sonrió gentilmente, algo que Alaric ya había comprobado que se le daba muy bien.

—Me alegro de que comprenda la importancia de nuestra misión, inquisidor. Debemos empezar a trabajar en seguida, haré que mi personal desembarque del *Rubicón* y nos pondremos a revisar sus archivos.

—Le asignaré un guía —dijo Klaes—. Me temo que dado el estado de la fortaleza, lo necesitará.



El inquisidor Klaes contaba con un personal de doscientos individuos destinados en la fortaleza, casi todos ellos provenientes del Administratum y del Adeptus Arbites, junto con un destacamento de trescientas tropas de asalto del Hereticus. Los archivos de la fortaleza estaban administrados por un pequeño grupo de investigadores y archiveros que antes pertenecieron al Administratum, cuya experiencia con la inmensamente compleja burocracia del Imperio hacía que fueran muy eficientes en el manejo de la copiosa información generada en la senda.

La inquisidora Ligeia comprobó que los archivos se encontraban en un estado lamentable. El poco personal que quedaba había sido incapaz de almacenar debidamente todos los libros de cuentas, pizarras de datos y documentos escritos, y muchos de ellos permanecían descatalogados y

amontonados en las ruinosas estanterías que llenaban las catacumbas frías y húmedas que había bajo la fortaleza. Cada uno de los focos iluminaba poco más que una vela, bajo cuya luz los lomos desgastados de miles de libros parpadeaban débilmente.

—Al principio el Adeptus Mechanicus mantenía todo esto —dijo la archivera. Se trataba de una mujer joven y un tanto nerviosa, con la piel pálida debido a la falta de sol y con un monótono uniforme del Administratum—. Pero sin sus lexicomecánicos resultó imposible mantenerlo todo en orden. Tenemos informes del Arbites, monitorizaciones astropáticas, transcripciones de interrogatorios. Todo ello generado en la senda. Hemos intentado seleccionar la información más relevante y archivarla como es debido, pero hay mucha que se nos escapa y que podría ser importante. Como usted ya sabe, inquisidora…

—… nuestro trabajo depende de los detalles —la interrumpió Ligeia—. ¿Cuántas estancias como ésta hay aquí? —Ligeia se refería a la cámara en la que se encontraban, en la que decenas de estanterías que llegaban hasta el techo emanaban el característico olor a moho del papel en descomposición.

—Diecisiete —dijo la archivera—. Las que están intactas son las de la época de mayor esplendor de la senda. Algunas de las cámaras se perdieron por culpa de las inundaciones, y hace veinte años una plaga de ratas devoró cientos de libros. Estamos permanentemente buscando donde guardar los nuevos archivos, ya que hace tiempo que las estancias dedicadas a albergarlos están completas.

—Tendría que echar un vistazo a los archivos que estén catalogados —anunció Ligeia mientras se quitaba los guantes de terciopelo para sentir cómo el aire viciado hormigueaba sobre su piel—. Necesito toda la información disponible sobre cultos, tanto activos como extintos. Den prioridad a las sectas apocalípticas, averigüen si queda algún superviviente encarcelado en la senda. Empezaremos por ahí.

—Por supuesto, inquisidora —respondió la archivera, cuya voz era incapaz de disimular el desconcierto que sentía.

Ligeia se frotó las manos mientras la mujer se marchaba. En aquella cámara podía sentir el peso de algo con significado, aunque casi todo fuera

aburrido e irrelevante. Pero había cicatrices de violencia y herejía que todavía se percibían, como vetas en una placa de mármol. El débil eco del esplendor perdido de la senda llegó hasta ella. Aunque aún era el hogar de millones de ciudadanos del Imperio, llevaba bastante tiempo muriendo lentamente, y estaba de luto por la pérdida de su célebre devoción y riqueza. La guerra también había alcanzado a la senda, cuando diversas naciones o planetas intentaron independizarse del yugo imperial y cuando legiones enteras de hombres y mujeres se marcharon para luchar en las guerras que salpicaban todo el Imperio.

Empezó por el mundo en el que se encontraba, sacando a la luz sus numerosos detalles gracias a inventarios y registros de la propia fortaleza, dejó que la información fluyera hasta ella. Sintió que la sociedad de Trepytos había sido puesta al descubierto, dejando tan sólo un frío y durísimo núcleo inquisitorial, cada vez más reducido pero que aún trataba desesperadamente de mantener a la senda unida.

Después sacó a Trepytos de su mente y pasó a concentrarse en el mundo más importante de toda la senda. Volcanis Ultor era un mundo viejo y beligerante; ahora estaba decrépito, pero aún le quedaban fuerzas para una última batalla. Algunas de sus colmenas estaban completamente deshabitadas, otras estaban ocupadas al máximo, como si los ciudadanos quisieran apiñarse en busca de seguridad. El hermoso lustro aterciopelado de la Eclesiarquía aún se extendía sobre Volcanis Ultor. La autoridad que los cardenales ejercían sobre aquel planeta era toda una reliquia de la antigua importancia religiosa de la senda.

El mundo forja de Magnos Omicron estaba repleto de factorías dedicadas a forjar armas para los ejércitos que en aquellos momentos se dirigían hacia el Ojo del Terror.

Pero el Adeptus Mechanicus era extremadamente estricto y los cargueros que visitaban este mundo no traían ningún otro beneficio al resto de la senda. Para Ligeia, éste era un mundo nublado y oscuro, sólo percibía pequeños destellos de información técnica, nuevos modelos de tanques u otras armas que salían de las forjas y movimientos diplomáticos abortados que intentaban devolver a Magnos Omicron al redil de las autoridades de la

senda. El Mechanicus se había afanado en mantener a este mundo fuera de la jurisdicción de la senda y, por lo que Ligeia podía ver, se trataba de uno de los pocos lugares de San Evisser que no estaba envuelto en una espiral de declive y oscuridad.

Los mundos medio colonizados o despoblados suponían sombras de ignorancia en las que la información cesaba completamente. El mundo jardín de Farfullen era una pequeña chispa brillante, demasiado poco poblado como para ser importante, pero famoso por su belleza. Los archivos grises y aburridos de los mundos agrícolas sólo contenían cuotas de producción e información sobre diezmos. Unos pocos chasquidos mecánicos delataron la presencia de estaciones de monitorización en las afueras de otros sistemas más importantes, pero su existencia se componía tan sólo de cifras sin sentido salidas de diversos sensores.

El poder psíquico de Ligeia le permitía extraer el sentido a partir de cualquier medio. La Senda al completo se encontraba allí, bajo la fortaleza de Trepytos. Podía sentir cómo los planetas orbitaban en el espacio y cómo las corrientes de sus historias fluían hasta ella. Los cultos que vio eran oscuros pozos de maldad y depravación. Las intervenciones del Imperio eran heridas infligidas a modo de castigo. Pero no era suficiente, necesitaba detalles.

Ligeia se acercó hasta la estantería más cercana, la parte baja de su vestido de viaje empezaba a volverse gris debido a la acumulación de polvo. Extrajo un volumen, era una colección de crónicas anuales del Officio Medicae sobre el mundo agrícola de Villendion, en uno de los extremos de la senda, que hacía referencia a los últimos treinta años. Sus páginas transmitían enfermedades y desesperación antiséptica.

Ligeia posó sus manos sobre la cubierta, dejando que el conocimiento fluyera hasta su mente.

En silencio, y explotando las habilidades que tanto habían escandalizado a los círculos nobles entre los que había crecido, Ligeia comenzó.

* * *

Alaric se irguió poniéndose casi de puntillas, sus manos se movían suavemente de un lado a otro mientras se estiraba, preparado para atacar en cualquier momento. Se movía exactamente tal y como le habían enseñado, con cada uno de sus músculos preparados para moverse en cualquier dirección en menos de una fracción de segundo, ya fuera para esquivar, parar o golpear.

Tancred era más alto, de modo que se agachó aún más, listo para aprovechar su mayor envergadura. Todos los marines espaciales eran altos, y los Caballeros Grises no eran una excepción, pero Tancred era enorme, y no sólo eso, sino también ancho, con unos pectorales que parecían losas de piedra bajo su coraza negra y unas manos enormes. Su cabeza era una amalgama de cicatrices, y alrededor del cuello, colgada de una cadena de plata, lucía una Crux Terminatus.

Alaric se echó hacia adelante para golpear a Tancred en la rodilla. Éste lo vio venir e hizo exactamente lo que Alaric esperaba que haría, se giró hacia un lado y dio un pequeño paso hacia atrás para evitar el golpe de Alaric, que se escurrió detrás de la espalda de Tancred y lo golpeó con el hombro, haciendo que perdiera el equilibrio.

Alaric saltó dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre el otro hombre. Tancred cayó hacia adelante, pero se dio la vuelta con una velocidad que siempre era sorprendente en un hombre de aquel tamaño y clavó uno de sus pies en el estómago de Alaric. Acto seguido se apoyó sobre el suelo de acero ribeteado para lanzar por encima de su cabeza a Alaric, que aterrizó causando un enorme estruendo.

Alaric se dio la vuelta tan rápido como pudo y se preparó para inmovilizar a Tancred. Pero de pronto sintió un enorme peso sobre la nuca, era el pie de Tancred. Igual que un cazador que acaba de abatir a su presa, Tancred se puso de pie sobre él.

—Estás muerto, juez —dijo con uno de sus habituales gruñidos.

Retiró el pie de la nuca de Alaric y éste se puso en pie. La pelea lo había dejado sin aliento, pero parecía como si Tancred ni siquiera hubiera empezado a sudar.

—Bien —continuó éste—. ¿Qué es lo que has aprendido?

—No conviene intentar atacarte cuando estás en el suelo.

—Aparte de eso. —Tancred era un auténtico veterano, con una extensa colección de cicatrices y un puesto entre las tropas de asalto que contaban con una armadura de exterminador para demostrarlo. Era mayor que Alaric y había luchado durante más tiempo; le quedaba poco que aprender sobre combate directo y defensa personal.

—A no enfrentarme a un oponente más fuerte en su propio terreno.

—Mal. —Tancred caminó hasta el límite del círculo de entrenamiento, donde un arco ennegrecido por el paso de los años daba acceso a las celdas.

El *Rubicón* había sido construido con una cubierta aparte para las celdas monásticas, en las que los hermanos de batalla dormían y pasaban los pocos momentos de asueto de los que disponían. También contaba con zonas de entrenamiento, una capilla, talleres para reparar sus armaduras, un pequeño apotecarión y todo lo que necesitaban para mantenerse sanos en cuerpo y alma. Los Caballeros Grises estaban completamente separados del resto de la tripulación del *Rubicón*, que estaba formada por mecánicos y artilleros muy bien entrenados y que pertenecían al Ordo Malleus.

—La lección —continuó Tancred mientras los dos marines espaciales caminaban por los corredores oscuros— consiste en jugar con tu ventaja. Yo soy fuerte y pesado, tú eres más pequeño y ágil. Yo he aprovechado mi ventaja, pero tú no has aprovechado la tuya.

Alaric negó con la cabeza.

—¿Alguna vez has perdido? —preguntó.

—Con el hermano capitán Stern —contestó Tancred—. Me concedió el honor de romperme la nariz.

El hermano capitán Stern era uno de los guerreros más respetados con los que contaban los Caballeros Grises. A Alaric no le sorprendió que fuera un hombre de esa categoría el que venció a Tancred.

—¿Qué es lo que comentan tus hombres? —preguntó Alaric.

Tancred no era considerado un líder con tanto potencial como Alaric, lo que significaba que había sido juez durante mucho más tiempo que la mayoría y que había creado un lazo con su escuadra de exterminadores que hacía que mereciera la pena escucharlo cuando se hablara sobre la moral de sus hombres.

—Creo que preferirían estar en el Ojo —respondió Tancred casi con tristeza—. Aún no han dicho nada pero percibo sus dudas. No creen que Ligeia sea una guerrera.

—No lo es —afirmó Alaric—. No pretende serlo, pero confío en ella.

—Entonces ellos también lo harán. Pero si nos mantienen aquí sin enfrentarnos con el enemigo, eso no ayudará mucho.

Tancred no llegó a pronunciar el nombre de Ghargatuloth, no por orden de Alaric sino porque no se tenía por costumbre. Los nombres de los demonios eran impuros.

—Ni siquiera sabemos si está en la senda. E incluso si no lo está, este lugar ha estado demasiado tiempo alejado de los ojos del Emperador. Tengo la impresión de que nos requerirán muy pronto.

Llegaron hasta la celda de Tancred, una pequeña y simple estancia en cuyas paredes colgaban textos extraídos del *Liber Daemonicum*. Las severas palabras de los Ritos de Aversión eran lo primero que Tancred veía al despertar y lo último que miraba antes de dormir. Su armadura de exterminador estaba apoyada en un rincón, sus placas pulidas refulgían débilmente bajo la luz tenue. La placa con forma de escudo del Insignium Valoris de uno de los hombros de la armadura lucía el escudo heráldico de Tancred, la mitad de éste era de un color negro brillante que representaba el espacio, la otra mitad era roja con estrellas blancas. Cada estrella representaba una acción de combate.

—Haz que tus hombres repasen los catecismos de la intolerancia —recomendó Alaric—. Creo que son unas oraciones muy apropiadas para la senda. Yo lideraré los ritos de fuego de la escuadra de Santoro, los necesitaremos cuando llegue la hora.

—Santoro es un buen hombre —dijo Tancred mientras entraba en su celda y cogía la copia del *Liber Daemonicum* que había junto a la armadura

—. Y Genhain perdió a un hermano de batalla en el cinturón de Gaolven, por eso querrá venganza. Creo que has elegido a tus jueces sabiamente.

—No se trata de venganza, Tancred, se trata de detener a Ghargatuloth.

—Puede ser. —Tancred ojeó el *Liber Daemonicum* hasta que encontró una página, muy gastada, con los catecismos de la intolerancia—. Pero la venganza ayuda.

* * *

La cámara de interrogación número nueve estaba teñida del color oscuro de la sangre.

El Ordo Malleus contaba con el mejor personal de interrogación y con el mejor equipamiento de todo el Imperio, y cada sala de interrogación había visto cómo varias generaciones de teorías psicológicas se ponían en práctica.

Cirugía psíquica capaz de insertar una personalidad dócil dentro de la cabeza de un prisionero. Complejos escenarios de control mental que podían hacer creer a un hombre que el universo se había terminado y sus interrogadores eran dioses. Destrucción total de la personalidad hasta eliminar todos los aspectos de la mente de una persona, excepto las partes que el Malleus necesitara conocer.

Normalmente los interrogadores solían comenzar por las técnicas más clásicas, las que entrañaban derramamiento de sangre.

Ni una sola de las técnicas tradicionales había dado resultado con Gholic Ren-Sar Valinov, en aquella misma sala número nueve. Habían trabajado con él durante semanas, pero no se había derrumbado. Un examen muy meticuloso de su cuerpo revelaría cicatrices quirúrgicas casi invisibles en las zonas en las que el daño que se le había infligido había sido reparado, puesto que el Malleus siempre había querido evitar algo tan burdo como dañar a sus enemigos sin motivo aparente.

Aplicar estas técnicas a un hombre como Valinov no era más que un puro trámite. Como inquisidor, su entrenamiento, su adoctrinamiento y su

experiencia no hacían más que reforzar la idea de que nunca se sometería con las técnicas convencionales. El personal de Mimas había probado con todas ellas con una monotonía mecánica, deteniéndose sólo para preguntar. ¿Para quién trabajaba Valinov? ¿Cuál era su relación con Ghargatuloth? ¿Por qué tenía en su poder el *Codicium Aeternum*?

Pero llegó el momento de pasar a las siguientes etapas, para lo cual los propios inquisidores debían dar su autorización.

El explicador Riggensen era miembro de un reducido grupo de psíquicos aprendices, tutelados por inquisidores del Ordo Malleus, cuyas mentes habían demostrado ser lo suficientemente fuertes como para que sus poderes fueran expandidos y desarrollados. Riggensen era un telépata que había estudiado a las órdenes del señor inquisidor Coetaz, y que había aprendido a usar su poder para abrir mentes especialmente contumaces. Él y un puñado de hombres y mujeres como él estaban destinados permanentemente en Mimas, con el fin de extraer información vital de las mentes de los prisioneros más recalcitrantes retenidos por el Malleus.

La cámara de interrogación estaba monitorizada desde una pequeña habitación adyacente. Una enorme ventana reflejaba la imagen de Valinov, sentado desnudo en un rincón de la sala sin muebles. Las pantallas que había en las paredes mostraban la misma imagen en distintas longitudes de onda, y varios monitores mostraban los signos vitales de Valinov. Protectores psíquicos y antidemoníacos colgaban de las paredes de la sala de monitorización en forma de textos devotos y sellos de pureza. Servidores armados rodeaban a Riggensen mientras pensaba en su siguiente movimiento; más de un interrogador como él ya había sido puesto en peligro por prisioneros psíquicos como Valinov.

Dos miembros del personal de interrogación controlaban los signos vitales de Valinov y estaban en comunicación directa con la fortaleza inquisitorial de Encaladus. Casi todos los pesos pesados del Ordo Malleus estaban de camino al Ojo del Terror o ya se encontraban tras las líneas enemigas, pero aún quedaba un importante foco de autoridad en Encaladus, y muchos inquisidores estaban a la escucha.

—Protectores desactivados —dijo Riggensen mientras el interrogador que había junto a él desactivaba los protectores psíquicos que había en las paredes de la cámara.

Riggensen cerró los ojos y dejó que su mente volara. Aquella cámara palpitaba con el sufrimiento que se había inflingido allí y con la sangre que aún manchaba las paredes. Sentado en el rincón, Valinov representaba un nudo vital extremadamente complejo, un núcleo duro como el diamante se escondía detrás de sus ojos. Riggensen ya había sentido con anterioridad la férrea voluntad de un inquisidor, y sabía que algún día tendría que intentar romper ese núcleo. Pero también estaba seguro de que fracasaría. Sin embargo, había que agotar todas y cada una de las posibilidades para obtener la máxima información posible antes de que Valinov fuera ejecutado, y Riggensen era probablemente la última oportunidad que le quedaba al Malleus para abrir su mente.

—Abran —ordenó Riggensen mientras se ponía en pie.

La pared frontal de la sala de monitorización se abrió lentamente y Riggensen pasó a la cámara adyacente. Las baldosas manchadas de sangre seca hacían que la superficie fuera resbaladiza. Aquella cámara apestaba a sudor.

Valinov miró en su dirección. Aquel solitario inquisidor había estado privado de sueño y comida, pero parecía estar orgulloso de no dejar que su salud se resintiera.

—¿Un explicador? Veo que estáis empezando a desesperaron. Me preguntaba cuánto tardaríais.

—Esto no tiene por qué ser así, inquisidor —dijo Riggensen.

—Sí que tiene. Así es como funciona, ¿verdad? Hacéis todo lo que está en vuestras manos para dejarme sin fuerzas y después acabáis conmigo. Así que daos prisa y terminad ya.

Riggensen extendió la mano y la puso frente al rostro de Valinov, empleando toda su energía para que atravesara su mente.

Valinov se resistía, y era muy fuerte. Riggensen podía sentir las espirales de odio en la mente de aquel hombre, furiosas tormentas de arrogancia. Se movía por el mismo principio que movía a cualquier inquisidor, una fe

inquebrantable y absoluta. Pero la fe de Valinov era oscura, invadida por el hedor del Caos. Los nombres de dioses que Riggensen tenía prohibido pronunciar resonaban en las zonas de la memoria a las que Valinov le permitía el acceso.

Valinov lo estaba tanteando. Riggensen nunca había sentido una mente tan fuerte. Valinov no podía esconder su corrupción pero podía elegir qué detalles mostrar a Riggensen, y no estaba dejando salir nada importante. El núcleo infranqueable de su fuerza de voluntad lo protegía todo. No había registros que sugirieran que Valinov era psíquico, pero su determinación era sobrehumana.

Sin previo aviso, Valinov contraatacó. La corriente psíquica invadió la mente de Riggensen, que fue empujado hacia atrás atravesando el panel tras el que se encontraba la sala de monitorización. Los dos miembros del equipo de interrogación cayeron al suelo y los servidores empezaron a zumbar y apuntaron con sus cañones a Riggensen y a Valinov.

Riggensen salió de la mente de Valinov justo antes de caer inconsciente. La sala de monitorización volvió a iluminarse, repleta de máquinas destrozadas que echaban chispas.

—¡Aborten el proceso! —gritó uno de los interrogadores mientras volvía a activar los protectores psíquicos.

—¡No! —dijo Riggensen al tiempo que lo agarraba por la muñeca.

Valinov se puso en pie y comenzó a andar por la estancia.

—Asesino a millones de alimañas ante los ojos de la Inquisición y ellos me envían a un niño —dijo con desdén—. Mi mente no se derrumbará nunca, ¿es que no lo veis? Ya no me queda nada que perder.

Riggensen lanzó un dardo psíquico que atravesó la sala de monitorización y se clavó en la frente de Valinov, que empezó a sufrir espasmos cuando las partes motorizadas de su cerebro se sobrecargaron. Sin embargo, el dardo se hizo añicos como si fuera una flecha de cristal cuando chocó contra el núcleo de su voluntad.

La mente de Riggensen escudriñó la psique de Valinov, pero sólo encontró desiertos que bullían de odio. Valinov le lanzaba pensamientos envenenados. *Traidor*, lo llamaba. *Escoria. Fracasado. Basura. Inútil.*

Riggensen lanzó varias oraciones directamente hacia la mente de Valinov. Palabras que harían aflorar las lágrimas en los demonios más llenos de odio. Valinov captó la onda psíquica de Riggensen y los dos hombres lucharon. La fuerza de voluntad de Valinov contra el poder psíquico de Riggensen. Valinov estaba de rodillas y sonreía nerviosamente dejando ver sus dientes ensangrentados, pero su mente permanecía intacta.

—Sus signos vitales están oscilando —dijo uno de los interrogadores en los límites perceptivos de Riggensen. Tan sólo podía oír los pitidos de los cogitadores médicos que lo avisaban de que Valinov estaba a punto de entrar en parada cardiorrespiratoria. Pero el inquisidor seguía luchando.

Reflejos de puro dolor comenzaron a atravesar aquel campo de batalla mental mientras el cuerpo de Valinov llegaba al límite de su resistencia. Riggensen podía sentir cómo el corazón de Valinov latía entrecortadamente y cómo sus pulmones luchaban, agonizantes, en busca de aire.

Riggensen volvió cojeando a la cámara mientras se tambaleaba ante la resistencia de Valinov, como un hombre que camina en medio de un huracán. Valinov atacó lanzando un rayo de maldad pura y Riggensen se precipitó contra uno de los muros de la cámara; después, movido por la misma fuerza, atravesó la estancia y chocó contra el muro del lado opuesto. Riggensen intentaba detener la mente de Valinov, aferrándose con todas sus fuerzas mientras la psique más poderosa a la que jamás se había enfrentado se abalanzaba contra la suya como un animal salvaje.

—¡Signos en estado crítico! ¡Avisen a los apotecarios ahora mismo! —gritó alguien.

Riggensen no lo oyó. Todo aquello que lo repugnaba lo estaba mirando fijamente como un único ojo repleto de odio. Corrupción. Traición. Someterse ante el enemigo. Valinov albergaba mucho odio, pero Riggensen también.

Riggensen hizo acopio del último resquicio de fuerza que le quedaba y lanzó un golpe mental hacia el diamante que era el núcleo mental de Valinov. Mientras la vista se le nublaba pudo encontrar más fuerza de la que jamás habría pensado tener, y la dedicó por completo a perforar aquel diamante.

La sangre seca empezó a desprenderse de las paredes. Las baldosas blancas se resquebrajaron y cayeron como si fueran copos de nieve. Las alarmas de los servidores armados se habían disparado, demandando la orden que los autorizara a abrir fuego. Los aparatos que controlaban los signos vitales de Valinov indicaban que estaba a punto de morir. Los interrogadores daban órdenes a voz en grito. El bullicio se hizo más y más alto, mezclándose con el estruendo gris que emanaba de la mente de Valinov.

Cuando la tormenta alcanzó su punto álgido y Riggensen sabía que iba a perder el conocimiento, Valinov se derrumbó.

El diamante de determinación se quebró y sus fragmentos desgarraron su mente. Valinov cayó de espaldas, de su nariz y sus oídos salían hilos de sangre. Su respiración sonaba entrecortada a través de su semblante ensangrentado.

—Hable —dijo Riggensen casi sin aliento.

La mente de Valinov estaba abierta de par en par. Riggensen podía ver atrocidades inenarrables y paisajes de corrupción incrustados en la memoria. Los rostros gemían, la sangre era derramada. Mundos enteros morían ante el ojo psíquico de Riggensen.

—El Príncipe resucitará —dijo Valinov débilmente—. Las Mil Caras escudriñarán la galaxia y la harán nuestra. El Príncipe le entregará la humanidad al Señor de la Transformación, y bajo su mirada la galaxia será invadida por el Caos.

—¡Más!

—Las… las mareas del destino están bajo su control, la voluntad de los hombres es una arma en sus manos, el tiempo se mueve según sus deseos, todo aquello de lo que estáis formados y lo que decide vuestro destino es el cetro con el que gobierna.

—Más. Quiero saberlo todo, ¡todo!

Valinov tosió y un reguero de sangre le goteó por la barbilla.

—Mi príncipe Ghargatuloth no morirá jamás. Tan sólo el relámpago podría borrar de la realidad la presencia de Ghargatuloth, y el relámpago

está enterrado tan profundo… No hay tiempo, no hay espacio, no hay destino, tan sólo hay Caos…, porque el relámpago está enterrado…

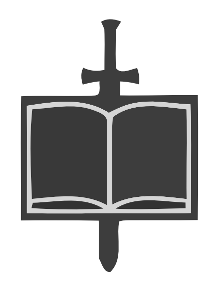
Valinov hizo un aspaviento y le fue imposible seguir hablando. Riggensen sintió cómo una corriente de terror ciego emanaba de la mente del inquisidor, y supo que aquel hombre había dicho la verdad. Estaba horrorizado por haberse derrumbado, por haber revelado tanto, lo que significaba que las palabras que había pronunciado eran un preciado secreto que había jurado no revelar.

Riggensen se volvió hacia los interrogadores que estaban en la zona de monitorización. Ambos estaban cubiertos de pequeños cortes que les habían causado las pantallas de los monitores al explotar, pero aún seguían en sus puestos.

—¿Han visto esto en Encaladus? —preguntó Riggensen.

—Todo —respondió uno de los interrogadores—. Grabado y enviado. Las comunicaciones no han llegado a cortarse.

—Bien. Tenemos que entregarle una transcripción a los astrópatas para que se la envíen a Ligeia. —Riggensen miró a Valinov, a quien apenas le quedaban fuerzas para respirar—. Y llamen a los apotecarios, queremos que esté sano para su ejecución.



CINCO

Victrix Sonora

Estaba oscureciendo sobre el cielo color turquesa de Victrix Sonora, la tarde caía mientras el asedio entraba en su octava hora. Se había dispuesto una línea defensiva de acero alrededor del complejo del Administratum, en el corazón de Theograd, el segundo asentamiento de mayor tamaño de este mundo agrícola. Diversas filas de lanzas de acero cubrían cada ángulo de fuego, y varios transportes blindados de tropas del Arbites cobijaban a los grupos de asalto que se acercaban a aquel edificio siniestro y con las ventanas cegadas.

Varias de aquellas ventanas estaban rotas. Dispersados sobre el pavimento que rodeaba el edificio había cuerpos descuartizados, algunos habían sido acribillados mientras corrían, otros habían caído desde los pisos superiores. Los restos de la decimosegunda escuadra, una unidad del Adeptus Arbites que había intentado penetrar en el edificio, estaban amontonados en torno a la entrada, donde habían sido masacrados por las armas láser y por autorrifles de francotirador situados en la entrada del enorme vestíbulo.

Los oficiales del Arbites habían recibido orden de acudir allí desde todos los puntos de Victrix Sonora, e incluso algunos provenían de otros planetas. El Arbites era la fuerza de orden público más importante del Imperio, y no respondía ante la autoridad local sino sólo ante los escalafones más altos de su cúpula de mando, lo que convertía a este cuerpo en una fuerza presente en toda la galaxia dedicada a hacer cumplir las leyes imperiales. Los oficiales del Arbites habían liderado a las mejores tropas de asalto de todo el sistema de Victrix, las habían equipado con las mejores armas y organizado en unidades operativas con el fin de atacar el complejo del Administratum de Theograd. La oscuridad era tal que había que hacer cumplir la justicia imperial, y el Arbites era la herramienta destinada a conseguirlo.

Fueran cuales fuesen la herejías y las traiciones ocultas en aquel complejo del Administratum de Theograd, finalmente éstas habían salido a la luz, y había llegado el momento de tomar el edificio por la fuerza y hacer caer todo el peso de la justicia sobre cualquier cosa que hubiera allí dentro. La decimosegunda escuadra recibió la orden de actuar con cautela —por orden del mismísimo superintendente Marechal—, pero los herejes los estaban esperando y los masacraron: ocho oficiales entregaron sus vidas para hacer cumplir las leyes imperiales y todo Arbites del planeta fue llamado para intentar hacer justicia.

El propio superintendente Marechal llegó durante la sexta hora de asalto, proveniente de los puertos orbitales de Victrix Sonora. Cuando llegó al centro móvil de mando, desde los pisos superiores estaban disparando a los oficiales que rodeaban el edificio. Los tiradores del Arbites apuntaban y disparaban con sus rifles láser sobre las ventanas cegadas, pero la información sobre los hostiles era extremadamente escasa. Los herejes eran muy numerosos y estaban bien armados. Conocían el complejo a la perfección y estaban bien liderados y muy organizados. Los dos supervivientes de la decimosegunda escuadra informaron de hombres y mujeres con máscaras escarlata que aullaban cantos de guerra terribles y estridentes. Vestían los típicos abrigos largos y de color negro del uniforme del Administratum. Aparte de eso, el Arbites estaba atacando a ciegas.

Nadie sabía si los herejes tenían rehenes. Probablemente sí, pero los rehenes no eran la prioridad del Arbites. Algo horrible se había enraizado en Theograd y debía hacerse justicia.

Poco después de que Marechal tomara tierra, los sistemas de control defensivo detectaron con sorpresa dos cañoneras Thunderhawk que descendían desde la órbita. Al mismo tiempo, otro crucero de asalto fue detectado por las pequeñas defensas planetarias de Victrix Sonora. Se identificó como el *Rubicón*.



Alaric podía sentir cómo el peso del deber hacía contraerse los rostros de los oficiales que estaban junto a él. Sabían que antes o después tendrían que atacar el edificio del Administratum, y que algunos de ellos terminarían como la decimosegunda escuadra. El apoyo de los marines espaciales, un grupo de guerreros mitificados por las historias infantiles y por las parábolas de los predicadores, hizo que los pocos supervivientes de la escuadra se sobrecogieran aún más. Las fuerzas del Adeptus Astartes no se habían desplegado en la senda desde hacía ochocientos años, y el hecho de que treinta de ellos se encontraran allí, hacía sospechar que el enemigo al que se enfrentaban era mucho más terrible de lo que cabría esperar.

Alaric suponía que algunos de ellos estaban más inquietos a causa de la presencia de los marines espaciales que por el asalto que se avecinaba. Ninguno de ellos hablaba si alguno de los marines podía oírlo, y se comunicaban mediante susurros. No entendían por qué los marines espaciales estaban allí. Ya era suficiente que los Arbites se hubieran hecho cargo del asalto, ¡pero los marines! Era algo insólito. Incluso los propios Arbites que lideraban las escuadras estaban sorprendidos por su presencia, y no paraban de comunicarse con el puesto de mando para recibir explicaciones incompletas por parte del personal de Marechal.

Alaric esperaba que los oficiales no se sintieran cohibidos por los gigantes que iban a luchar junto a ellos. Según lo que Ligeia le había contado, el culto de Theograd era más que una simple secta del Caos. No tenía ni idea de cómo la inquisidora había sido capaz de absorber y valorar la ingente cantidad de información que había en Trepytos, pero tenía un conocimiento detallado de muchos de los cultos de la senda y había descubierto que bastantes de ellos guardaban aspectos en común: el desprecio de los objetos sagrados, la adoración a un ser que tenía innumerables formas o la idea de tomar parte en un plan demasiado grande como para que las mentes humanas pudieran entenderlo. Se trataba de cultos nihilistas que creían que no había nada comparado con sus maestros casi desconocidos, pero en realidad eran meras alimañas usadas como carnaza según los designios del Caos. Querían ser útiles, querían morir. Y los Adeptus Arbites de la senda estaban mostrando una determinación encomiable para hacer realidad ese último de sus deseos.

—Santoro en posición —anunció la voz del juez Santoro a través del comunicador.

La escuadra de Santoro era mejor cuanto más cerca estuviese, justo en el centro de la acción, donde la maza némesis del propio Santoro pudiera cobrar un peaje de sangre a cualquiera que se aproximara. Los exterminadores de Tancred y la escuadra de Genhain estaban en el lado opuesto de la explanada, intentando ponerse en posición mientras los Arbites se ocupaban de disparar sobre las entradas de la parte posterior del edificio.

—Hermanos Arbites, agentes de la ley —dijo el superintendente Marechal con un tono sombrío a través del comunicador—. Ha llegado la hora de acabar con esta herejía. Todos sabíamos que antes o después llegaría este momento. Algo terrible está enraizado en este mundo, y nosotros somos la única fuerza de justicia de Victrix Sonora. Hermanos de batalla del Adeptus Astartes, los marines espaciales están con nosotros, eso debería daros una idea de lo que nos jugamos.

El superintendente Marechal había oído que una fuerza de marines espaciales bajo los auspicios de la Inquisición se encontraba en la senda. Si la

repentina aparición de Alaric lo había desconcertado, o si se había ofendido por el hecho de que los marines espaciales fueron la punta de lanza de un asalto que correspondía a los Arbites, desde luego no lo había demostrado. Alaric se quedó sorprendido al ver a Marechal sentado en el transporte blindado desde el que se dirigía la operación. Desde allí coordinaba a los doscientos oficiales y Arbites que rodeaban la explanada. Se trataba de un hombre enorme cuya piel parecía cuero curtido, vestía una armadura ceremonial y empuñaba con una mano una maza de energía. Hasta el momento se había mostrado muy profesional aunque bastante seco. Alaric y Santoro serían quienes liderarían la carga sobre el vestíbulo, en la zona donde la decimosegunda escuadra había sido masacrada. Las valerosas tropas de asalto de Tancred entrarían por la parte de atrás del edificio, donde una interminable red de corredores, capillas y talleres los esperaba. Genhain formaría una pantalla de fuego que detendría a los herejes, quienes a buen seguro se harían fuertes en las zonas de carga de la parte trasera.

Los Arbites estarían con ellos. Cincuenta oficiales estaban parapetados en la misma barricada tras la que se encontraba Alaric, mirando sobrecogidos hacia las armaduras plateadas de los enormes guerreros que acababan de unirse a ellos. Estaban equipados con ametralladoras y armas automáticas, los Arbites de la parte delantera empuñaban mazas de energía y escudos antidisturbios. En total, las tropas del orden público y los Arbites las formaban más de doscientos hombres, lo que suponía la fuerza total de las tropas destinadas en Victrix Sonora. El asalto era la culminación de un terrible esfuerzo que había costado muchos recursos, todos ellos destinados a acabar con el culto de aquel planeta. Si fracasaban, la senda al completo estaría amenazada.

—En posición, lord superintendente —dijo Alaric.

Santoro, Genhain y Tancred dijeron lo mismo a través de sus comunicadores. Alaric miró a los marines que se protegían tras aquella enorme barricada.

—Lykkos, conmigo. Dvorn, delante. Echad las puertas abajo si es necesario. —Dvorn asintió. La escuadra de Alaric se caracterizaba por tener una fuerza encomiable, tanto física como mental. El arma némesis de Dvorn

era un martillo, una versión muy poco común que los artesanos ya casi habían dejado de producir—. El resto seguid en movimiento y no dejéis de disparar. Los Arbites se encargarán del cuerpo a cuerpo. Nuestra misión es llegar hasta el corazón de este lugar y aplastar cualquier cosa que encontremos allí. Tancred intentará hacer lo mismo. Recordad, no sabemos lo que el enemigo es capaz de hacer. No podemos garantizar que seamos capaces de resistir si nos bloquean el paso. Ya hemos perdido a demasiados hermanos a manos de los adoradores del Príncipe.

Lykkos empuñó su cañón psíquico. Dvorn, Vien, Haulvan y Clostus posaron sus manos sobre el compartimento que llevaban en sus placas pectorales donde todos guardaban una copia del *Liber Daemonicum*, dejando que su sabiduría sagrada los guiara en el combate.

—Yo soy el martillo —comenzó Alaric.

—Yo soy el martillo —repitió su escuadra—. Yo soy el odio, soy el azote de los demonios…

Se trataba de una antigua oración de batalla, una de las más viejas. Uno de los deberes de Alaric como juez era preparar mentalmente a sus hombres para el combate, al igual que preparaban sus cuerpos y su equipo. A través del comunicador podía oír cómo Tancred recitaba una oración similar junto con su escuadra, mientras Santoro se unía a la que Alaric estaba entonando. Los oficiales cercanos los miraban con recelo, intimidados al presenciar unos ritos de batalla tan ancestrales.

—… de la ira, la tentación, la corrupción y el engaño, líbranos, Emperador. Y que el enemigo conozca Tu ira al enfrentarse a nosotros…

—Marechal a todas las unidades —dijo la voz estridente del superintendente—. ¡Fase uno del asalto! ¡Que avancen todas las unidades!

Las protecciones frontales de la barricada se retiraron y la explanada se abrió ante Alaric. Casi al mismo tiempo comenzaron a dispararles ráfagas desde los pisos superiores del oscuro y anodino edificio del Administratum. Los artilleros del Arbites respondieron abriendo fuego y pronto comenzaron a llover cristales rotos desde los flancos de la edificación.

Los Arbites mejor equipados avanzaban al frente, con los escudos alzados para proteger a los oficiales que se encontraban tras ellos. Alaric, que

rehusó esa protección, avanzaba delante de los Arbites cuando la línea comenzó a moverse a mayor velocidad, Dvorn iba delante de él. Alaric pudo ver cómo Santoro hacía lo mismo con sus marines, liderando él mismo el avance. Ellos serían los primeros en llegar hasta la puerta. Cargarían contra uno de los laterales del vestíbulo mientras Alaric se encargaría del otro flanco, aquel en el que habían muerto los miembros de la decimosegunda escuadra.

Los gritos resonaban sobre el ferrocemento de la explanada. Gritos ahogados que indicaban que algún oficial había sido herido. Sobre los escudos no cesaban de impactar fragmentos de metal. El disparo de un rifle automático impactó en la placa del hombro de la armadura de Vien, mientras que otro hizo blanco en el pie de Alaric. Las servoarmaduras rechazaron ambos proyectiles con facilidad.

—¡Clostus, cobertura! —gritó Alaric mientras se acercaba más y más al edificio.

Pudo ver que las ventanas superiores ya estaban rotas, y a través de ellas se distinguían siluetas de herejes que se posicionaban para abrir fuego. Clostus, el mejor artillero de la escuadra de Alaric, disparó una ráfaga con su bólter de asalto. Corría al mismo tiempo que disparaba su arma, una arma cuyo retroceso le rompería el brazo a un hombre normal. Una serie de proyectiles impactaron en el marco de una de las ventanas, el hereje que se cobijaba detrás abandonó su parapeto y salió corriendo para morir, con una mueca de desdén en su rostro, cuando una ráfaga láser le atravesó la garganta.

—¡Haulvarn, Vien, mantened la cabeza agachada! —gritó Alaric mientras su escuadra disparaba los bólters hacia el edificio. El fuego cruzado era cada vez más intenso. El enemigo contaba con un láser de disparo rápido, probablemente un multiláser, del que no cesaban de salir unos destellos rojizos que causaban estragos entre los oficiales que intentaban avanzar. Cada vez más y más hombres caían al suelo. Haulvarn se tambaleó cuando un disparo impactó en su pierna, dejándole unas marcas muy visibles en la armadura.

Santoro ya estaba en la entrada. Había abierto la puerta de una patada antes de que Mykkos lanzara una llamarada con su incinerador hacia el interior del vestíbulo.

—¡Dvorn! —gritó Alaric—. ¡Tomad las puertas!

La escuadra inició una carrera bajo el fuego, cada vez más intenso, que caía desde los niveles superiores. Dvorn llegó hasta la entrada y, sin perder ni un ápice de velocidad, dibujó un arco en el aire con su martillo némesis que convirtió los paneles de cristal de la entrada en una lluvia de pequeños fragmentos.

Alaric fue el siguiente en entrar. Sus autosentidos se aclimataron inmediatamente al oscuro interior del vestíbulo, y en una fracción de segundo escudriñó toda la estancia. Varios pisos se alzaban ante él, de cuyos balcones colgaban pancartas con letanías de obediencia y diligencia; los mantras del Administratum. Una fuente sobre la que se erguía una estatua del Alto Señor del Administratum dominaba todo el vestíbulo, le habían arrancado las manos y sus ojos de piedra miraban con terror. El agua era oscura y repugnante, y caía desde la base de la estatua hasta un pequeño estanque repleto de cuerpos sin vida. El fuego acribillaba el vestíbulo desde los dos primeros pisos. Alaric veía rostros escarlata vestidos con uniformes del Administratum como si fueran estandartes de traición. Los cuerpos de la fuente también eran de hombres del Administratum, trabajadores o capataces con traje de faena. En la entrada aún podían verse las armaduras negras de los cuerpos sin vida de la decimosegunda escuadra.

Alaric abrió fuego, las ráfagas de bólter acribillaron los pisos superiores. Uno de los herejes recibió un impacto que le arrancó el brazo, acto seguido se precipitó por encima de la barandilla y cayó al vacío. Pero aún quedaban muchos más allí arriba. Habían volcado los escritorios para utilizarlos como cobertura, y aunque no ofrecían demasiada protección contra los bólters de asalto, los Caballeros Grises no podían luchar contra ellos desde allí; necesitarían más fuego para poder mantenerlos a raya.

Santoro ya se movía por interior del edificio, saltando por encima del mobiliario destrozado y abriéndose paso desde el vestíbulo hacia la zona donde se encontraban los despachos.

Alaric hizo una señal con la mano, rápida y concisa, desde la entrada de la capilla que daba al vestíbulo, mientras el resto de su escuadra cargaba a través de las puertas destrozadas y el fuego proveniente de los niveles superiores se intensificaba. Las baldosas de mármol del suelo estaban hechas añicos, y un disparo perdido había volado la mitad de la cabeza de la estatua del Alto Señor.

—¡Ahí arriba tienen un automático! —gritó Dvorn a través de su comunicador.

—¡Fuego de supresión! ¡Moveos! —fue la respuesta de Alaric.

El cañón automático era una arma obsoleta y poco eficaz que disparaba proyectiles del tamaño suficiente como para atravesar una servoarmadura. Mientras se acercaban a la puerta de la capilla, la escuadra de Alaric no cesaba de disparar ráfagas de bólter hacia el punto desde el que abría fuego aquella arma.

La capilla era una estancia estrecha y alargada, cubierta de mármol negro y repleta de bancos. El altar representaba a varios ciudadanos imperiales que llevaban una vida de obediencia sagrada. El cuerpo de un vicecónsul del Administratum yacía frente al atril donde, aparentemente, fue asesinado mientras adoctrinaba a los adeptos.

Alaric sabía que estaban allí. No lo sabía sólo por su instinto, también fue por un sonido, un ligero movimiento. Cuando se dio la vuelta empezaron a gritar y a disparar desde el atril. Se trataba de una decena de cultistas con los hábitos manchados de sangre y los rostros completamente cubiertos, tan sólo se veían sus ojos llenos de odio.

Uno de ellos se abalanzó sobre Alaric blandiendo un cuchillo. Éste se lo quitó de encima con un rápido movimiento y lo lanzó contra el muro, oyendo cómo se quebraban sus costillas. Su alabarda némesis refulgió mientras decapitaba a otro cultista, y acto seguido Alaric se la clavó en el estómago a un nuevo enemigo, levantándolo en el aire y dejándolo caer sobre uno de los atriles, que se rompió en mil pedazos. El fuego de los bólters de asalto silbaba sobre la cabeza de Alaric mientras se abría paso entre los bancos de madera y los cuerpos sin vida. Los cultistas lanzaban alaridos justo antes de morir; no de dolor, sino de odio.

Los pocos supervivientes aún intentaban abrir fuego. Alaric apuntó a uno de ellos y le disparó con el bólter que llevaba adaptado a la muñeca, el cubista salió despedido y fue a chocar contra el muro que había al otro lado. Dvorn atacó desde los atriles y acabó con dos cultistas más con un solo golpe de su martillo, mientras que Haulvan atravesaba a otro con su espada.

La escuadra avanzó hasta hacerse con el control de la capilla, acribillando a las sombras que se movían entre los atriles. Alaric se acercó al cuerpo sin vida que tenía más cerca, se agachó y le dio la vuelta. La tela de color escarlata que le cubría la cabeza se desprendió y dejó al descubierto el rostro de un joven adepto, similar al de los miles de millones de hombres y mujeres que se encargaban de la tediosa burocracia del Imperio. Pero la piel de aquel hombre era distinta, tenía una especie de escamas, similares a las costras que aparecen sobre la piel quemada, que rodeaban sus ojos sin vida y descendían por la garganta para ocultarse bajo los restos ajados de su uniforme de adepto. Todos aquellos que estaban infectados por el Caos llevaban marcas, tanto sobre sus cuerpos como sobre sus almas, y el culto de Victrix Sonora les había infligido unas señales muy profundas.

Aún se seguían oyendo disparos provenientes del vestíbulo, donde los Arbites y los oficiales seguían intentando acabar con los cultistas. Alaric sabía que si no aprovechaban su ventaja inicial en el asalto, muy pronto los Arbites se verían rodeados y serían masacrados. Los Caballeros Grises tenían que seguir adelante.

—¡Dvorn! —dijo Alaric haciendo un gesto desde uno de los muros de la capilla—. ¡En marcha!

Dvorn asintió y cargó con todas sus fuerzas contra el muro de piedra. La fina capa de mármol se hizo añicos y la armadura de Dvorn penetró aún más dentro del edificio, atravesando madera y yeso.

Haulvarn lo siguió empuñando la espada. Alaric fue el siguiente en atravesar el agujero abierto en el muro. Vio unos haces de luz brillante sobre su cabeza y un montón de escritorios que se extendían frente a él a lo largo de una estancia con el techo muy bajo. Varios cogitadores estaban rodeados de un montón de páginas impresas con cifras y datos. Los puestos de los supervisores rompían la monotonía de aquel océano de escritorios, y sobre

ellos pendían las pancartas con letanías de obediencia que colgaban hacia la sala desde las vigas del techo: «La diligencia es la salvación». «El ojo del Emperador os vigila».

El fuego de los láseres seguía cayendo sobre Alaric mientras se fijaba en todo esto. Se puso a cubierto detrás de los delgados paneles de uno de los puestos de trabajo mientras su armadura repelía el fuego. Los cultistas no cesaban de gritar. Mientras, Dvorn también vociferaba al tiempo que cargaba entre los puestos de trabajo acercándose más y más al enemigo. Dvorn tenía muy claro uno de los principios básicos de cualquier marine espacial: «Si luchas, hazlo desde cerca, donde tu fuerza te dará la ventaja».

Alaric también avanzaba a toda velocidad aprovechando la poca protección que le brindaban los escritorios. Podía ver a los cultistas que se escondían tras los paneles de madera después de disparar; dos de ellos murieron cuando el fuego de Haulvarn atravesó sus parapetos y les perforó el cuerpo. Dvorn se encontraba en medio de un amasijo de madera cuando empezó a cargar contra el grupo de cultistas más cercano, martillo en mano y disparando su bólter a quemarropa. El fuego se volvió aún más intenso cuando el resto de la escuadra accedió a aquella estancia.

Alaric pudo oír la voz tan alta y clara como si estuviera dentro de su propia cabeza. Atravesó sus autosentidos y se incrustó en lo más profundo de su alma. Ya había oído aquel lenguaje en un mundo selva en el que los cultos de brujería del Caos acechaban en los bosques. Un lenguaje que los cultistas aprendían a través de la comunión con las fuerzas oscuras a las que habían jurado lealtad. Sólo los sumos sacerdotes y los paladines del Caos podían entenderlo, pero Alaric lo conocía lo suficiente como para saber que el que hablaba estaba dando orden de cargar.

Decenas de hombres y mujeres se lanzaron al ataque en una vorágine de fuego láser. Habían permanecido ocultos en los despachos del edificio del Administratum, esperando a que la primera oleada del asalto se abriera paso para poder lanzar un contraataque por sorpresa. Se trataba de adeptos y empleados menores, había supervisores e incluso algún uniforme de vicecónsul, y estaban armados con armas láser y rifles automáticos robados de los envíos del Munitorum. Atacaban con bayonetas, espadas, pistolas e

incluso con las manos vacías. A medida que cargaban entonaban maldiciones abyectas en nombre del Caos.

—¡Mantened la posición! —gritó Alaric.

En cuestión de segundos la carga alcanzaría su objetivo. Su escuadra se reunió en torno a él blandiendo sus armas némesis, listas para soportar todo el peso del asalto. Sus armaduras repelían los disparos láser que cruzaban silbando por el aire. Alaric pudo sentir un leve zumbido en la nuca cuando los protectores antidemoníacos de su armadura respondieron al ataque, y su reacción comenzó a interferir con su percepción psíquica.

También podía sentir el odio que emanaba de los cultistas con su hedor repugnante.

La oleada de cuarenta o cincuenta cultistas entró en contacto con los Caballeros Grises. Sus sacerdotes seguían gritando órdenes mientras Alaric y sus hermanos de batalla repelían el ataque; cada uno de sus golpes hacía salir disparado un miembro o una cabeza. Alaric no veía más que ojos llenos de ira envueltos en tela rojiza, ojos de hombres y de mujeres de todas las edades. El ruido se hizo ensordecedor mientras los vivos lanzaban maldiciones y los que agonizaban gritaban de dolor.

Alaric avanzó y salió de aquella masa de cuerpos empujando a sus atacantes hacia ambos lados. El sacerdote se encontraba en el otro extremo de la sala. Se trataba de un vicecónsul, el rango de adepto más alto que uno podría encontrar en un mundo como Victrix Sonora. Era una figura que resplandecía bajo una gran túnica decorada con galones plateados y con el fajín dorado de su cargo. Tenía el rostro cubierto de escamas tan gruesas que sus facciones no eran más que bultos deformes.

Levantó una mano mientras Alaric trepaba por uno de los puestos de trabajo y se abalanzaba sobre él. Un haz de rayos de luz blanca y azulada cayó sobre Alaric, pero sus protectores mantuvieron su cuerpo a salvo, y el muro de fe, sólido como una roca, protegió su mente. El bólter de asalto de Alaric hizo varios disparos que se convirtieron en pequeñas explosiones púrpura justo delante del sacerdote.

El hechicero se dio la vuelta y salió corriendo y Alaric fue tras él. Por el ruido que oyó a su espalda pudo saber que su escuadra intentaba acabar con

los cultistas para ir en su ayuda, pero de momento tendría que seguir a aquel sacerdote él solo. El hechicero cruzó todas la zona de trabajo y se adentró en el corazón del edificio a través de una estrecha salida. Alaric cargó a través de los paneles de madera y reventó la puerta. Sus autosentidos volvieron a ajustarse, esta vez a la oscuridad que tenía enfrente.

Hubo un tiempo en el que el estudio principal del Administratum ocupaba el centro de aquel edificio, donde los adeptos menores estaban esclavizados y trabajaban sentados en larguísimos bancos de madera, sellando formularios y configurando cientos de horarios. Hubo un tiempo en el que estaban rodeados de símbolos que fomentaban la diligencia y controlados por los vicecónsules del edificio, quienes los sermoneaban constantemente sobre la futilidad de cualquier trabajo que no se hiciera en nombre del Emperador.

Pero aquella estancia había cambiado. Las cubiertas del techo y del suelo habían sido arrancadas, creando un espacio cavernoso que ocupaba casi por completo el interior del edificio. En el suelo había una amalgama de objetos destrozados, y de las paredes desnudas colgaban estandartes, símbolos repugnantes y palabras heréticas manchadas de sangre.

En el centro de la estancia había un enorme cogitador cuya altura superaba los tres pisos, como un gran órgano de iglesia mecánico. Interminables hojas de datos salían de la parte superior y de su cuerpo grotesco, parecido a un horno, emanaban columnas de humo. Todos los cogitadores de aquella sala debieron de haber sido sustituidos por aquel enorme aparato que se alzaba sobre un montón de hojas impresas. Su superficie estaba toda manchada de negro y decorada con runas rojizas, y mientras trabajaba, sus entrañas y su armazón zumbaban como un enjambre de moscas.

El hechicero volaba por encima del amasijo de muebles destrozados, la fuerza de su magia chisporroteaba bajo sus pies. Se volvió y, al ver que Alaric lo seguía, empezó a entonar un cántico terrible y muy agudo mientras se dirigía hacia el enorme cogitador.

De pronto el cogitador empezó a emitir destellos oscuros y zumbidos cada vez más altos. Los protectores de Alaric comenzaron a recalentarse

cuando la frontera que separaba ambas realidades empezó a hacerse más fina por momentos. Una risa maliciosa y terrible invadió toda la sala. Rostros amenazantes y miembros deformes comenzaron a aparecer entre el humo negro que llenaba la estancia.

—¡Demonios! —vociferó Alaric por el comunicador—. ¡Escuadra de Alaric, escuadra de Santoro! ¡Venid, ahora!

Los demonios eran el propio Caos que había cobrado forma, eran una parte integral de los dioses oscuros al mismo tiempo que también eran sus servidores. Eran los tentadores de los incautos humanos y los soldados de los ejércitos de la oscuridad. Los demonios eran una amenaza tanto moral como física, capaces de corromper a cualquier ejército humano que luchara contra ellos. Ésa era la razón por la que se creó a los Caballeros Grises: para ellos, los mundos demoníacos no eran tentaciones sino símbolos de pura maldad.

Parecía que Ligeia tenía razón. Eso es lo que pensó Alaric mientras saltaba al interior del pozo. Podía oír a su escuadra muy cerca de él. Cayó de pie y siguió corriendo mientras las figuras iridiscentes seguían emergiendo de entre la oscuridad.

Llegó hasta los demonios que estaban más cerca y pudo sentir cómo retrocedían ante el escudo de fe que protegía su alma. Un grupo de ellos formó un muro de carne iridiscente alrededor de Alaric, quien aprovechó su inercia para lanzar el primer golpe. Atravesó a uno de ellos de una estocada con su alabarda, pero en seguida se vio rodeado por muchos más. Aquel hechicero debía de ser más poderoso de lo que Ligeia había sospechado, ya que estaba invocando desde la disformidad a toda una horda demoníaca.

Alaric intentó atravesar la masa compacta de carne demoníaca que lo rodeaba. Manos deformes intentaban agarrarle los brazos, y bocas terribles lanzaban llamaradas sobre su armadura; no podía ver más que ojos repletos de odio. Los hermanos de batalla de Alaric intentaban ayudarlo a acabar con todos aquellos demonios, y el fuego de los bólters comenzó a sonar sobre su cabeza. Era la escuadra de Santoro, que ya había llegado al borde del pozo.

Alaric introdujo ambas manos en aquella masa repugnante, extrajo a un demonio, lo levantó sobre su cabeza y lo partió en dos. Se introdujo en el

agujero que acababa de abrir mientras los bólters disparaban contra los demonios que intentaban seguirlo. El enorme cogitador seguía zumbando sobre su cabeza mientras de sus conductos de ventilación salían llamaradas rojas y columnas de humo. Alaric se percató de que había una serie de estatuillas de madera rodeando la base de la máquina y entre ellas saltaban pequeños relámpagos negros. El hechicero había subido hasta la parte superior de la máquina y ahora estaba iluminado por la luz argentada que emanaba de sus manos. Alaric apuntó hacia él con la esperanza de hacerle perder el equilibrio e impedir que completara el hechizo que se traía entre manos. Los Caballeros Grises estaban protegidos contra cualquier hechizo o ataque psíquico, pero eso no significaba que aquel hechicero no pudiera invocar a más demonios o hacer que el edificio en el que se encontraban se viniera abajo.

—¡Yo soy el martillo! —gritó una voz a través del comunicador, y Alaric pudo ver la enorme silueta del juez Tancred, que trepaba por el cogitador y se ponía a la altura del hechicero. Éste se dio la vuelta y le lanzó el fuego plateado que sostenía entre sus manos, rodeando la armadura de exterminador con un halo centelleante. Tancred desenvainó su espada némesis y, de un solo golpe, la hoja hendió el cuerpo del hechicero desde el hombro hasta la cintura. La mitad superior de su cuerpo se desplomó sobre la cubierta del cogitador, mientras que el fuego plateado se apagó por la fuerza del golpe que acababa de recibir.

Se produjo un alarido terrible y agudo cuando el alma del hechicero se inmoló en la energía que salía a borbotones de su cuerpo descuartizado. Las runas del cogitador gigante se volvieron de un color blanquecino al absorber la energía que emanaba de su muerte, antes de que el resto de su cuerpo cayera haciendo un ruido sordo y las runas se apagaran por completo.

—¡Bienvenido, hermano Tancred! —dijo Alaric—. Has llegado justo a tiempo.

—He tenido que ocuparme de unos cuantos asuntos por el camino —contestó Tancred mientras sus marines exterminadores tomaban posiciones sobre la máquina.

Un alarido salió del pozo en el que se encontraban los demonios. El juez Santoro ordenó a sus marines que abrieran fuego sobre aquellas bestias, y la escuadra de Genhain, en el otro extremo del borde del pozo, comenzó a hacer lo mismo. La sangre demoníaca se disolvió en medio de aquella vorágine de fuego bólter. Tancred lideró a sus hombres hasta llegar a la base del cogitador, desde donde cargaron contra la masa de demonios. Los alaridos que emanaban de aquellos seres eran terribles, y su intensidad aumentó cuando los marines de Tancred empezaron a aplastar y a atravesar sus cuerpos con sus armas némesis. Alaric vio cómo el hermano Locath le cortaba la cabeza a uno de ellos, y cómo el hermano Varne partía a otro en dos. La escuadra de Alaric llegó para ayudarlos mientras Dvorn aplastaba a otro con su martillo. Al cabo de unos momentos todos los demonios se habían disuelto formando una mancha repugnante de sangre multicolor; sólo quedaron los ecos de sus terribles alaridos.

Las escuadras de oficiales comenzaron a salir del interior del pozo. Aún podían oírse disparos provenientes de otra zona del edificio, donde los pocos herejes que quedaban estaban siendo masacrados. La voz del superintendente Marechal no paraba de gritar órdenes a través del comunicador, organizando a sus escuadras para que registraran todo el edificio y desmantelaran sus defensas aprovechando el pandemónium que los Caballeros Grises habían provocado. Los Arbites comenzaron a recorrer el edificio en busca de supervivientes. Toda aquella construcción fue dividida en sectores, en los que cada una de las escuadras disparaba a cualquier cosa que se moviera. El culto de Victrix Sonora estaba agonizando, el vicecónsul que lo lideraba había muerto y el cogitador que guardaban en el corazón de su reducto ahora estaba en manos imperiales.

Alaric caminó sobre los restos del asalto y recogió una de las hojas que habían salido del cogitador. Aquella máquina gigante aún seguía echando humo, pero los zumbidos de su interior cada vez se hacían más y más débiles.

—«… y cuando el Príncipe se alce, la galaxia se convertirá en su juguete, la humanidad se convertirá en su esclava en los designios de la Transformación, del mismo modo que las estrellas serán cubiertas por El

que Altera las Formas, y el Príncipe de las Mil Caras se sentará a su diestra…»

Oraciones como ésta estaban en todas las hojas. Parecía claro que aquel cogitador era el medio que Ghargatuloth empleaba para comunicarse con su culto. Los fuegos que ardían en el corazón de aquella máquina comenzaron a extinguirse y, sin la magia del líder de aquel culto para mantenerlo en funcionamiento, de sus entrañas empezaron a salir molestos chirridos a medida que sus componentes se venían abajo.

Alaric dejó la hoja y se acercó hasta una de las estatuillas que rodeaban a la máquina. Era una imagen de madera sin pulir, tallada a partir del tronco de un árbol y muy ennegrecida. Aquella figura era de aspecto humanoide, pero contaba con decenas de manos y su rostro estaba repleto de ojos, unos ojos de mirada penetrante que rodeaban una boca ancha y recelosa. Se trataba de una figura rudamente tallada, lo cual le daba un aspecto aún más grotesco.

—Alaric a Marechal —dijo a través del comunicador—. Aquí ya hemos terminado, cogeremos lo que necesitemos y les dejaremos el resto a ustedes. Sugiero que lo quemen todo aquí mismo.

—Entendido —contestó Marechal—. He oído que han encontrado algo grande, ¿es cierto?

—Desgraciadamente cierto, Marechal. Que sus hombres no se demoren y lo destruyan todo.

—Por supuesto, juez… Ha sido un honor para mis hombres poder luchar a su lado. No creo que ninguno de ellos jamás hubiera soñado que podría luchar mano a mano junto a los Astartes.

De algún modo Marechal era igual que el resto de los oficiales; le había sorprendido mucho la presencia de los marines espaciales y era algo que no podía disimular.

—Todos tenemos los mismos enemigos, Marechal —dijo Alaric—. Sus Arbites han luchado muy bien, ahora tan sólo les queda terminar el trabajo y asegurarse de que no queda absolutamente nada de esta secta.

—Por supuesto. Que el Emperador sea con usted, comandante.

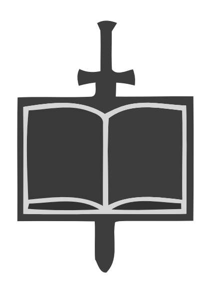
—Que el Emperador sea con usted, Marechal.

Alaric cogió la estatuilla y un puñado de hojas impresas. Aquella figura era más pesada de lo que debería, como si no quisiera que se la llevaran.

—Alaric a todas las unidades, regresen a las Thunderhawk. Ya tenemos todo lo que necesitamos. Santoro, cúbranos mientras atravesamos la explanada. Genhain, nos reuniremos en la zona de aterrizaje. Tancred, conmigo.

Alaric guio a su escuadra mientras atravesaban los restos del combate. Volvieron a pasar por la zona de los despachos y por la capilla, ambas repletas de cuerpos sin vida. Atravesaron el vestíbulo, donde se había producido un terrible intercambio de disparos entre los herejes de los niveles superiores y los Arbites, que ahora se afanaban en hacer un recuento de bajas y en ayudar a los heridos. El suelo estaba teñido de un color pardo debido a la sangre.

Los Caballeros Grises cruzaron la plaza, cuyo pavimento estaba destrozado a causa de los disparos, y se dirigieron hacia donde los esperaban las cañoneras Thunderhawk. En aquel momento Alaric se volvió para ver las columnas de humo que salían de los pisos superiores. Marechal había seguido su consejo y el edificio del Administratum ya estaba ardiendo.



SEIS

RUBICÓN

El culto de Victrix Sonora había encontrado el lugar perfecto donde ocultarse. El Administratum, la organización imperial más rígida y extensa, podía haber pospuesto indefinidamente asuntos menos urgentes. Tuvo que ser el propio superintendente Marechal quien, en última instancia, autorizó el ataque.

Nadie sabía cuánto tiempo llevaba allí aquel culto. Durante la época de esplendor de la senda, Victrix Sonora había sido un próspero mundo agrícola con un par de grandes ciudades, pero cuando llegó el declive del culto a san Evisser, esas mismas ciudades mantuvieron su población pero perdieron su riqueza. El crimen se convirtió en una manera más de intentar sobrevivir. Cuando la decadencia de la senda se hizo patente, las fuerzas de orden público dejaron a Victrix Sonora sin ninguna protección. Las zonas

que rodeaban las propiedades imperiales se mantenían bajo control, pero el resto del planeta fue relegado al ostracismo. No había suficientes recursos como para controlar todo el territorio, y de entre la población civil no salió ningún líder que intentara restaurar el orden. No había forma de saber lo que se había estado cociendo en los barrios de Victrix Sonora antes de que el culto se asentara en Theograd y extendiera sus raíces hasta el Administratum.

Incluso podía haber sido el propio vicecónsul quien lo empezara todo. Esta posibilidad era aterradora pero real.

Los escasos informes que había en Trepytos no contenían mucha información sobre las actividades del culto; sin embargo, Ligeia fue capaz de reunirlos todos y formar una imagen bastante fiable. Los pocos lugares sagrados que quedaban en Victrix Sonora habían sido saqueados sistemáticamente durante los últimos cincuenta años, y casi todas las reliquias habían desaparecido. Veinte años antes se había interceptado un carguero repleto de reliquias robadas. En aquel entonces se dio por sentado que se trataba de un ajuste de cuentas entre bandas de contrabandistas, pero ahora la hipótesis que cobraba más fuerza era que el culto necesitaba aquellas reliquias y que usó toda su influencia en los mundos del hampa de Victrix Sonora para conseguirlas.

Incluso llegaron a realizarse sacrificios, ya que la violencia era el modo que la mayoría de cultos tenía para dar rienda suelta a su ira o para honrar a sus maestros. Aparentemente, este culto escogía a sus víctimas al azar de entre la población de Victrix Sonora, y siempre se llevaban consigo algunas partes del cuerpo del sacrificado. Todas esas muertes no tuvieron gran repercusión sobre unas ciudades que ya se encontraban en franco declive, pero ahora cada una de ellas brillaba como un diamante en la percepción de Ligeia. Ella sabía que el culto que las autoridades habían seguido hasta el edificio del Administratum era el mismo que sirvió a Ghargatuloth durante décadas, del mismo modo que sabía que Ghargatuloth estaba en algún lugar de la senda, moviendo los hilos que lo traerían de vuelta a la realidad.

Durante el reinado previo al destierro al que lo envió Mandulis, el Príncipe de las Mil Caras había creado cultos cuyo entramado era tan

complejo que en muchas ocasiones ni sus propios adeptos lo comprendían. El culto de Victrix Sonora era una parte más del plan, tremendamente complejo e inescrutable, que Ghargatuloth intentaba llevar a cabo. Para la mayoría, esta relación no sería demasiado evidente, pero para Ligeia estaba clara. Ésa era la razón por la que había sido reclutada por la Inquisición y por la que el Malleus se había esforzado tanto para sacarla del Hereticus. Podía estar segura de lo que otros no eran ni siquiera capaces de atisbar; era capaz de extraer el significado de hechos aparentemente inconexos. Ghargatuloth estaba en la senda, su voluntad había tentado a Victrix Sonora, y la prueba que Alaric había traído de aquel planeta lo confirmaba.



Ligeia había hecho que el personal de Trepytos acondicionara una serie de estancias para que pudieran ser ocupadas por una dama, y habían estado muy atareados durante las tres semanas que ella llevaba intentando encontrar algo de valor entre los archivos de la fortaleza. Sus aposentos eran unas estancias espléndidas, recubiertas con madera noble y decoradas con tapices. Un gran fuego ardía en el hogar mientras los muebles antiguos, rescatados de las zonas abandonadas de la fortaleza, refulgían con un aspecto renovado. Las alfombras mohosas habían sido limpiadas y ahora cubrían el suelo de madera pulida. Había pantallas enmarcadas en molduras doradas que colgaban de las paredes, y en un escritorio de madera noble situado en una esquina se ocultaba una unidad de comunicaciones completa. Una lámpara de araña colgaba del techo. En un rincón de cada una de las habitaciones se ocultaba un asesino del Culto de la Muerte de Ligeia, silencioso e inmóvil, apenas visible entre el lujo del que la inquisidora siempre se rodeaba.

Ligeia sabía que los Caballeros Grises jamás aprobarían aquello. Ellos dormían sobre camas duras como piedras en celdas monásticas desprovistas de todo lujo. Ligeia había percibido una cierta incomodidad en Alaric

cuando se veía forzado a adentrarse en el lujo que siempre la rodeaba; era casi divertido de ver. Probablemente él viera en aquel lujo una de las causas principales de la debilidad moral y la corrupción, pero para Ligeia era la manera de ocultar su verdadero talento bajo la apariencia de una mujer noble.

Sin embargo, sobre este lujoso telón de fondo había una estatuilla horrible en el centro de la estancia. Ligeia no quería imaginar qué o a quién representaba, pero ése era precisamente su trabajo. Se trataba de algo demoníaco, eso estaba claro. Locura y horror emanaban de cada uno de sus recovecos. Ligeia podía sentir que, sólo con mirarla, su mente se estremecía. De pronto débiles indicios sobre su significado comenzaron a colarse en su mente, era la representación de algo inmundo, una representación imperfecta de algo que el escultor había visto y que no supo emular con su arte.

Ligeia accionó un interruptor de su unidad de comunicaciones y el aparato comenzó a grabar su voz en una placa de datos. Muchos inquisidores viajaban acompañados de un erudito o un lexicomecánico encargado de sus grabaciones y de poner en orden sus hallazgos, pero Ligeia prefería ocuparse por sí misma de esos asuntos y no estar acompañada por nadie excepto por sus asesinos del Culto de la Muerte.

—La… la pieza —comenzó Ligeia, que se mostraba reacia a darle nombre a una escultura tan horrible— es de una de madera noble que no se encuentra en Victrix Sonora. Debe de haber sido tallada en algún otro mundo e importada aquí por el culto, lo que implica que tiene algún significado ritual. —Hizo una pausa. Casi la mitad de los muchos ojos de aquella cosa parecían estar mirándola a ella a través de sus pupilas de madera, el resto parecía inspeccionar la estancia como si buscaran una salida—. Los textos encontrados en el cogitador del culto, junto con las connotaciones heréticas evidentes de su talla, indican que esta escultura representa una de las Mil Caras de Ghargatuloth.

Ligeia se quedó mirando la escultura fijamente durante un tiempo. Con mucha cautela la palpó con su percepción psíquica, sintió entonces las corrientes de significado que envolvían aquella talla y que podían llegar a ser

demasiado terribles como para que su conciencia las soportara. Notó un gusto metálico en la boca y escuchó una risa, o quizá un grito, en la lejanía.

Podía oír un nombre, muy, muy distante, demasiado débil como para saber de qué se trataba. Intentó escuchar con más atención, acercarse más. Aquellos ojos eran como ventanas abiertas a una galaxia perfecta, un lugar dedicado a la arquitectura del Caos. Su hedionda boca entonaba un hechizo interminable que recompondría el universo según los designios del Señor de la Transformación. Las vetas de la madera dibujaban la forma de un destino que lo cubría todo, un destino que marchaba inexorable hacia su suerte final, el Caos definitivo, la totalidad de la Transformación, la magnificencia infinita y el horror puro de los cuales Ghargatuloth era el emisario.

Ligeia pudo ver toda la galaxia invadida por el poder de la Transformación. Vio estrellas que morían entre lágrimas. Vio mundos enteros aplastados y fragmentados en esquirlas de puro odio. Vio cómo la galaxia proyectaba toda la creación hacia la nada más absoluta a través de la garganta del Maestro del Caos, el señor de Ghargatuloth, Tzeentch, el Dios de la Transformación.

Ligeia sacó su mente de allí justo a tiempo. Estaba arrodillada, había arrancado a sudar y respiraba entrecortadamente. Un mechón de su pelo impecablemente recogido se había desprendido y ahora le atravesaba la cara. Se lo echó hacia un lado con un movimiento de la mano.

El asesino que había en el rincón, Taici, inclinó la cabeza levemente hacia adelante. El código sutil y silencioso que Ligeia empleaba con sus guardaespaldas estaba claro: ¿necesitaba ayuda?, ¿asistencia médica?

Ligeia negó con la cabeza y, con mucha dificultad, intentó ponerse en pie apoyándose en una mesa en la que había varios vasos de cristal y una botella de amasec de una excelente cosecha. Se puso un vaso bien cargado y lo engulló de un solo trago. Sabía que no le sentaría muy bien, pero su mente lo necesitaba ahora que intentaba librarse de aquellas terribles visiones de una galaxia enloquecida.

—La… la pieza —continuó— se encuentra bajo una estricta cuarentena, sólo yo tengo acceso a ella. Si me ocurriera algo, el acceso será garantizado únicamente mediante el permiso del cónclave de los Altos Señores del Ordo

Malleus. —En ese momento abrió uno de los cajones del escritorio y sacó una pequeña caja de madera de la que extrajo un bisturí de cirujano. Con mucho cuidado cortó un fragmento de madera de la escultura y lo guardó en un recipiente para muestras—. Tan pronto como sea posible, yo misma llevaré a cabo un examen detallado de una muestra de la talla.

Ligeia bebió otro trago de amasec y se tranquilizó un poco. Si necesitaba alguna otra prueba, la tenía allí mismo. El hecho de que solamente ella pudiera verla, ya que su poder era muy poco común y nunca había conocido a ningún otro inquisidor que lo poseyera, resultaba frustrante. Probablemente necesitaría encontrar alguna prueba más tangible, algo que no dependiera de su habilidad para extraer el significado de cualquier forma de comunicación, pero para ella era suficiente. Todavía tenía incrustada en su mente la imagen de Ghargatuloth posado sobre las estrellas, formando un océano infinito de transformación. Una mente que no hubiera pasado por el rígido proceso de aprendizaje de un interrogador o que no estuviera acostumbrada a las exigencias de los señores inquisitoriales, se habría derrumbado en aquel mismo instante. ¿Si aquella locura regresaba desde la disformidad, cuántas mentes se perderían?



Alaric por fin estaba limpio. Doce horas de rezos destinados a borrar la corrupción de la que tan cerca había estado habían conseguido limpiar su mente de aquella terrible brujería. Aquella descontaminación ritual le había dejado la piel reseca y ahora sentía un hormigueo bajo la armadura, a la que también había aplicado un baño ceremonial a base de ácidos suaves e incienso. El *Rubicón* parecía haberse hecho eco de los rituales de después de la batalla y ahora avanzaba tranquilo y meditabundo mientras los hermanos de batalla trataban de entender lo que habían experimentado sin dejar que eso los corrompiera. Alaric ya había visto cosas terribles con anterioridad, desde el cielo sangrando sobre Soligor IV hasta las legiones del Dios del

Placer marchando sobre las planicies de Alazon. Cada una de estas visiones le había dejado marcas, pero el cumplimiento de las oraciones y de los rituales de los Caballeros Grises había conseguido limpiarlas.

Bajo la tenue luz de su celda, Alaric comenzó a leer su copia del *Liber Daemonicum*. Los Rituales de Conclusión hablaban de almas rodeadas de fe del mismo modo que un planeta está rodeado por su atmósfera, o un guerrero por su armadura. La fe es un escudo, un símbolo de todo aquello que es recto, algo esencial para la supervivencia de todo soldado al servicio del Emperador. Aquéllas eran palabras que Alaric había leído miles de veces, pero cada nueva lectura lo reconfortaba. No estaba solo. Si el Emperador no velaba por él, entonces su fe no significaría nada. Pero el alma de Alaric se mantenía intacta y su fe debía actuar a modo de escudo contra la corrupción, de manera que el Emperador debía de tener sus ojos puestos sobre los Caballeros Grises.

En aquel frío, hostil e infinito universo, donde el futuro de miles de millones pendía de un hilo muy fino y los tentáculos del Caos llegaban a cada rincón, sólo el Emperador podía mostrarles el camino. Saber que él estaba allí le daba a Alaric toda la fuerza que necesitaba.

Los rituales habían terminado. Alaric estaba a salvo de la devastación del enemigo hasta la próxima batalla, aunque sabía que, como siempre, ésta no tardaría mucho en llegar.

Alaric se puso la armadura justo a tiempo para recibir al juez Santoro. Se trataba de un hombre serio y duro que rara vez dejaba que sus emociones afloraran a la superficie. Esto, sin embargo, no quería decir que no fuera respetado, puesto que sus hombres lo obedecían como si las palabras que salían de su boca fueran las del propio Emperador. Si seguía mostrando sus amplias habilidades como juez, muy pronto tendría un lugar en el seminario de capellanes junto a Durendin, y Alaric estaba seguro de que no lo rechazaría.

Santoro estaba de pie frente a la celda de Alaric. Llevaba su armadura completa. Como juez que era, sólo podía mostrar sus símbolos heráldicos en el pequeño escudo que llevaba en un hombro. Éste consistía en unas estrellas

brillantes sobre campo negro: la luz en la oscuridad, la llama purificadora del Emperador, la ira de los caballeros atravesando el corazón del enemigo.

—Juez —lo saludó Alaric—. ¿Cómo están tus hombres?

—Ya han terminado con sus ritos —contestó Santoro—. Jaeknos recibió un disparo en la parte trasera de la rodilla, pero estará bien en un par de días. Sus espíritus se mantienen fuertes, aunque tienen la sensación de que no saben lo suficiente sobre el enemigo al que se enfrentan.

—¿Te lo han confesado ellos?

—Es lo que yo siento, y mis hombres siempre sienten lo mismo.

—Es algo que no se puede evitar. Cuando se trata del enemigo, saber demasiado es tan malo como no saber nada.

—Eso es cierto. Pero ésa no era la razón por la que quería hablar contigo. Hace unos minutos la inquisidora Ligeia ha contactado con el puente para transmitir nuevas órdenes, necesita que vayamos a un mundo llamado Sophano Secundus.

Alaric se quedó pensativo un instante, después volvió a su celda y buscó la placa de datos en la que había descargado información básica sobre la senda. Según pudo leer, Sophano Secundus era un mundo muy atrasado, una sociedad feudal que aún no había entrado en la era de la pólvora y donde la única autoridad imperial era un predicador de la Missionaria Galaxia. La prosperidad de la senda había dejado a aquel mundo de lado porque carecía de cualquier tipo de recursos. Además, la burocracia había estado demasiado ocupada colonizando y desarrollando nuevos mundos.

—No suena muy prometedor —dijo Alaric—. La población será demasiado escasa como para dar cobijo a cualquier culto.

—La inquisidora cree que la estatuilla que trajiste de Victrix Sonora proviene de allí —continuó Santoro—. Piensa que podría haber un nexo entre los cultos de la senda y algo que se encuentra en Sophano Secundus. Nuestro cometido será mantenernos en órbita y prestarle apoyo. Parece ser que no ve muy adecuado que la acompañemos.

—¿Acaso no estás de acuerdo?

—Ella es quien está al mando de esta misión, no se trata de estar o no estar de acuerdo.

Alaric conocía muy bien a los hombres que estaban bajo su mando. Santoro no era tan inescrutable como para ocultar su falta de entusiasmo.

—La inquisidora Ligeia tendrá mucho en común con los nobles con los que se dispone a tratar —dijo Alaric—. El hecho de tener que ir allá donde vaya rodeada de un grupo de superhombres con armadura no le será de mucha ayuda. Creo que en este caso estará mejor sin nosotros.

—Por supuesto. Se lo comunicaré a mi escuadra.

—Informa también a Genhain y a Tancred —dijo Alaric—. Yo necesito ponerme al día sobre nuestro destino.

Una vez que Santoro se hubo marchado, Alaric comenzó a buscar en los bancos de datos del *Rubicón* toda la información disponible sobre Sophano Secundus. La verdad era que nunca había esperado acabar en un rincón subdesarrollado de la senda, sobre todo cuando había muchísimos centros de población en los que, por propia experiencia, sabía que un líder lo suficientemente eficaz podría ocultar ejércitos enteros de cultistas. La Missionaria Galaxia, la organización mediante la cual el Adeptus Ministorum enviaba predicadores y confesores a mundos olvidados por toda la galaxia, era tremendamente rápida a la hora de llamar a las Hermanas de Batalla, o incluso al Ordo Hereticus, en cuanto sospechaba que algo maligno se había enraizado entre sus feligreses. Si realmente existía alguna conexión con Ghargatuloth en Sophano Secundus, a la fuerza tendría que ser algo muy sutil. Y la sutileza, según sospechaba Alaric, era algo en lo que Ligeia era experta.

Sin embargo, una vez más tendría que confiar en ella. Las innumerables habilidades de los Caballeros Grises serían inútiles si los presagios de Ligeia resultaban ser incorrectos. Ella era psíquica, sí, y muy poderosa, pero seguía siendo humana, y después de todo sus predicciones no eran más que conjeturas.

Hacía mucho que Alaric había aprendido a depositar toda su confianza en el Emperador, pues se encontraba inmerso en una lucha contra algo tan extraño que sólo a través del Emperador podría salir victorioso. Pero aun así no estaba tan seguro de que debiera depositar el mismo grado de confianza en Ligeia.

* * *

Sophano Secundus había sido descubierto hacía tanto tiempo que resultaba imposible trazar su historia bajo el mandato del Imperio. Durante los últimos años de la Gran Cruzada, cuando el Emperador ya era considerado un dios, los misioneros de su culto, que aún estaba en ciernes, habían enviado a uno de sus pupilos para que ejerciera de predicador en Sophano Secundus. Lo que se encontró allí fue un mundo baldío en el que sólo había un continente habitable, y éste tan sólo era capaz de albergar a unos pocos estados feudales en torno a pequeñas ciudades. Redescubrir mundos como éste era algo bastante común, pues muchos mundos humanos habían sido desgarrados en la Era de los Conflictos, y durante la cruzada se encontraron muchos de ellos que habían caído en el olvido.

La Missionaria Galaxia había mantenido su presencia en Sophano Secundus, y por esa razón existían unos pocos archivos. El primer misionero que aparecía en las crónicas, Crucien, describía una serie de reinos, muy atrasados pero inofensivos, que se inclinaban ante un soberano y mantenían entre ellos disputas ocasionales. En algún punto de la historia aquel planeta cayó en el olvido del Administratum y jamás se llegó a emitir una orden de colonización oficial sobre Sophano Secundus, que finalmente acabó convirtiéndose en responsabilidad del Adeptus Ministorum, que se mostró reacio a emplear en aquel planeta más recursos de los estrictamente necesarios para mantener una misión allí.

Había muchos planetas como éste por todo el Imperio, la mayoría de ellos en los límites del espacio colonizado o dispersados a lo largo de la zona del Halo, pero casi todos se encontraban cerca de sistemas más desarrollados. La política oficial del Imperio era la de «civilizar» esos mundos y prepararlos para posibles asentamientos, pero incluso durante los tiempos más prósperos ya había bastantes guerras y rebeliones como para dedicar los esfuerzos imperiales a otros menesteres. Y los tiempos nunca habían sido demasiado prósperos.

Sophano Secundus, según los informes que las autoridades de la senda habían recibido de los misioneros, se mostraba especialmente reacio a aceptar nuevas tecnologías e ideas. En cualquier caso, la Eclesiarquía no iba a provocar que un rebaño imperial se autodestruyera dándoles armas láser. Por tanto, el soberano había reinado sobre aquel mundo feudal desde que las crónicas empezaron a redactarse, sin que se supiera nada del Imperio aparte de que sus misioneros eran sagrados y que si aparecía el menor atisbo de herejía los cielos se abrirían para desencadenar una terrible tormenta de fuego. Según los misioneros, la fe de la población era relativamente estable, si bien es cierto que también se producían los conflictos habituales cuando las creencias previas chocaban con la fe imperial. No había pruebas de que la Eclesiarquía se hubiera visto obligada a reprimir alguna rebelión o culto (aunque generalmente la Eclesiarquía se guardaba esas cosas para sí misma), y otras autoridades imperiales llevaban siglos sin poner un pie sobre aquel planeta. Aparte de misioneros y de unos pocos visitantes adinerados que quisieron ver cómo sobrevivían los humanos fuera de las ciudades colmena, la inquisidora Ligeia sería la primera «forastera» que visitara Sophano Secundus desde hacía mucho tiempo.

Alaric revisó toda esta información mientras esperaba en el puente del *Rubicón* a que la lanzadera de Ligeia comenzara su descenso. Tamborileaba con los dedos sobre la placa de datos que había colocado en el puesto del capitán, intentando descifrar por qué Ghargatuloth querría que su presencia se sintiera en un mundo como ése. Era muy cierto que antes de su destierro ya había creado cultos en mundos feudales o salvajes, el mismo Khorion IX era un mundo tremendamente atrasado, pero ¿obtendría algún beneficio real haciendo aquello o no sería más que otro truco? Alaric sabía que el Príncipe de las Mil Caras no permitiría que nada tan evidente como la estatuilla de Victrix Sonora guiara a los Caballeros Grises hasta él, pero podría tener algún tipo de nexo con el planeta que ahora mismo se encontraba bajo el *Rubicón*, y quizá Ligeia fuera capaz de encontrarlo. Gran parte de sus esperanzas dependían del modo en que ella tratara con el soberano, Rashemha el Fuerte, y con el misionero, llamado Polonias.

El puente era un espacio enorme de metal pulido que había sido forjado en forma de innumerables filigranas que cubrían casi toda la superficie; todo ello formaba una serie de murales en torno a una enorme pantalla que había en el techo inclinado, como un marco alrededor de un cuadro. Todos los puestos de mando se encontraban junto a las paredes, cada uno con un adusto y silencioso miembro de Ordo Hereticus manejando los controles. El Hereticus cedía su flota y la mayoría de sus tripulaciones a los Caballeros Grises. Cada uno de los miembros de la tripulación tenía un detonador psicológico, insertado en su mente mediante adoctrinamiento onírico, capaz de borrar todas sus funciones cerebrales a una orden de cualquier Caballero Gris. De este modo, si el Caos contaminaba las mentes de la tripulación, sus miembros podían ser reducidos a idiotas babeantes antes de hacerse con el control del *Rubicón*. La tripulación también lo sabía, por eso casi siempre se mostraban adustos y serios. Nunca establecían lazos con los Caballeros Grises y eran sustituidos regularmente. El propio *Rubicón* era un crucero de asalto de los marines espaciales, altamente modificado y capaz de combatir muy por encima de sus posibilidades aparentes incluso con una tripulación tan fatalista.

A través de la pantalla se podía ver Sophano Secundus, la mitad de cuya superficie estaba iluminada por su sol. Era de un color marrón grisáceo y todo lo que se veía eran trozos de tierra que emergían desde océanos oscuros. Sin embargo, cerca del ecuador podía verse un continente que bullía de vida. Una explosión verde en medio de aquella monotonía. En algún lugar en el centro de aquel continente estaba Hadjisheim, la capital de Sophano Secundus, llamada así en honor a un antiguo soberano. Allí se encontraban el palacio real y el templo que se construyó en torno a la misión original de Crucien, y era allí hacia donde la inquisidora Ligeia se dirigía.

Alaric deseaba poder estar allí abajo. Aunque no había llegado a oír nada parecido a una queja proveniente de sus hermanos de batalla, sabía que ellos preferían estar donde estuviera el enemigo para tener la oportunidad de luchar contra él en lugar de tener que permanecer orbitando mientras Ligeia se movía por terrenos políticos para los que un Caballero Gris no tenía tiempo de preocuparse. Tancred estaba particularmente molesto; aquel viejo

caballo de combate se encontraba como en casa en medio del fragor de la batalla, y debía de sentir que cada uno de los momentos en los que no estaba luchando suponía un abandono imperdonable de su deber. El propio Alaric había sentido aquella misma impaciencia cuando las fuerzas del Caos iban un paso por delante de los servicios de inteligencia del Imperio, y los Caballeros Grises tenían que esperar a que ocurriera alguna atrocidad para poder actuar. Sin embargo, como juez y como oficial al mando de aquella misión, Alaric sabía que ese tipo de distracciones podían entumecer los instintos de un guerrero. Los Caballeros Grises eran una de las fuerzas más letales del Imperio, pero eso no significaba que pudieran dormirse en los laureles. Tenía la esperanza de mantener a sus marines lo suficientemente alerta como para poder enfrentarse a Ghargatuloth, así como él también debía mantener la fe en que Ligeia pudiera llevarlos hasta él.

—Fase número siete —dijo la voz monótona y sin relieve del hombre que se encontraba frente al puesto de control de la lanzadera—. Controles atmosféricos conectados.

—Comenzando descenso —contestó el piloto de la lanzadera. Su voz crepitaba a través del comunicador. La lanzadera de Ligeia comenzó a atravesar la atmósfera que rodeaba Sophano Secundus.

—Deséeme suerte, juez —dijo Ligeia con un tono alegre.

—Usted no la necesita, inquisidora —contestó Alaric—. Limítese a encontrar lo que sea que esconden allí abajo.

Por un momento pudo verse la estela naranja que dejaba la lanzadera al entrar en la atmósfera; después desapareció. Alaric pensó que era el momento de que Ligeia consiguiera mediante las palabras lo que los Caballeros Grises no podían conseguir mediante la fuerza.



La primera sensación que Ligeia experimentó de Sophano Secundus fue la que le produjo el aire cálido y ligeramente húmedo que llenó la cabina de la

lanzadera. Era un tanto especiado y polvoriento, con un ligero gusto al bosque que rodeaba todo el continente. La luz que inundó la cabina era brillante y amarillenta, un claro contraste con las luces frías y ásperas del *Rubicón* y con la poca iluminación de los archivos de Trepytos.

Esperaba que el cambio le sentara bien. Últimamente había sufrido dolores de cabeza y de articulaciones, y se había despertado en mitad de la noche por culpa de terribles pesadillas en las que unas manos invisibles la agarraban mientras dormía. En muy pocas ocasiones había empleado sus poderes con tanto ahínco como lo había hecho para buscar información en Trepytos sobre aquella escultura y sobre el mercado de obras de arte de la senda, y aquel esfuerzo empezaba a pasarle factura. Le hizo recordar que ya no era una mujer joven.

—Taici —llamó al líder de sus asesinos del Culto de la Muerte, quienes en aquel momento la rodeaban a modo de guardia de honor siniestra y silenciosa—. Seguidme.

Los miembros de su guardia desabrocharon los amarres de sus asientos gravíticos y se situaron junto a ella. Xiang, una mujer cuya complexión era engañosamente débil y que tan sólo dejaba ver un par de ojos exóticos bajo su máscara del Culto, portaba una maleta gris que contenía los efectos personales de Ligeia.

Ligeia dejó al personal del Hereticus en la lanzadera y descendió por la rampa para averiguar con qué tendría que trabajar.

Los edificios de Hadjisheim eran de piedra pálida y yeso, con tejados de mármol que refulgían bajo la intensa luz. El pavimento de las calles era de un color gris pálido. Por todas partes había cortinas, pancartas o símbolos de colores que contrastaban con la coloración pálida de los edificios. Se trataba de carteles de tiendas o de placas con los nombres de las calles escritos en un lenguaje cuyo alfabeto se componía de bucles y espirales. La lanzadera de Ligeia, siguiendo órdenes de la misión de Polonias, había tomado tierra en un espacio circular justo al principio de la calle más ancha de Hadjisheim, la gran avenida que llevaba hasta el palacio del soberano.

La recepción se había preparado a lo largo de toda esta avenida. Ligeia avisó a Polonias de su visita con tiempo suficiente como para que el

soberano la recibiera como a un alto dignatario, y parecía que no iba a sentirse decepcionada. La calzada estaba ocupada por hileras de soldados, hombres con las armaduras recién pulidas y con uniformes de color carmesí. Todos ellos portaban lanzas y escudos con las dos medias lunas adoptadas como escudo por el soberano Rashmeha. Tras ellos podían oírse las ovaciones de miles de hombres, mujeres y niños que se habían reunido allí para ver el espectáculo. Parecía que había corrido la voz, probablemente contra los deseos de Polonias, de que una habitante del cielo iba a hacer una visita, y todo el mundo quería verla. Ligeia se percató de que los habitantes de Sophano Secundus tenían una extraña mezcla de piel oscura y pelo claro, lo que, junto con los colores brillantes con los que solían vestir, les daba un aspecto casi celestial.

Aquella avenida, repleta de soldados, llevaba hasta el palacio del soberano, una enorme construcción de piedra blanca que miraba hacia Hadjisheim desde una colina en el centro de la ciudad, y que estaba engalanada con pancartas y estandartes de todos los colores.

La guardia de honor se acercaba desde el palacio. Un centenar de soldados de la caballería personal del soberano, en cuyas lanzas ondeaban cintas al viento y sobre cuyas armaduras recién pulidas refulgía la luz del sol, se acercaba al trote hacia el lugar donde se encontraba Ligeia. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, pudo ver que la mayoría montaban tharrs en lugar de caballos. Los tharrs eran criaturas gibosas con unos cuartos traseros tremendamente fuertes y con la piel oscura, escamosa y llena de costras que, según las pocas crónicas de Sophano Secundus, se empleaban en las cargas de caballería más feroces. Unos pocos oficiales, cuyo rango se distinguía por los galones dorados que decoraban sus armaduras, iban por delante montados sobre caballos parecidos a los de Terra, lo cual constituía un símbolo de prestigio, puesto que aquel planeta rara vez importaba animales para cría.

Un jinete se separó de la fila. Ligeia pudo sentir cómo sus asesinos se ponían en posición de alerta, con las manos listas para desenvainar las espadas o lanzar los cuchillos, pero con un simple movimiento de los dedos Ligeia les indicó que se calmaran: aquel jinete portaba un cuerno curvilíneo

en lugar de una lanza. De pronto se detuvo y empezó a hacer sonar el cuerno produciendo un sonido ronco. Los jinetes que iban detrás de él pararon en seco.

—En el decimonoveno año del reinado del soberano —comenzó a decir con un marcado acento de gótico común—, su alteza hace saber que su hogar será el hogar de la representante de los reinos celestes, y que sus soldados serán los suyos y la protegerán, y que su gente será la suya y la honrará. ¡En nombre del Emperador y de los reyes de antaño! ¡Así lo ha decretado el soberano!

Después de emitir con su cuerno otro sonido ronco, el mensajero regresó a las filas de la caballería, que había empezado a trotar otra vez para rodear a Ligeia y escoltarla hasta el palacio. Un escudero sobre un tharr se adelantó para ofrecerle un caballo de Terra, y ella, tras hacer una reverencia como muestra de agradecimiento, montó y comenzó a trotar a la amazona. Había montado un par de veces durante su juventud, pero pensó que sería más sensato dejar que el escudero llevara las riendas. Mientras, el sonido de los cascos de toda la caballería comenzaba a resonar en su camino de vuelta al palacio.

Los asesinos del Culto de la Muerte que caminaban a su lado apenas necesitaron acelerar el paso para mantenerse al mismo ritmo brioso que la escolta. Más allá de los soldados, Ligeia podía ver a la gente que se apiñaba a los lados de la calle, aunque sus asesinos casi atraían más atención que ella. Probablemente en Sophano Secundus jamás se había visto nada como aquello: media decena de hombres y mujeres con unos músculos bien definidos y vistiendo trajes negros y ceñidos, cada uno de ellos con tres o cuatro armas. Verlos moverse con tanta elegancia y agilidad hacía difícil creer que fueran humanos. Las máscaras siniestras e inexpresivas que llevaban reforzaban la impresión de que los rostros que se ocultaban tras ellas no eran normales.

El soberano Rashemha recibió a Ligeia en la entrada de los terrenos que circundaban su palacio, un extenso cinturón de césped, macizos de flores y árboles exóticos protegido por unos enormes muros blancos. Rashemha era un hombre grueso, con la piel morena y el cabello y la barba

sorprendentemente claros, que vestía unos ropajes de sedas ligeras y muy brillantes. Tras él había una pequeña legión de cortesanos y consejeros, todos los cuales parecían rivalizar en cuanto al brillo y la elegancia de sus vestimentas, aunque éstas quedaban empequeñecidas ante la magnificencia de las de su soberano. A un lado había una pequeña delegación de hombres y mujeres vestidos con mucha más sencillez, representantes de la misión de Polonias.

Ligeia avanzó hasta el soberano y desmontó. Éste hizo una reverencia, esbozó una sonrisa de bienvenida que hacía evidente que había estado practicando, y cogió las dos manos de Ligeia entre sus enormes zarpas.

—Nuestra gente es su gente —farfulló con un tono imponente—. Saludos.

Ligeia le devolvió la sonrisa. El soberano emanaba un fuerte olor a especias.

—Saludos del Imperio, alteza. Para mí es un placer que haya podido preparar mi recibimiento con tan poco tiempo de antelación, pues tengo asuntos muy urgentes que tratar con el misionero Polonias.

—Por supuesto, adelante, inquisidora Ligeia, no permitiré que los reinos celestes piensen que el soberano carece de hospitalidad.

La delegación atravesó la explanada que había frente al palacio. Ligeia se percató de que los representantes de la misión tenían la piel extremadamente pálida, y supuso que las incontables horas que pasaban rezando en el templo de la misión hacían que rara vez les diera la luz del sol. Todos ellos vestían hábitos muy simples, evidentemente para mostrar humildad al Emperador, y probablemente se sentirían muy alarmados si vieran la extravagancia que la Eclesiarquía mostraba en el resto del Imperio.

—Nuestras tierras son muy fértiles y extensas —continuó el soberano. Todas sus afirmaciones recibían ecos de asentimiento por parte de sus cortesanos—. Nuestra gente adora a su rey y a los espíritus de los reyes de antaño. Y también se afanan en la adoración de su Emperador.

Ligeia realmente no estaba escuchando. Sabía que el centro de Hadjisheim era impresionante, pero que el resto de la ciudad y el resto de los dominios del soberano eran pobres y retrógrados, y que los consejeros y los

barones eran incapaces de controlar a la población. La labia del soberano era menos interesante que aquel lugar. Los espacios cavernosos se mantenían frescos y protegidos del implacable sol, y las incrustaciones de mármol de las paredes formaban complejos murales que narraban las hazañas de soberanos de antaño. Todas las columnas estaban coronadas por el águila doble del Imperio, y a su lado había textos devotos tallados en gótico clásico junto a oraciones dedicadas a los reyes de Sophano Secundus. Grupos de cortesanos se apiñaban a los lados de las columnas viendo pasar al soberano y a sus dignatarios y rompiendo a aplaudir de vez en cuando, puesto que él era la representación de todas las glorias de su mundo.

En los pocos minutos que llevaba allí, Ligeia ya había podido comprobar lo frágil que era Sophano Secundus. El soberano mantenía a sus consejeros y barones unidos por su mera personalidad. Sus tropas consistían básicamente en una caballería insuficiente para controlar el único continente. Cualquier consejero rebelde podría crear un conflicto, y Ligeia sabía que eso ya había ocurrido en el pasado. El reinado del soberano era personal, no se conseguía por la fuerza sino por acuerdo tácito. Era muy débil. Ése era el modo mediante el cual la humanidad se había autogobernado en los tiempos anteriores a la Era de los Conflictos, y había quedado demostrado lo peligroso que era basar un gobierno en algo que no fuera fuerza y vigilancia.

Polonias estaba esperando en una capilla anexa que había sido decorada con mármol oscuro y con toda una plétora de incensarios, mucho más típica de la arquitectura imperial. Ligeia se excusó ante el soberano, prometió reunirse con él para un gran festejo que se celebraría aquella tarde y entró con sus asesinos en la capilla. Los cortesanos siguieron a su rey mientras éste se dirigía hacia el corazón del palacio, a la sala de audiencias en la que continuaría con su ardua tarea de mantener su planeta unido.

Polonias era un hombre muy, muy viejo, retorcido y encorvado. Sus largas vestiduras escondían un cuerpo que se movía penosamente despacio, como un fantasma, por el interior de aquella capilla repleta de incensarios. Tenía la cabeza cubierta por la gruesa capucha de su hábito y su cuerpo parecía encorvarse por el peso del águila doble que le colgaba del cuello.

Ligeia hizo un signo para que sus asesinos se mantuvieran a una distancia prudencial. Polonias estaba rodeado de manuscritos y libros esparcidos por el suelo de piedra o sobre los bancos frontales.

—Misionero —dijo Ligeia—. Represento a la autoridad de la Inquisición del Emperador, y solicito su cooperación.

Polonias sonrió y con la parte inferior de su rostro dibujó una mueca de desagrado.

—Inquisidora Ligeia, confío en que el soberano le haya dado el recibimiento que se merece.

—Se ha asegurado de que quedara impresionada, pero estoy más interesada en lo que usted pueda decirme.

Ligeia avanzó hasta la parte frontal de la capilla y se sentó en el primer banco, rodeada por los libros de Polonias.

—Como puede ver —dijo Polonias haciendo un gesto con su mano, cubierta de manchas por la edad, para señalar el montón de pergaminos y libros desparramados—, he estado preparándome para su visita. Sólo hay una razón por la que el Ordo Malleus visitaría este mundo. ¿Cree usted que no he pasado el tiempo suficiente preparando las mentes de la gente para el inevitable advenimiento del Enemigo?

—No he venido aquí para acusarlo de nada —respondió Ligeia con tranquilidad mientras cogía el libro que tenía más cerca y le daba un par de vueltas—. He venido para investigar. Algo o alguien de Sophano Secundus está relacionado con el inminente renacimiento de un demonio muy poderoso.

Polonias la miró, y por primera vez Ligeia pudo ver sus ojos grandes y blanquecinos, como los de una criatura marina.

—¿Demonios? Que el Trono nos proteja.

—Los inquisidores responsables de la senda disponen de muy poca información, lo que lo convierte a usted en mi mejor recurso. —Ligeia hablaba en un tono casi coloquial mientras inspeccionaba la cubierta del libro. Era muy antiguo y bastante pesado, la tapa estaba protegida por un candado de latón muy elaborado—. Estoy buscando algún indicio de actividad cultista en su mundo.

Polonias negó con la cabeza.

—La gente aquí es muy devota. Hay muy pocos cultos que rivalicen con el imperial, tan sólo unas pocas sectas que adoran a sus ancestros. Nunca he percibido ni una sola señal del Enemigo entre ellos. Habría avisado a los cardenales de haber sido así. Por supuesto hay tribus dispersas por los bosques respecto a las que el soberano poco puede hacer, pero se trata de bandidos, no de fanáticos.

Ligeia chasqueó los dedos y Xiang se adelantó rápidamente; aún tenía la maleta en las manos. La asesina abrió los cerrojos y levantó la tapa. Ligeia extrajo la repugnante estatuilla de madera traída de Victrix Sonora.

—¿Qué puede usted contarme sobre esto?

Polonias se inclinó para poder ver mejor la estatuilla. Ligeia se percató de que emanaba un fuerte olor a incienso y a productos químicos, como si se hubiera visto obligado a emplear productos rejuvenecedores para preservar su viejo cuerpo del deterioro.

—Es un objeto terrible. Tengo entendido que a algunos degenerados de las clases nobles les gustaba coleccionar este tipo de cosas en los tiempos en los que el culto a san Evisser estaba en su punto álgido. Los comerciantes solían venir para comprárselas a las gentes de los bosques. El arte de este planeta ahora es tan sólo una curiosidad, nada más.

—¿Cuándo salieron las últimas imágenes de este planeta?

Polonias se encogió de hombros.

—Cincuenta años, setenta… El soberano tendrá a algún consejero historiador que pueda darle datos exactos. Personalmente, pienso que estas imágenes paganas son terribles, siempre intento tratar estos temas en mis sermones.

Polonias volvió a erguirse y Ligeia depositó la estatuilla en la maleta, hecho que le supuso un alivio, pues ya empezaba a sentir cómo se retorcía en sus manos.

—Mi mundo se enfrenta a muchos problemas —continuó Polonias—, pero la presencia del Enemigo no es uno de ellos. La gente aquí es pobre e ignorante y la tierra es estéril, pero la corrupción no existe. He predicado

desde Hadjisheim hasta la Corriente Calliana, en la costa norte, pero toda la maldad que he contemplado provenía de manos humanas.

—Me alegro de oír eso —dijo Ligeia—. Pero hace que mi estancia aquí sea aún menos prometedora.

—Lamento no poder prestarle más ayuda. La Inquisición del Emperador tendrá que buscar a sus fantasmas y a sus herejes en algún otro sitio.

Ligeia tuvo la ligera impresión de que Polonias sonreía al decir esto, pero no podía estar segura.

—Bien, parece que aquí tengo poco que hacer —decidió Ligeia al tiempo que se alisaba con las manos su larga falda—. Cumpliré con las formalidades y veré qué puedo obtener de parte del soberano y de sus consejeros, pero dudo que sepan algo importante que usted desconozca. Está usted muy versado —añadió mientras levantaba el libro que tenía en la mano—. Hacía mucho tiempo que no veía un ejemplar de las *Lamentaciones* de Myrmando.

—Mi predecesor lo dejó aquí para mí —afirmó Polonias—. Siempre he pensado que a Myrmando le falta algo, pero sus parábolas son simples y me son muy útiles para mis sermones.

—Los cardenales de la senda lo han hecho texto obligatorio en los estudios del seminario —comentó Ligeia—. Seguro que se sentirían muy decepcionados si supieran que a usted no le gusta.

—Bueno, los cardenales tienen derecho a no estar de acuerdo con un viejo misionero.

—Las *Lamentaciones* —dijo Ligeia con franqueza— llevan olvidadas mil doscientos años. Es imposible que ningún miembro de la Eclesiarquía, ni siquiera un cardenal, tenga una copia a no ser que esté vivo desde entonces.

Los asesinos del Culto de la Muerte avanzaron desde la parte trasera de la capilla blandiendo sus espadas y cuchillos. Ligeia tenía la mano sobre la cubierta de las *Lamentaciones* para absorber la información que confirmaba que aquel libro era el mismo ejemplar que se creía perdido por todas las autoridades, incluidas las de Trepytos.

—Usted no es Polonias —continuó Ligeia—. Por la autoridad de las Santas Órdenes de la Inquisición del Emperador le ordeno que se someta a un examen moral. Será sometido a un proceso interrogatorio y todo lo que

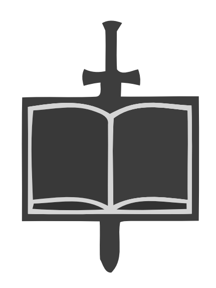
diga será sólo la verdad en detrimento de su vida y de su alma. —Su voz se había vuelto fría de repente y los músculos de sus asesinos estaban tan alerta que casi podía oírlos crujir.

—Estúpida —le espetó el misionero—. ¡Estúpida! ¡Obstinada niñata!

Algo brilló debajo de su capucha y sus ojos se volvieron de un color violeta intenso, iluminando un rostro tan viejo y vacío que ningún humano podía haber sobrevivido de manera natural todos los años que pesaban sobre él.

El aire se volvió denso cuando el misionero Crucien, cuya identidad había sido descubierta por primera vez en milenios, estalló de pronto en una explosión de fuego embrujado.

Un segundo después, el *Rubicón* perdía todo contacto con la superficie de Sophano Secundus.



SIETE

Sophano Secundus

—Nada —dijo el operador de comunicaciones—. Lo hemos perdido todo, signos vitales, localizador de la lanzadera… todo.

Alaric se levantó de un salto de su puesto de mando.

—¿Cómo?

—No tengo ni…

—¡La pantalla!

La imagen de Sophano Secundus que había en la pantalla desapareció para dejar paso a una visión estática y gris. Rodeado de monitores y de cogitadores que no paraban de zumbar, el personal encargado del control de sensores que había en el puente intentaba descifrar alguna señal de la superficie. Hubo un rápido destello mientras de los aparatos saltaban chispas como si hubieran sufrido un cortocircuito.

—Tancred, Genhain, meted a vuestras escuadras en la Thunderhawk y preparaos para salir, esperad coordenadas de aterrizaje. Santoro, vosotros esperadme, estaré allí en cuanto tenga algo más de información.

—¿Problemas, juez? —Se oyó la voz áspera de Santoro.

—Nada, pero… —Mientras Alaric hablaba, algo apareció en la pantalla.

Se podían ver los alrededores de Hadjisheim, que estaba en un profundo valle y rodeada de espesos bosques, pero donde debería estar la ciudad tan sólo se veía un punto negro de interferencias.

—¿Están interfiriendo en nuestras comunicaciones?

—Si es así, es algo que ya nos ha pasado antes —contestó alguien desde el control de sensores.

Alaric hizo una pausa y se quedó mirando al terrible borrón oscuro que había sobre la superficie de Sophano Secundus.

—Creo que ya hemos visto suficiente —decidió—. Se trata de brujería. Podía sentirla incluso desde la órbita.

Sentía cómo la magia envolvía con sus dedos su alma acorazada.

No había tiempo para los ritos de batalla ni para la purificación ritual del alma que los Caballeros Grises debían llevar a cabo antes de cada batalla. Ligeia estaba allí abajo, y si aún no estaba muerta, muy pronto lo estaría. Los Caballeros Grises eran su única esperanza.

—¡Navegante, encárguese de los controles! —gritó Alaric mientras corría hacia las puertas del puente—. Pónganos en posición de lanzamiento. Control de vuelo, quiero una ruta de aterrizaje antes de que llegue a la cubierta de lanzamiento.

Alaric murmuraba entrecortadamente las Siete Oraciones de Aversión mientras se apresuraba por las diferentes cubiertas hacia la zona de lanzamiento del *Rubicón*. En algún punto bajo sus pies resonaban los motores de la nave. Había personal del Ordo Malleus y servidores moviéndose apresuradamente por todos los corredores que atravesaba. De pronto, la nave dio un bandazo para situar las compuertas de lanzamiento frente a la superficie del planeta.

—… y que mi alma se mantenga henchida de justo odio para que empuñe mi arma con determinación…

—Los astrópatas informan de que hay algo en la disformidad. —Una voz proveniente del puente destacó entre los gritos y órdenes que salían del comunicador—. Dicen que está gritando.

Alaric abrió la compuerta que llevaba hasta la cubierta de lanzamiento. Dos de las tres Thunderhawk que transportaba el *Rubicón* habían repostado

y estaban listas para partir. En aquel momento los servidores estaban soltando los anclajes de promethium de sus cascos. La cañonera de Tancred y de Genhain ya estaba lista para despegar, mientras que la que transportaría a Alaric y a Santoro aún tenía las compuertas abiertas. El resto de la escuadra de Alaric los estaba esperando.

—… y que mantenga firme mi pulso y bendiga mi arma, y que mi odio se convierta en su odio para que éste abrase la carne del Gran Enemigo…

—¡Tenemos una señal! —gritó una voz desde el centro de comunicaciones.

—¿Ligeia?

—Taici.

—De acuerdo. ¿Qué dice?

—No son más que coordenadas, pero está claro que se trata de él.

—¿Dónde está?

—En el valle que rodea la ciudad, justo en la frontera de la zona de interferencias.

—Entonces ése será nuestro punto de aterrizaje. —Alaric subió a toda velocidad por la rampa que daba acceso a la bodega de transporte de la Thunderhawk. Vio los rostros de los miembros de su escuadra. Todos ellos le eran muy familiares y todos ellos inclinaron la cabeza a modo de saludo silencioso antes de ponerse los cascos y abrocharse sus anclajes gravíticos—. ¿Navegante?

—Coordenadas de aterrizaje recibidas.

La rampa se cerró justo detrás de Alaric.

—Abran las compuertas y efectúen el lanzamiento.

Todos los sistemas de la cañonera comenzaron a activarse mientras el ruido de los motores aumentaba progresivamente conforme avanzaba la cuenta atrás. Las compuertas se abrieron y el hangar se despresurizó; se produjo una terrible sacudida cuando los motores de propulsión primaria hicieron salir disparada la cañonera y todos los ocupantes sintieron cómo sus cuerpos se pegaban a sus asientos gravíticos. Alaric miró por la ventanilla mientras la cañonera rugía al salir del *Rubicón*. El casco del crucero de asalto desapareció rápidamente y dejó paso a la visión creciente

de Sophano Secundus, lúgubre y yermo, cuya única brizna de tierra fértil se estaba volviendo púrpura en aquel mismo instante.

* * *

Los espesos bosques se veían pasar bajo un cielo oscurecido por los relámpagos púrpura, los valles se hundían en las sombras como ríos de tinta. En la lejanía, las áridas montañas se veían como dientes rotos sobre el horizonte. Los motores de la Thunderhawk hicieron un tremendo esfuerzo cuando los retrocohetes se activaron para contrarrestar el empuje de la gravedad.

El valle se abría oscuro bajo la Thunderhawk, que descendía entrando en fase de aproximación. Los sensores de la cañonera apenas funcionaban debido a las interferencias provenientes de Hadjisheim, de modo que, en la cabina, los pilotos del Malleus tenían que volar prácticamente a ciegas. Por la ventanilla aparecieron las colinas verdes del valle y la Thunderhawk dibujó un semicírculo mientras desplegaba el tren de aterrizaje. Con un golpe seco, los deslizadores se posaron en el suelo y los motores principales se apagaron.

Aquel valle era muy profundo y sombrío. El bosque que se extendía hasta las crestas más altas también se mostraba espeso y oscuro, y su tupida vegetación era como una masa compacta. Todo el valle estaba cubierto de hierba silvestre y arbustos. A una cierta distancia podía distinguirse en la lejanía la nube de hechicería, como una enorme cúpula negra. El cielo que había sobre ella era casi del mismo color, ennegrecido y con vetas púrpura, y las estrellas brillaban como polvo plateado. Cuando por fin se detuvieron, los deslizadores de las Thunderhawk dejaron unos profundos surcos en la tierra.

—¡Despliegue! —gritó Alaric mientras la rampa descendía. La escuadra de Alaric y la escuadra de Santoro salieron de la cañonera en cuestión de segundos, con los bólters de asalto listos para abrir fuego.

En cuanto puso los pies en el suelo, Alaric pudo sentir los ecos de lo que los astrópatas habían informado. Algo bullía en la disformidad, una agitación al otro lado de la frontera de la realidad.

Sus autosentidos escudriñaron las sombras. La vegetación de Sophano Secundus era espantosa y oscura, trepaba por las lomas del valle hasta convertirse en una espesa maraña de árboles en lo alto de las crestas.

—Tancred —dijo Alaric a través del comunicador, que estaba sintonizado en un canal abierto.

—Estamos bajando. ¿Lo habéis encontrado?

—Negativo, seguimos buscando.

La cañonera de Tancred dibujó un arco en el cielo, sus retrocohetes dejaron una estela azul en el aire y la Thunderhawk se posó justo detrás de la de Alaric. La rampa se bajó y la escuadra de Tancred ya estaba fuera antes de que los motores se apagaran, cuerpos enormes protegidos por armaduras de exterminador salieron de la aeronave para formar sobre la hierba húmeda.

—Tenemos algo —dijo de pronto la voz del hermano Marl, uno de los marines de Santoro, a través del comunicador—. Creo que es él.

Santoro hizo un gesto a su escuadra para que se moviera en la dirección hacia la que Marl apuntaba.

—Escuadra, ¡cubridlos! —ordenó Alaric mientras sus marines se volvían para controlar el perímetro.

—Confirmado —dijo Santoro—. Es uno de ellos.

—¿Taici?

—Es difícil de decir.

—Escuadra, ¡atentos! —dijo Alaric mientras se apresuraba en dirección a Santoro, que miraba a una silueta negra tumbada en el suelo.

Se trataba de uno de los asesinos de Ligeia, eso estaba claro. Vestía un traje muy ceñido de color negro brillante, pero estaba hecho jirones. Le habían arrancado la capucha y Alaric se dio cuenta de que aquélla era la primera vez que podía verle la cara a uno de los asesinos de Ligeia.

Reconoció la espada que aquel hombre sostenía en la mano como la de Taici. Si los asesinos tenían otro líder aparte de Ligeia, ése era Taici. Y si

había alguien en quien Ligeia confiaba para marcar a los Caballeros Grises un punto de aterrizaje, ése era él.

Alaric se arrodilló junto a Taici. Aún respiraba pero había recibido muchos golpes. Su piel estaba arañada y llena de heridas. Era evidente que tenía una pierna rota y su pecho había recibido tantos golpes que Alaric se sorprendió de que aún pudiera seguir respirando. Su cara, brillante y hermosa, estaba ahora cubierta de sangre y de golpes. Tenía el pelo negro, y su piel dorada estaba manchada de sangre. La mandíbula estaba rota; trozos de dientes se mezclaban con la sangre que le brotaba a borbotones y le corría por la barbilla.

—Aún está vivo —dijo Alaric—. ¿Puedes hablar?

Taici abrió los ojos, pero ya no eran ojos.

Dos gusanos de color rosado salieron de las cuencas vacías retorciéndose de una manera repugnante, como dedos acusadores, cada uno de ellos tenía una boca pequeña y muy voraz. El rostro de Taici se desintegró cuando toda una colonia de gusanos apareció royendo sus huesos, devorando la cabeza del asesino hasta convertirla en una mezcla repugnante de sangre burbujeante.

—¡Mykros! —gritó Santoro, y el encargado del lanzallamas de su escuadra dio un paso adelante.

Alaric se echó hacia atrás y Mykros incineró aquella monstruosidad con una llamarada de fuego sagrado. Se desató un fuerte aroma especiado mezclado con el olor a carne quemada; pronto el cuerpo había desaparecido.

—Era… —comenzó Santoro.

—Tancred, Genhain —lo interrumpió Alaric a través del comunicador mientras observaba a ambas escuadras en tierra—. Taici estaba siendo controlado. Ella debe de estar en su poder. Dadme una…

Tancred fue el primero en verlos, y Alaric supo que algo iba mal en cuanto se dio cuenta de que las miradas de toda su escuadra se dirigían hacia arriba, hacia una de las crestas que había en lo alto del valle. Alaric dirigió su vista hacia donde miraba su escuadra y vio que el bosque se había erizado, como si estuviera marchando hacia ellos. De pronto empezó a distinguir estandartes y puntas de lanzas, así como los colores brillantes de

los soldados del soberano, cada vez menos nítidos debido a la creciente oscuridad. El ruido del viento al mover las ramas de los árboles dejó paso al sonido metálico de sus armaduras y a los gruñidos de sus tharrs.

Alaric miró a su alrededor. Había hombres a ambos lados del valle, probablemente un millar de ellos, esperando a los Caballeros Grises. La criatura que habían introducido en la cabeza de Taici lo había manipulado para que atrajera a los Caballeros Grises hasta una trampa.

—¡Soldados del cielo! —gritó el mensajero de los hombres del soberano —. Nuestro Emperador aborrece a los herejes que hostigan a su gente. Los espíritus de los reyes de antaño escupirán sobre los invasores infieles que ensucien las tierras del soberano. El Emperador, el Señor de la Transformación y el Príncipe de las Mil Caras pudrirán vuestros corazones. Vuestra muerte será nuestra vida.

—¡Replegaos! —ordenó Alaric por el comunicador.

Y los Caballeros Grises formaron un círculo entre las dos Thunderhawk. Después, Alaric se dirigió únicamente a su escuadra.

—Se preparan para cargar. Vien, Clostus, delante, conmigo. Lykkos, en el centro, junto a la escuadra de Glavian. Dejad que se aproximen. Limpiemos nuestras almas y tengamos fe.

Se oyó el bramido de un cuerno de caza y los líderes de aquel ejército dieron la última orden en el lenguaje de sus reyes de antaño. La caballería de tharrs avanzó como un solo animal, una masa negra compacta y espinosa, y el valle comenzó a estremecerse. Alaric vio cómo las poderosas piernas de los tharrs los acercaban hacia ellos. Sobre aquella masa brillaban las armaduras de sus jinetes y los pendones de una decena de nobles feudales ondeaban al viento.

El juez Genhain, en el centro de la formación de los Caballeros Grises, gritó una orden y los bólters de asalto empezaron a abrir fuego. Las armas de todos y cada uno de aquellos Caballeros Grises escupieron un relámpago blanquecino hacia la masa de soldados que se aproximaba, desencadenando incontables explosiones de sangre. Los cuerpos rodaban cuando los tharrs caían y arrojaban a sus jinetes al suelo. Cuando eran alcanzados, algunos hombres salían proyectados brutalmente hacia atrás en medio de un

estallido sangriento. Pero constantemente llegaban más, pasando por encima de los cuerpos de sus caídos. El perímetro dentro del alcance de las armas de los Caballeros Grises pronto se llenó de muertos; las filas traseras tenían que galopar sobre pilas de cadáveres antes de echarse encima de ellos. El hedor de la muerte, tan familiar para aquellos guerreros, comenzó a emanar conforme la carga alcanzaba su objetivo.

El primero de ellos hizo contacto. Alaric pudo ver cómo rechinaba los dientes bajo la celada de su casco mientras bajo la armadura los colores brillantes de su uniforme se agitaban al viento; tenía la piel oscura y el pelo blanco. Alaric desvió la punta de la lanza de su atacante con su arma némesis mientras al mismo tiempo hundía su otra mano en la repugnante masa corporal del tharr sobre el que cabalgaba aquel jinete. Su puño le atravesó varias hileras de dientes al tiempo que apretaba el disparador del bólter que llevaba acoplado a la muñeca, dejando salir una ráfaga que acabó con aquella bestia.

Acto seguido, Alaric atravesó al jinete con su alabarda y, aún sin extraer la hoja de su cuerpo muerto, se la clavó al jinete que venía detrás de él. Justo al lado de Alaric, el hermano Vien acababa de cortarle la cabeza a un tharr, y subido sobre su cuerpo sin vida agitaba su alabarda como si fuera una maza, aplastando a todo aquel que se le acercaba. Haulvarn se colocó hombro con hombro junto a Alaric al tiempo que atravesaba a otro de los jinetes con su espada. Dvorn también se acercó, agitando su martillo desde uno de los flancos de la escuadra y dejando a su alrededor un gran semicírculo de cuerpos sin vida.

Alaric pudo sentir, más que oír, que la carga también entraba en contacto con la escuadra de Tancred, y vio cómo uno de los tharrs salía volando por los aires, sin duda lanzado por uno de los exterminadores. También oyó la voz de Santoro, que entonaba una oración de perseverancia mientras el sonido del acero indicaba que sus marines ya estaban luchando contra la infantería de a pie.

Bajo el poder de las armas y de las hojas de los Caballeros Grises, aquella carga había sido reducida a una masa sangrienta, pero el grueso del ejército del soberano era la infantería. Lanceros y soldados armados con espadas se

acercaban en tropel. Aquélla era la única manera de poner en jaque a los Caballeros Grises, encerrarlos y asfixiarlos entre una masa de hombres donde, antes o después, sus armaduras de exterminador no serían suficiente, sus bólters se quedarían sin munición y los filos de sus espadas resultarían exiguos, hasta que finalmente acabaran cayendo.

Alaric pudo ver que las Thunderhawk ya estaban rodeadas de hombres que intentaban trepar sobre ellas, abrir las escotillas y romper las ventanas. Se dio cuenta de que había movimiento en el interior de la cabina de una de ellas, donde, evidentemente, los pilotos estaban luchando contra los soldados que habían conseguido entrar. Los pilotos lucharían hasta la muerte y a buen seguro morirían, y parecía que las Thunderhawk tampoco iban a sobrevivir.

Aquella masa de hombres luchaba con fiereza. Las espadas intentaban atravesar la armadura de Alaric, que constituía un muro de acero frente a un océano de rostros llenos de odio. Uno de ellos consiguió esquivar el martillo de Dvorn y se abalanzó sobre el marine, que se vio obligado a dar un paso atrás; acto seguido una decena de hombres consiguieron hacerlo caer. Clostus partió a otro soldado de arriba abajo y lanzó por los aires a uno más, pero los hombres no cesaban de aparecer por la brecha, fanáticos y temerarios.

—¡Tancred! ¡Sácanos de aquí, son demasiados! —dijo Alaric a través del comunicador.

Pudo ver cómo Santoro trepaba por encima de una montaña de soldados, agitando su maza némesis a izquierda y derecha. Los bólters de asalto de la escuadra de Genhain seguían abriendo fuego, y el cañón psíquico de Lykkos no cesaba de lanzar destellos relucientes hacia las líneas de la retaguardia, pero había demasiados como para detenerlos.

Alaric sabía que probablemente Tancred era su única vía de escape.

—¡Hermanos! —gritaba Tancred—. ¡Por la venganza! ¡Por la pureza! ¡Que el odio nos haga fuertes, que el valor nos haga invencibles!

—¡En la venganza nos haremos fuertes! —rugieron sus hombres.

Alaric pudo sentir la excitación en el recodo de su mente que albergaba el suficiente talento psíquico para soportar el entrenamiento de un Caballero

Gris.

—¡En el sufrimiento! ¡En la gloria! —continuó Tancred mientras cortaba por la mitad a otros dos enemigos con su espada némesis. El fragor del combate llegó a su punto álgido, un ruido ensordecedor producido por los destellos blancos que centelleaban alrededor de la escuadra de Tancred.

Finalmente, como la detonación de una bomba o como el impacto de un meteorito, se produjo una tremenda explosión de luz delante de los hombres que se abalanzaban sobre la escuadra de Tancred, lanzando una onda expansiva que aplastó las líneas del soberano. Alaric pudo ver cómo aquel destello arrancaba la piel a sus enemigos, cómo sus tharrs se desintegraban y cómo barría a las tropas, cuyos hombres salían disparados por el aire para ir a caer sobre las filas de la retaguardia.

Los inquisidores del Ordo Malleus lo llamaban el holocausto, pero se trataba de algo mucho más complejo. Tan sólo los Caballeros Grises con mayor poder psíquico eran capaces de generarlo, y ni siquiera podían hacerlo solos, se necesitaba toda una escuadra liderada por un psíquico para canalizar el odio acumulado tras años de oración y entrenamiento y poder darle una forma física.

El holocausto había conseguido abrir un enorme espacio frente a Tancred en el que la tierra se había vuelto blanca. Lanzando un temible grito, Tancred cargó sobre los enemigos aturdidos mientras abría fuego sobre aquella masa, la escuadra de Genhain lo siguió inmediatamente. Los exterminadores superaron las primeras líneas y se abalanzaron sobre las líneas traseras del ejército de Secundus. Las hojas de las armas némesis refulgían mientras los bólters abrían fuego.

Alaric y Santoro fueron tras ellos haciendo uso de sus armas némesis, no tenían más que seguir el rastro de destrucción que dejaba Tancred en el corazón del ejército enemigo. Las tropas del soberano estaban en retirada, habían dejado sus armas y corrían hacia el otro lado del valle perseguidos por Tancred. Aquel enfrentamiento había terminado en desbandada y cada vez más soldados se unían a la huida. Los oficiales, nobles sobre tharrs o incluso sobre caballos, intentaban instar a sus hombres para que siguieran luchando, pero incluso los estandartes de las casas nobles habían caído.

Así era como se vencía a un ejército, mostrando lo que los Caballeros Grises eran capaces de hacer. Debían asegurarse de que todos lo vieran y de que supieran que, si se quedaban, ellos serían los siguientes.

Alaric revisó las runas que proyectaron sus autosentidos sobre su retina. La runa de Dvorn estaba parpadeando. Debía de haber sido herido.

—Informe de bajas —dijo a través del comunicador.

—Caanos ha muerto —informó Santoro sin rodeos—. Mykkos lo ha recogido.

Alaric sintió una llama de odio. Sophano Secundus había traicionado a los Caballeros Grises y eso le había costado la vida a uno de sus marines. Alaric recordó que aquel hombre era muy semejante a Santoro, tranquilo, piadoso, comprometido. Ahora Caanos no volvería a rezar nunca más.

El peor augurio posible era dejar el cuerpo de un marine espacial en el campo de batalla. Tanto la semilla genética que regulaba el metabolismo de Caanos como sus órganos cultivados in vitro serían extraídos de su cuerpo y llevados de vuelta a Titán, donde podrían ser reimplantados en un novicio a punto de empezar a recorrer la larga senda de un Caballero Gris. Pero eso sólo sería posible si alguno de ellos conseguía salir de Sophano Secundus.

—Busquemos refugio entre los árboles y sigamos en movimiento —dijo Alaric—. Enviarán a más hombres para que nos sigan. —Cambió a la frecuencia de su escuadra—. ¿Dvorn?

—Brazo roto —contestó Dvorn.

Ésa era toda la respuesta que Alaric necesitaba. El metabolismo de un marine era perfectamente capaz de recomponer un hueso fracturado, pero hasta que aquello ocurriera Dvorn tendría que luchar por debajo de su verdadero potencial.

El ejército del soberano se había desintegrado bajo el poder de los Caballeros Grises. Los nobles intentaban reorganizar a una multitud desorientada para que tratara de perseguirlos, pero aquello era un caos total. Tancred ya estaba en el bosque y sus marines espaciales abrían fuego contra cualquiera que intentara seguirlos.

Alaric miró hacia atrás y vio que de los motores de las dos cañoneras Thunderhawk salían unas llamaradas anaranjadas. Los hombres del

soberano, quizá por sí solos, aunque más probablemente obedeciendo órdenes, habían cortado los conductos de combustible e incendiado el promethium. Si los Caballeros Grises pretendían escapar de Sophano Secundus, no sería en las cañoneras.

* * *

En mitad de la noche y en pleno corazón del bosque, enterraron a Caanos. Desprovisto de su armadura, y después de que el propio juez Santoro extrajera de su garganta la semilla genética, el cuerpo del hermano Caanos fue depositado en su tumba improvisada.

Santoro pronunció un breve discurso sobre el deber, el sacrificio y el honor de morir bajo la atenta mirada del Emperador, palabras que podrían haber salido del propio Caanos.

Mientras volvía a oír las mismas palabras que siempre había oído en cualquier sermón u homenaje a un héroe caído, Alaric comprendió por qué Ligeia quiso que él fuera el líder. Alaric era capaz de abstraerse de los lazos que ataban a todo Caballero Gris, pero al mismo tiempo jamás olvidaba lo verdaderamente importante, la fuerza contra la corrupción del Enemigo y el poder que el Emperador le había otorgado.

Santoro nunca podría ser líder. No mientras entendiera que su lugar en el universo era algo rígido e inmutable. Tampoco podrían serlo Genhain ni Tancred, aunque eran buenos hombres. Ellos eran soldados capaces de mantener a raya a la oscuridad, pero no eran líderes, necesitaban hombres como Alaric. Él sería capaz de cambiar las reglas por las que se regían cuando los designios del Enemigo lo obligaran a adaptarlas. Ésa era la razón por la que Durendin tenía tanta fe en él, y por la que Ligeia había percibido que albergaba en su interior algo que ni siquiera los grandes maestres poseían.

Alaric no estaba seguro de si debía sentirse halagado. Sería mucho más fácil limitarse a luchar y a obedecer órdenes. Ser un líder de hombres como

los Caballeros Grises requería mucho más de lo que él podía dar en aquel momento, aún le quedaba mucho por aprender y debía enfrentarse a muchas pruebas antes de demostrar que era válido.

Santoro había terminado. Los hermanos de batalla de Caanos empezaron a echar tierra sobre su tumba. Alaric anotó las coordenadas de aquel emplazamiento en su placa de datos para asegurarse de que, si fuera posible, los interrogadores del Malleus pudieran recuperar el cuerpo de Caanos para enterrarlo en la cripta de Titán. En ese caso también recuperarían su armadura y sus armas, enterradas a los pies de la tumba después de que la escuadra de Santoro se repartiera sus municiones. Alaric se dio cuenta de que si estaban atrapados en aquel planeta sin ningún tipo de apoyo, muy pronto empezarían a escasear las provisiones.

Antes de abandonar aquel emplazamiento, Alaric envió un mensaje al *Rubicón* por un canal seguro, para que el personal del Malleus supiera que las dos cañoneras Thunderhawk se habían perdido y que las lanzaderas debían abstenerse de bajar hasta la superficie del planeta. Ordenó a la tripulación que no aceptara ningún comunicado de nadie excepto de él mismo, ni siquiera de la propia Ligeia, y les aseguró que si las órdenes cambiaban sería él quien se pondría en contacto con ellos.

Recibió una seca confirmación como respuesta.

El juez Genhain se acercó hasta la tumba de Caanos.

—¿Juez? —preguntó mientras su ojo biónico brillaba bajo la débil luz de la luna—. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

—¿Qué más lugares hay aquí? —replicó Alaric mientras guardaba su placa de datos y desenfundaba su alabarda némesis—. Hadjisheim.



El palacio del soberano era un enorme laberinto que se extendía incluso bajo tierra, donde las cámaras subterráneas se convertían en galerías de techo bajo comunicadas mediante escalinatas de piedra blanquecina. Había

innumerables estancias y pasadizos muy estrechos, todo ello cubierto de textos sagrados labrados sobre la piedra. Conforme más se adentraba el palacio en las entrañas de la tierra, las oraciones imperiales eran sustituidas por textos profanos que glorificaban el servicio del pueblo de Secundus al Señor de la Transformación y a un dios sirviente de múltiples caras que sólo podía ser Ghargatuloth. El aire estaba viciado y olía a carne quemada, los faroles brillaban con luz parpadeante, aunque había plantas enteras sumidas en la oscuridad absoluta. Desde todas partes llegaba el sonido de voces llenas de ira. Aquel lugar era como la jaula de piedra de un animal preso.

Y ese animal era la inquisidora Ligeia. Cinco de sus asesinos del Culto de la Muerte aún seguían con vida. Taici había dado la suya para que el resto pudiera escapar a través de la escalinata de la planta principal, pero aún había partidas de hombres pisándoles los talones. Ligeia podía oír oraciones y maldiciones, cantos de guerra y órdenes gritadas a pleno pulmón, podía escuchar cómo resonaban los pies metálicos de las armaduras sobre el suelo de piedra y el silbido de las espadas al ser desenfundadas.

—Xiang, Shan, id delante. Tenemos que adentramos aún más —dijo Ligeia mientras se apresuraban por un corredor con el techo muy bajo y flanqueado por estatuas. Los rostros de todas ellas estaban desfigurados, como si alguien les hubiera echado ácido. Los dos asesinos avanzaron hábilmente y a grandes pasos, dando la vuelta a una esquina como si se tratara más bien de fantasmas. El resto permaneció junto a su señora. Ligeia notaba el olor especiado de las hormonas artificiales que en aquel momento corrían por sus venas.

Los asesinos del Culto de la Muerte profesaban hacia Ligeia una lealtad de por vida, hasta la muerte, y estaban literalmente entrenados para matar. Aquel culto era una curiosa sección de la Iglesia Imperial que se había desarrollado por sí sola sin el control de la Eclesiarquía. Ofrecía la muerte de sus enemigos como sacrificio al Emperador. Los asesinos ofrecían sus servicios a cualquiera que estuviera a las órdenes imperiales, y dado que Ligeia había salvado al culto de un temible demonio parásito, había sido recompensada con seis de sus mejores guardianes puestos a su entera disposición de manera permanente. Cada uno de ellos contaba con tendones

artificiales complementarios, inyectores hormonales de activación neuronal, potenciadores musculares y moduladores digestivos que les permitían alimentarse de la sangre que extraían de sus víctimas.

Ahora sólo quedaban cinco. Y Ligeia sabía que las tropas del soberano eran demasiadas como para que sus asesinos se enfrentaran a ellas sin ningún tipo de apoyo. Iban a quedar encerrados en las entrañas de aquel palacio, donde serían asesinados, y no había nada que Ligeia pudiera hacer excepto luchar con todas sus fuerzas para posponer lo inevitable.

A la vuelta de una esquina, justo detrás de Ligeia, comenzaron a aparecer destellos de antorchas.

—¡Lo, Gao! —gritó, pero sus dos asesinos ya corrían a toda velocidad por la galería.

Gao saltó y apoyó un pie en la cabeza de la estatua más cercana para coger impulso y dar una voltereta a través del corredor. Hubo un destello proveniente de una hoja y la cabeza del primero de los atacantes fue cercenada sin miramientos. Lo se agachó hasta el nivel del suelo y desenfundó sus dos dagas para apuñalar al siguiente atacante. Los hombres que los perseguían eran miembros de la guardia personal del soberano, los mismos que, montados sobre sus tharrs, habían escoltado a Ligeia hasta el palacio. Ahora sus rostros estaban cubiertos con cascos con numerosos agujeros perforados en sus celadas, y todos empuñaban unas espadas que parecían hechas de hueso blanquecino.

Algo soltó un alarido mientras aquellos hombres caían al suelo, algo que se encontraba en la frontera entre lo real y la disformidad. Ligeia extendió una mano y dejó que el significado de las oraciones talladas en la pared fluyera hasta ella. En algún punto habían atravesado una barrera que los había llevado hasta un lugar en el que las criaturas del «Emperador», el Señor de la Transformación, el Príncipe de las Mil Caras, la terrible mezcla de culto al Emperador y al Caos que profesaban en Secundus, podían caminar con libertad. Ligeia podía sentir cómo los muros de la realidad se resquebrajaban.

Llegaron hasta la siguiente esquina. Shan estaba agachada justo al lado, señalando hacia adelante para indicar que el camino era seguro.

—El Enemigo domina todo esto —dijo Ligeia a sus asesinos mientras Lo y Gao regresaban a su lado a toda velocidad—. Éste es su territorio, puedo sentirlo. Vuestra fuerza no será suficiente y es muy probable que no consigamos sobrevivir, por eso debéis saber que siempre me habéis servido bien, hermanos y hermanas.

Los asesinos no contestaron, jamás hablaban, pero Ligeia sabía que la habían entendido.

Gao abría el camino mientras una lluvia de flechas impactaba en el muro. Alguien estaba gritando, Ligeia dejó que el sentido de sus palabras empapara su mente y supo que hablaban del odio y del placer de la caza.

Ligeia siguió corriendo. Delante podía oír el choque de las hojas en plena lucha, pero cuando llegó a la siguiente esquina vio a Xiang de pie frente a cuatro cuerpos con los miembros cercenados; sus cuchillos goteaban sangre.

—¿Nos están rodeando?

Xiang asintió. Ligeia se fijó en aquellos cuerpos. Uno de los cadáveres tenía tres brazos, y bajo su casco, que le había sido arrancado, escondía un tercer ojo situado en al frente, inyectado de sangre y con la mirada fija. Mutantes. Las garras del Caos habían llegado incluso hasta la guardia personal del soberano. Tan sólo el Emperador sabía cuán profundamente habían caído en Secundus.

Ligeia podía sentir cómo el odio se filtraba por las paredes, por el techo, por el suelo. Tras un nuevo chillido aparecieron más atacantes. Ligeia vio unos tentáculos que se extendían y una enorme mandíbula repleta de colmillos mientras una nueva partida de hombres los atacaba desde tres flancos.

Xiang trepó por el muro hasta llegar al techo, cortándoles el cuello a dos hombres antes de volver al suelo. Lo se precipitó, con la cabeza por delante y girando sobre sí misma, sobre la masa de atacantes; las dagas que giraban con ella lograron cercenar varios miembros. Tres de los atacantes consiguieron evitar a Lo y cargaron contra Ligeia, en ese momento ella extendió la mano y activó el neurorreceptor de su anillo de amatista para que abriera fuego. Aquella arma digital, tecnología xenos muy poco común

y más valiosa incluso que el palacio de su padre, proyectó un rayo láser de color azul brillante que le atravesó la garganta a uno de los tres hombres antes de que Xiahou se diera la vuelta y acabara con los otros dos mientras aún se tambaleaban.

Ligeia sintió la fuerza antes incluso de que fuera liberada, un rugido profundo que se oyó de fondo y que se convirtió en un crescendo psíquico justo cuando un chorro de fuego negro invadió uno de los corredores. La oscuridad inundó la zona y unas manos fuertes agarraron a Ligeia y la lanzaron con fuerza contra el muro. Cuando se restableció la luz pudo ver a Gao, el asesino que la había salvado, hecho pedazos a causa de la explosión psíquica. La sangre de Gao, cargada de hormonas y de estimulantes, la había salpicado por todo el cuerpo y hacía que le ardieran los ojos.

Los restos humeantes del cuerpo del asesino habían quedado esparcidos por las paredes y el suelo. Ligeia se limpió la sangre de los ojos, y a través de las lágrimas pudo ver al hechicero, con el torso desnudo y las piernas envueltas en una saya confeccionada con decenas de piezas de tejidos brillantes. Tenía los símbolos del Dios de la Transformación marcados a cuchillo sobre su escuálido tórax. La sangre que le brotaba de las heridas era de color azul oscuro. Su cara carecía de rasgos, no era más que una masa redondeada de piel pálida, pero en sus hombros y en la parte superior de su pecho se abrían innumerables ojos. De sus manos comenzó a emanar un fuego negro justo antes de que lanzara otro rayo hacia el punto en el que Xiang intentaba detener a seis soldados armados con sus espadas. Xiang intentó saltar, pero no pudo escapar de la onda expansiva, que la lanzó con fuerza contra el techo.

Las voces de la disformidad bramaban más y más alto con cada nueva explosión. Ligeia sabía que estaban muy cerca de la fuente de corrupción que había inundado Sophano Secundus.

Xiang y Shan cogieron a Ligeia y la guiaron a través del corredor saturado de humo para alejarla del hechicero y de los soldados que cargaban.

Ligeia intentaba leer las piedras que la rodeaban, trataba de descifrar la compleja escritura tallada en los niveles inferiores del palacio. Podía percibir

la maraña de corredores y antesalas por las que se movían, y sentía que todo irradiaba desde un oscuro corazón central.

—Por aquí —dijo, señalando hacia donde el corredor giraba bruscamente.

Lo y Xiahou se adelantaron mientras que Xiang y Shan corrían junto a ella. La oscuridad los perseguía mientras llamaradas negras centelleaban a su alrededor.

Frente a ellos apareció una enorme puerta de madera con grandes manchas de color rojo oscuro. Xiahou la hizo añicos de una patada dejando salir una luz roja y unos alaridos inhumanos.

Los asesinos empujaron a Ligeia hacía el interior. Podía sentir el calor de la sangre que cubría las paredes y el zumbido del suelo bajo sus pies. Aquella estancia tenía muchos lados, pero Ligeia no podía contarlos; cada vez que intentaba hacerlo, los ángulos mutaban o la habitación cambiaba de tamaño. Las paredes se retorcían delante de sus ojos.

Los bandos que colgaban de las paredes estaban cubiertos de textos escritos en la críptica lengua de Secundus, cuyas letras se retorcían como gusanos. En los laterales de la estancia se veían pilas enteras de libros y de pergaminos, y en el centro había un pequeño foso ennegrecido por el fuego que emanaba un fuerte olor a especias y a carne quemada. Los símbolos del Caos estaban por todos lados, la estrella de ocho puntas y el estilizado corneta arcano del Señor de la Transformación intentaban evitar la mirada de Ligeia como si temieran ser leídos. Los muros palpitaban llenos de fuerza y rezumaban un resplandor del color de la sangre.

Había tres puertas. La que habían destrozado para poder entrar ya estaba abierta, entonces se vio el destello producido por la hoja de la espada de Xiahou cuando voló para cercenar dos brazos que se extendían amenazantes. De pronto, las otras dos puertas se abrieron de golpe, una de ellas dejó paso a una nube de soldados del soberano. Ahora no quedaba ninguna duda de la alianza que habían perpetrado: todos y cada uno de ellos mostraban mutaciones grotescas, tenazas en lugar de manos, ojos compuestos que les salían del pecho, fauces a la altura del estómago que no

cesaban de chillar. Algunos de ellos ya habían abandonado sus armas para luchar únicamente con sus tenazas y sus espinas.

El hechicero entró por la otra puerta. Era muy poderoso, Ligeia podía sentirlo. Había conseguido abrirse paso gracias al fuego negro que cubría la parte superior de su cuerpo. Ligeia podía ver su esqueleto a través de su piel en llamas. Su cuerpo emanaba poder y decenas de ojos brillaban como perlas incrustadas en su torso.

—¡No lo toquéis! —gritó Ligeia por encima del ruido que le invadía la cabeza.

Sabía que la mera presencia de aquel hechicero era tóxica; si sus mentes no estaban protegidas, los asesinos del Culto de la Muerte morirían sólo con tocar a aquel ser. Ligeia no era capaz de moverse tan rápido o de matar con tanta frialdad como lo hacían ellos, pero como psíquica entrenada por el Malleus, su mente era mucho más fuerte que sus cuerpos.

Shan corría por el perímetro de la habitación lanzando cuchillos, proyectiles afilados que atravesaban gargantas y perforaban estómagos. Xiang, que estaba rodeada, intentaba mantener a raya ella sola a una decena de hombres, sus dagas dobles no paraban de desollar mutantes y de esparcir sus entrañas por el suelo. Xiahou y Lo estaban junto a Ligeia, cargando con sus espadas sobre todo aquel que tratase de aproximarse, pero había demasiados como para acabar con todos, y cada vez se estrechaba más el cerco.

El hechicero comenzó a levitar. La estancia, o el templo, porque eso es lo que era en realidad, se agrandó a su alrededor y pronto tuvo suficiente espacio como para elevarse completamente en el aire, proyectando relámpagos negros desde su cuerpo. Ligeia oyó cómo el *crescendo* se aproximaba de nuevo. Para ella y para sus asesinos del Culto de la Muerte, la estancia se había empequeñecido y era demasiado reducida para contener la explosión psíquica que se avecinaba, y que iba a abrasar todo lo que se encontrara en aquel templo.

Estaba muerta. No podía enfrentarse en combate a una fuerza tan grande. Sus poderes estaban especializados en descifrar sentidos, no en la destrucción. Pero el sentido en aquel templo, la corrupción, el odio…

Ligeia abrió su mente y todo fluyó hacia su interior: las palabras de odio que manchaban las páginas de aquellos libros, las oraciones de corrupción que colgaban de los muros, el sufrimiento y la muerte que empapaban todas y cada una de las piedras que había bajo sus pies. Comenzó a levitar gracias a la fuerza de todo aquello, sintió cómo inundaba su cuerpo. Nunca antes había experimentado un odio de tanta magnitud como aquél, jamás con el Hereticus o con el Malleus. Era como algo vivo dentro de ella, algo que estaba cobrando forma, abrasador y lleno de ira y que su cuerpo era incapaz de contener.

El Príncipe de las Mil Caras se alzaría. El Señor de la Transformación seguiría el sendero trazado por Ghargatuloth a través de las estrellas. El caos era el estado natural de todo, y la débil resistencia de los ciegos se resquebrajaría antes de que la marea se alzara. Tzeentch reinaría, y la única ley que prevalecería sería el Caos.

Ligeia comprimió todos aquellos pensamientos e imágenes en una pequeña bola de odio en la boca de su estómago, cada palabra, cada sílaba. Con un fuerte grito los expulsó de su mente y los escupió hacia el mundo exterior.

Un torrente blanquecino de puro odio salió de su boca e impactó de lleno en el pecho del hechicero. El poder acumulado en aquel rayo saturó su cuerpo, que estalló en una explosión de fuego blanco, relámpagos negruzcos, huesos carbonizados y ojos duros como diamantes.

Un remolino de fuego blanco se apoderó del edificio. Los asesinos de Ligeia dieron un gran salto en el aire para evitar la ola de odio mientras ésta arrasaba a los hombres del soberano y reducía sus cuerpos a huesos humeantes.

Los libros y los pendones quedaron intactos. Aquel odio era tan puro que sólo podía afectar a los seres vivos. Cuando la ola se disolvió, Ligeia estaba exhausta. Su cuerpo se convulsionó y perdió el conocimiento, uno de sus asesinos tuvo que abalanzarse para cogerla antes de que cayera sobre el duro suelo de piedra.

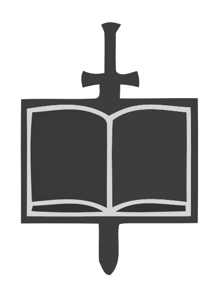
Ligeia jadeaba por falta de aire. Nunca antes había sentido un poder de tal magnitud, jamás. No entendía cómo había sido capaz de contener tal

fortaleza emocional. El Hereticus nunca la había entrenado hasta explotar todo su potencial, y el Malleus sólo se había preocupado de asegurarse que los de su clase no sucumbieran ante el Enemigo. ¡Por el Trono, podía llegar a ser grandiosa!

Shan la ayudó a ponerse de pie. La asesina del Culto de la Muerte inclinó ligeramente la cabeza, eran unas preguntas: ¿Ahora qué? ¿Adónde ir?

Ligeia miró a su alrededor. Los huesos chamuscados de los hombres del soberano yacían entre los libros y los papeles amontonados en las paredes. Ya no se oían más voces gritando órdenes ni pasos sobre el suelo de piedra. Había conseguido incinerar a toda la tropa que habían enviado para acorralarla.

—Volvamos arriba —dijo Ligeia.



OCHO

La misión

Los Caballeros Grises atacaron justo antes del amanecer. La tormenta que rodeaba a la ciudad formaba una cúpula que se alzaba más allá de las murallas, era un escudo de relámpagos y nubes opacas que casi no dejaba pasar la luz del sol. La tormenta había cortado todas las comunicaciones, tanto electrónicas como psíquicas, pero había un hombre capaz de caminar a través de ella para llegar hasta el límite del bosque, junto al enorme recinto amurallado.

Los muros eran de madera con cimientos de piedra y torres de vigía. El soberano había puesto la ciudad en pie de guerra, su caballería personal estaba en el palacio buscando a Ligeia y a sus asesinos del Culto de la Muerte, pero el resto de las tropas disponibles en Hadjisheim estaba en las murallas.

Había miles de soldados patrullando desde las almenas y protegiendo las entradas que daban acceso a las explanadas interiores, que también estaban controladas por lanceros y arqueros. La parte baja de la ciudad de Hadjisheim era un laberinto de casas humildes y ruinosas donde un puñado de hombres podría resistir un sitio durante semanas. La parte alta de la

ciudad, la zona que rodeaba el palacio del soberano y el impresionante templo de mármol negro de la misión, mostraba espacios abiertos y calles anchas en las que los atacantes podrían ser aniquilados por arqueros apostados en los tejados.

Sin embargo, el soberano tan sólo se había visto obligado a repeler ataques de nobles envidiosos o de bandidos de los bosques. Ni siquiera sabía que existieran hombres como los marines espaciales.

La escuadra de Genhain lideró el ataque, cargando contra las almenas de madera y contra los hombres que se protegían tras ellas antes de que los exterminadores de Tancred cargaran directamente contra los muros, destrozándolos y penetrando en el interior de la ciudad. Alaric y Santoro los siguieron a través de la brecha que habían abierto, disparando sus bólters de asalto hacia los hombres que intentaban detenerlos desde lo alto de los muros.

Tancred avanzaba. Los débiles muros de barro se derrumbaban bajo el poder de las botas de su armadura de exterminador. Los ciudadanos huían despavoridos mientras Tancred dirigía el asalto hacia el corazón de la ciudad. Justo detrás, Alaric y Santoro le proporcionaban cobertura. Los soldados del soberano no eran fanáticos como su guardia personal, y se vieron acorralados en las mismas calles en que se suponía deberían poner en jaque al enemigo. Cuando veían a aquellos monstruos de tres metros protegidos por sus imponentes armaduras, la mayoría de ellos huían despavoridos. Los pocos que se quedaban a luchar morían bajo las hojas de las armas némesis y el fuego de los bólters de Alaric y Santoro.

Los primeros arqueros en avistar la vanguardia del ataque se apostaron en los tejados de la zona alta de la ciudad mientras los consejeros del soberano se escondían en los sótanos. Las flechas no cesaban de caer sobre los atacantes, pero sus armaduras las repelían. En la zona vieja de la ciudad los defensores lanzaban ríos de aceite hirviendo, pero los Caballeros Grises seguían avanzando como si el dolor no existiera para ellos.

Las ráfagas de fuego bólter lanzaban a los arqueros por encima de los tejados. Cuando los Caballeros Grises llegaron a la avenida que daba acceso al palacio del soberano, nubes de flechas cayeron hacia ellos como una lluvia

letal. Había una manada de tharrs encorralados en medio de la calle, y cuando fueron liberados cargaron contra los atacantes sólo para ser masacrados por las hojas de los Caballeros Grises. La escuadra de Tancred aplastó una a una todas las barricadas, erigidas a última hora, y cargó contra una partida de piqueros apostados en la avenida haciendo que retrocedieran. La escuadra de Genhain, que avanzaba en la retaguardia, no cesaba de disparar ráfagas hacia la infantería y hacia los lanceros que intentaban rodear a la vanguardia; esta situación se mantuvo hasta que sus armas se quedaron secas y tuvieron que pedir munición a Alaric y a Santoro.

Cada vez más y más hombres se veían envueltos en aquella matanza. Los nobles, ansiosos por ganarse el favor del soberano, amontonaron a todas sus tropas en la zona alta de la ciudad, formando una masa de hombres que se dirigía como una manada hacia la zona de alcance del fuego de Genhain. Decenas de ellos fueron masacrados mientras intentaban huir. Los arqueros debían agacharse para esquivar el fuego de los bólters y muchos de ellos salían corriendo al ver la matanza que los Caballeros Grises estaban llevando a cabo con sus camaradas.

El último centenar de hombres de la guardia personal del soberano estaba apostado en la entrada principal del palacio, listos para recibir con sus tenazas y sus tentáculos a los Caballeros Grises, el estandarte del Señor de la Transformación ondeaba sobre sus cabezas. El propio soberano estaba preparado para enfrentarse a los invasores, y sus criados habían recibido órdenes de derrumbar el techo del vestíbulo si los atacantes conseguían romper las líneas.

Pero los Caballeros Grises no atacaron el palacio. Tancred los guio a través de la villa de un noble que había justo al lado, rodeando las defensas del soberano. Alaric y Santoro consiguieron evitar una carga frenética por parte de los defensores mientras Tancred atravesaba un muro de piedra y empezaba a moverse entre los muebles de madera oscura.

Los Caballeros Grises atravesaron el muro trasero y su objetivo se hizo evidente. Alaric había ordenado a sus marines dirigirse hacia lo que probablemente era la fuente de oscuridad más importante de Sophano Secundus: el templo de la misión.

* * *

Tancred hizo pedazos las puertas de madera ennegrecida de la entrada. Sus manos, protegidas por los guanteletes de su armadura, redujeron la madera a astillas. Alaric estaba cubierto de polvo a causa de las paredes de ladrillo que había atravesado, y su armadura tenía abolladuras después de haber traspasado los muros de mármol, sin embargo no mostraba el menor signo de desfallecimiento. Sus exterminadores cargaron a través de la brecha junto a él mientras sus enormes moles hacían resquebrajarse los escalones de piedra que llevaban hasta la entrada.

—¡Genhain! ¡Cobertura! —ordenó Alaric—. ¡Santoro! ¡Conmigo!

Alaric guio a su escuadra y a la de Santoro mientras seguían la estela de los hombres de Tancred. Los soldados del soberano les disparaban flechas desde el palacio cercano y Alaric podía oír el estruendo de los bólters de asalto de la escuadra de Genhain, que había abierto fuego como respuesta. La tarea de Genhain sería mantener la batalla por Hadjisheim alejada de la misión, permitiendo que los demás Caballeros Grises se enfrentaran a cualquier cosa que hubiera allí dentro.

Un aire viciado y pesado llegó hasta Alaric mientras seguía a Tancred a través de la entrada. Apestaba a incienso y a carne quemada. Un lamento ronco y oscuro, como un huracán, salió desde el corazón del templo.

Los autosentidos de Alaric dilataron sus pupilas inmediatamente como respuesta a la oscuridad interior; aun así era como cargar en medio de una tormenta de arena. Una oscuridad sólida y pesada invadió a Alaric. Tan sólo podía distinguir las siluetas oscuras de los exterminadores que se movían frente a él y los destellos apagados de los disparos que dirigían hacia el interior del templo.

Alaric activó su comunicador.

—¡Santoro! ¡Apóyanos! —gritó Alaric por encima de aquel estruendo mientras se adentraba en la oscuridad siguiendo a Tancred.

Los chillidos de los demonios sonaban como campanas repicando, discordantes y terribles, que inundaban los sentidos de Alaric. Por un momento pensó que iba a perder el conocimiento, pero entonces vio las llamas rosadas y azules que se alzaban desde el suelo de mármol refulgiendo en la oscuridad y que rodeaban como tentáculos a la escuadra de Tancred.

De pronto, una enorme explosión de luz salió desde el suelo, iluminando el techo del templo. Alaric pudo ver que era tremendamente poderosa, las paredes de la misión se deformaron sin remisión: era demasiado grande como para que el edificio la contuviera. Aquel lugar estaba en la frontera del espacio real, había sido invadido por la disformidad y ahora se regía bajo las extrañas propiedades de la inmaterialidad. El techo era como un cielo desalmado que se alzaba muy por encima de sus cabezas, desde los muros distantes emergían siluetas bulbosas de piedra. Era como estar en las entrañas de una criatura titánica y pétrea. Toda la estructura se combaba y se hinchaba, como si esa criatura intentara respirar. Los relámpagos estallaban en lo alto. Los muros gemían.

Comenzaron a surgir demonios desde el suelo. Seres brillantes, con enormes extremidades y que escupían fuego. Alaric cargó con fuerza directamente sobre el círculo de demonios que rodeaba a Tancred.

Aquellos seres prorrumpían en tremendos alaridos cada vez que tocaban los protectores sagrados entrelazados en las armaduras de los Caballeros Grises. Tancred decapitó a uno de ellos, y los chorros de sangre se proyectaron hacia arriba. En medio de la oscuridad, iluminados por los rayos de luz provenientes de abajo, Alaric llegó a distinguir enfrentamientos surrealistas cuerpo a cuerpo. Vio al juez Tancred aplastando demonios, al hermano Locath cercenando miembros que se abalanzaban sobre él con manos llameantes, y al hermano Karlin disparando con su incinerador a los monstruos que emergían a su alrededor, lanzando llamaradas hacia el suelo hasta que pareció que estaba de pie sobre un volcán.

Alaric empuñó la alabarda y pudo sentir cómo la carne demoníaca se deshacía bajo su hoja. Sonó un terrible crujido cuando Dvorn, que se encontraba justo a su lado, hundió su martillo némesis en el cuerpo de un demonio, que soltó un terrible alarido. Acto seguido, Alaric se percató de

que Tancred estaba rodeado. Los Caballeros Grises estaban entrenados y equipados para luchar contra lo demoníaco, pero aquellos seres no dejaban de surgir formando una oleada infinita, igual que en Victrix Sonora, igual que en Khorion IX mil años antes.

Un chillido estridente se alzó por encima del fragor del combate y unas temibles siluetas aparecieron en lo alto, criaturas volantes de alas tremendamente afiladas cayeron sobre la escuadra de Tancred. Alaric alzó su alabarda y seccionó el ala de una de ellas, lo que hizo que su cuerpo saliera girando sin rumbo fijo y esparciendo su repugnante sangre. Después pudo ver cómo el hermano Krae, uno de los hermanos de batalla de Tancred con más experiencia, era decapitado por una de esas criaturas, que comenzó a arder en cuanto tocó su armadura. El cuerpo de Krae, envuelto en su armadura de exterminador, cayó al suelo para ser engullido por la oscuridad que se cernía a su alrededor.

—¡Krae! —gritó Tancred mientras disparaba a uno de los demonios voladores con su bólter; acto seguido dio la vuelta y lo cortó en dos con su espada.

Había muchos de ellos, escuadrones enteros descendían en picado desde las alturas para soltar sus temibles alaridos en medio de las sombras. El hermano Vien, justo detrás de Alaric, alcanzó a uno con su bólter de asalto mientras Haulvan atravesaba a otro con la punta de su espada.

Pero la escuadra de Tancred se encontraba en el centro de la refriega. El propio Tancred casi perdió un brazo cuando uno de aquellos seres hundió sus alas en las hombreras de su armadura. En ese momento Alaric se zambulló de lleno en aquella masa de demonios, aplastando a muchos de ellos mientras sus protectores refulgían reflejados en la piel abrasada de aquellos seres. Sin embargo, eran demasiados.

De pronto comenzó a brillar una luz blanca mientras intentaban zafarse de todos los demonios que los rodeaban. Alaric vio cómo se alzaba una figura de entre la marea que rodeaba a la escuadra de Tancred, una figura que mandaba sobre aquellos seres, una figura retorcida y marchita vestida con un hábito blanco que parecía imitar la vestimenta de la Eclesiarquía. Cuando se quitó la capucha, Alaric pudo verle el rostro, delgado y anguloso

como el de un cadáver, con unos enormes ojos sin pupilas de los que salían relámpagos de color púrpura.

Polonias, el misionero, pero Alaric sintió que aquella figura era tan vieja e irradiaba tanta maldad que tenía que tener muchos más años de los que se le suponían, incluso podría tratarse del primer misionero, Crucien. Si aquello era cierto, eso supondría que Ghargatuloth había puesto sus ojos sobre Sophano Secundus antes incluso de ser desterrado por Mandulis.

Tancred se dirigió hacia aquella figura que se elevaba, pero el misionero extrajo de la nada una vara de madera retorcida que detuvo la estocada de su espada némesis produciendo una explosión de chispas. El misionero devolvió el golpe con una velocidad inhumana y Tancred tuvo que retroceder para evitarlo.

Alaric intentó acercarse hasta donde estaban Tancred y el misionero, pero las garras que emergían del suelo le dificultaban tremendamente el avance. Por cada una ellas que él o alguien de su escuadra cercenaban, otras tres nuevas aparecían en su lugar. Tancred seguía luchando, pero sólo conseguía que cada una de las heridas que le infligía a aquel hombre sanara rápidamente con un destello de fuego púrpura.

Tancred estaba casi de rodillas mientras el misionero no cesaba de lanzar golpes con su vara. El fuego de los bólters de asalto de los exterminadores se estrellaba contra el escudo púrpura y negruzco con el que el misionero se había protegido. Tancred era uno de los hombres físicamente más fuertes con los que Alaric había luchado jamás, pero el misionero era un paladín del Caos que no cesaba de asestarle golpes.

De pronto se produjo un reflejo proveniente de una hoja némesis y la punta de una alabarda apareció en medio del pecho del misionero. Tras él, Alaric pudo ver al juez Santoro rodeado por su escuadra; la determinación brillaba tras los cristales de los visores de sus cascos. Santoro hizo girar la hoja de su alabarda y destrozó el torso del misionero, esparciendo por el suelo sus órganos humeantes. Tancred se puso en pie y le seccionó uno de los brazos. Acto seguido, mientras Santoro sostenía en el aire su cuerpo sin vida como si se tratara de un gusano ensartado en un anzuelo, Tancred le cortó en dos la cabeza.

Un fuego rosado emergió de su cráneo destrozado y de la enorme herida que le habían abierto en el pecho. Los alaridos de los demonios aumentaron y, en medio de un enorme estruendo, el cuerpo del misionero explotó lanzando al suelo a los exterminadores y a los Caballeros Grises que estaban alrededor. Los pedazos de carne abrasada se extendieron por todas partes.

La liberación de toda la energía acumulada por el hechicero se extendió por los muros y Alaric sintió cómo el suelo comenzaba a temblar bajo sus pies. Al no saber si su comunicador aún se encontraba operativo, decidió quitarse el casco y dar una bocanada de aquel aire abrasador saturado de incienso, sangre y productos químicos.

—¡Todo el mundo fuera! ¡Ahora! —gritó con todas sus fuerzas mientras el suelo comenzaba a hundirse bajo sus pies.

Uno de los pilares se derrumbó y cayó sobre el suelo como un árbol talado. Los fragmentos de mármol resquebrajado que llovían por todas partes dificultaban mucho la visibilidad, incluso con la ayuda de sus autosentidos Alaric tenía la impresión de que se movía a ciegas en medio de la oscuridad más absoluta.

Los casquillos que caían tras él provenían del fuego de cobertura de la escuadra de Genhain, de modo que Alaric supo que avanzaba en la dirección adecuada. Tropezó, pero el hermano Clostus lo agarró por la hombrera de su armadura y lo empujó hacia adelante; atravesaron la puerta y empezaron a percibir la relativa claridad del exterior.

Alaric vio que la escalinata que daba acceso al tempo de la misión estaba cubierta de cuerpos sin vida, muchos de ellos eran mutantes vestidos con los uniformes de la guardia personal del soberano. La escuadra de Genhain había llevado a cabo un bravo contraataque, y por las heridas de aquellos cuerpos, todo indicaba que cuando se quedaron sin munición tuvieron que recurrir al combate cuerpo a cuerpo.

—Buen trabajo, juez —dijo Alaric con el casco aún en la mano.

—¿Qué había allí dentro? —preguntó Genhain.

—El misionero. Hemos acabado con él, pero todo este lugar se está viniendo abajo. Será mejor que nos pongamos a cubierto.

Genhain asintió y señaló hacia una construcción de una sola planta, la villa de algún señor feudal, que se encontraba muy cerca del templo. Tharn y Horts, los dos marines con cañones psíquicos a las órdenes de Genhain, lideraban el grupo, buscando enemigos que abatir mientras se apresuraban hacia el edificio. Alaric ordenó a su escuadra que lo siguiera y se volvió para ver a Santoro, que estaba ayudando a salir a la escuadra de Tancred. Ambas escuadras estaban muy mermadas, sus armaduras mostraban multitud de arañazos causados por las garras de los demonios y las cubría la sangre aún caliente. El hedor era insoportable. El hermano Mykros y el hermano Marl, ambos de la escuadra de Santoro, llevaban a cuestas el enorme cuerpo del hermano Krae; el propio Tancred los seguía muy de cerca acompañado por sus exterminadores.

Alaric volvió a ponerse el casco justo a tiempo para escuchar por el comunicador el mensaje del hermano Tharn:

—Fuerzas hostiles en las puertas traseras del palacio —dijo.

—¿Se dirigen hacia aquí? —preguntó Alaric mientras miraba hacia el impresionante muro trasero del palacio, en el que un arco tallado daba paso a los jardines del soberano.

—No lo creo. Parece que están huyendo… Uno de ellos es enorme, podría tratarse de un mutante.

Alaric pudo ver al soberano Rashemha *el Fuerte* apresurarse a través del arco que daba acceso al palacio de piedra blanca rodeado por un grupo de criados y cortesanos. El soberano tenía una gran maza que agitaba en el aire indiscriminadamente, golpeando a sus propias tropas como si quisiera defenderse de un enemigo invisible. No cesaba de maldecir y de gritar órdenes, y tenía la cara manchada de sangre.

Alaric jamás había visto al soberano, pero por lo desmesurado de su circunferencia y por la autoridad que mostraba sobre aquellos infelices, no quedaba ninguna duda.

De pronto, unas figuras oscuras comenzaron a revolotear a su alrededor. Una de ellas se detuvo por un segundo antes de girar sobre sí misma en el aire, entonces Alaric vio que se trataba de uno de los asesinos de Ligeia. Dos espadas refulgieron un instante y acto seguido dos de los criados cayeron al

suelo, muertos y casi decapitados. Otro asesino se apoyó en la superficie interior del arco y dio una voltereta antes de seccionar la mano con la que el soberano sostenía la maza. Ambas cayeron al suelo y Rashemha lanzó un grito mientras de su muñeca comenzaron a salir gusanos gruesos y repugnantes en lugar de sangre.

Los dos asesinos siguieron hiriendo con sus armas al soberano, infligiéndole numerosos cortes de los que brotaban verdaderos chorros de gusanos hediondos. Después de lanzar un último grito desafiante, el cuerpo del soberano se desintegró dejando en su lugar un montón de insectos repugnantes que se retorcían.

Los asesinos se posaron sobre el suelo y acto seguido volvieron a dar otro gran salto, acabando limpiamente con los pocos cortesanos que los rodeaban. Después, dos asesinos más salieron desde detrás del arco intentando evitar el combate, estos dos llevaban con ellos a la inquisidora Ligeia, que de alguna manera consiguió mantener su apariencia solemne y tranquila mientras la dejaban en el suelo.

Ligeia y sus dos protectores se apresuraron hasta Alaric mientras los asesinos intentaban protegerla de las flechas que aún les lanzaban desde los niveles superiores del palacio. La inquisidora tenía el rostro ennegrecido por el humo y manchado de sangre y su pelo estaba muy despeinado y chamuscado, pero no parecía estar herida. De hecho, ante los ojos de Alaric parecía más peligrosa en aquel momento de lo que lo había parecido jamás.

—Juez —lo saludó Ligeia mientras sus asesinos la escoltaban hasta la entrada de la mansión que Genhain había señalado antes—. Me alegro de que se una a nosotros. —Se dio la vuelta para mirar hacia la misión. El techo acababa de derrumbarse levantando una nube hedionda de polvo negro que salía a través de la entrada, que permanecía abierta—. Parece que hemos encontrado numerosas pruebas de la presencia de Ghargatuloth.

Alaric vio que tanto Ligeia como los asesinos que la escoltaban llevaban varios pergaminos, estandartes y libros encuadernados en cuero.

—El misionero está muerto —le comunicó Alaric—. Hemos perdido a dos hombres y tenemos varios heridos.

—Ese misionero era Crucien —contestó Ligeia—. Ghargatuloth tenía este planeta en su punto de mira antes incluso de que fuera descubierto por el Imperio.

—Debe de ser muy importante para él —dijo Alaric mientras acompañaba a Ligeia hacia el interior de la mansión. Aquella villa era de mármol blanco y de sus paredes colgaban tapices que habían conseguido sobrevivir a la lucha—. Crucien tenía bajo su mando demonios y hechiceros y casi consigue superarnos. Se necesita a un hombre muy poderoso para hacer eso, y Ghargatuloth debió de haber corrido un gran riesgo para darle tanto poder.

Ligeia señaló hacia los libros que llevaba consigo.

—Quizá aquí haya algo que nos lo explique. Tenemos que regresar al *Rubicón*.

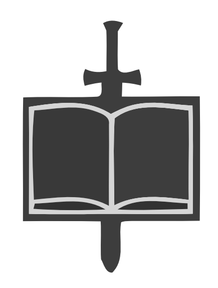
—Hemos perdido las dos Thunderhawk —dijo Alaric—. Cuando salgamos de la ciudad podré contactar con ellos para que envíen un par de lanzaderas.

—Bien, en cuanto salgamos de aquí podríamos dejar caer un par de torpedos sobre este lugar. ¿Qué le parece?

—Será todo un placer —asintió Alaric.

Ligeia esbozó una sonrisa, lo que marcó un claro contraste con la sangre que le manchaba la cara.

—Entonces será mejor que nos pongamos en marcha.



NUEVE

Thalassocres

Dos mil años antes de que la plaza de Sophano Secundus se perdiera se firmó un pacto decisivo.

El Príncipe de las Mil Caras se retiró de su guarida de Khorion IX, en el espacio real, y se refugió en la disformidad, donde el mismísimo Señor de la Transformación había bramado. Fue un alarido cargado de conocimiento impío, el repicar de una gran campana en el corazón de la disformidad. El resto de poderes de lo disforme, a veces aliados pero normalmente réprobos, retrocedieron; se dijo que los mismos demonios se encogieron ante el poder incandescente de Tzeentch. El dios había lanzado su llamada a través de la disformidad, había convocado a sus sirvientes.

El Príncipe acudió a la llamada. El Príncipe pudo hacerlo porque era mucho, mucho más que su mero cuerpo demoníaco: era conocimiento, información pura, revelaciones oscuras ocultas en los corazones de millones de hombres. Podía estar en el espacio real y en la disformidad al mismo tiempo, moviendo los hilos del destino desde ambos universos, cumpliendo con los designios de la Transformación. El Príncipe de las Mil Caras era uno de los más poderosos de su clase.

El cónclave tuvo lugar en Thalassocres, un mundo olvidado que gemía atrapado en la disformidad como un demente encerrado en su celda. A cada hora sus continentes mutaban, hundiéndose en océanos de nitrógeno líquido y escupiendo enormes montañas hacia el cielo. Los fieles al Señor de la Transformación se reunieron, y de entre éstos, todos aquellos que se sintieron acobardados antes sus semejantes pronto huyeron despavoridos, quedando tan sólo los hijos más poderosos de Tzeentch.

Sus seguidores marcharon sobre las planicies de Thalassocres, saldando viejas cuentas y abriendo otras nuevas en anodinas batallas mientras sus señores reflexionaban. Los príncipes compitieron por revelar el poder de sus ejércitos y la magnificencia de sus demostraciones. Tzeentch ignoró a los mejores y premió a los peores con ofrendas que con el paso de los siglos pudrirían sus almas y provocarían su hundimiento, pues ésa sería la venganza del Señor de la Transformación.

Ghargatuloth se encontraba entre el grupo de los destacados, junto con Bokor *el Salvaje*, que convirtió a especies enteras a la causa de la Transformación, y Maléficos *el de las Manos Ardientes*, capaz de golpear como un relámpago y sumir en la guerra a sistemas estelares completos. También estaban el Maestro del Ojo Oscuro, que se escondía entre la humanidad para atormentarla desde dentro, y Themiscyron, el Dragón de las Estrellas. Todos ellos se reunieron en Thalassocres, que se mostraba magnificente y salvaje. Junto a ellos, un centenar de señores de la Transformación ocuparon su lugar sobre las planicies cambiantes de Thalassocres, cortes enteras de demonios los rodeaban, horribles y monstruosas. Todo el planeta se estremeció bajo los servidores de la Transformación.

Thalassocres era una gran almenara de culto, la piedra angular de la Transformación, y aquel cónclave causó gran confusión en las mentes pensantes de la humanidad. A pesar de que los sabios buscaron afanosamente las razones que se escondían tras las erupciones de locura que se producían por toda la galaxia, para ellos Thalassocres continuó siendo un misterio.

Cuando Tzeentch habló, el planeta entero se estremeció. La corteza y el manto de aquel mundo quedaron destrozados, y se dice que hoy Thalassocres no es un planeta sino un puñado de continentes flotando a la deriva alrededor de un núcleo. Aquellos que no eran lo suficientemente fuertes como para oír las palabras de Tzeentch fueron arrojados de vuelta a la disformidad, pero los más fuertes se quedaron y sus huestes se alzaron gloriosas sobre las plataformas flotantes de piedra fundida.

Tzeentch les habló de cosas imposibles, de los complejos hilos del destino que atraviesan el universo como las fibras de un tapiz, de los elementos cambiantes de la realidad, del tiempo, del espacio, de las mentes de la humanidad y de las decenas de especies alienígenas a las que aún les quedaba un papel importante que desempeñar, de las hordas salvajes de depredadores que poblaban la disformidad e incluso de los mismísimos poderes del Caos. Sólo los más poderosos seguidores de Tzeentch eran capaces de extraer el significado del torrente de conceptos que transmitía su voz. Algunos encontraron aquellos argumentos demasiado complejos como para que representaran la realidad. Otros vieron destellos de un futuro que podrían moldear o hacer realidad. Algunos sólo vieron odio y desolación, y se regodearon en ello por ser los más decididos servidores de la Transformación.

Otros más fueron destruidos al ser incapaces de asimilar la majestuosidad de las visiones del Dios de la Transformación.

Ghargatuloth no fue destruido. Ni tampoco se tomó a la ligera el mensaje de las palabras de Tzeentch. En lugar de eso el Príncipe de las Mil Caras se sumergió en el mensaje de su dios. El conocimiento fluyó a través de él hasta convertirse en un torrente que discurría como un río de fuego blanco que atravesaba el corazón deshecho de Thalassocres.

Durante días sin fin, medidos según la extraña cronología de la disformidad, Ghargatuloth recibió las revelaciones de Tzeentch. Los otros príncipes demoníacos miraban llenos de asombro, odio y rencor. Algunos estaban seguros de que Ghargatuloth sería destruido. Los demonios que tenía a sus pies fueron barridos por la ola de revelaciones, las entrañas de Thalassocres se estremecieron bajo el poder de Tzeentch. Una gran cicatriz

quedó marcada en la disformidad, una sombra árida y oscura, pero Ghargatuloth resistió.

En el espacio real, el cuerpo demoníaco de Ghargatuloth se retorció por el esfuerzo de recibir tales revelaciones. Hay quien dice que eso es lo que hizo que los sabios de la humanidad descubrieran por primera vez que el Príncipe de las Mil Caras se encontraba entre ellos. Toda forma de vida de Khorion IX fue exterminada, y el espacio quedaría fracturado durante miles de años luz.

Entonces, por fin terminó. El río blanco de conocimiento cesó de fluir. Thalassocres se sumió en el silencio.

Y cuando Ghargatuloth se alzó de nuevo, un millar de nuevas caras miraron hacia la disformidad.

* * *

Ligeia apoyó la cabeza sobre el respaldo de su asiento, intentando expulsar las imágenes que la saturaban. Apartó las manos del libro que había sobre su escritorio, las palmas de sus manos y los dedos ardían con el conocimiento impío que llenaba aquellas páginas.

Abrió los ojos y volvió a ver la madera oscura y los muebles lustrosos de sus aposentos. Estaba de vuelta en Trepytos, en las dependencias que el personal del inquisidor Klaes había dispuesto para ella, pero aquellas imágenes aún se revolvían en su cabeza. Ghargatuloth, un monstruo caótico y deforme se sumergía en un río embravecido de conocimiento impío. Las palabras de Tzeentch, un dios de la Transformación, del engaño y de la hechicería, uno de los poderes más terribles del Caos, se entrelazaban en la disformidad hasta destruir un mundo entero.

Los contenidos de aquel libro eran aún más perniciosos que los breves destellos de blasfemia que emanaban de la estatuilla de madera. El pasaje que acababa de examinar, extraído directamente de las páginas por su poder psíquico, era sólo un pequeño fragmento de las revelaciones que el libro

contenía. Su significado era tan claro y evidente que tan sólo el mismísimo Ghargatuloth podía haber sido quien se lo dictó al autor, y Ligeia estaba segura de que detrás de aquellas palabras percibía la vieja maldad humana de Crucien.

Había sido dictado por un Príncipe Demonio y escrito por un hechicero del Caos de más de mil años de edad. Ligeia estaba sobrecogida por tanta intensidad.

El libro que tenía frente a ella era sólo uno de los más de doce que sacó del templo del palacio del soberano. Además consiguió hacerse con más de treinta pergaminos, cada uno de ellos con una compleja oración o un hechizo, y con los estandartes que colgaban de las paredes. Muchos de ellos estaban escritos en la lengua de Secundus, que Ligeia había tenido que aprender rápidamente a partir de referencias confusas. La mayoría empleaban el término «Emperador» como eufemismo para referirse al Príncipe de las Mil Caras. Sin los poderes de Ligeia se necesitarían años para poder traducir todos aquellos textos. Aunque ella hubiera deseado disponer de todo ese tiempo en lugar de tener que concentrar todo su significado directamente en su mente.

Cerró el libro y lo dejó en el suelo de su dormitorio. A pesar de no llevar puesto nada más que su camisón, el esfuerzo había hecho que empezara a sudar y algunos mechones de su pelo colgaban sobre su cara, fría y húmeda.

Oyó unos pasos sobre la alfombra que había tras ella; sus asesinos del Culto de la Muerte eran lo suficientemente corteses como para hacer algún ruido para que ella supiera que estaban allí.

Ligeia se volvió y vio a Xiang, que estaba de pie detrás de ella. La mirada inquisitiva de la asesina le recordó a Ligeia que era ella misma quien la había llamado. Probablemente Xiang llevaba allí algún tiempo antes de hacerle saber a Ligeia que había llegado.

—Ah, Xiang… sí, por favor, discúlpame. —Ligeia improvisó una sonrisa entrecortada—. Tengo una tarea para ti, no es muy importante pero debo asegurarme de que se cumpla. Toma.

Ligeia le entregó un pliegue de papel que había sobre su escritorio, en él había escrito las órdenes con su elegante caligrafía. Xiang lo cogió y lo leyó.

—Lo sé —dijo Ligeia—. Probablemente alguno de los jueces sería más eficiente. Pero… tú eres mía, los cuatro lo sois. Ellos no me pertenecen igual que vosotros. He acordado con el inquisidor Klaes que prepare una nave, es pequeña y cuenta con armamento ligero, pero es muy rápida. Si salís ahora mismo deberíais llegar en un par de semanas.

Xiang inclinó la cabeza y, sin darse la vuelta, salió rápidamente de la habitación. Ligeia nunca había llegado a saber cómo los asesinos se comunicaban unos con otros, podía percibir el significado de sus conversaciones aunque jamás veía ningún movimiento ni oía ningún sonido. Sin embargo, en aquellos momentos Xiang estaría contando a sus compañeros lo que Ligeia quería de ellos.

Ahora sólo quedaban cuatro. Los asesinos del Culto de la Muerte, casi por definición, no sufrían. Veían la muerte como un final deseado, siempre y cuando les viniera de un modo en el que pudieran ofrecer sus vidas al Emperador en combate sagrado. Pero en Sophano Secundus habían perdido a dos de ellos, y Ligeia no pudo evitar sentirse afligida al ver cómo dos sirvientes tan bien entrenados y fieles al Emperador entregaban su vida. Ellos protegían a Ligeia, pero ella era su responsable. Ellos le pertenecían, pero ella era la razón de su existencia. Sus muertes eran ecos de su propio fin.

No hubo ningún rito funerario, simplemente habían dejado a Taici y a Gao en Sophano Secundus. Tan sólo sus muertes habían sido sagradas, lo que pasara con sus cuerpos era irrelevante. Ligeia encontraba su falta de pretensiones muy tranquilizadora, pero aun así ella nunca querría ser olvidada mientras su cuerpo se pudriera en el lugar de su muerte. Tenía la esperanza de que alguien se sintiera responsable de ella cuando le llegara la hora.

Ligeia se sirvió otro vaso de amasec, dejando que su olor afrutado enterrara las visiones de su cabeza antes de dar un trago para calmar sus manos nerviosas.

Después, cogió otro libro del suelo, lo puso en el escritorio y posó sus manos sobre la cubierta. Inspiró profundamente y volvió a sumergirse en las revelaciones sobre Ghargatuloth.

* * *

El juez Genhain apuntó con mucho cuidado y esperó un momento mientras las lentes de su ojo biónico enfocaban sobre el blanco. Acto seguido hizo un único disparo hacia la silueta humana, con una diana dibujada en el pecho, que había al fondo de la galería.

La galería de tiro del *Rubicón* era una cámara alargada, de techo bajo y sin ventanas, como si fuera una estancia subterránea. Sus muros estaban tallados con imágenes de batallas victoriosas, pensadas para hacer que la mente se concentrara en la diligencia y el entrenamiento. Las columnas que separaban los puestos de tiro tenían la forma de diversos santos imperiales, en aquel momento Genhain estaba flanqueado por san Praxides y por san Jasón de Huale, cada uno de ellos con sendos herejes aplastados bajo sus pies. Varios servidores vigilaban los puestos de tiro a la espera de que algún Caballero Gris solicitara más munición, mientras que la zona de fuego estaba completamente vacía excepto por los blancos que colgaban del techo.

—¿Todo en orden? —preguntó Alaric, que estaba justo detrás de Genhain.

—Algo no funciona bien —contestó Genhain mientras miraba con detenimiento el bólter de asalto de Alaric—. Déjamelo un par de horas y te lo devolveré como nuevo.

La habilidad con las armas de Genhain superaba a la de cualquier otro Caballero Gris del capítulo. Era uno de los mejores tiradores que tenían, y a pesar del cuidadoso mantenimiento al que se sometían las armas, muchos de los Caballeros Grises que lo conocían le pedían que revisara las suyas en busca de posibles defectos. Para la mayoría de los marines espaciales un bólter de asalto podía funcionar a la perfección, pero Genhain era capaz de saber si podía encasquillarse, si el sistema de disparo automático corría el riesgo de bloquearse o si sería poco preciso en determinadas condiciones.

—No me gustaría que descuidaras a tus hombres por mi culpa —dijo Alaric.

—Mi escuadra está perfectamente —contestó Genhain—. Mis hombres están dispuestos y con la moral alta. Es cierto que no me implico demasiado en sus oraciones, pero siempre es mejor que de esas cosas se ocupe uno mismo.

—¿Y de sus armas?

Genhain sonrió y volvió a apuntar hacia el mismo objetivo.

—Sus armas están en perfecto estado.

Efectuó otro disparo que hizo blanco justo encima del anterior.

—Han luchado muy bien en Sophano Secundus —dijo Alaric.

—Sí, y estoy muy orgulloso de ellos. —Hizo otro disparo, éste no dio en el blanco. Genhain farfulló una maldición y empezó a inspeccionar el sistema de disparo del bólter—. Estaba bastante preocupado por la inquisidora.

—¿Por Ligeia?

—No es una guerrera. Parecía demasiado nerviosa.

—Ligeia es una mujer muy fuerte, juez. Aunque tienes razón, debería dejarnos el combate a nosotros. —Alaric se quedó pensativo durante un segundo. Genhain lideraba a sus hombres de una manera muy distinta a la de Santoro o Tancred, pero Alaric sabía que su juicio debía ser tenido en cuenta—. ¿Qué piensas de ella?

Genhain levantó la vista del bólter de Alaric.

—¿Yo? Creo que es muy buena haciendo su trabajo, mejor que nosotros con el nuestro.

—Bueno, no creo que vaya a luchar durante un tiempo. Valinov se derrumbó en Mimas y dejó escapar que el único modo de acabar con Ghargatuloth es con el «relámpago dorado». La espada némesis con la que Mandulis acabó con él tenía esa forma, así que Ligeia ha enviado a sus asesinos para que la traigan de las catacumbas de Titán.

—Puede que tengan problemas —apuntó Genhain—. Entrar en Titán es difícil hasta para un inquisidor, y no digamos desenterrar a uno de los grandes maestres. —Ajustó el sistema de disparo y volvió a apuntar—. Pero al menos demuestra que Ligeia nos entiende.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo nos pide que luchemos, no espera nada más, podía haberte enviado a ti a Titán y habrías conseguido la espada de Mandulis con mucha más facilidad, pero no lo ha hecho. Ella nos respeta. En el Ordo Malleus hay quien piensa que los Caballeros Grises se crearon para estar a su servicio, pero somos un capítulo soberano e independiente, tanto como los Lobos Espaciales, los Ángeles Oscuros o cualquier otro.

Genhain acababa de nombrar deliberadamente a dos de los capítulos de los marines espaciales más imprevisibles.

—Muy pocos Caballeros Grises se atreverían a hablar así.

—Es la verdad. —Genhain volvió a disparar, esta vez en modo automático, y un montón de agujeros aparecieron justo en la cabeza del blanco—. Si los Caballeros Grises no piensan por sí solos serán unos soldados mucho más débiles. Ésa es la esencia de todo marine espacial. Trabajamos con el Ordo Malleus porque es la forma más efectiva de hacer lo que tenemos que hacer, pero no fuimos creados para su beneficio. Fuimos creados para hacer cumplir la voluntad del Emperador, al igual que la Inquisición. Y Ligeia lo sabe.

—Me alegra que confíes en mí lo suficiente como para confesarme esto —dijo Alaric.

Muchos de los Caballeros Grises más conservadores pensarían que Genhain se había acercado demasiado a la insubordinación. Alaric, por el contrario, se alegraba de que los marines espaciales que había escogido para acompañarlo en aquella misión fueran capaces de pensar por sí mismos. Si existía algún riesgo en el modo en que los marines espaciales eran entrenados y adoctrinados, ése era que sus espíritus quedaran aprisionados bajo el peso del dogma y del deber, y que fueran incapaces de tener un juicio propio.

—Si no puedo confiar en mi comandante —contestó Genhain mientras le devolvía a Alaric su bólter—, ¿en quién puedo confiar? Esta arma podría haber perdido precisión en un escenario de fuego prolongado, pero creo que he conseguido persuadir a su espíritu máquina para que coopere.

Alaric cogió el bólter y lo devolvió a su guantelete. Se notaba algo diferente, como si aquél fuera su lugar.

—Gracias, juez, siempre es bueno disparar con precisión.

—Uno tiene que confiar en sus armas —dijo Genhain con una sonrisa—. De lo contrario, ¿adónde habríamos ido a parar?

* * *

Cuando Sophano Secundus cayó, una llamada silenciosa se extendió por toda la senda.

En Volcanis Ultor, una secta escondida en la subcolmena de Tertius sobrecargó los disipadores de calor geotermal provocando que varios niveles de la colmena quedaran abrasados bajo el fuego nuclear.

Incluso cuando las naves enviadas por el inquisidor Klaes redujeron Hadjisheim a un montón de cenizas, se produjo un motín en parte de la flota que obligó a destruir tres cruceros.

En el mundo forja de Magnos Omicron apareció un profeta que decía divulgar la palabra del Dios Máquina, predicando la innovación y la creatividad por encima del culto al Omnissiah y de la interminable búsqueda de la perfección. Antes de ser localizado y exterminado consiguió unir a tres ciudades forja bajo su causa, y fue necesaria una pequeña guerra civil entre las diversas tecnoguardias para detener su cruzada.

El superintendente Marechal perdió a cientos de Arbites al verse obligado a enviarlos de mundo en mundo con el fin de apagar los focos en los que los herejes empezaban a cobrar fuerza. Desde una estación de mando orbital sobre Victrix Sonora, el Marechal coordinaba cientos de destacamentos que intentaban sofocar los disturbios y las rebeliones que se esparcían por toda la senda.

En el mundo jardín de Farfallen, que una vez fue zona de recreo para los ricos de la senda, una secta desconocida de humanos bárbaros salió de los espesos bosques para masacrar a las comunidades imperiales aisladas que quedaban en aquel planeta.

La villa del gobernador de Solshen XIX, un mundo agrícola cuyos océanos estaban repletos de peces con los que alimentar a todas las colmenas de la senda, se transformó de la noche a la mañana en un osario dominado por demonios. Un culto liderado por el propio hijo del gobernador convocó a todas aquellas criaturas de la disformidad como respuesta a las visiones del Príncipe de las Mil Caras. El gobernador fue ahorcado con una soga hecha con su propia piel en uno de los acantilados cercanos a su villa. Muchos de los mundos colmena de la senda morirían de hambre ahora que Solshen XIX se había sumido en el caos y la anarquía.

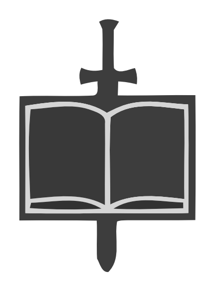
Muchos cultos salieron de sus escondites para propagar una destrucción sin sentido aparente. Cientos de lugares de culto fueron saqueados, muchos de ellos en la misma noche, como resultado de lo que parecía un ataque coordinado contra la Eclesiarquía y la Iglesia Imperial.

Aquello no podía durar mucho. Los cultos sólo podrían actuar hasta que los esfuerzos combinados del Arbites, la Marina Imperial y una población aterrorizada acabaran con ellos. De algún modo eso era lo peor de los levantamientos de la senda de San Evisser, tenían todos los indicios que hacían pensar en un final irremediable. Era la fase final de algo inmenso y terrible, en la que cultos escondidos durante siglos entregaban sus vidas para llevar a cabo los planes que les habían dictado oscuras voces dentro de sus cabezas.

La Eclesiarquía respondió con una rapidez poco común. La Orden de la Rosa Ensangrentada envió a Volcanis Ultor un preceptorio de Hermanas de Batalla para que fueran coordinadas por el cardenal Recoba, cuya solicitud de más tropas fue satisfecha por la Guardia Imperial mediante el XII.º Regimiento de Exploradores de Methalor y la infantería pesada de Balur. Incluso la Marina Espacial desvió a una parte de su flota de batalla que se encontraba cubriendo el largo viaje hasta Cadia. Alguien muy poderoso de la Eclesiarquía estaba muy preocupado por lo que estaba pasando en la senda. Pero aunque las Hermanas y la Guardia protegieran los lugares de culto, poco podían hacer para detener la escalada de herejía.

Ghargatuloth había hablado. Y para aquellos que sabían escuchar, sus palabras indicaron que la senda no tardaría mucho en verse sumida en el

horror.



DIEZ

MIMAS

En Mimas había un lugar, justo en el exterior del gran cráter, donde la tierra estaba herida y mutilada. Los servidores la habían excavado y vuelto a cubrir miles de veces. Por todos lados los movimientos sísmicos habían provocado que los huesos, incluidas algunas calaveras con sus sonrisas socarronas, afloraran al exterior, solamente para ser enterrados de nuevo por los servidores de patrulla. Justo en el centro de aquella tierra herida se alzaba un único edificio de estilo gótico clásico. Toda su superficie estaba decorada con imágenes de castigos y expiaciones, pecadores ardiendo bajo el fuego impasible del culto imperial o cabezas de herejes aplastadas por terribles venganzas. Los ojos del Emperador vigilaban cada pecado y sus sirvientes ejecutaban la *vendetta*. Los hombres morían de infinidad de maneras distintas, desde la horca hasta el desmembramiento o la exposición a la atmósfera tóxica de Mimas. Éstas eran las imágenes que decoraban los pilares y los frisos del edificio.

Decenas de servidores armados vigilaban cada una de las puertas. Un destacamento de tropas del Ordo Malleus estaba destinado de manera permanente en el acuartelamiento que había bajo el edificio, listos para

reaccionar ante cualquier amenaza. El propio edificio estaba dispuesto alrededor de una cámara central con innumerables galerías que partían de ella. Sobre éstas, mirando hacia la cámara principal, se alzaba una plataforma con asientos para dignatarios, técnicos y archiveros, como una mesa de disección situada en el centro de una aula de anatomía.

Gholic Ren-Sar Valinov fue trasladado hasta la cámara de ejecución de Mimas siete semanas después de derrumbarse ante el explicador Riggensen. Valinov no había vuelto a decir ni una sola palabra desde aquel día. De hecho, se había mostrado mucho más hosco y huraño que antes, como si se hubiera impuesto a sí mismo el silencio después de que el interrogatorio de Riggensen resquebrajara su máscara de infalibilidad. Esta actitud había llevado al personal de interrogatorios de Mimas a comunicar a los señores inquisidores del Ordo Malleus que Valinov ya no era de ningún valor para los servicios de inteligencia.

El cónclave de los señores inquisidores había aprobado por unanimidad la ejecución de Valinov. Se confirmó que Ligeia no había hecho más que tirarse un farol la primera vez que lo interrogó, esta vez no habría ninguna pseudomuerte psíquica, tan sólo una ejecución a la vieja usanza. Valinov había sido acusado de varios delitos capitales, pero fue llevado a la cámara de ejecución de Mimas como castigo por herejía mayor, y la ley imperial establecía que el castigo para la herejía mayor era la muerte por desmembramiento.

* * *

Era una ocasión solemne. No había nada de triste en el hecho que Valinov estuviera a punto de morir, pero sí que había un cierto lamento tapizado de vergüenza por el hecho de que un compañero inquisidor, antaño un hombre respetado y valorado, hubiera caído tan bajo. No era la primera vez que el Malleus perdía a uno de sus inquisidores ante el radicalismo, o ante ideas aún peores, pero siempre que ocurría, la herida se hacía más profunda. El

Malleus estaba muy orgulloso de lo que hacía, y cada vez que un traidor surgía desde dentro era una afrenta a ese orgullo.

El explicador Riggensen estaba presente en caso de que Valinov decidiera hacer alguna confesión de última hora. Ya antes había presenciado muchas ejecuciones, pero el olor antiséptico de la cámara de ejecución y la silueta brillante y con forma de insecto del servidor-mutilador que pendía del techo lo hacían sentir muy incómodo, lo que teniendo en cuenta su oficio ya era bastante.

Una empleada oficial estaba sentada en un atril frente a Riggensen. Era una mujer pálida y extremadamente modificada que tomaba notas sobre la ejecución mediante las estructuras de metal que tenía en lugar de brazos. La cabeza de aquella mujer se levantó como un resorte cuando se percató de quién había entrado en aquella estancia circular y oscura. Varios empleados y archiveros encargados de diversos aspectos particulares de la ejecución entraron junto a él, caminando sigilosamente envueltos en sus largas vestimentas.

El inquisidor Nyxos fue el siguiente en entrar. Sobre su exoesqueleto vestía unos ropajes ceremoniales de color carmesí. Sus dos consejeros caminaban junto a él, el viejo astrópata y la joven oficial con su uniforme de la Marina desprovisto de cualquier ornamento.

Los técnicos sanitarios entraron después. El médico jefe sería el encargado de manejar los mandos del servidor-mutilador, mientras que el resto del equipo controlaría los signos vitales mediante los monitores que había junto a la mesa de ejecución. En el pasado hubo ocasiones en las que el criminal se resistía a morir a pesar de la naturaleza comprensiva del servidor-mutilador, de modo que el médico jefe debería confirmar cuándo los signos vitales habían cesado.

Para sorpresa de Riggensen, los siguientes en entrar fueron unos asesinos del Culto de la Muerte, cuatro figuras ágiles y atléticas que vestían trajes negros, ceñidos y armados con dagas y espadas. Riggensen pudo ver por encima del hombro de la empleada cómo escribía que aquellos cultistas acudían en representación de la inquisidora Ligeia. Le pareció más que comprensible que Ligeia quisiera que alguien en quien confiaba presenciara

la muerte de Valinov con sus propios ojos; de lo contrario, puede que ella nunca llegara a creer que estaba verdaderamente muerto.

Los diversos dignatarios y adeptos ocuparon sus puestos alrededor del pedestal. Las luces se fueron volviendo más y más tenues hasta que sólo el centro de la estancia quedó iluminado, bañado en una luz pálida e implacable.

A pesar de estar desnudo de cintura para arriba y con las manos y pies encadenados, Valinov seguía siendo una figura imponente. Sus enormes y oscuros tatuajes le daban un aspecto salvaje, acentuado por su rostro inteligente y anguloso y por los músculos que lucía en sus brazos y torso. Mantenía la cabeza alta y no mostraba el menor signo de miedo, aunque los verdaderos herejes nunca lo hacían, o por lo menos no hasta que sus almas eran arrancadas de sus cuerpos y puestas frente a la mirada vengativa del Emperador.

Los testigos que habían acudido a presenciar la ejecución podían notar sólo con ver el rostro de Valinov que el ex inquisidor era un hombre extremadamente peligroso. Ni siquiera el meticuloso trabajo de los interrogadores y explicadores de Mimas había podido con él, con la única excepción del breve momento de triunfo de Riggensen. La muerte, como casi todos los presentes estarían de acuerdo, era algo demasiado bueno para Valinov, pero si alguien tan peligroso seguía con vida no habría manera de garantizar la seguridad.

Un viejo predicador estaba en pie en primera fila, sus ropajes escarlata parecían oscuros bajo la luz tenue. Estaba leyendo de un libro de oraciones desgastado encuadernado en cuero para aplicar a Valinov los Ritos de Condena, los que marcarían su alma como la de un enemigo del Emperador.

—«Aunque tu espíritu esté podrido y tus acciones sean abyectas, apelamos al Emperador para que considere tu alma con juicio justo y puro…»

La voz del predicador se sumergió en unas oraciones conocidas por todos los presentes. El médico jefe hizo las últimas comprobaciones en el aparato mutilador mientras sus ayudantes colocaban varios electrodos sobre la piel afeitada de Valinov. La empleada que había sentada delante de

Riggensen escribía sin cesar, apuntando cada uno de los procedimientos conforme se iban completando. Los drenajes de sangre del suelo de la cámara se abrieron. Al propio Riggensen le entregaron una placa de datos y una pluma para que pudiera firmar como testigo de la muerte de Valinov. El servidor-mutilador extendió cada una de sus seis extremidades provistas de cuchillas para que fueran examinadas, mientras los ayudantes del predicador dibujaban el símbolo del águila sobre el pecho de Valinov.

Los ayudantes encargados de los recipientes para los órganos estaban preparados. Las diversas partes del cuerpo de Valinov, cabeza, torso, vísceras… serían enterradas por separado en la gran planicie de tumbas sin marcar que rodeaba al edificio de ejecuciones, con el fin de evitar que algún poder oscuro devolviera la vida a su cadáver. Ésa era una lección que se había aprendido por las malas.

Los asesinos del Culto de la Muerte observaban con atención, sus ojos se mantenían impávidos, sus cuerpos no se movían excepto por alguna contracción ocasional de alguno de sus poderosos músculos.

El predicador se acercaba al final. Los dos soldados del Malleus que flanqueaban a Valinov subieron al prisionero al pedestal, donde colocaron sus grilletes en los cerrojos que había en la base y en la parte superior.

El mutilador descendió, el médico jefe controlaba los mandos. La empleada escribía cada vez más rápido. Los que se encontraban sentados en las filas delanteras serían salpicados por la sangre del prisionero, pero tal indignidad merecía la pena con tal de ver morir a uno de los enemigos del Emperador.

—«… Y de este modo ponemos esta alma impía frente a ti y la arrancamos de su cuerpo, cuyas manos han cometido tales atrocidades. Que su alma encuentre la redención ante los ojos del Dios Emperador, y si tal redención nunca llega, que el odio del Dios Emperador la destruya para siempre».

Hubo una breve pausa antes de que el mutilador comenzara su trabajo. Era costumbre, al igual que casi todo en aquella ejecución, que si había posibilidad alguna de redención el prisionero implorara clemencia al Emperador. Nadie esperaba que Valinov fuera a hablar.

—Así que éste es el fin —dijo con una voz tenue y tranquila, como si hablara consigo mismo—. Los hilos se están tensando. Esta muerte será la muerte de mil galaxias. Podéis comenzar.

Como respuesta, la mano del médico jefe se posó sobre el mecanismo que pondría en marcha el desmembramiento. Aquella mano nunca había llegado tan lejos.

Se produjo un destello plateado, como un relámpago de plata que inundó la estancia y, de pronto, una hoja brillante y alargada atravesó el asiento del médico y su mano seccionada cayó al suelo, sangrando.

Riggensen pudo ver cómo el médico levantaba la vista para encontrarse una mirada penetrante e impasible que se ocultaba bajo la máscara de una asesina del Culto de la Muerte.

Los soldados que había junto al pedestal, aunque muy sorprendidos, fueron los primeros en reaccionar. Los disparos de sus rifles infernales comenzaron a volar por toda la estancia, pero la asesina había previsto sus movimientos y se retorció como un gimnasta para esquivar los disparos, que pasaron a pocos centímetros de su piel. Un segundo después los dos soldados estaban muertos, cortados en dos por las dagas curvadas del segundo asesino.

El inquisidor Nyxos dejó escapar un grito y sacó una pistola de plasma de debajo de sus ropajes, los servos de sus extremidades chirriaron al verse obligados a moverse a una velocidad sobrenatural. La joven oficial táctica que estaba a su lado se lanzó al suelo, dejando caer su gorra de la Marina.

Los otros dos asesinos saltaron de sus asientos, uno de ellos se dirigió hacia Nyxos y el otro hacia el pedestal donde se encontraba Valinov. El predicador interpuso su débil y anciano cuerpo entre el prisionero y el asesino, aunque eso ni siquiera ralentizó el avance y en seguida cayó bajo la espada de aquella silueta oscura.

Riggensen llevaba una pistola automática que extrajo de su uniforme de explicador mientras se ponía en pie. Disparó a la asesina que había seccionado la mano del médico, pero ésta se movió hacia un lado mucho más rápido que la propia bala.

El asesino que había en el pedestal dio dos estocadas y Valinov quedó libre al instante. Nyxos, que sabía que Valinov era la mayor amenaza que había en aquella estancia, disparó. Uno de los asesinos se interpuso entre Valinov y el disparo, que le destrozó el estómago.

Empezaron a efectuarse disparos desde todas partes, desde las armas de los adeptos, de Nyxos y de Riggensen. La asesina que Riggensen había estado a punto de matar saltó por encima del adepto que tenía delante, Riggensen estaba seguro de que el acero de su espada lo partiría en dos, pero en lugar de eso la asesina volvió a saltar por encima de los asistentes y empezó a correr de manera incomprensible a lo largo del muro, avanzando por la pared circular para después atravesar con su espada a los soldados del Malleus.

Riggensen volvió a disparar, pero al mismo tiempo que sentía el retroceso de su arma podía ver cómo la asesina esquivaba los disparos mientras se movía mucho más rápido de lo que cualquiera sería capaz de hacer.

Valinov se había refugiado tras el altar en el que debería haber sido asesinado. Estaba manchado con la sangre del asesino que acababa de morir por él. Sus ojos oscuros escudriñaban toda la estancia mientras evaluaban las muchas amenazas para su vida que se cernían sobre él. Nyxos y su pistola de plasma, que tendría que esperar unos cuantos segundos mientras su arma se recargaba; la ayudante de Nyxos, la oficial táctica, que seguramente también portaría una arma; los soldados adoctrinados, que le dispararían sin dudarlo si es que alguno sobrevivía el tiempo suficiente, y el servidor mutilador, que seguía moviendo sus cuchillas letales a menos de un metro de él.

Y Riggensen con su pistola automática, cuyos proyectiles parecían moverse más despacio que si los lanzara con sus propias manos.

El asesino que se dirigía hacia Nyxos saltó a través de la estancia y se abalanzó sobre él. Sus miembros mecanizados resonaron cuando su cuerpo cayó al suelo. Una hoja refulgió por un instante antes de seccionar el brazo que sostenía su arma. De pronto sonó el disparo de una segunda pistola de

plasma, que arrancó de golpe la mitad de la máscara negra de la cara del asesino.

La oficial táctica se puso en pie y hundió su cuchillo de energía, el tipo de arma que le sería regalada a un cadete destacado dentro de las academias militares más exclusivas de todo el Imperio, en la pierna del asesino. Con un giro de muñeca éste la lanzó a través de la estancia hasta que chocó contra las primeras filas de asientos produciendo un sonido espeluznante.

El tercero de los asesinos que quedaban con vida, el que había acabado con los guardias que custodiaban a Valinov, acabó su trabajo lanzándole un cuchillo al jefe médico que le atravesó la garganta y lo dejó clavado a su asiento. Riggensen volvió a efectuar otros tres disparos, el asesino los esquivó y se dirigió hacia él. Riggensen era un hombre de constitución fuerte y joven en comparación con los adeptos y veteranos del Ordo Malleus. Era un objetivo primordial.

El asesino cruzó la estancia como una exhalación, pero tras un segundo destello se derrumbó; aún tenía el cuchillo de energía clavado en la pierna.

La figura negra fue a caer sobre la empleada que se había sentado delante de Riggensen, que accionó el selector de su pistola automática y disparó hasta vaciar el cargador sobre la espalda del asesino. Éste se revolvió como pudo, pero al no tener espacio para maniobrar, los proyectiles finalmente lo atravesaron.

Probablemente Riggensen también había matado a la empleada. Aquel hecho constituiría un recodo oscuro y sombrío en lo más profundo de su mente, pero no podía dejar que eso lo afectara o lo detuviera, ya se arrepentiría más tarde. En aquel momento lo más importante era sobrevivir.

Uno de los asesinos le había dado a Valinov un rifle infernal que había puesto en modo automático. Una ráfaga de destellos rojizos atravesó la estancia. En aquellos momentos todo el mundo ya se encontraba a cubierto o inmerso en el fuego cruzado, vociferando o gritando órdenes. Nyxos estaba luchando contra el asesino que se había abalanzado sobre él, las hojas de sus cuchillos caían una y otra vez y amenazaban con destruir sus múltiples sistemas augméticos.

Riggensen extrajo el cuchillo de energía de la pierna del asesino y comenzó a andar tambaleándose entre aquel bullicio, con los ojos fijos sobre Valinov. Riggensen era un sirviente del Emperador, no huiría, no se acobardaría. En la sala de interrogatorios ya había demostrado que no tenía ningún miedo al enfrentarse a Valinov sin saber del todo contra quién luchaba, y ahora no iba a mostrar el menor atisbo de pánico.

Valinov estaba disparando a las tropas que entraban por la puerta; los soldados devolvían el fuego y sus disparos se estrellaban en el pedestal. Valinov no había visto a Riggensen.

El tiempo transcurría al ritmo de los latidos entrecortados de su corazón. Riggensen no era un asesino nato como Valinov, pero era fuerte y muy capaz. Sólo necesitaba una estocada, su enemigo era fuerte y tenía varios implantes augméticos que lo ayudarían a resistir las heridas, pero no podría soportar la herida de un cuchillo de energía y al mismo tiempo seguir defendiéndose.

Valinov se dio la vuelta y rápidamente golpeó a Riggensen con la culata de su rifle en las costillas, el explicador cayó produciendo un sonido seco cuando su cabeza golpeó el metal del pedestal.

Valinov estaba de rodillas sobre Riggensen, que yacía en el suelo, pero el explicador no estaba muerto.

Aún le quedaba una arma, algo que nadie más tenía. La muerte del astrópata de Nyxos se lo había recordado. Riggensen podía sentir la energía psíquica de la muerte de aquel astrópata a medida que abandonaba la existencia, podía notar cómo su chispa psíquica se apagaba.

Ya había vencido a Valinov una vez y podría hacerlo de nuevo.

En medio de aquella bruma de sufrimiento y dolor, Riggensen buscó en lo más profundo de su mente el arma que le había permitido convertirse en explicador. El ojo que había en su interior se abrió y comenzó a escudriñar la mente de Valinov, buscando un hilo de percepción que le abriera el alma del ex inquisidor. Podría hacer que se derrumbara una vez más, podría abrir la mente de Valinov de par en par, dejarlo ciego y sordo, llenar su mente de ruido y locura.

Riggensen dejó que todo su poder le inundara la mente para romper el núcleo pétreo del corazón del alma de Valinov. Se sumergió en su infancia casi olvidada entre los bajos fondos de Hydraphur, en los oscuros meses de pruebas y condicionamiento a bordo de la Nave Negra por la que fue recogido, en el dolor, en la humillación, en el miedo ante el poder que crecía en su interior y que podía hacer que fuera ejecutado en cualquier momento.

Recordó todo aquello y lo comprimió en la punta de una lanza mental, dura como el diamante, que lanzó hacia Valinov con toda la fuerza que el Malleus le había otorgado.

Pero en realidad no había nada contra lo que lanzarla. No había nada ni nadie.

La mente de Riggensen había lanzado su ataque contra la nada, porque Gholic Ren-Sar Valinov no tenía alma.

Aquel abismo, donde debería estar el alma de Valinov, fue lo último que vio. En medio de aquel vacío ni siquiera pudo ver las cuchillas del servidor-mutilador cuando Valinov arrojó su cuerpo hacia el pedestal y aquella máquina comenzó a desmembrar al explicador Riggensen.

* * *

Cuando Ghargatuloth era joven, hablando en un modo relativo, pues un verdadero demonio no tenía ni nacimiento ni muerte, se dice que fue capaz de caminar como cualquier otro mortal, que consiguió salir de la disformidad cuando encontró una mente con el suficiente poder psíquico como para poseerla.

Hizo lo que muchos demonios hicieron antes que él. Disfrutó en la carne mortal que lo envolvía. Bailó con sus nuevos pies. Contó historias con su nueva lengua, historias que los seres humanos, con sus mentes estrechas, tacharon de locuras. Todo el mundo que conoció sabía que no era humano, daba igual con que cuerpo se vistiera, su poder brotaba como lágrimas de fuego azul a través de sus ojos y sus enigmas llevaban a los hombres a la

locura. Pero Ghargatuloth fue muy afortunado, pues hizo sus primeras incursiones en el espacio real en tiempos de guerra y devastación. La llamaban la Era de los Conflictos, una de las contadas ocasiones de la historia de la humanidad en la que el nombre que sus contemporáneos le dieron a su era fue completamente acertado.

Vio cómo culturas enteras fueron aniquiladas hasta que no quedó nada de sus territorios más que planicies sembradas de huesos. Vio cómo los locos se convertían en reyes, en señores de la guerra que quemaban mundos enteros para usarlos como combustible para afianzar su poder personal. En aquella carnicería, la humanidad perdió los medios para viajar por las estrellas, y se tuvo que retirar a sus planetas como alimañas en sus madrigueras, para destruirse los unos a los otros en interminables guerras.

También vio cómo la humanidad redescubría los viajes espaciales y cómo se dividía en un millón de facciones manchadas de sangre y salidas de un mismo crisol. Ghargatuloth, en los cuerpos de varios hombres dementes, se convirtió en un héroe adorado por miles de millones de personas. Era el príncipe que vestía un disfraz de mil caras, cada una de ellas arrancada de un traidor. Él era la mujer que nadaba en un océano de sangre cada mañana para que el poder de sus enemigos circulara por sus entrañas. Él fue el rey pirata que unificó una decena de sistemas estelares con el único fin de enfrentarlos unos a otros para ver cuál de ellos sobrevivía.

La Era de los Conflictos duró más de lo que la propia historia de la humanidad podía dejar constancia. En aquellos días Ghargatuloth vivió muchas vidas de guerra, sufrimiento y caos. Luchó y triunfó, también fue derrotado y murió, y cada uno de aquellos momentos alimentó el ansia de conocimiento que domina a todo seguidor de Tzeentch.

Pero Ghargatuloth, poco a poco, llegó a comprender la verdad. Era como un niño y la Era de los Conflictos era el patio donde jugaba. Cuanto más conocía de la humanidad, más profundo era su conocimiento sobre los designios del Caos. Mientras se divertía jugando a la guerra, por cada una de las victorias que alcanzaba había una derrota. Por cada imperio que se alzaba, otro se hundía.

La humanidad era débil. Era incapaz de alcanzar una victoria absoluta, siempre fracasaba. Siempre. En la disformidad había dioses, seres que habían reunido tanto poder que serían dioses por toda la eternidad. Pero la humanidad nunca podría ser como ellos, y cuando Ghargatuloth se dio cuenta comenzó a odiar a las especies con las que había jugado durante tanto tiempo.

Se aburrió. A veces hacía incursiones en el espacio real para sembrar confusión, pero era algo vacío y sin sentido, allí no quedaba ningún conocimiento que adquirir. No quedaban secretos que aprender. La humanidad era un animal ordinario y vacío incapaz de alcanzar el poder completo y verdadero.

Hasta la cruzada.

Un hombre que se hacía llamar a sí mismo Emperador conquistó la cuna de la humanidad, su sagrada Tierra, su hogar. Lideró una cruzada por las estrellas conquistando un espacio que los hombres ya habían colonizado, y reunió a todas las especies bajo su Imperio. Cada ser humano de la galaxia fue declarado ciudadano del Imperio, tanto si quería como si no. Aquella cruzada nunca llegó a terminar completamente, pues el Imperio, a lo largo de su historia, nunca dejó de luchar para someter a todos los mundos humanos bajo su yugo opresivo.

Y de pronto la galaxia se volvió interesante una vez más. Por primera vez la humanidad se había asegurado un poder permanente, un dominio sobre toda la galaxia conocida que se extendería durante más de diez mil años. Incluso había conseguido sobrevivir a la muerte del propio Emperador a manos del señor de la guerra Horus, bendecido por el Caos. Había sobrevivido a invasiones y guerras civiles, sobrevivió a todo lo que el universo lanzó contra ella. El Imperio resistió a pesar de lo sombrío del intelecto de los humanos y de lo estrecho de sus mentes.

Y como Ghargatuloth había comprobado, toda victoria era seguida por una derrota. Todo Imperio que se alzaba debía caer.

La existencia de Ghargatuloth volvió a tener sentido. Algún día el Imperio caería. Y Ghargatuloth estaría allí cuando eso ocurriera…

* * *

Ligeia se apoyó contra la pared de su dormitorio, su ropa estaba manchada de sudor, tenía la boca seca, notaba su aliento caliente y sentía dolor con cada bocanada de aire. Su cuerpo se estremecía. Sobre la mesa de la habitación, aquel libro se sacudía la pátina del tiempo mediante el mal contenido en sus páginas. Era un volumen pequeño y bastante delgado, lo suficientemente pequeño como para ocultarlo en la palma de una mano, pero sus páginas contenían todas las revelaciones de Ghargatuloth, lisas y llanas, una interminable diatriba de locura. Ligeia tuvo que cerrar su mente para evitar que la inundaran.

Sus aposentos estaban hechos un desastre. Había ropa tirada por todos lados y restos de manjares a medio comer sobre bandejas de plata olvidadas en los rincones. La mente de Ligeia había estado muy ocupada como para preocuparse por mantener las apariencias propias de una mujer noble, todo aquello parecía haber dejado de importarle, sobre todo después de haber visto una parte del horror de las fuerzas que arañaban el tejido de la realidad.

Ghargatuloth le estaba hablando. Ghargatuloth no era sólo un cuerpo demoníaco, era conocimiento puro. Era todo el conocimiento que había conseguido reunir a lo largo de su interminable existencia. Ésa era la razón por la que era imposible matarlo, tan sólo podía ser desterrado, pues dejaría ese conocimiento enquistado en el corazón y en la mente de sus cultistas. De ese modo, incluso si se lo desterraba del espacio real, quedaría lo suficiente de él en los libros y en las mentes de los locos como para hacer que regresara.

Ligeia no podría vencer. No podía enfrentarse a algo como aquello. La comprensión más ínfima de Ghargatuloth era demasiado vasta y compleja como para contenerla en su mente.

Deseó poder tener a sus asesinos del Culto de la Muerte a su lado para poder explicarles cómo se sentía. Por supuesto, nunca habrían contestado,

pero el mero hecho de hablar ya habría sido de ayuda. No podía hablar con los Caballeros Grises, ni siquiera con Alaric, sobre algo como aquello. El personal del Malleus que merodeaba por las entrañas del *Rubicón* no era una mejor opción, ni tampoco lo eran el inquisidor Klaes ni el resto de miembros de la Inquisición. Ligeia estaba completamente sola, no tenía a nadie excepto el recuerdo de Ghargatuloth en su cabeza.

Pero sus asesinos se habían ido y no iban a volver.

Se produjo un estruendo en algún lugar de sus aposentos, como una carga explosiva que hizo saltar la puerta en pedazos. Ligeia oyó una voz que gritaba una orden y oyó pasos metálicos que hacían crujir los muebles de madera de la habitación contigua.

Ligeia se irguió, aún tenía su arma digital camuflada en su dedo como si fuera un anillo, y en algún lugar de su equipaje había una pistola de agujas que podía usar con bastante precisión. Pero sabía que eso no le serviría de nada. Tzeentch iba a tragarse toda la galaxia, ¿de qué iba servirle una arma?

Alguien golpeó la puerta de su dormitorio y la madera astillada saltó por toda la estancia. Ligeia se alejó de la puerta y se estremeció sabiendo lo patética que era su figura en aquel momento, desaliñada, exhausta, enferma y evidenciando sus muchos años.

Entonces reconoció al juez Santoro, el más estricto de todos los Caballeros Grises, que se abría paso a través de la habitación. Él era la clase de persona que habrían enviado desde el *Rubicón* para plantarle cara, sin imaginación, sin posibilidad alguna de que escuchara sus súplicas.

Santoro apuntó su bólter directamente a la cabeza de Ligeia. Si se movía, si hablaba, la mataría.

De alguna manera siempre había sabido que eso ocurriría, antes incluso de que hubiera oído hablar de Ghargatuloth. Desde que era una joven investigadora del Ordo Hereticus, mucho antes de que el Malleus la descubriera, siempre supo que terminaría sus días frente a una pistola empuñada por alguien que se suponía que debía protegerla. Así era como funcionaba la Inquisición, como funcionaba todo el Imperio. La humanidad siempre buscaba su propio final.

Otros tres miembros de la escuadra de Santoro entraron en la habitación y apuntaron sus armas hacia Ligeia, las enormes armaduras que cubrían sus cuerpos ocupaban toda la habitación. Ligeia se estremeció en medio de un frío repentino.

—Libre —dijo Santoro.

El inquisidor Klaes siguió a los Caballeros Grises y entró en la habitación. Llevaba una placa de datos en una mano, la otra estaba apoyada sobre la empuñadura de su espada de energía.

—Inquisidora Bresis Ligeia —anunció Klaes pausadamente—. Hemos recibido una comunicación del cónclave del Ordo Malleus en Encaladus ordenando su arresto inmediato. Como la autoridad inquisitorial más importante de este sector se me ha pedido que haga cumplir dicha orden. Las normas de esta situación son muy sencillas: Ligeia, ríndase o el juez Santoro la matará.

Ligeia levantó sus manos temblorosas. Tras una señal de Santoro, un marine que Ligeia reconoció como el hermano Traevan dio un paso hacia adelante, agarró su mano y le extrajo el anillo del dedo, aplastando aquella valiosa tecnología en miniatura bajo su bota.

—¿Lleva usted más armas? —preguntó Santoro con seriedad. Ligeia dijo que no con la cabeza.

—Esposadla.

Traevan puso las manos de Ligeia detrás de su espalda y ella pudo sentir cómo las esposas se cerraban alrededor de sus muñecas. Sabía que Klaes no haría que la registraran y encadenaran por mera cortesía profesional.

—Inquisidora Ligeia —dijo Klaes, que ahora leía su placa de datos—. La Santa Inquisición del Emperador ordena que quede usted bajo arresto por los crímenes de herejía mayor, asociación con enemigos del Emperador, corrupción de los sirvientes del Emperador y otros cargos que le serán imputados previa audiencia judicial. Será usted trasladada a las instalaciones de Mimas donde confesará toda la verdad y su condena será determinada por el cónclave del Ordo Malleus. Será usted privada de cualquier libertad que le permita seguir llevando a cabo estos crímenes. Su autoridad como inquisidora queda revocada.

»Estos cargos están relacionados con la ayuda prestada a Gholic Ren-Sar Valinov, enemigo del Emperador y reo condenado a muerte, y con el asesinato de varios sirvientes imperiales encargados de la investigación de las herejías de dicho prisionero. Por decreto del Ordo Malleus no será declarada inocente de sus crímenes, tan sólo le serán imputados diversos grados de culpabilidad. Hasta entonces deja usted de ser considerada ciudadana del Imperio y pasa a ser una criatura bajo el control del Ordo Malleus. Que el Emperador sea misericordioso con usted, pues nosotros no lo seremos.

Klaes apagó la placa de datos. Ligeia podía percibir la tristeza en sus ojos. Ningún inquisidor disfrutaba arrestando a uno de sus camaradas, ya que eso les recordaba lo cerca que todos estaban de caer en el abismo.

—Explíqueme por qué, Ligeia, y me aseguraré de que sea tratada correctamente.

—¿Por qué? —Una lágrima cálida resbaló por el rostro de la inquisidora —. ¿Qué más da? La galaxia está condenada. La Transformación lo engullirá todo. No importa la fuerza con la que luchemos, todos estamos condenados. Lo he visto todo, vencer al destino es imposible, inquisidor, y la libertad de Valinov es parte de ese destino, igual que mi arresto, igual que el hecho de que todos ustedes morirán y que sus triunfos no serán más que polvo.

—Ya es suficiente —dijo Santoro, que dio un paso hacia adelante y propinó a Ligeia un golpe con el dorso de la mano que la tiró al suelo.

Mientras se hundía en el desfallecimiento, aún pudo ver a Ghargatuloth moldeando las estrellas y al Señor de la Transformación caminando detrás de él, mancillando cada hilo del universo con la indecencia del Caos.

* * *

Alaric había perdido a una compañera en quien confiaba. También había perdido a una amiga. Cuando Ligeia fue llevada hasta el *Rubicón* y encerrada en la bodega de prisioneros, protegida por innumerables

protectores psíquicos, Alaric vio a una mujer derrotada, tan sólo una sombra de la dama intuitiva y sagaz en quien tanto había confiado.

Sólo con ver la expresión del inquisidor Klaes, Alaric supo que también sentía lo mismo. Pensar que Ghargatuloth había conseguido que una mujer así perdiera la razón sin que ni siquiera hubiera podido acercarse hasta él, era algo aterrador. Nadie estaba a salvo. Por primera vez Alaric se preguntó si Ghargatuloth podría hacer lo mismo con un Caballero Gris que se acercara demasiado a él. Ningún caballero gris había caído jamás en el Caos. ¿Sería Alaric, o algún hombre bajo su mando, el primero en hacerlo? El mero hecho de pensarlo le producía náuseas.

Ligeia no había enviado a sus asesinos a desenterrar la espada de Mandulis. Los había enviado a Mimas para que, actuando bajo sus órdenes, ayudaran a Valinov a escapar de su ejecución. Lo último que se supo de Valinov era que había escapado por los anillos de Saturno en una cañonera robada. Un grupo de naves del Ordo Malleus destinadas en Iapetus intentó seguirlo, pero le perdieron la pista en los anillos externos del gigante gaseoso.

Valinov ya estaba muy lejos del sistema solar cuando Ligeia fue arrestada. Existía la posibilidad de que alguno de los asesinos aún siguiera con vida y lo hubiera acompañado en su huida. Aquello era una traición a gran escala. Ligeia, que sabía más que la mayoría sobre las atrocidades que Valinov había cometido contra los ciudadanos imperiales, había conspirado con él para ayudarlo a escapar de su ejecución.

¿Cómo había conseguido Valinov llegar hasta ella? Alaric no estaba seguro. Pero sí estaba seguro de una cosa: Ghargatuloth lo había ayudado. Probablemente todo empezó con el *Codicium Aeternum* y con el primer interrogatorio de Valinov en Mimas. ¿También habría conseguido Ghargatuloth hacerse con el poder de la mente de Ligeia e infectarla con sus designios?

Ghargatuloth había actuado a través de la estatuilla de Victrix Sonora y de los textos encontrados en Sophano Secundus, incluso puede que también mediante los archivos de Trepytos en los que Ligeia se había sumergido tan afanosamente, insertando informaciones ocultas que habían devorado su

cordura sin que ella se diera cuenta, hasta que fue demasiado tarde. Había sido utilizada. Y los Caballeros Grises también habían jugado su papel en el enmarañado plan que Ghargatuloth había estado tejiendo en la senda de San Evisser desde mucho antes de su destierro.

Y ahora, sin Ligeia, Alaric tendría que enfrentarse a él por sí solo.

Ghargatuloth no era sólo el monstruo con el que Mandulis había acabado. Era conocimiento enquistado en las mentes de sus seguidores, el mismo conocimiento con el que había infectado a sus peones para obligarlos a llevar a cabo todo tipo de actos de depravación. Alaric ya había luchado contra demonios y cultistas en innumerables ocasiones durante el camino que lo llevó a convertirse en juez, pero siempre se había tratado de enemigos tangibles a los que podía matar. Ghargatuloth, por otro lado, era un poder que no necesitaba luchar contra el Ordo Malleus para alzarse con la victoria.

* * *

Cuando el *Rubicón* salió de Trepytos en dirección a Mimas, Alaric comenzó la tarea de ordenar las piezas de la investigación de Ligeia. Hizo que todo lo que había en sus aposentos fuera quemado, pues no había modo de saber cuántas de sus notas estaban contaminadas. Aquélla era la única opción que le quedaba, y si había alguien en todo el Imperio capaz de continuar con las investigaciones de Ligeia sin caer bajo las garras de Ghargatuloth, ése tendría que ser un Caballero Gris.

El inquisidor Kleas había puesto a disposición de Alaric todos los recursos de la fortaleza de Trepytos. La mejor de las naves de Klaes, la que usaron los asesinos de Ligeia, aún se encontraba requisada en la fortaleza naval de Iapetus, pero Klaes consiguió aprovechar algunos favores que le debían y al cabo de un par de días Alaric contaba con dos naves mercantes bien armadas, las naves más rápidas de toda la senda, y con dos tripulaciones compuestas por veteranos de la Marina.

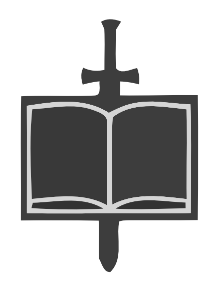
Había enviado a Genhain en el *Rubicón* para que escoltara a Ligeia hasta Mimas. Acto seguido se trasladaría hasta Titán para, bajo la autoridad de Alaric como hermano capitán y jefe de la fuerza de asalto, recuperar la espada de Mandulis. Si realmente se trataba del relámpago dorado del que Valinov había hablado, entonces podría ser la única oportunidad que tendrían los Caballeros Grises de alzarse con la victoria en su inminente enfrentamiento con Ghargatuloth.

Las escuadras de Santoro y de Tancred se encontraban ahora destinadas en la fortaleza, donde habían convertido el campo de instrucción en celdas improvisadas y donde empleaban el anfiteatro para llevar a cabo sus prácticas de combate. Hubo un tiempo en que aquella fortaleza se erguía imponente, pero Alaric, mientras se preparaba para continuar con la investigación que le había costado a Ligeia la cordura, sabía que los recursos de la senda de San Evisser eran extremadamente escasos en comparación con la red de cultos milenarios que Ghargatuloth había conseguido tejer. El incremento de la actividad de aquellos cultos había hecho que aumentara el número de naves de la Marina destinadas en la senda, pero aun así era una fuerza demasiado pequeña como para controlar todo el territorio.

Incluso si conseguían convencer a la Eclesiarquía para que pusiera a sus Hermanas de Batalla, tropas fuertes y motivadas que merecían el mayor de los respetos, a disposición de Alaric, las fuerzas disponibles no serían suficientes más que para asestar un único golpe.

La mayoría de los Caballeros Grises estaban en el Ojo del Terror, y los demás se encontraban demasiado dispersos intentando controlar los muchos focos demoníacos que había por todo el Imperio: el Torbellino, las Puertas de Varl, la nebulosa de Diocletia y una decena más de llagas diseminadas por todo el espacio. Titán no enviaría ningún refuerzo.

En ese momento Alaric se dio cuenta de por qué ser un líder requería tal cantidad de cualidades, cualidades que él no estaba seguro de poseer. Tenía que luchar, vencer, no dudar nunca de su fe en el Emperador y liderar a sus Caballeros Grises en la batalla. Pero mucho más que eso, tenía que hacerlo todo sabiendo que estaba completamente solo.



ONCE

Pecuniam Omnis

El *Pecuniam Omnis* transportaba penosamente su carga a lo largo del Segmentum Solar, sus motores llameaban miserablemente a través de los disipadores cubiertos de sedimentos, su cogitador de navegación no cesaba de desperdiciar combustible al tener que recalcular el rumbo constantemente. La ruta entre Jurn y Epsion Octarius era una travesía muy dura, demasiado exigente como para desperdiciar capital en mantener un carguero ruinoso cuyos exiguos beneficios impedían que pudiera ser sustituido.

El capitán Yambe sabía que probablemente moriría junto con el *Pecuniam Omnis*. Tenía cuarenta y siete años, una edad bastante avanzada para ser tripulante de un carguero, pues la mayoría de ellos morían mucho más jóvenes, en cualquier accidente o en una reyerta en algún puerto olvidado. Yambe había sobrevivido a dos naufragios y sólo el Emperador sabía a cuántas interminables noches en puerto, pero cuando consiguió convertirse en capitán de su propia nave supo que nunca podría evitarlo. Le debía demasiados favores a demasiada gente como para poder librarse, y

jamás conseguiría reunir el suficiente dinero como para poder rehacer su oxidada nave.

Por lo menos la tripulación de Yambe sabía dónde se había metido, treinta hombres que ocupaban las pocas zonas habitables del abdomen redondeado de aquella nave. Las enormes bodegas de carga presurizadas contenían ingentes cantidades de materiales industriales procedentes de Jurn; desde enormes módulos de STC hasta cajas y cajas repletas de armas láser de producción masiva. Los miembros de la tripulación eran tipos duros y muy curtidos, probablemente la mayoría de ellos eran criminales que veían el *Pecuniam Omnis* como un buen lugar para esconderse. A Yambe aquello no le importaba siempre y cuando fueran capaces de ocuparse de la carga y supieran distinguir los dos extremos de una hiper-llave de tuercas.

El puente del *Pecuniam* era estrecho y sofocante, apestaba a sudor y a aceite de motor. El propio Yambe estaba engordando demasiado, casi no cabía en el puesto de mando y su sudor iba empapando poco a poco la ajada tapicería. Una botella medio vacía de doble destilado de Jurn, una bebida alcohólica abyecta pero muy efectiva sin la cual Yambe no podía dormir, se tambaleaba sobre el brazo del sillón. Frente a él se abría una esfera transparente de plastiacero, como el ojo bulboso de un insecto, situada en la proa del *Pecuniam* y que miraba hacia un espacio frío y horrendo en el que Yambe había pasado la mayor parte de su vida.

El *Pecuniam* había salido de la disformidad para que su navegante de segunda, un tipo delgado y nervioso procedente de una de las Casas Inferiores, meditara un par de días sobre la ruta a tomar durante el siguiente salto. Aquel navegante era un incompetente, pero los honorarios de su Casa no eran nada desdeñables. La astrópata Gell no salía mucho más barata, pero por lo menos sabía lo que hacía.

Yambe odiaba el espacio. Ésa era la razón por la que no podía dejar de mirarlo. Sabía que algún día se volvería en su contra y lo mataría, pero eso sólo ocurriría cuando bajara la guardia. Una vez estuvo a muy pocos centímetros del vacío absoluto, y había visto a amigos destrozados por culpa de una simple brecha en el casco, en los tiempos en los que aún tenía

amigos. El espacio había matado a más hombres que cualquier mujer, y eso era decir mucho.

Detrás de Yambe, los tableros repletos de consolas y cogitadores no cesaban de zumbar, y en ocasiones dejaban salir hilos de humo por las rejillas de ventilación. Podía escuchar los gemidos de los motores que empujaban al *Pecuniam* a través de los diferentes campos de gravedad del cinturón de asteroides que se abría frente a la nave. Aquel navío no aguantaría mucho más.

Quizá cuando llegara a Epsion Octarius abandonaría aquella nave, dejaría que se pudriera mientras él se quedaba en aquel planeta intentando buscar otro modo de ganarse una vida que no merecía. Así podría olvidarse de las tasas de amarre y de los acreedores.

Pero sabía demasiado bien que lo único que haría sería llenar las bodegas de manjares y artículos de lujo de Epsion Octarius para llevarlos hasta Jurn.

—Jefe —se oyó a través del comunicador. Era una voz deforme y distorsionada proveniente de popa. Se trataba de Lestin, jefe de máquinas y el único hombre en quien Yambe confiaba para mantener al *Pecuniam* en movimiento—. Tenemos un problema.

—¿De qué tipo? —preguntó Yambe.

—Un impacto. Parece que algo se ha cargado la sección cuatro.

—¿«Cargado» en el sentido de que podéis arreglarla o «cargado» en sentido de decirle adiós?

—Kerrel ha ido a echar un vistazo y aún no ha regresado.

Yambe no podía perder a ningún hombre, los beneficios de aquella travesía serían demasiado escasos como para poder contratar a alguien nuevo.

—Voy para allá, que nadie muera hasta que yo llegue.

Yambe se levantó de su silla de capitán y dejó caer la botella de doble destilado sobre los cogitadores que había a su alrededor. El alcohol comenzó a burbujear cuando entró en contacto con la superficie caliente de las rejillas de ventilación. Empezó a maldecir mientras se levantaba de la silla y atravesaba la puerta dando tumbos. Podía sentir el penoso traqueteo de la

nave bajo la mano con la que se apoyaba. Algún propietario anterior había tallado letanías mecánicas en las tuberías y en las cuadernas, súplicas escritas en gótico clásico dirigidas al Dios Máquina para que mantuviera la nave a salvo y en buen funcionamiento. Aunque según parecía no estaban siendo de mucha ayuda.

A través de los ojos de buey que había en el corredor, Yambe podía ver cómo las redes de carga se balanceaban junto con las enormes cantidades de material que contenían: materiales de construcción, herramientas y armamento, cosas que en Epsion Octarius no podían fabricar por sí solos. Yambe se apresuraba hacia la popa a través del largo y curvado pasaje dorsal de la nave, sintiendo el peso de sus años y también el de su cuerpo.

En una ocasión, mientras era tripulante de un carguero armado que se encontraba cerca de Balur, un reactor de plasma hizo saltar en pedazos tres de sus cubiertas, y pudo oír los gritos de los dos mil hombres que se abrasaron en fuego líquido. Como capitán, una vez perdió siete hombres por una fuga en una junta de vacío. Yambe pensaba que, con cada muerte que uno contempla, un pequeño rincón interior se vuelve oscuro y frío, y por esa razón los nacidos en el espacio eran unos canallas tan duros de corazón.

El corredor se estrechaba y se ensanchaba una y otra vez, formando un entramado que sostenía las figuras bulbosas de los reactores de plasma, los disipadores y los generadores de disformidad.

—¿Lestin? —Yambe habló con dificultad a través de comunicador.

—Lo hemos encontrado, jefe. —Se oyó la voz de Lestin como respuesta, pero su tono no pronosticaba nada bueno.

—¿Cómo está?

—En unos veinte trocitos distintos. Alguien lo ha encontrado en la esclusa de aire. Parece que estaba huyendo de algo.

—¿Algo como qué?

—No vamos a perder el tiempo intentando averiguarlo, vamos a sellar la sección cuatro.

Yambe llegó hasta el arsenal de la nave, un compartimento pequeño y oscuro donde la variopinta colección de armas de la tripulación estaba colgada en las paredes. Cogió una escopeta y rápidamente introdujo seis

cartuchos en el cargador. La escopeta era el tipo de arma más utilizada en los transportes espaciales para sofocar cualquier trifulca que implicara un intercambio de disparos a corta distancia, ya que si se utilizaran armas con un mayor poder de penetración podrían perforar el casco o dañar algún sistema vital. Yambe hizo una pausa para sacar un peto de malla de un armario y echárselo sobre los hombros y acto seguido volvió a salir al corredor. El peto dejaba al descubierto gran parte de su incipiente estómago, pero era mejor que nada.

—Lestin, asegúrate de que los chicos se alejen del reactor —dijo Yambe —. Hay demasiado refrigerante saliendo de los disipadores.

No hubo respuesta.

—¿Lestin?

El comunicador no emitía más que ruido de estática. El sistema de comunicación interna del *Pecuniam* no estaba en su mejor momento y siempre fallaba cuando más falta hacía. Eso era lo que Yambe murmuraba para sus adentros mientras accionaba el mecanismo semiautomático de la escopeta.

Oyó unos pasos que se aproximaban débil y arrítmicamente. Vio moverse una sombra entre la tenue luz y Yambe casi le vuela la cabeza a la figura que se acercaba hacia él dando tumbos.

Era el navegante. Los navegantes eran como una raza aparte de los humanos; no era correcto decir que eran mutantes, aunque precisamente eso es lo que eran. Individuos capaces de ver el interior de la disformidad y de guiar una nave a través de ella, pero todos ellos eran irremediablemente flacos y débiles. El navegante del *Pecuniam Omnis* no era una excepción, pero en aquel momento no sólo se mostraba débil, también estaba herido. El uniforme azul oscuro de su Casa Inferior estaba ennegrecido por la sangre que salía de una herida que tenía en el pecho. La sangre también le brotaba por la boca y resbalaba por su rostro blanquecino.

El navegante, llamado Krevakalic, se desplomó en los brazos de Yambe y casi lo hizo caer al suelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Yambe respirando con dificultad—. ¿De dónde sales?

Krevakalic se tumbó en el suelo y miró a Yambe desde debajo de la cinta que cubría el tercer ojo de su frente, el ojo de la disformidad.

—Ella… vino a por Gells y a por mí…

—¿Gells está muerta?

Krevakalic asintió. Eran muy malas noticias. Gells, como astrópata de la nave, era la única persona capaz de enviar una llamada telepática de socorro.

Krevakalic tosió y escupió unas gotas de sangre caliente sobre su capitán. Yambe tenía que irse. En unos pocos momentos aquel hombre estaría muerto, era algo que ya había visto antes. Tenía destrozados los pulmones y el intestino. Sería más cruel intentar salvarle la vida que dejar que muriera sin más.

Yambe, mientras tanto, tendría que seguir adelante, no sólo porque tenía que encontrar a Lestin y al resto de la tripulación, sino también porque la única cápsula de escape que quedaba operativa estaba en popa, y Yambe sabía que probablemente tendría que abandonar la nave a toda prisa.

Dejó al navegante moribundo tumbado en el suelo del corredor. Si Krevakalic intentó suplicarle a Yambe que se quedara, sus palabras se ahogaron entre los borbotones de sangre que salían de su boca.

Un poco más adelante el corredor se ensanchaba hasta formar una estancia circular que rodeaba uno de los reactores de plasma, una cámara cilíndrica de unos cinco pisos de altura en la que se generaba la energía de la nave. El núcleo de plasma rugía mientras dotaba de energía a todos los sistemas, y las nubes de vapor condensado producidas por los sistemas de refrigeración salían a chorros por las tuberías que discurrían por el suelo y por las paredes curvadas.

Había un cuerpo tirado sobre la consola de control que tenía más cerca. Se trataba de Ranl, un chico que habían recogido en el *Pecuniam Omnis* durante la última escala de mantenimiento. Ranl era joven y estúpido, probablemente un criminal que intentaba huir, pero hacía todo lo que se le ordenaba y nunca preguntaba. No merecía que le cortaran la cabeza ni que le abrieran el torso en canal, pero eso era lo que alguien le había hecho.

Yambe nunca había visto un cadáver así: había sido asesinado y diseccionado como si un experto carnicero se hubiera ensañado con él. Miró

a su alrededor y vio que Ranl no era el único, había otro cuerpo tirado sobre los niveles más altos de las pasarelas que rodeaban el núcleo de plasma. Desde donde se encontraba, Yambe no podía saber de quién se trataba, pero vio que le habían cortado los brazos y que una mancha de sangre del color del óxido descendía por la pared más cercana.

Algo se movía cerca del techo, pero era demasiado rápido como para que Yambe pudiera saber qué era. Iba de un lado a otro como si de verdad estuviera corriendo por las paredes tubulares en lugar de moverse por las pasarelas. Yambe intentó apuntar con su escopeta, pero se desplazaba antes incluso de que pudiera levantar el cañón.

Sus hombres estaban muriendo. Algo había entrado en su nave con la intención de matar todo lo que encontrara. Primero había ido a por la astrópata y el navegante, lo que suponía que ya no habría señal de socorro y, por lo tanto, no había escapatoria.

¿Piratas? Yambe ya había tenido otros encontronazos con ellos. Quizá se tratara de xenos; todo marino espacial había oído demasiadas historias sobre alienígenas paganos que asaltaban los cargueros imperiales, desde los eldar, crueles y depravados, hasta los mortíferos pielesverdes.

Quizá se tratara de una forma de vida aún más primitiva. Se decía que las hordas tiránidas que habían conseguido infestar planetas enteros empleaban como avanzadillas a unas criaturas rápidas y mortales, capaces de hacerse con una nave en plena travesía y acabar con todo ser vivo que hubiera a bordo. Había ciertas cosas capaces de controlar a los miembros de una tripulación y criaturas que podían penetrar en cualquier casco, todas ellas descritas detalladamente en las historias que se contaban por las tabernas, burdeles y células de contención diseminadas a lo largo y ancho de todo el Imperio.

Comenzó a moverse de nuevo; esta vez estaba más cerca. Había descendido hasta los niveles inferiores pero seguía evitando la mirada de Yambe, que sabía que era imposible abatir con su arma a aquella criatura; tenía que tratarse de un alienígena, de algo mortífero. Pero él no acabaría igual que Ranl, la nave y su carga eran lo de menos, él no iba a morir allí.

Yambe abandonó corriendo el núcleo, agachando la cabeza para poder salir por la puerta que llevaba hasta la popa de la nave. Sabía que había una cápsula de escape operativa. Si nadie se había eyectado en ella y si otra nave pasaba lo suficientemente cerca como para recibir su señal de socorro, Yambe aún tenía posibilidades de sobrevivir.

Cuanto más se adentraba en la sala de máquinas, más estrecha y sucia se volvía la nave. El vapor de los sistemas de refrigeración se arremolinaba bajo sus pies. El aire viciado y maloliente le entró por la nariz e hizo que su cabeza empezara a dar vueltas, le costaba mucho respirar. Era demasiado viejo para aquello.

Se oyó una voz a través del comunicador. El ruido de estática dejó paso a una voz masculina, grave y fuerte, que hablaba con confianza.

—Capitán Yambe —dijo—. ¿Cuánto combustible queda en su nave?

Lambe se detuvo. Lestin tenía el comunicador, lo que significaba que el que hablaba tenía a Lestin, y Lestin estaba en popa. Fuera quien fuera el que había acabado con Lestin, ahora se interponía entre Yambe y la cápsula de escape.

Se dio la vuelta y empezó a retroceder en la dirección por la que había venido, colándose por un pasadizo lateral que apenas era lo suficientemente amplio como para correr por él. Necesitaba algún sitio donde esconderse. Sentía que la escopeta que llevaba en la mano era demasiado pesada e inútil. Tenía que haber algún sitio adonde ir. El *Pecuniam Omnis* era un carguero viejo y ruinoso cuyas zonas de almacenaje estaban repletas de espacios cavernosos en los que uno podría perderse. Una vez se coló un polizón que tuvo en jaque a la tripulación durante siete meses. Tenía que esconderse, tenía que sobrevivir.

Yambe consiguió llegar hasta el hangar. Se trataba de una cavidad grande y llana que se extendía entre dos de los reactores y que contenía una maltrecha lanzadera, la única en todo el *Pecuniam*, utilizada para moverse entre otros cargueros cuando la nave estaba en amarre orbital. Era un transporte pequeño, viejo y abollado, pero si, tal y como le habían ordenado, Ranl se había acordado de llenar sus depósitos de combustible, Yambe

debería ser capaz de encender los motores y de abrir las compuertas a tiempo para poder despegar.

Se trataba de un medio de escape bastante precario. Sólo tenía aire para unas siete horas, no tenía comida ni agua, las células de energía no estaban operativas, de modo que tenía que quemar promethium incluso para calentar la cabina. Su sistema de comunicaciones tenía un alcance tan corto que no la encontrarían jamás.

Pero le daría a Yambe la oportunidad de elegir cómo quería morir. Podía esconderse en la nave e intentar engañar a los invasores o podía escapar en la lanzadera y elegir entre morir de frío, de asfixia o simplemente despresurizando la cabina.

Yambe estaba a punto de avanzar hacia la lanzadera cuando un hombre salió de la nada a su espalda. Intentó levantar la escopeta, pero un reflejo plateado le seccionó la mano, haciendo que cayera al suelo mientras aún agarraba el arma. El cañón de la escopeta quedó apuntando inútilmente hacia abajo. La conmoción se apoderó de Yambe, que acto seguido fue inundado por una marea roja de dolor. Se dejó caer de rodillas. La punta de la hoja había estado a punto de cortarle el hueso, pero no le había amputado la pierna.

El hombre que caminaba hacia él era alto y de complexión fuerte, llevaba un traje de vacío sucio y deteriorado, pero de algún modo no había perdido su aspecto noble. Sus facciones eran abruptas y angulosas, llevaba el pelo rapado y la piel de su cara y su cabeza estaba cubierta por unos tatuajes tupidos y oscuros. Sus ojos miraban fijamente a Yambe, su mirada era tan penetrante que por un momento el capitán se olvidó del dolor de su pierna y de su mano y de la sangre caliente que goteaba sobre el suelo.

—¿Cuánto? —repitió aquel hombre con la misma voz grave con la que había hablado a través del comunicador—. ¿Cuánto combustible queda en su nave?

—Vete al infierno, sabandija —le espetó Yambe.

La provocación era lo único que le permitía mantenerse consciente. Estaba decidido a no morir allí, no lo haría. Se suponía que iba a dejar su

nave en Epsion Octarius para empezar una nueva vida lejos del espacio. No moriría allí.

Aquel hombre le lanzó algo a Yambe, algo caliente, húmedo y muy desagradable que lo golpeó en la cabeza e hizo que se precipitara sobre el repugnante suelo de metal. El dolor le atravesó el cuerpo, y cuando la neblina que cubría sus ojos se disipó pudo ver la cabeza cercenada de Lestin que yacía junto a él, tenía la mandíbula desencajada y los ojos aún abiertos.

—¿Cuánto combustible hay en esta nave? Sus hombres afirmaron que no lo sabían.

Yambe levantó la vista. Detrás de los ojos de aquel intruso no había absolutamente nada, era como mirar directamente hacia la disformidad, hacia el Caos infinito que hacía que los hombres perdieran la cordura.

—Suficiente… —farfulló Yambe—. Suficiente como para llegar a Epsion Octarius. Aunque se podrían forzar más los reactores.

—Bien —dijo el hombre, que acto seguido dirigió su mirada hacia un punto indefinido situado a la espalda de Yambe—. Mátalo.

Yambe miró a su alrededor. Había alguien de pie justo detrás de él, pero no había oído nada hasta aquel momento. Era una mujer que vestía un traje ceñido de color negro lustroso y llevaba el rostro cubierto con una máscara. Bajo su ropa sobresalían unos poderosos músculos que se enredaban alrededor de sus brazos como si fueran serpientes. Sus ojos, que tenían reflejos dorados, miraban fijamente a Yambe llenos de desprecio.

—No puedo morir aquí… —farfulló Yambe. Pero eso no evitó que la mujer desenvainara su espada estilizada y brillante y lo cortara en dos.

* * *

Alaric no podía percibir el estado de la senda como hacía Ligeia. Sin embargo, la situación estaba bastante clara gracias a los informes provenientes de la fortaleza de Trepytos. El mundo forja de Magnos Omicron estaba inmerso en una guerra civil en la que los regimientos de la

tecnoguardia, fieles al Emperador, se enfrentaban a las legiones de titanes partidarias del profeta de aquel mundo. Volcanis Ultor se encontraba bajo una ley marcial gracias a la cual el cardenal Recoba empleaba a la infantería pesada de Balur para patrullar las calles y asegurarse de que las clases pudientes de los niveles superiores no entraran en contacto con las hordas de cultistas de la subcolmena.

La débil flota de combate de la senda empezó a hostigar a los transportes que circulaban por las rutas comerciales, destruyendo cualquier carguero que no diera una explicación satisfactoria sobre su carga y su tripulación.

Una inquietud apocalíptica se apoderó de muchísimos mundos. En cuanto los rumores se extendieron, los ciudadanos imperiales comenzaron a acudir en tropel a las catedrales. Los predicadores encabezaban plegarias masivas para absolver a todos los ciudadanos de los pecados cometidos contra el Emperador, y en algunos lugares habría sido imposible distinguir a los cultistas de Ghargatuloth de los adeptos imperiales.

Alaric empezaba a darse cuenta de lo poderoso que debía de ser Ghargatuloth, capaz de sembrar sufrimiento y dolor con la mera mención de su existencia.



Puede que toda la información que Alaric necesitaba estuviera en los archivos de Trepytos. Pero él no podría sumergirse en aquellas criptas inescrutables, repletas de volúmenes medio podridos, para encontrar lo que buscaba. El personal del inquisidor Klaes ya lo había intentado en muchas ocasiones, siempre con el mismo resultado. Todo el material del que Alaric disponía eran los informes provenientes de los diversos mundos de la senda y un puñado de trabajos medianamente bien catalogados sobre su historia.

La estancia principal de los archivos era enorme y fría, una luz débil penetraba en la oscuridad por las ventanas de arco que había en lo alto. Unos pocos miembros del personal de la fortaleza trabajaban en las

estanterías que llenaban la estancia, ocupados en encontrar los volúmenes que Alaric había solicitado. Sabía que no encontraría nada que Ligeia no hubiera examinado y desechado antes que él, pero tenía que cubrir todas las posibilidades. Había demasiado en juego como para dar algo por sentado.

Cientos de informes se extendían ante él, cada uno de los cuales detallaba alguna de las muchas atrocidades cometidas por los cultos de Ghargatuloth, desde bombas, asesinatos y revueltas hasta crueldades mucho más siniestras, como emisiones heréticas entreveradas en las videorredes, asaltos a catedrales imperiales o raptos en masa.

La inquisidora Ligeia había ahondado directamente en el corazón de la oscuridad, en los convencimientos y las demencias que inundaban las mentes de los seguidores de Ghargatuloth. Pero Alaric nunca podría hacer lo mismo; comparada con la de Ligeia, la mente de Alaric era como un compartimento estanco.

—Hermano capitán —dijo una voz profunda y muy familiar.

Alaric levantó la vista de la pila de papeles que tenía delante y vio a Tancred, que se acercaba hacia él a través de la sala. Un par de miembros del personal de la fortaleza se volvieron sorprendidos al ver el tamaño del juez. Llevaba puesta su armadura de exterminador, y con ella llegaba a doblar en altura a muchos hombres normales.

—Los astrópatas de la fortaleza han recibido un mensaje diciendo que Genhain ha llegado a Titán —le informó Tancred.

—Bien. —Alaric aún no se había acostumbrado a que se refirieran a él como hermano capitán—. Quiero que estemos listos para salir tan pronto como regrese el *Rubicón*. No nos queda mucho tiempo, Ghargatuloth ya ha comenzado su advenimiento.

Tancred miró hacia la pila de informes.

—¿Cómo de malo es eso?

—Muy malo. No hay un solo mundo libre de corrupción. Incluso Magnos Omicron está sufriendo. Las Fuerzas de Defensa Planetaria no dan abasto, y lo mismo ocurre con las fuerzas del orden locales. El Arbites está haciendo todo lo que puede, pero hay demasiados cultos como para ocuparse de todos. —Alaric negó con la cabeza—. ¿Cuánto tiempo llevarán

ahí? Lo de Sophano Secundus era diferente, es un mundo muy aislado y un solo individuo contaminado podría ocultarse allí durante siglos. Pero estamos hablando de millones de hombres y mujeres, de cientos de cultos diseminados por casi todos los mundos de la senda que hasta ahora habían permanecido latentes.

—La Marina podría aislar la zona, declarar una cruzada. —Tancred hablaba con un tono serio. Ya antes, sectores enteros del espacio habían sido purgados. Los Mundos de Sabbat, la brecha de Asclepia y otros muchos sectores fueron expurgados mediante grandes cruzadas emprendidas por los ejércitos imperiales y por sus flotas de combate.

—Si la senda se encontrara en una rebelión declarada —contestó Alaric —, y si el Ojo del Terror no tuviera ocupadas a la mitad de las fuerzas del Imperio, entonces el Malleus quizá pudiera hacerlo. Pero ése no es el caso, Ghargatuloth no jugará sus cartas tan descaradamente como para atraer a todo el Imperio sobre él. Sólo depende de nosotros.

—Tus palabras suenan a desesperación. —Había un cierto tono de reprobación en la voz de Tancred.

—No se trata de desesperación, juez —contestó Alaric—. No mientras quede alguno de nosotros con vida. Simplemente me he dado cuenta de lo inteligente que es nuestro enemigo. Ghargatuloth ha estado mucho tiempo planeando esto, probablemente desde antes de ser desterrado por Mandulis. Incluso puede que no sea un accidente el que intente volver justo cuando el Ojo del Terror se ha abierto. Pero tenemos una pequeña ventaja. —Alaric cogió un puñado de informes, algunos de los peores—. Está muy expuesto, todo esto es fruto de la distracción, Tancred. Está intentando mantenernos ocupados, y por lo que respecta al Arbites y a las Fuerzas de Defensa Planetaria está teniendo éxito. Pero nosotros somos diferentes, sabemos que hasta que sus cultistas consigan traerlo de vuelta al espacio real será vulnerable. Si consigue alzarse como hizo en Khorion IX se necesitará algo más que una cruzada, eso si conseguimos seguirle la pista, pero en estos momentos aún es vulnerable. Él sabe que estamos aquí, y nos tiene miedo.

—Pero ¿cómo vamos a encontrarlo, hermano capitán? No podemos luchar contra algo que no vemos.

Alaric abrió los brazos en círculo señalando todos los archivos que se encontraban en aquella estancia.

—Está aquí, en algún lugar. Los cultistas de Ghargatuloth deben hacer las preparaciones necesarias para los ritos que lo traerán de vuelta. Y casi todos los que se han sublevado en la senda no hacen más que intentar atraer la atención del Imperio mientras los que se mantienen ocultos llevan a cabo esas preparaciones. Puede que Ligeia hubiera sido capaz de identificar los cultos verdaderamente peligrosos de entre todas estas distracciones, pero ella no está aquí y debemos hacerlo nosotros en su lugar.

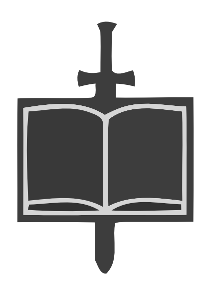
—Entonces te dejaré trabajar. Mis hombres deben estar preparados.

—Por supuesto. Que el Emperador te guíe, juez.

—Que el Emperador te guíe, hermano capitán.

Alaric miró cómo Tancred se marchaba. En lo que a Tancred respectaba, los Caballeros Grises deberían estar luchando contra las alimañas que habían infectado la senda, no escudriñando los archivos en busca de unas pistas que probablemente ni siquiera existieran. Tancred nunca expresaría esa opinión abiertamente, era consciente de que era un soldado y de que debía encajar en una cadena de mando que era vital. Pero no podía esconder sus preocupaciones a Alaric.

Alaric sabía que lo único que podía pedir a los Caballeros Grises era obediencia, no control sobre sus pensamientos. Pero esperaba poder mantener su confianza lo suficiente como para encontrar algo que los llevara hasta Ghargatuloth. Alaric sólo tenía fuerzas para luchar contra un único enemigo.



DOCE

Las catacumbas

Se decía que cuando uno llegaba a Titán se podía sentir el peso de los años, que los muchos siglos de historia del Imperio pesaban sobre los hombros. Lo cierto era que la gravedad de Titán era ligeramente más fuerte que la terrestre, ya que a aquella luna se le había inyectado un núcleo extremadamente denso durante la Edad Oscura de la Tecnología. Pero había algo de verdad en aquella creencia. La historia estaba literalmente tallada en las rocas de Titán, rostros de antiguos héroes, letanías que narraban hazañas ahora olvidadas, murales que representaban cruentas batallas contra las fuerzas del Caos. Parecía que toda la superficie de Titán había sido tallada por un enorme cincel, formando una red de almenas y ciudadelas esculpidas unas sobre otras desde antes del amanecer del Imperio. Aquel lugar contenía

tanta historia que ni siquiera las librerías de la Inquisición podrían contenerla, eso en el caso de que fuera descifrada.

El juez Genhain se preguntaba cuánto podrían aprender los eruditos del Imperio si fueran capaces de interpretar todos los textos e imágenes que cubrían los muros de las catacumbas de Titán. Bajo los niveles superiores, donde los Caballeros Grises vivían y rezaban, estaban las catacumbas, donde enterraban a sus muertos. Allí abajo había túneles y pasadizos tallados por artesanos desde mucho antes de que se formase, de entre las cenizas de la Herejía de Horus, el Ordo Malleus. Mientras Genhain seguía al cortejo que lo guiaba a través las catacumbas, donde sus hermanos de batalla serían enterrados, se fijó en los rostros de los muchos Caballeros Grises que portaban arcaicas armaduras de exterminador y que se veían atrapados en batallas eternas contra repugnantes demonios de piedra. Había una columna que representaba a algún santo imperial de nombre desconocido. Los nombres de muchos hermanos de batalla estaban tallados en el techo abovedado, Caballeros Grises que habían muerto en combate pero cuyos cuerpos no habían podido ser recuperados para darles sepultura.

Genhain caminaba tras el capellán Durendin. Vestido con una armadura de exterminador completamente negra, y con el rostro cubierto por un casco que parecía una calavera de color bronce grisáceo, Durendin había recorrido aquellos pasadizos en innumerables ocasiones. Como capellán, él era el guardián de los muertos de igual manera que era el guardián de la salud espiritual de sus hermanos vivos.

Tras Genhain, los hermanos de batalla de su escuadra portaban el féretro que contenía el cuerpo del hermano Krae, el Caballero Gris de la escuadra de Tancred que Genhain había llevado de vuelta a Titán en el *Rubicón*. El hermano Caanos también había muerto en Sophano Secundus, pero su cuerpo tuvo que ser abandonado en aquel planeta. Genhain sabía que si de verdad los Caballeros Grises estaban tan cerca de encontrar a Ghargatuloth, muchos más hermanos tendrían que ser enterrados bajo Titán antes de que todo aquello acabara.

Krae estaba cubierto por un sudario blanco envuelto alrededor de su armadura de exterminador. La silueta de su alabarda némesis era claramente

visible sobre su pecho; sus manos, cubiertas con los guanteletes de la armadura, habían sido colocadas sobre la empuñadura. Tras el féretro de Krae caminaban varios novicios. Se trataba de jóvenes aprendices que acababan de comenzar su transformación para convertirse en caballeros grises, ellos eran quienes portaban los incensarios que llenaban el aire cerrado de las catacumbas con el aroma oscuro y fuerte del incienso sagrado. Genhain recordó los días, casi perdidos en la niebla causada por el psicoadoctrinamiento y por las innumerables intervenciones médicas, en los que él también formó parte de un cortejo fúnebre que honraba a algún caballero gris, y se preguntó cuánto tiempo faltaría para que su cuerpo también estuviera metido en un féretro y envuelto en un sudario blanco.

El cortejo se movía en silencio a través de las catacumbas. Por todas partes, los muros habían sido horadados para contener los huesos de Caballeros Grises muertos hacía siglos. También había inscripciones talladas en el suelo, casi borradas por el paso de innumerables cortejos fúnebres, que detallaban los nombres e historias de los hermanos de batalla que yacían junto a ellas. Conforme caminaba, Genhain podía leer fragmentos de nombres. Algunos de los que estaban allí enterrados ni siquiera constarían en los archivos de los Caballeros Grises, pues habían luchado y caído en tiempos ignorados por las primeras crónicas.

Durendin llegó hasta la cámara en la que Krae sería depositado, llevando hasta ella a la escuadra de Genhain y al cortejo de novicios. Había muchos sarcófagos de piedra posados sobre pedestales, quizá cincuenta de ellos, dispuestos por toda la cámara. Sólo había tres pedestales sin sarcófago, y sería sobre uno de ellos donde se colocaría el cuerpo de Krae.

Krae permanecería allí hasta que la escuadra de Tancred regresara de la senda, cuando sus hermanos de batalla le quitarían la armadura y su arma némesis con el fin de llevar a cabo una limpieza ritual de su cuerpo y supervisar a los artesanos que construirían su ataúd.

En los primeros días, los grandes héroes de los Caballeros Grises eran enterrados junto con sus armas y su armadura. Pero las armaduras de exterminador eran unos artículos muy valiosos que no podían desperdiciarse, de modo que la armadura de Krae pronto le sería entregada a

un nuevo marine espacial recién destinado a una de las escuadras de exterminadores del capítulo. La semilla genética de Krae, extraída tras su muerte por el propio Tancred, sería reimplantada en algún novicio y un nuevo Caballero Gris comenzaría a tomar forma. Su arma también le sería entregada a algún marine, que recibiría su primera hoja sagrada, y su munición bólter sería redistribuida entre los miembros del capítulo. En este sentido Krae seguiría luchando contra el Gran Enemigo y podría vengarse de las fuerzas oscuras que habían acabado con él.

—Ante la mirada del Emperador, y mirando a los ojos a su adversario, el hermano Krae cayó en combate contra las fuerzas de la corrupción.

La voz de Durendin era grave y severa y parecía llenar todas las catacumbas. El *Liber Daemonicum* contenía cientos de oraciones fúnebres, y Durendin había recitado cada una de ellas infinidad de veces. El hermano Krae había escogido una de las más simples para que fuera leída en su funeral. Genhain recordaba a Krae como un hombre humilde que seguía ciegamente las órdenes de Tancred, y que se veía a sí mismo como un mero instrumento de la voluntad del Emperador.

Genhain y sus marines espaciales inclinaron la cabeza mientras Durendin continuaba hablando. Tras ellos, los jóvenes novicios escuchaban con mucha atención cada una de las palabras del capellán, buscando enseñanzas que les fueran útiles dentro de aquel panegírico en honor al hermano Krae.

—El enemigo no encontró ni una sola grieta en su mente y no obtuvo misericordia de sus manos. Cayó del lado del Emperador y luchará junto a Él para destruir al Adversario en el fin de los días. En el nombre del Trono Dorado y del Señor de la Humanidad, que el hermano Krae viva a través de nuestra lucha.

Durendin terminó su oración y los jóvenes novicios salieron de la cámara en silencio. Ahora regresarían a sus celdas, donde meditarían sobre todos los hermanos de batalla que, al igual que Krae, habían caído, y cuyos órganos les serían implantados con el fin de controlar su transformación en Caballeros Grises.

Genhain se volvió hacia el hermano Ondurin, el marine que portaba el incinerador de la escuadra y que actuaba como segundo al mando.

—Ondurin, lleva a la escuadra de vuelta al *Rubicón* y que la tripulación se prepare para despegar. En seguida estaré con vosotros.

Ondurin asintió y, en silencio, guio a los marines espaciales de la escuadra de Genhain hacia el exterior de la cámara. Les llevaría dos horas llegar hasta la salida de las catacumbas.

El juez Genhain se quedó a solas con Durendin en la cámara.

—El hermano capitán Alaric ha honrado generosamente al hermano Krae al ordenar que su cuerpo sea traído hasta Titán —dijo Durendin—. Pero ésa no es la única razón por la que lo ha enviado a usted hasta aquí.

—Está usted en lo cierto, capellán. Me ha enviado para que haga una petición.

Durendin asintió.

—He recibido el mensaje de sus astrópatas. Se trata de una petición muy poco común. No tengo conocimiento de que se haya solicitado algo similar desde hace siglos, y es aún más extraño que estas solicitudes sean autorizadas. ¿Le explicó Alaric todo esto?

—Lo hizo, pero también me explicó que cuenta con autoridad como hermano capitán en activo, y que puede demostrar lo acuciante de la necesidad del artículo que he venido a recoger.

En algún punto bajo su cadavérico casco, Durendin esbozó una sonrisa.

—Por supuesto, juez. Pero comprenderá usted la importancia de lo que me está pidiendo. Como uno de los guardianes de nuestros muertos, debo considerar su solicitud con extrema cautela. Sígame, juez.

Durendin comenzó a caminar entre los pedestales.

Genhain miró hacia abajo y vio rostros de piedra que le devolvían la mirada. Eran caras graves y cubiertas de cicatrices. Genhain sabía que los espíritus de aquellos Caballeros Grises no descansaban en paz, todavía seguían luchando y combatiendo contra el Adversario igual que el Emperador desde su Trono Dorado, y que seguirían luchando hasta el fin de los tiempos.

Una puerta en forma de arco daba acceso al corredor. Durendin caminaba delante de Genhain, que lo seguía en medio de la penumbra. Allí abajo los espacios iluminados estaban muy separados unos de otros y muchas de las lámparas se habían apagado. Los nichos de los muros contenían cuerpos que llevaban allí siglos.

Aquel túnel giraba y se adentraba en las profundidades, como una espiral que, a modo de sacacorchos, se hundía en las entrañas de Titán. Los muros estaban decorados con esculturas tan antiguas que sus detalles se habían borrado. Los pasos metálicos de Durendin resonaban sobre el suelo de piedra pulida.

El aire se volvió más cálido. Genhain podía ver las miradas penetrantes de Caballeros Grises cuyas armaduras de exterminador hacía siglos que habían quedado obsoletas, y de las cuales sólo sobrevivían unas pocas muestras en alguna de las capillas del capítulo o en algún scriptorium. Los pocos esqueletos que había a la vista no eran más que puñados de polvo entre los que sobresalían unos dientes brillantes.

Un poco más abajo, el túnel se ensanchó hasta formar una enorme cámara subterránea. Era tan amplia que la pared más lejana se veía como el horizonte, y el techo como un cielo de piedra. Unas estructuras grandes y muy elaboradas llenaban aquella estancia, como los edificios de alguna ciudad sombría y próspera de mármol y granito.

—Nuestros muertos no siempre han sido enterrados unos junto a otros como hermanos —dijo Durendin, cuya tenue voz rompió el silencio—. Muy pocos se dan cuenta de ello, pero el capítulo cambia. Estos niveles son anteriores al tiempo en el que los Caballeros Grises comenzaron a ser enterrados como héroes en estas ciudades de muertos.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó Genhain, a quien casi le daba miedo hablar. Como todo Caballero Gris, había contemplado visiones tan terribles que habrían hecho enloquecer a un hombre más débil, pero aun así se sentía sobrecogido en aquella necrópolis silenciosa y opresiva.

—La última vez fue hace novecientos años —contestó Durendin—. Sígame, juez.

Durendin caminaba bajo el cielo de piedra por una ancha avenida revestida de granito. Las tumbas asomaban a cada uno de los lados dispuestas en diferentes niveles; cada una de ellas era distinta. Algunas estaban decoradas con relieves que rememoraban batallas, otras con enormes símbolos tallados, como la «I» de la Inquisición junto al libro y la espada, emblema de los Caballeros Grises. Genhain pudo ver un mural, decolorado por el tiempo, que representaba a un Caballero Gris con su arcaica armadura de exterminador abalanzándose sobre una enorme horda de demonios pestilentes y con tentáculos. Otra de las tumbas estaba decorada con una enorme cañonera Thunderhawk tallada en mármol, dispuesta mirando hacia el cielo como si fuera a transportar el alma del difunto que yacía debajo.

Durendin giró una esquina y Genhain vio, al fondo de la avenida, un edificio que parecía un anfiteatro. A través de los arcos que atravesaban sus muros circulares se podían ver cientos de figuras de piedra, sentadas y en silencio, contemplando el enorme bloque de roca obsidiana que se alzaba en el centro.

Durendin entró en el anfiteatro. Era una construcción enorme, del tamaño de los anfiteatros para gladiadores que se podían encontrar en las ciudades colmena más bárbaras del Imperio. Las figuras estaban encapuchadas y vestían hábitos decorados con los símbolos de las diversas organizaciones imperiales, la Inquisición, el Adeptus Mechanicus, la Eclesiarquía, el Administratum e incluso el Adeptus Terra. Aquel simbolismo era tremendamente poderoso. Cada hombre y mujer del Imperio, tanto si eran conscientes de ello como si no, tenía una enorme deuda para con los Caballeros Grises.

—¿Comprende ahora por qué enterramos a nuestros muertos como hermanos y no como reyes? —dijo Durendin.

Genhain se quedó sin palabras por un momento. Ese tipo de comentario había hecho que más de un novicio fuera castigado por impiedad.

—Los Caballeros Grises también han cometido errores, juez —dijo Durendin—. Alaric ha confiado lo suficiente en usted como para enviarlo hasta aquí. Ya antes capítulos enteros de marines espaciales han caído por

culpa del orgullo. Ningún Caballero Gris ha caído en desgracia, en parte porque los capellanes siempre han previsto pecados tales como el orgullo y han guiado a nuestros hermanos para alejarlos de ellos. Por eso ya no enterramos aquí a nuestros muertos.

Durendin seguía caminando por los escalones hacia la sombra de la tumba de obsidiana. Aquella roca de color negro lustroso estaba repleta de inscripciones en gótico clásico, nombres de mundos y cruzadas en las que había luchado el marine espacial que allí descansaba, alusiones a los enemigos demoníacos que había desterrado y honores que los señores inquisidores del Ordo Malleus le habían otorgado.

La última batalla de la lista era Khorion IX.

Durendin pronunció una oración entre susurros. Pasó la mano sobre un panel que había sobre el sarcófago y, poco a poco y con un sonido chirriante, la tapa de obsidiana negra comenzó a abrirse. La roca que rodeaba al sarcófago empezó a elevarse hasta formar una escalinata de mármol. Mientras los escalones se alzaban, Durendin comenzó a ascender por ellos hasta llegar a la parte frontal. Había un fuerte olor a especias y a productos químicos, resinas e incienso con los que los cuerpos de los Caballeros Grises de antaño se preparaban para sus funerales.

Genhain siguió a Durendin y ascendió por la escalinata. Cuando alcanzó una altura desde la que podía ver el interior del sarcófago, inclinó instintivamente la cabeza a modo de reverencia.

El gran maestre Mandulis había sido enterrado sin su armadura, pues murió en el tiempo en el que las valiosas armaduras de exterminador se cedían a los Caballeros Grises que habían sido premiados con honores de exterminador. Su sudario, viejo y amarillento, estaba adherido al esqueleto que cubría, de modo que los huesos y los rasgos del cráneo eran claramente visibles. Genhain pudo ver las cicatrices quirúrgicas alrededor de las cuencas de los ojos, y también el torso, con las costillas muy marcadas y los agujeros en los que una vez las sondas vitales y las neurofibras nerviosas estuvieron conectadas a su cuerpo. Los protectores de Mandulis, los diseños antidemoníacos tallados en su armadura, habían refulgido con tanta fuerza

durante sus últimos momentos que habían dejado sus marcas, intrincadas figuras en forma de espiral, sobre los huesos del héroe.

Las esqueléticas manos de Mandulis estaban cruzadas sobre su pecho, y entre ellas aún sujetaba la empuñadura de su espada némesis. La incrustación con forma de relámpago dorado comenzaba justo en la guarnición y se extendía hasta la mitad de la hoja; sus engarces dorados y plateados aún refulgían. La hoja estaba tan pulida que reflejaba el cielo pétreo de la estancia de manera brillante y clara, como si fuera algo tan sagrado que incluso su reflejo era puro.

Cuanto más miraba Genhain hacia el cuerpo de aquel gran maestre más claramente percibía el terrible daño que se le había infligido. Algo corrosivo le había devorado el torso, anegando el hueso de la clavícula y dando lugar a cicatrices abiertas por todo el esqueleto. Los huesos de las extremidades presentaban pequeñas grietas en los puntos en los que se fracturaron y tuvieron que ser recompuestos por los apotecarios encargados de la restauración del cuerpo. La parte posterior del cráneo estaba repleta de fracturas. Mandulis había muerto después de agonizar en manos de Ghargatuloth, y la maldad del Príncipe Demonio había sido tal que se ensañó con el cuerpo del Caballero Gris como si fuera un desecho.

—Si se tratara de cualquier otro —dijo Durendin—, la solicitud de Alaric habría sido rechazada, con independencia de que se tratara o no de un hermano capitán. Pero Mandulis murió por desterrar a Ghargatuloth. Ninguno de nosotros podría impedir que volviera a sacrificarse para ayudarnos a desterrarlo un vez más.

Durendin retiró los dedos de Mandulis de alrededor de la empuñadura de su espada némesis, con mucho cuidado para no dañar los huesos centenarios. Extrajo el arma y se la dio a Genhain. La hoja seguía tan afilada como el día en que Mandulis dio su última estocada.

Genhain podía notar el peso del arma en sus propias manos. Había sido creada en una era en la que las armas némesis se utilizaban de manera diferente, la hoja era muy pesada con la finalidad de atravesar la armadura y seccionar el hueso del enemigo, mientras que las espadas némesis que

empleaban los hermanos de batalla de Genhain eran mucho más ligeras y finas, pensadas para cortar y apuñalar.

—Han pasado cuatrocientos años desde que se abrió alguna de las tumbas de la ciudad de los muertos —dijo Durendin—. El capítulo alberga la esperanza de que le de a Alaric el apoyo que tanto necesita, ahora que ya no contamos con Ligeia. Pero Alaric sabe tan bien como cada uno de nosotros que el capítulo se encuentra en una de sus horas más oscuras, y que con el Ojo del Terror abriéndose no puede prescindir de un solo Caballero Gris. Ahora sabemos que Ghargatuloth constituye una amenaza real y esperamos que la espada de Mandulis le preste a Alaric la ayuda que sus hermanos en el Ojo del Terror no podrán ofrecerle. Ojalá pudiera decirle esto yo mismo, pero confío en que usted le transmitirá mis palabras.

Genhain sabía que Durendin podría haber hablado con Alaric mediante comunicaciones astropáticas, y que el mismo Durendin no le diría a Genhain que no estaría en Titán durante mucho más tiempo.

—El Emperador sea con usted en el Ojo, capellán —dijo Genhain.

—Que su luz lo guíe en la senda, juez —contestó Durendin.

Ambos se apartaron del sarcófago, que volvió a cerrarse sobre el cuerpo de Mandulis. En silencio, los dos Caballeros Grises comenzaron su largo camino de vuelta hacia la superficie de Titán.



Se había decidido no correr ningún riesgo con Ligeia.

Tan pronto como el *Rubicón* llegó a Iapetus, Ligeia fue sedada y mantenida en un estado de aletargamiento hasta que el mando encargado de los interrogatorios la encerró en la celda más segura que tenían. Reservada normalmente para los prisioneros en las fases más avanzadas de posesión demoníaca, la celda se encontraba en órbita sobre la cara oculta de Mimas, a cuya superficie estaba unida mediante un larguísimo cable metálico. El único modo de salir de aquel cubo gris era mediante un servidor de

transporte que ascendía por el cable como un insecto parasitario hasta acoplarse a la parte inferior de la celda. Aquel poliedro metálico contenía una celda y una sala de observación, reservas de oxígeno y combustible suficientes para mantener vivo al prisionero (aunque ambas podían cerrarse en cualquier momento), y un equipo completo de interrogación que permitía llevar a cabo interrogatorios bajo altos niveles de presión, tanto física como psíquica, de hasta nueve grados de intensidad. Aquella celda nunca le fue asignada a Valinov, dado que nunca había mostrado habilidad psíquica alguna, pero teniendo en cuenta las circunstancias de su huida, el cónclave de Encaladus insistió en que Ligeia debía ser encerrada en el calabozo más seguro de Mimas.

El inquisidor Nyxos conocía muy bien a Ligeia. Para un hombre normal la perspectiva de interrogarla se presentaría como una dolorosa tarea. Un inquisidor, sin embargo, asumía que aquellos a quienes conocía mejor eran quienes corrían más peligro de caer en desgracia y convertirse en una amenaza para el Imperio. Nyxos ya había sido el encargado de interrogar a muchos de sus amigos. Aún quedaban muchos de sus colegas, incluso compañeros inquisidores, pudriéndose en las entrañas de Mimas. Sólo había una cosa peor que el hecho de que un sirviente imperial fuera contaminado por el Enemigo, y era que estando contaminado nunca fuera llevado ante la justicia. Nyxos era el mejor candidato para dirigir el interrogatorio de Ligeia.

El servidor de transporte sólo tenía capacidad para dos pasajeros. Nyxos podía sentir el miedo y la desesperación impregnados en aquella cápsula, pues habían sido muchos los inquisidores e interrogadores que habían hecho aquel viaje para enfrentarse a demonios encerrados en carne humana. A través de los ojos de buey se veía la superficie yerma de Mimas, y sobre ella, en el cielo negro, pendía la esfera multicolor de Saturno.

—El mando de Mimas nos ha dado vía libre, inquisidor —dijo Hawkespur, que estaba junto a Nyxos.

Hawkespur era una mujer joven y brillante que había sido reclutada por el personal de Nyxos mientras se encontraba en el Collegia Tactica en el Puerto de San Jowen. Caminaba apoyándose en un bastón y su rostro, normalmente inmaculado y juvenil, estaba oscurecido por numerosos

moratones. Acababa de escapar de una muerte segura en la matanza acaecida durante la ejecución frustrada de Valinov. El proceso de recuperación acelerada, que corrió a cargo de Nyxos, haría que sus cicatrices desaparecieran, pero tras comprobar de primera mano la maldad del Enemigo, Hawkespur quedaría marcada de por vida.

Nyxos también estuvo muy cerca de la muerte. De no haber sido por la implantación de varios órganos internos, las heridas causadas por el cuchillo de aquel asesino del Culto de la Muerte habrían acabado con él. Nyxos había borrado ese pensamiento de su mente. Sentía que no había necesidad de darle vueltas a lo cerca que había estado de morir, de lo contrario viviría dominado por el miedo.

—Adelante —dijo Nyxos.

Hawkespur presionó el botón de control, y el transporte comenzó a moverse, balanceándose mientras ascendía por el cable. Los servos de Nyxos chirriaban mientras intentaban compensar las sacudidas del ascenso. Hacía más de treinta años que no se movía por sus propios medios, desde que fue desmembrado por unos cultistas que ofrecieron su cuerpo como sacrificio para sus dioses. Aquella experiencia le dejó el cuerpo mermado, pero su mente se volvió mucho más afilada. Fue capaz de ver lo que había en las mentes de aquellos hombres y mujeres. Pudo comprobar lo que las manchas del Caos podían hacerle a la mente humana y vislumbrar lo que aquellos cultistas percibían más allá del velo que los cegaba. Sólo un inquisidor podía tener el poder mental suficiente como para seguir con vida después de comprender aquellas atrocidades.

El transporte llegó hasta el extremo superior del cable y los chasquidos metálicos indicaron que se había acoplado a la celda.

—Hemos llegado —informó Hawkespur al mando de Mimas.

Hubo una pausa y acto seguido se abrió la compuerta del lado del pasajero.

Nada más cruzar la puerta se llegaba a una sala de monitorización repleta de cogitadores y lectores de signos vitales en la que había una ventana que daba directamente a la propia celda. El aire era frío y había sido reciclado hasta la saciedad, lo que le daba un gusto metálico que dificultaba

la respiración. Había una única puerta que daba acceso a la celda para que el interrogador pudiera hablar con la prisionera cara a cara.

Y la prisionera era la Inquisidora Ligeia.

Ligeia estaba encogida en un rincón de aquella celda de baldosas blancas, y llevaba puesta la ropa color hueso que los interrogadores de Mimas asignaban a los prisioneros en régimen de aislamiento. Su pelo, que Nyxos siempre había recordado como muy cuidado y elegante, estaba desaliñado y tremendamente largo, y se cernía sobre su rostro en mechones grisáceos como colas de rata. Nyxos nunca había visto a Ligeia tan envejecida.

Estaba tiritando, en aquella celda hacía mucho frío y, a petición de Nyxos, hacía algún tiempo que no le daban ningún alimento. La mantenían sedada casi permanentemente, aunque estaba lo suficientemente despierta como para saber que su situación era muy desagradable.

Nyxos sentó su cuerpo servoaumentado en la silla de observación. Aún podía sentir las heridas que cicatrizaban en su interior, como cuchillos macilentos que seguían apuñalándolo.

Los signos vitales de Ligeia se mantenían estables. Su ritmo cardíaco se veía reflejado en el monitor de uno de los cogitadores. Otros monitores mostraban sus niveles de azúcar en sangre y la temperatura corporal. Ligeia estaba hambrienta, cansada y tenía frío.

«Bien», pensó Nyxos.

—Despiértala, Hawkespur —ordenó Nyxos con frialdad.

Hawkespur cogió una pistola estimulante de uno de los armarios, después introdujo un código en el teclado que había junto a la puerta y, acto seguido, accedió a la celda. Nyxos contempló a Hawkespur mientras su ayudante inyectaba una dosis de estimulantes en la garganta de Ligeia. La inquisidora sufrió unos espasmos, lanzó un grito ahogado y se dejó caer de espalda contra la pared. Tenía los ojos abiertos de par en par y respiraba con dificultad.

—Ponla en pie —dijo Nyxos a través del comunicador que tenía frente a él.

Hawkespur cogió a Ligeia por el pescuezo y la sentó en un extremo de la celda mientras empleaba su bastón para mantener el equilibrio. Ligeia sacudió la cabeza, después dejó de hacer aspavientos y miró a su alrededor. Estaba lúcida de nuevo.

Hawkespur regresó a la sala de monitorización cerrando la puerta tras de sí.

—Ligeia —empezó Nyxos con mucha prudencia—. ¿Sabe en qué lugar se encuentra?

Desde el interior de la celda la ventana de la sala de monitorización no era más que un espejo, de modo que Ligeia sólo podía ver su propio reflejo.

—No —respondió débilmente.

—Bien, lo único que necesita saber es que sufrirá mucho si no contesta a nuestras preguntas.

—Sufriré de todos modos…

—Una vez que nos haya dicho todo lo que necesitamos saber, todo esto habrá terminado. Hasta entonces nos pertenece y haremos con usted lo que creamos conveniente. En estos momentos usted no es más que un objeto. Todo esto será mucho más fácil si colabora con nosotros. Usted dejó de ser un ser humano en el momento en que traicionó a su Emperador y a toda su especie. El único final posible para todo esto es la muerte. Yo puedo hacer que esto acabe pronto, pero los que vengan detrás de mí no serán tan magnánimos.

Nyxos esperó unos instantes, quería que Ligeia fuera la próxima en hablar.

—Usted es Nyxos, ¿verdad? —dijo por fin—. Usted me conoce y han pensado que le resultará más fácil acabar conmigo.

Ligeia se mostraba muy perspicaz, como siempre había sido. Ésa era una de las razones por las que el Malleus la reclutó cuando estaba en el Ordo Hereticus.

—Exacto, y ambos sabemos que eso es un error. No puedo hacer con usted lo que ellos quieren que haga, Ligeia, no a una inquisidora. De modo que ésta es su única oportunidad.

Ligeia se cubrió el rostro con las manos y reflexionó. Se rio en silencio para sus adentros.

—No, no, Nyxos. Usted no es amigo mío, yo no tengo amigos.

—Sus asesinos eran sus amigos, murieron por usted.

—¿Sabe usted por qué me servían? ¡Deberían haberlos ejecutado! Se merecían arder en el infierno y ellos los sabían. Lo único que querían era matar, de modo que mataban por mí.

Nyxos hizo una pausa de nuevo. Existía la posibilidad de que ella intentara hacer con él lo mismo que Valinov hizo con ella. Si eso ocurría, Nyxos había ordenado a Hawkespur que lo matara al menor signo de que algo iba mal, y estaba seguro de que ella cumpliría esa orden a la perfección.

—¿Qué es lo que él le dijo que hiciera? —preguntó Nyxos yendo directamente al grano.

Ligeia negó con la cabeza con aflicción.

—Nadie me dijo que hiciera nada, Nyxos. ¿Es que aún no ha sido capaz ni siquiera de comprender eso? Yo pude ver lo que va a ocurrir. Vi lo que tenía que hacer. Nadie me controlaba, nadie me obligó a tomar ninguna decisión.

—¿Y qué es lo que vio?

—Vi que Valinov haría renacer a Ghargatuloth y que el Príncipe de las Mil Caras se alzaría. Vi que no se trata de algo bueno ni malo, simplemente es la realidad. En cuanto pude ver más allá del velo y me esforcé por comprender, todo se volvió claro. —De pronto Ligeia levantó la vista, sus ojos inyectados en sangre ardían furibundos, aunque sólo podía ver su propio reflejo en el espejo, su mirada atravesó el cristal y se incrustó directamente en el alma de Nyxos—. Inquisidor, ni usted ni nadie pueden hacer nada que los acerque más a aquello que desean. Ustedes no tienen control sobre nada, simplemente reaccionan ante los cambios que se producen a su alrededor. No son más que unas marionetas en manos del universo. Lo único que tiene algún poder sobre esta galaxia o sobre cualquier otra, lo único que merece la pena aceptar o idolatrar, o incluso dedicarle el más mínimo pensamiento, es el hecho de que la Transformación es lo único que nos controla.

—El Señor de la Transformación —dijo Nyxos—. Tzeentch.

Nyxos vio de soslayo como Hawkespur se estremecía al oír aquel nombre. Después de todo, la ayudante de Nyxos era de una moral tan estricta que los nombres prohibidos, puestos en boca de un sirviente imperial, la incomodaban sobremanera.

—La humanidad le ha puesto ese nombre —dijo Ligeia con una voz llena de tristeza—. Pero él no lo necesita. No podemos hacer nada para evitarlo. La Transformación ha decretado que Ghargatuloth se alzará y que Valinov será su mano derecha. Yo era la única que podía liberar a Valinov, de modo que eso fue lo que hice. El final de este acto estaba escrito desde mucho antes de que yo tomara parte en él.

Nyxos se recostó sobre el respaldo de la silla, siguiendo con atención los movimientos de Ligeia mientras ella se reclinaba sobre la pared y dirigía su mirada hacia el techo. Así era como había sido contaminada. Estaba convencida de que toda acción humana estaba determinada por el destino y no por el libre albedrío, y de que ninguna de las acciones que había tomado había sido por decisión propia. Había sido absuelta de toda responsabilidad y se había convertido en una marioneta en manos de aquello que la dominaba, fuera lo que fuera. Posiblemente habría sido el propio Ghargatuloth, o quizá Valinov mediante alguna argucia desconocida, o puede que incluso algún otro intermediario que nadie había detectado aún, pero lo cierto era que el colapso del espíritu de Ligeia se había consumado. Todo aquello Nyxos ya lo había visto antes, y sabía que penetrar en la mente de Ligeia sería una dura tarea.

—¿Dónde está Valinov, Ligeia? ¿Cuáles son sus planes? ¿Aún sigue en contacto con usted?

Ligeia no dijo nada.

—Nos lo dirá, Ligeia, y lo sabe. Usted sabe perfectamente que acabaremos penetrando en su mente y que dará respuesta a todas las preguntas que acabo de hacerle. Como usted diría, ya hemos roto su coraza mental. ¿No es así como funciona el universo, Ligeia?

—Su ritmo cardíaco está aumentando, señor —dijo Hawkespur.

El pánico siempre acompaña a la duda, y la duda era la mejor arma de cualquier inquisidor.

—Lo conseguiremos, Ligeia —continuó Nyxos—. Igual que lo conseguimos con Valinov. ¿Cree que podrá resistir donde él se derrumbó?

—Nosotros no tenemos elección —dijo Ligeia casi para sí misma—. No somos más que sirvientes.

—¿Dónde está Valinov? ¿Qué planea hacer? ¿Cómo podemos detenerlo? Debe decírnoslo, pero no tiene por qué sufrir. Usted puede verlo, ¿verdad? Sabe cómo acabará todo esto.

—No somos más que sirvientes —dijo Ligeia de nuevo, esta vez en un tono mucho más alto—. ¡Somos sirvientes de la Transformación y la Transformación es nuestro destino! ¡Escuche estas palabras! ¡Arrodíllese en medio de la oscuridad y obedezca a la luz!

—Su ritmo cardíaco sigue aumentando. Ondas cerebrales irregulares. —El rostro de Hawkespur estaba iluminado por la luz verdosa de los monitores—. Si sigue así tendremos que reanimarla.

—¡El destino ya ha acabado con usted, Ligeia! —gritó Nyxos mientras ella comenzaba a gimotear patéticamente—. El destino ha querido que la arrestemos y la traigamos hasta aquí. El destino quiere que usted sea juzgada y ejecutada y que nos diga todo lo que sepa. ¿Por qué otra razón estaría usted aquí? El destino la ha traído hasta esta celda para que tenga la oportunidad de hablar antes de ponerla en manos de los explicadores. ¿Qué otra cosa iba a querer el destino aparte de que usted hablara?

—La estamos perdiendo —dijo Hawkespur cuando el cogitador que mostraba los signos vitales de Ligeia comenzó a pitar—. Su corazón se ha parado.

Ligeia sufrió unos espasmos y acto seguido su cuerpo se tensó por completo.

—*Tras'kleydthallgryaa*! —chilló con una voz atonal que pareció perforar los muros de la celda y clavarse directamente en la cabeza de Nyxos—. *Iakthelandra'klaa…*

Nyxos presionó con fuerza el control de cierre de emergencia y una cortina de acero se desplegó para cubrir la ventana de observación. También

se cerró el micrófono de Ligeia. Nyxos había sentido algo monstruoso en aquellas palabras, algo ancestral y terrible. Ligeia estaba hablando en lenguas desconocidas y ése era uno de los peores signos posibles, su cabeza estaba tan llena de conocimiento prohibido que empezaba a desbordar su cuerpo. Sólo el Emperador sabía el daño que aquellas palabras podrían infligirle a una mente desprotegida.

—La hemos perdido —dijo Hawkespur.

Los signos vitales de Ligeia no eran más que líneas rectas de color verdoso en los monitores.

—Tráela de vuelta, tenemos que dejarles a los explicadores algo con lo que poder trabajar.

Hawkespur extrajo un botiquín médico de detrás de la puerta, tecleó el código y se apresuró hacia el interior de la celda, donde Ligeia yacía retorciéndose en el suelo.

Nyxos observó cómo Hawkespur cogía una unidad de narthecium y le inyectaba a Ligeia una dosis de productos químicos para restablecer su riego sanguíneo. Tanto Hawkespur como Nyxos tendrían que pasar por una limpieza mental para asegurarse de que no les quedara ningún resto de lo que Ligeia tenía en la cabeza, fuera lo que fuera. Ligeia sería puesta bajo una cuarentena mucho más estricta, por lo que el interrogatorio se finalizaría por control remoto y sólo se permitiría la presencia de servidores de castigo en la celda de la prisionera.

Ligeia tosió y comenzó a respirar con dificultad.

—Déjala, Hawkespur —dijo Nyxos mientras se levantaba de su silla—. Ya no se puede hacer nada por ella.

Ya no quedaba nada que hacer excepto cerrar la celda de Ligeia, llamar a un servidor médico para que la estabilizara y regresar a Encaladus. La mujer que Nyxos había conocido ya no existía, su personalidad había sido devorada por una mente repleta de blasfemias.

A Ligeia le esperaba mucho sufrimiento, pero ahora era problema de Mimas.

* * *

El *Rubicón* hizo el viaje de vuelta a Trepytos a una buena velocidad de crucero. En su interior viajaba la escuadra de Genhain con la espada de Mandulis. Atracó sobre la fortaleza de Trepytos justo cuando la exigua flota del inquisidor Klaes zarpaba para patrullar la senda. Klaes contaba con un puñado de interrogadores, compuesto casi en su totalidad por miembros procedentes del Arbites o reclutados de entre el personal más sobresaliente de la fortaleza, y en aquellos momentos todos se encontraban desbordados por la creciente demencia que se estaba extendiendo por la senda. Alaric le había transmitido a Klaes la importancia de poder contar con información de primera mano sobre las actividades de los cultos diseminados por toda la zona. El propio Klaes zarpó en la última nave para dirigirse a Magnos Omicron, donde la creciente intranquilidad de la población civil amenazaba con hacer caer las ciudades más importantes de aquel mundo forja. La prioridad de Klaes debía ser la población de la senda; por otro lado, los Caballeros Grises serían de poca ayuda en las zonas más conflictivas, puesto que su número era demasiado reducido. Alaric tendría que concentrarse en Ghargatuloth y confiar en que las autoridades de la senda de San Evisser consiguieran mantener el orden lo suficiente como para que los Caballeros Grises hicieran su trabajo.

Genhain encontró a Alaric en los archivos, rodeado de pilas de libros y documentos. Se había quitado la armadura y leía bajo la luz de una vela. La noche había caído sobre Trepytos y las lámparas que colgaban del altísimo techo no hacían más que teñir la oscuridad de un tenue color amarillo.

Alaric parecía absorto en su trabajo. Tenía varias placas de datos sobre la mesa a la que estaba sentado, entre montañas de libros y papeles sueltos. También había un montón de platos y vasos vacíos amontonados, ya que estaba tan ocupado que había solicitado al poco personal que quedaba en la fortaleza que le llevaran allí la comida. Tomaba notas con una autopluma y la luz de la vela centelleaba en sus ojos. Un marine espacial podía llegar a

aguantar hasta cien horas sin dormir antes de que la falta de sueño tuviera efectos negativos sobre él, pero a pesar de eso parecía que Alaric llevaba bastante más tiempo sin descansar. El *Rubicón* había necesitado más de tres semanas para completar el viaje desde Saturno, y Genhain tenía la impresión de que Alaric había estado despierto a lo largo de todo ese período.

—Hermano capitán —dijo Genhain con mucha cautela.

Alaric se detuvo un momento y después levantó la vista.

—Juez, me alegro de verte.

Genhain alzó la espada de Mandulis. Parecía como si su hoja, tan pesada y afilada, tuviera vida. Aquella hoja tan brillante parecía iluminar la habitación reflejando y aumentando la tenue luz de la estancia.

—Durendin me dijo que Mandulis habría querido que tú la empuñaras.

—No voy a empuñarla, si puedo evitarlo. Tancred es mucho mejor con la espada que yo. —Alaric dejó la pluma y se reclinó sobre el respaldo de la silla—. Discúlpame, juez. Has hecho un buen trabajo, no había ninguna garantía de que el capítulo accediera a nuestra petición. Gracias.

Genhain se acercó hasta donde estaba Alaric y puso la espada sobre la mesa.

—El hermano Krae ya descansa en Titán.

—Bien, se lo diré a Tancred. Es una lástima que no pudiéramos traer al hermano Caanos con nosotros.

Los Caballeros Grises tuvieron que abandonar el cuerpo del hermano Caanos en Sophano Secundus, donde lo enterraron después de extraer su semilla genética.

Genhain miró las pilas de libros que rodeaban a Alaric.

—¿Estamos más cerca?

—Puede ser —dijo Alaric, visiblemente cansado—. Ghargatuloth usa a sus cultistas para esconder sus verdaderas intenciones. —Señaló hacia el montón de informes que tenía a su lado. Cada uno de ellos describía una nueva atrocidad. Unos atacantes sin identificar habían saboteado los disipadores geotermales de Magnos Omicron, destruyendo varios niveles de la colmena principal de aquel mundo forja. Un grupo que se hacía llamar Destino Incipiente había tomado el control de los transmisores de

telecomunicaciones situados en una estación orbital y había copado las ondas de varios sistemas de transmisiones de forma ininterrumpida con sermones blasfemos—. Ghargatuloth se ha puesto en contacto con sus seguidores y ellos están haciendo todo lo que pueden para convertir la senda en un infierno y hacer que sus verdaderas intenciones pasen desapercibidas.

—¿Tenemos alguna certeza de qué está haciendo el Príncipe?

Alaric miró a Genhain.

—Ahora mismo Ghargatuloth es muy débil y tiene que luchar para sobrevivir. Al fin y al cabo todos luchamos del mismo modo, primero ocultas tus fuerzas, las colocas en una posición estratégica y después golpeas. Puede que Ghargatuloth represente al Señor de la Transformación, pero de momento intenta sobrevivir igual que todos nosotros.

Genhain ojeó un par de informes más. Se habían registrado varios nacimientos de mutantes en Volcanis Ultor, y muchos de los cargueros que cubrían rutas por toda la senda habían informado de tripulantes que de pronto perdían la razón sin motivo aparente.

—Aquí están ocurriendo muchos desastres. Ghargatuloth podría estar planeando cualquier cosa. Por esa razón decidió acabar con Ligeia, sabía que ella sería capaz de analizarlo todo y extraer lo que de verdad es importante.

Alaric suspiró. Por primera vez Genhain pudo ver que se veía abrumado ante una posible derrota.

—Mimas nos ha transmitido los informes de sus interrogatorios. Ligeia se ha vuelto completamente loca, habla en lenguas demoníacas. Klaes hace todo lo que puede para ayudar aquí, pero su personal resulta incapaz de extraer mucha más información. Yo tenía la intención de ir hasta Mimas en cuanto el *Rubicón* estuviera de vuelta, pero hasta que consigamos poner un poco de orden sobre todo esto no hay mucho más que hacer.

De pronto Alaric se puso de pie y cogió la espada de Mandulis. Como todo marine espacial, Alaric era un hombre enorme, pero a pesar de eso quedaba empequeñecido ante la descomunal y ancha hoja de aquella arma. Sólo el Emperador sabía qué aspecto habría tenido Mandulis cuando la empuñaba en combate. Alaric posó la hoja sobre su mano y miró fijamente la imagen de su rostro reflejada en el metal. Aquella espada reflejaba mucho

más que la luz de la estancia, era tan pura que reflejaba la verdad. Después de llevar más de mil años enterrada en Titán seguía siendo tan sagrada como el día en que fue forjada.

—Klaes nos ha dado libertad para movernos por toda la fortaleza, todos los niveles entre el séptimo y duodécimo están en ruinas, Tancred los está usando junto con su escuadra para llevar a cabo simulacros de combate urbano. Haz que tus hombres se unan a ellos, los necesitamos preparados para el combate; los míos se os unirán en breve.

—De acuerdo, hermano capitán. ¿Qué piensas hacer ahora?

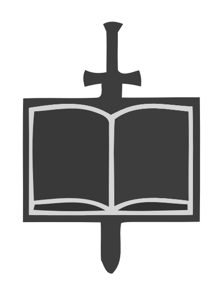
—Rezar —contestó Alaric—. Necesito reflexionar alejado de todo este… este ruido. —Señaló el montón de libros e informes que había a su alrededor —. Ghargatuloth no necesita atacarnos abiertamente para corromper nuestras mentes.

—Durendin me hizo algunas confesiones que creo que le hubiera gustado contarte personalmente —dijo Genhain—. Mi deber no es repetirlas, pero… hermano capitán, tengo la impresión de que Ligeia hizo muy bien al elegirte.

—Eso aún está por ver, juez. Y ahora ve a ocuparte de tus hombres, espero poder llamarlos a combate lo antes posible.

—Sí, hermano capitán. —Genhain se volvió y se dispuso a irse—. Que el Emperador te guíe.

—Espero que así sea, juez —contestó Alaric—. Sin él estaríamos perdidos.



TRECE

Colmena superior

Las oficinas del cardenal Recoba bullían de actividad. El oficial de enlace del Adeptus Arbites se había instalado en una de las capillas anexas y no cesaba de gritar órdenes a través de su comunicador. Intentaba coordinar las unidades del Arbites con las fuerzas de orden público diseminadas por todo Volcanis Ultor. Los tres adeptos que componían la unidad principal del Departamento Munitorum estaban rodeados de informes y formularios, decenas de adeptos menores iban de un lado a otro llevando mensajes para organizar las líneas de abastecimiento de las tropas que estaban desembarcando en aquel mundo colmena. Representantes de varias casas nobles, incluida la del gobernador imperial de Volcanis Ultor, merodeaban por las antesalas y por los corredores inferiores intentando hacer que alguien los escuchara.

El cardenal Francendo Recoba había visto gestarse la crisis y se había asegurado de ser él quien estuviera al mando. El gobernador Livrianis se encontraba bajo arresto domiciliario para prevenir un posible riesgo de corrupción. Se trataba de un hombre mezquino y débil de corazón, por lo que se necesitaba a alguien como Recoba para afrontar una crisis como

aquélla. Volcanis Ultor era el principal mundo colmena de la senda y su población constituía un porcentaje bastante alto del total de los ciudadanos imperiales de aquella zona, por esa razón tenía que ser aislada de la creciente ola herética a cualquier precio. Recoba era el único hombre que gozaba del respeto y la autoridad natural suficientes como para custodiar el planeta, y el único capaz de organizar una fuerza militar defensiva que estuviera preparada cuando la crisis estallara y las legiones del Enemigo hicieran acto de presencia.

Hacía años que Recoba predicaba entre sus semejantes la idea de que la Eclesiarquía sólo podía hacer cumplir el verdadero culto imperial si contaba con la suficiente autoridad, tanto temporal como espiritual. El hecho de haber sido elegido para liderar la defensa del principal mundo colmena de la senda, en un momento en el que ésta necesitaba reforzar su fe más que cualquier otra cosa, era una prueba irrefutable.

Las oficinas de Recoba ocupaban varios niveles de la colmena Superior, la colmena principal de Volcanis Ultor. Estaban localizadas en la espiral secundaria. La principal, en la que habitaban las familias nobles, incluida la del gobernador, estaba fuertemente protegida por las Tropas Municipales del Orden, apostadas en todas y cada una de las entradas. Las cámaras privadas de Recoba ocupaban tres de esos niveles; era una zona que él consideraba su reducto personal a la que sólo tenían acceso sus consejeros de confianza y los representantes invitados. El resto de las oficinas estaba dividido en enormes salas de recepción y en capillas que Recoba empleaba para satisfacer las necesidades espirituales de la élite de Volcanis Ultor. Era precisamente en estos niveles donde las autoridades envueltas en la defensa del planeta habían establecido sus bases. Recoba acababa de recibir a la canonesa de la Orden de la Rosa Ensangrentada, cuyas Hermanas de Batalla habían desembarcado para reforzar las líneas defensivas en torno al lago Rapax, en los alrededores de la colmena Superior. Unos cuantos oficiales de la Guardia Imperial estaban intentando tener acceso a la zona privada de Recoba con el fin de coordinar a los regimientos que en aquellos momentos patrullaban las zonas de riesgo y formaban posiciones defensivas.

En aquel momento la crisis parecía estar a mucha distancia. Recoba estaba sentado en su cámara revisando algunos informes que acababa de recibir. Aquella estancia estaba decorada como un dormitorio de lujo, a pesar del hecho de que Recoba nunca dormía allí y sólo la utilizaba para recibir a sus consejeros de confianza. Sabía que le sentaba bien retirarse a sus cámaras privadas cuando todo lo que había a su alrededor estaba en plena confusión. Debía mantener la cabeza fría por encima de todo. Sería mucho más fácil centrarse en los detalles, cien víctimas por un lado, cien supervivientes por otro… Recoba dio un trago de vino importado de Dravia, de una buena cosecha, que había reservado para una crisis, y volvió a concentrarse en revisar el estado general de Volcanis Ultor.

Recoba comprobó que se había perdido el contacto con casi la mitad de los niveles de la colmena Tertius, ya que habían sido invadidos por una masa de trabajadores bajo la influencia de algún movimiento mesiánico popular. El cardenal movió la cabeza e hizo un gesto de desaprobación. Tenía la esperanza de que el cierre de todas las rutas de acceso supondría el final de los problemas para aquella colmena, pero ahora parecía que los supervivientes corrían el riesgo de perder la cabeza a causa de aquella oleada de herejía. Tendría que enviar a la sección de exploradores del XII.º Regimiento de Methalor para evitar que la locura se extendiera.

El siguiente informe que recogió de su escritorio era un comunicado del coronel al mando del VII.º Regimiento de Infantería de Salthen, en el que pedía disculpas por no poder destinar a sus tropas a la defensa de Volcanis Ultor, pues debía implicarse activamente en las defensas de Salthen. Recoba lanzó un suspiro. Ahora tendría que pedir un par de favores a varios miembros del clero de Salthen, de ese modo le demostraría al coronel que unas pocas palabras por parte de los predicadores del regimiento podían hacer que su posición se tambaleara.

Alguien llamó a la puerta de madera de la cámara y Recoba levantó la vista muy molesto.

—Adelante —dijo bruscamente.

Un servidor doméstico abrió la puerta con una mano de cromo pulido. Acto seguido, el diácono Oionias entró en la estancia; era un hombre joven

pero ambicioso, en quien Recoba confiaba como mensajero y como asesor.

—Su santidad —dijo Oionias—. Hay alguien que necesita hablar con usted urgentemente.

—Recuérdale a ese alguien que aquí seguimos ciertos protocolos. Mi tiempo es muy valioso. Si es tan importante dile que hable con el abad Thorello.

—Ése es el problema, su santidad —repuso Oionias, su rostro redondo estaba visiblemente enrojecido—. Dice que tiene la suficiente autoridad como para dirigirse a usted directamente.

—Yo no tengo tiempo para…

—Para mí sí tiene tiempo, cardenal.

Aquella voz resonó desde detrás de Oionias y acto seguido un hombre entró en la habitación pasando junto al joven diácono. Era alto y de constitución fuerte, de rostro afilado, rasgos nobles y ojos inteligentes. Vestía un abrigo reversible decorado con bordados de armiño y un uniforme de oficial de color verde con varios cuchillos enfundados en el pecho. Sus botas de cuero sintético brillaban como el cristal.

—Disculpe mi intromisión, su santidad —dijo gentilmente e inclinando la cabeza—. Pero será más fácil conseguir lo que buscamos si tratamos personalmente el uno con el otro. Traigo noticias cruciales para la defensa de Volcanis Ultor, así como para la supervivencia de toda la senda.

Al oír estas palabras Recoba se sintió algo menos ofendido.

—¿A qué autoridad representa?

—Tengo el honor de traerle noticias de la Santa Orden de la Inquisición del Emperador —afirmó el visitante al tiempo que extraía de su abrigo una pequeña escarapela de la Inquisición—. Soy el inquisidor Gholic Ren-Sar Valinov, y me temo que nuestro enemigo puede ser mucho más peligroso de lo que ustedes suponen.

* * *

Las almenas de la fortaleza de Trepytos se veían lóbregas y frías. Aquellos bloques de granito oscuro eran como dientes mellados incrustados en los límites de la fortaleza, alrededor de la cual se extendía una ciudad decrépita y taciturna que se perdía en la planicie yerma de color marrón grisáceo. Hubo un tiempo en el que Trepytos era hermosa, pero ahora se mostraba caduca y moribunda. La fortaleza aún se erguía imponente con sus infranqueables muros y sus enormes puertas protegidas por barbacanas y emplazamientos para cañones, pero ahora incluso las piezas de artillería se habían oxidado y el destacamento que se encargaba de ellas había desaparecido hacía ya mucho tiempo. La fortaleza había estado allí desde antes de que el Ordo Hereticus la eligiera como cuartel general de la Inquisición en la senda, pero ahora era difícil imaginarla rodeada de algo que no fuera una lenta y lúgubre decadencia.

Alaric se encontraba en lo alto del almenaje, su sentido de la vista potenciado escudriñaba la luz trémula sobre el límite del horizonte del océano que se extendía a una cierta distancia. El *Rubicón* brillaba como una moneda de plata en el cielo, directamente sobre su cabeza, y había luces que brillaban a lo largo de las zonas habitadas de la ciudad. El viento se colaba entre las almenas y seguramente la mayoría de los hombres estarían helados hasta los huesos, pero Alaric apenas lo notaba.

Estaba muy cerca. Él lo sabía. Contaba con una ventaja que Ghargatuloth nunca había esperado que los Caballeros Grises pudieran aprovechar. Alaric se había enfrentado a uno de los elegidos de Ghargatuloth en Sophano Secundus, lo que significaba que el lugar que había llevado a los Caballeros Grises hasta el punto en el que se encontraban, el edificio del Administratum en el que se ocultaban los cultistas de Victrix Sonora, era un emplazamiento muy importante.

—¡Hermano capitán! —gritó el juez Tancred. Su voz resonó por encima del rugido del viento. Tancred, que se dirigía hacia Alaric portando su armadura completa, era incluso más alto que aquellas megalíticas almenas —. El personal de la fortaleza ha encontrado lo que necesitabas. —Llevaba una placa de datos en la mano.

—Bien —asintió Alaric mientras la cogía—. Puede que tengamos que partir muy pronto. ¿Preparado?

—Como siempre, hermano capitán.

Alaric vio que Tancred estaba sudando y que su armadura había perdido el brillo; acababa de finalizar los ritos de entrenamiento con su escuadra. Tancred había aumentado progresivamente la intensidad de sus prácticas, convirtiendo los niveles abandonados de la fortaleza en madrigueras llenas de trampas para los simulacros de combate de los Caballeros Grises. El juez Santoro también había hecho que sus hombres entrenaran duro, realizando incursiones a través de los muros y de los niveles superiores de la fortaleza. Los Caballeros Grises necesitaban combatir. La senda estaba perdiendo la cordura delante de sus propios ojos, y para ellos, el mero hecho de sentarse a mirar cómo eso ocurría ya era una blasfemia.

—¿Sabes dónde buscar? —preguntó Tancred.

—Sé por dónde empezar —contestó Alaric—. Sé por qué Ghargatuloth hizo que Ligeia perdiera la cabeza. La información es su debilidad. Si conseguimos suficiente información podremos usarla en su contra. Piensa en ello, en Soprano Secundus conseguimos darle un duro golpe porque destapamos una parte del plan que había urdido desde antes de ser desterrado. Y ahí es donde está el nexo.

—¿El nexo?

Alaric comenzó a revisar los archivos de la pizarra de datos.

—Sabemos que el culto de Victrix Sonora asaltaba edificios de la Eclesiarquía y robaba reliquias. Han estado haciéndolo durante mucho tiempo, desde mucho antes de ser descubiertos. El Arbites pensaba que simplemente se trataba de contrabando, y nadie le dio importancia al resto de las actividades del culto. —Alaric hizo una pausa—. Y… y el misionero Crucien decidió basar su culto de Sophano Secundus en la misión imperial. Podía haberlo escondido en los bosques o en las montañas, tenía un planeta entero donde elegir, pero decidió quedarse en el lugar más obvio, en un lugar santificado por la Iglesia Imperial. ¿Por qué?

—Porque el Enemigo es perverso —respondió Tancred con franqueza—. No se guía por la lógica.

—No sólo me refiero a Sophano Secundus. ¿Por qué aquí? —Alaric extendió los brazos señalando a su alrededor—. La última vez que Ghargatuloth pudo reinar se escondió en Khorion IX. Aquello estaba en el extremo más aislado del Segmentum Pacificus, nos llevó más de cien años dar con él. Pero ¿por qué la senda? Hay lugares mucho más aislados, hay sectores del espacio completamente vacíos en los que podía haberse escondido. ¿Qué hace que la senda de San Evisser sea tan especial?

—¿San Evisser? —preguntó Tancred.

—San Evisser. Ghargatuloth tenía a sus cultistas acumulando reliquias, pero necesita la reliquia más importante de todas para poder volver. —Alaric le enseñó a Tancred la placa de datos en la que se podía ver una serie de coordenadas planetarias—. La Sala del Recuerdo de Farfallen era el archivo de la Eclesiarquía más importante de la senda. Por lo que sabemos, aún existe. Tenemos que descubrir dónde está enterrado san Evisser, porque ahí es donde Ghargatuloth regresará.

* * *

Las defensas principales de Volcanis Ultor dibujaban un semicírculo rodeando la base de la colmena Superior. Se trataba de varios cientos de kilómetros de trincheras excavadas a toda prisa, búnkers y puestos de mando prefabricados, extensiones interminables de alambre de espino, emplazamientos para los cañones autopropulsados Basilisk e incluso una enorme pieza de artillería Ordinatus operada por una unidad de tecnosacerdotes de Volcanis Ultor. Se habían horadado cientos de trincheras de abastecimiento que zigzagueaban por las planicies contaminadas de las afueras de la colmena. Por ellas se arrastraban miles de hombres de la infantería pesada de Balur, del XII Regimiento de Exploradores de Methalor, del 197.º Regimiento de Asalto de Jhanna y de las propias Fuerzas de Defensa Planetaria de Volcanis Ultor. Las posiciones de retaguardia estaban protegidas por hombres y mujeres reclutados de entre las bandas criminales

de la subcolmena de la colmena Superior, que habían respondido a la llamada del Departamento Munitorum y se habían unido a las fuerzas de defensa a cambio de poder quedarse con las armas que les habían entregado. El puesto fortificado del extremo norte de la línea defensiva, el punto en el que la llanura se encontraba con las orillas del lago Rapax, estaba protegido por las Hermanas de la Orden de la Rosa Ensangrentada, y el cardenal Recoba se había encargado personalmente de enviar a cientos de predicadores y confesores al frente, de modo que las tropas siempre estuvieran cerca de la autoridad espiritual.

El ataque, que a buen seguro se produciría, se efectuaría desde las llanuras que se abrían frente a las líneas defensivas. Lo abrupto de las montañas que rodeaban el otro extremo de la colmena Superior convertía a las planicies en el único lugar desde el que podía organizarse una ofensiva, y las defensas estaban preparadas. Recoba sabía que, si la colmena Superior era invadida, todo Volcanis Ultor caería, y con él la piedra angular que mantenía la senda unida. Se había visto obligado a recurrir a tropas y a recursos de todo el planeta, incluso de mundos externos, y había sacrificado colmenas menores y otros asentamientos para asegurarse de que la colmena Superior pudiera sobrevivir.

La parte norte de la línea defensiva se coordinaba desde un centro de mando en la retaguardia, una enorme concentración de búnkers de plasticemento y plazas de armas situadas entre las trincheras. Todo ello había sido desembarcado de un transporte del Mechanicus hacía tan sólo unos pocos días. El complejo estaba rodeado de nidos de artillería, y en la plaza de armas central se habían instalado varios cañones automáticos antiaéreos Hydra. Lanzaderas de transporte de tropas y personal llenaban el cielo, patrullado por tres escuadrones de cazas Thunderbolt que habían sido enviados hasta la superficie. En el centro de la plaza de armas se había levantado un púlpito y un atril, ambos conectados a la red de comunicaciones que se extendía por todo el recinto de la colmena Superior.

Cuando las primeras luces de la mañana comenzaban a filtrarse entre las nubes de polución, las tropas se concentraron en la plaza de armas. Primero aparecieron varias secciones de la infantería pesada de Balur, perfectamente

pertrechadas e instruidas. Los Exploradores de Methalor no tenían unas habilidades de instrucción tan depuradas y su aspecto era mucho menos pulcro, debido a que cada combatiente empleaba su propio equipo no reglamentario, desde capas de camuflaje hasta cuchillos de combate capturados a los orkos. A las unidades de la Guardia Imperial no se les había asignado ninguna sección de la línea defensiva; todas ellas serían enviadas al frente en cuestión de horas. También había reclutas procedentes de las bandas de criminales de la subcolmena merodeando por los alrededores de la plaza de armas, figuras casi asilvestradas cuyos atuendos desentonaban terriblemente y que llevaban trofeos obtenidos en las profundidades de la colmena Superior en trifulcas con otras bandas rivales.

Los oficiales no cesaban de gritar órdenes a sus hombres para que formaran y se mantuvieran alerta. Un par de comisarios merodeaban por allí, y miraran adonde miraran sólo veían guardias imperiales expectantes y alerta. Todos ellos eran conscientes de que muy pronto estarían en medio del fragor de una batalla contra sólo el Emperador sabía qué clase de enemigo. Incluso los reclutas procedentes de las bandas criminales permanecían en silencio.

Finalmente, los miembros del personal del cardenal Recoba llegaron para ocupar sus puestos junto al púlpito. El propio Recoba iba con ellos. Llevaba puesto su hábito de cardenal, los reflejos blanco y escarlata resaltaban entre los uniformes monótonos de sus soldados, y el color dorado refulgía bajo la luz oscura del sol que empezaba a ocupar su lugar en el horizonte. Junto a él había varios diáconos y predicadores, diseminados entre los lexicomecánicos y agentes de protocolo que siempre acompañaban a los oficiales de mayor graduación allí adonde fueran.

Finalmente, y caminando solo, el inquisidor Valinov llegó a la plaza de armas y subió al púlpito. Los comunicadores amplificarían su voz para que pudiera ser escuchada en toda la explanada, y a través de las líneas de comunicaciones miles de soldados podrían oír todas y cada una de las palabras que se disponía a pronunciar. El cardenal Recoba había ordenado a todos los oficiales que se aseguraran de que sus hombres escuchaban el discurso. Todos los medios de la colmena Superior también estaban

retransmitiendo aquel momento. Recoba sabía lo importantes que serían las palabras de Valinov.

Éste alzó la vista sobre los miles de hombres que se habían reunido en aquella plaza de armas. Nadie de los que en aquel momento lo estaban mirando sabía quién era. Eso significaba que podría ser quien quisiera. Era algo que había aprendido hacía ya mucho tiempo, cuando aún era un interrogador al servicio del inquisidor Barbillus. Vestía una brillante armadura y una antigua espada de energía sacada del arsenal personal del gobernador. Hoy, Gholic Ren-Sar Valinov era un héroe.

—Hombres y mujeres de Volcanis Ultor —comenzó—. Soldados, hermanas y ciudadanos. Todos vosotros sabéis que la senda de San Evisser atraviesa uno de sus momentos más difíciles, y que su hora más oscura aún está por llegar. El Enemigo, de quien ahora debemos hablar abiertamente, ha posado sus ojos sobre la senda. Yo he visto a ese enemigo y he luchado contra él, y creedme cuando os digo que se le puede vencer. Todos estáis a punto de ver cosas que os harán caer en el desánimo, cosas que no podréis entender, pero debéis luchar. El Enemigo lucha mediante la mentira y usará la confusión y la discordia para minar vuestra determinación. No importan las argucias que emplee, debéis luchar y seguir luchando hasta que la senda sea libre. Por la autoridad de las Santas Órdenes de la Inquisición del Emperador, ésta es mi orden y debe anteponerse a todas las demás.

Valinov hizo una pausa. La existencia de la Inquisición debía ocultarse de manera oficial, pero los rumores estaban a la orden del día en todo el Imperio. Los guardias imperiales, en sus interminables noches acompañadas de botellas de licor, hablaban de personajes capaces de destruir planetas enteros con sólo pronunciar una palabra, capaces de aniquilar a toda la población de un mundo con tal de eliminar el mínimo indicio de corrupción. Valinov debía de ser uno de esos personajes, una leyenda viva, una historia presente en el mundo real. Los soldados se estremecieron al ver que un inquisidor estaba al mando de la operación. ¡Un auténtico inquisidor! Incluso el lexicomecánico que estaba tomando nota de las palabras de Valinov tuvo que detenerse durante un momento.

—Pero hay una verdad mucho más oscura que debo confesaros. Todos habéis oído hablar de los Adeptus Astartes, héroes de Imperio, defensores de la humanidad. —Valinov sabía muy bien que aquella gente había oído hablar de ellos, pues las tropas de Balur habían luchado junto a los Cónsules Blancos durante la Crisis de Rhanna, y las capillas de la colmena Superior tenían vidrieras en las que se podía ver a los Ultramarines que, siglos antes, habían aniquilado a todos los rebeldes de la Colmena Oceanis. Si los inquisidores eran los protagonistas de las historias oscuras que se contaban en las noches regadas con alcohol, los marines espaciales eran los protagonistas de las historias que los niños escuchaban con los ojos abiertos como platos—. Todos vosotros conocéis la historia de la Herejía de Horus, cuando el Enemigo robó las mentes de miles de millones de personas y se enfrentó en una guerra civil a los súbditos temerosos del Emperador. Es mi deber confesaros que los marines espaciales fueron en gran medida los culpables de ese conflicto. La mitad de sus tropas sucumbieron ante el Enemigo y marcharon junto a Horus.

Valinov dejó que esas palabras calaran en las mentes de los que lo escuchaban. La historia imperial, tal y como se le transmitía a los ciudadanos comunes que no necesitaban saber gran cosa, pasaba por alto los detalles sobre la Herejía de Horus y sobre las legiones traidoras de marines espaciales que sucumbieron ante el Caos.

Valinov alzó de nuevo la voz, podía ver cómo los ojos de los soldados lo miraban sorprendidos. Para todos ellos decir aquellas cosas resultaría una herejía, pero para un inquisidor eran revelaciones.

—Durante diez mil años, esos marines traidores han estado alimentando su rencor. Ahora están regresando, el Ojo del Terror se ha abierto y los ojos del Enemigo han vuelto a posarse sobre nuestra galaxia. Los marines traidores piensan que la senda es el talón de Aquiles del Imperio. Piensan que con la mitad de nuestras tropas destinadas en el Ojo pueden hacer lo que les plazca con nuestros mundos y nuestros hogares. Si podemos detenerlos aquí conseguiremos enviarlos de vuelta a la oscuridad, y la mano del Enemigo, que es la mayor amenaza para la senda, desaparecerá con ellos. Debo confesaros esto porque los marines traidores se dirigen hacia aquí,

hacia Volcanis Ultor. He sido enviado por los cazadores de demonios de la Inquisición para asegurarme de que comprendáis al enemigo contra el que os disponéis a enfrentaros. Estarán aquí dentro de muy poco. Hubo un tiempo en el que fueron los mejores soldados del Imperio, pero ahora han sido corrompidos sin remedio y no esperan encontrar resistencia alguna. Contamos con la ventaja del factor sorpresa. Ésa es la razón por la que nos disponemos a luchar esta batalla y por la que debemos ganarla. Se están repartiendo documentos informativos a todos los oficiales. ¡Debemos conocer el aspecto y los distintivos de nuestro enemigo! Movidos por su arrogancia muestran orgullosos los símbolos de su herejía. Su distintivo es la espada y el libro, como si fuera una parodia de la élite que fueron antaño, y se hacen llamar a sí mismos Caballeros Grises. Traerán consigo demonios y hechicería oscura, pero nosotros contamos con los corazones de los ciudadanos imperiales y con la voluntad de acero del Emperador.

Valinov podía percibir la creciente mezcla de emociones. Miedo, ya que todo guardia imperial había oído hablar de los marines espaciales pero nunca habría esperado ver alguno en persona, y mucho menos tener que enfrentarse en combate a su legendaria fuerza. Orgullo, porque ellos eran los únicos en quienes el Imperio confiaba para detener a los traidores. Turbación, ya que de pronto la defensa de una ciudad colmena se había convertido en una cruzada contra las fuerzas de la oscuridad liderada por un héroe del Imperio.

—¡Tomad vuestras posiciones, obedeced las órdenes, mantened la fe en el Trono de Terra y no tengáis piedad con el enemigo, pues es aquí donde aplastaremos su voluntad y donde empezaremos a forjar nuestro nuevo futuro!

Todo el mundo allí presente había oído hablar de los marines espaciales, unos pocos habían oído hablar de la Inquisición, pero nadie había oído hablar de los Caballeros Grises. El secretismo obsesivo de la Inquisición se había convertido en su mayor defecto, una ironía en la que Valinov se regocijaba mientras descendía del púlpito y comenzaba a pensar en la batalla que se avecinaba.

* * *

Ligeia había solicitado que la ejecución de Valinov fuera pública, pero nadie había solicitado ver la suya.

Ligeia seguía en su celda de Mimas, anclada a la superficie de aquella luna y flotando sobre su atmósfera exterior. Lo único que los interrogatorios pudieron extraerle fueron las mismas sílabas incomprensibles que pronunció cuando Nyxos consiguió penetrar en su mente. Como fuente de información resultaba algo inútil, y la ayuda que le prestó a Valinov en su huida la convirtió en enemiga de Imperio y en una amenaza moral directa.

Los señores inquisidores llegaron a la única conclusión a la que podían llegar: Ligeia debía morir.

El inquisidor Nyxos se encontraba en la sala de mando principal, en el corazón de las instalaciones de Mimas, esperando pacientemente a que los interrogadores, explicadores y personal médico terminaran las últimas comprobaciones sobre Ligeia. Se habían dado casos en los que prisioneros particularmente corruptos habían esperado hasta segundos antes de su ejecución para mostrar habilidades de hechicería herética que habían conseguido ocultar hasta entonces. Pero Ligeia no había mostrado el menor indicio de cambio, continuaba en un estado permanente de *shock* psíquico, su ritmo cardíaco era muy irregular y sus ondas cerebrales se mostraban entrecortadas y fluctuaban caprichosamente. Varias cámaras la enfocaban desde diversos ángulos, pero todo lo que hacía era temblar y mantenerse encogida en un rincón de su celda. Cuando Nyxos la interrogó estuvo a punto de morir, y desde entonces se había mantenido a muy pocos pasos de la muerte.

—Sus signos vitales siguen igual —dijo un miembro del personal médico mientras hacía las comprobaciones finales.

—Ningún cambio en sus ondas cerebrales —afirmó otro.

El médico jefe, un hombre corpulento y de avanzada edad que había accedido al puesto después de que su predecesor muriera durante la

ejecución fallida de Valinov, se dirigió hacia Nyxos.

—Los médicos pueden salir.

—Bien —contestó Nyxos—. ¿Explicador?

La voz del explicador jefe llegó hasta Nyxos desde algún otro lugar de la fortaleza.

—Actividad psíquica residual sin cambios.

Nyxos se inclinó sobre el micrófono del comunicador, que estaba directamente conectado con la celda de Ligeia y protegido por varios filtros que minimizarían el riesgo de que las palabras de la inquisidora corrompieran a quien las escuchara.

Nyxos abrió el canal y su voz llegó directamente hasta la celda.

—Ligeia —comenzó—. Éste es el fin. Le prometí que esto acabaría pronto y así será. Aún le queda una última oportunidad antes de morir. Díganos dónde está Valinov, díganos qué está haciendo. Confiese y puede que el Emperador muestre la compasión de la que los hombres carecemos.

Ligeia se estremeció ligeramente. Levantó la cabeza y miró directamente hacia una de las cámaras que la grababa; en su monitor Nyxos pudo ver su extrema palidez, su piel casi translúcida, los ojos inyectados en sangre y el rostro cubierto por mechones de pelo gris. Se estremeció y pareció como si se estuviera atragantando con algo, sus dedos se retorcían como si fueran garras y de pronto empezó a abrir y cerrar la mandíbula.

—*Tras'kleya'thallgryaa*! —comenzó a gritar vomitando aquellas palabras desde lo más profundo de sus entrañas—. *Iakthe'landra'klaa! Saphedrekall'kry'aa*!

Nyxos cerró el canal del comunicador, dejando en el monitor la imagen de Ligeia gritando en silencio.

—Está perdida. Que el Emperador contemple su excomunión de la raza humana y la extinción de su corrupción.

Nyxos cerró el puño y apretó con fuerza el botón que había en la consola que tenía delante. A través del monitor pudo ver cómo se abría la pared posterior de la celda, la imagen se agitaba mientras el vacío exterior succionaba el aire. Ligeia intentó agarrarse instintivamente, tratando de meter sus delgados dedos entre las baldosas de la celda. Intentó asirse con

todas sus fuerzas hasta que de pronto la oscuridad del espacio exterior estuvo aterradoramente cerca.

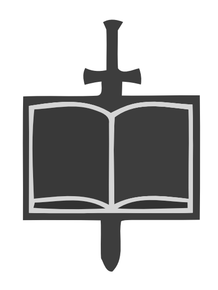
La celda se había abierto, la roca gélida y yerma de Mimas se extendía debajo, la esfera rayada y brillante de Saturno la miraba desde arriba entre la oscuridad salpicada de estrellas y el polvo estelar que formaba sus anillos.

Ligeia miró con espanto al vacío que se abría frente a ella. Durante unos breves instantes intentó arrastrarse hasta la parte frontal de la celda. Sus ojos miraban fijamente hacia la oscuridad infinita. Entonces, algo en su interior se dio cuenta de que realmente aquél era el fin. Se quedó tumbada de espaldas, indefensa, mientras el frío gélido se apoderaba de sus miembros y el vacío le paralizaba los pulmones. Sus ojos se volvieron rojos cuando los vasos sanguíneos comenzaron a explotar. En silencio, intentó dar una bocanada de un aire que no había. Poco después dejó de moverse, sus ojos inyectados en sangre tenían la mirada perdida, su boca congelada estaba abierta.

Nyxos continuó mirándola durante unos minutos, intentando detectar el más mínimo movimiento, pero no había nada.

—Contrólenla durante tres días —le dijo por fin al jefe del personal de interrogatorios—. Después destruyan el cuerpo.

Todo inquisidor tenía derecho a ser enterrado bajo la fortaleza de Encaladus, en el caso de que fuera posible. Pero Ligeia ya no era una inquisidora. Aparte de recordarla como una nota de advertencia, lo mejor sería olvidarla completamente.



CATORCE

Farfallen

Farfallen era un mundo que agonizaba. Hubo un tiempo en el que fue un mundo jardín, un ejemplo más de esa clase de planetas que se mantenían prístinos para que sirvieran como zona de recreo a la nobleza del Imperio. La posibilidad de un retiro dorado en uno de esos mundos siempre había sido una tentación para los gobernadores más ambiciosos y para los comerciantes más voraces que se encontraban bajo la disciplina imperial. Durante la época dorada de la senda, cuando las peregrinaciones en masa permitieron la aparición de enormes fortunas amasadas gracias al dinero de los creyentes, Farfallen era una mezcla admirable de exuberantes bosques vírgenes y jardines minuciosamente cuidados. Las villas de mármol blanco anidaban entre la frondosidad de los bosques lluviosos. Castillos coronados por torres de coral se alzaban en medio de un interminable océano de un paradisíaco color azul. Los yates celestes navegaban entre las nubes mientras los vetustos aristócratas se divertían con el noble juego de la caza.

La Eclesiarquía, la gran responsable de la primacía religiosa de la senda, contaba con una extensa propiedad en Farfallen en la que daba cobijo a la Sala del Recuerdo, donde el legado religioso de la senda se mantenía intacto

para la posteridad. El Administratum cobraba un diezmo a aquel mundo jardín para que sus cónsules mayores pudieran disfrutar de un retiro dorado.

Con unos ecosistemas muy estables, una ausencia casi total de depredadores, un clima y una temperatura fácilmente predecibles y con la protección del Adeptus Terra, Farfallen había sido un paraíso muy poco común perdido en la severidad del Imperio. Pero aquello fue hace mucho tiempo.

Ahora, gran parte de Farfallen estaba desatendida y se había vuelto salvaje. Los jardines que tanto se habían cuidado estaban asilvestrados, y las raíces de los árboles se habían abierto paso entre las baldosas de mármol de las villas. La desaparición de la prosperidad económica de la senda había hecho que sólo quedara allí un puñado de familias nobles, envejecidas y aisladas, que se habían retirado a sus mansiones mientras Farfallen se volvía cada vez más salvaje. Al dejar de cultivarse el arte de la caza, los depredadores que se habían importado a aquel planeta convirtieron los bosques en lugares inhóspitos y peligrosos. En algún momento indeterminado, unos visitantes inesperados habían llegado a Farfallen: los humanos asilvestrados habían conseguido infestar los bosques más profundos. Durante siglos nadie se había dado cuenta de su presencia y habían permanecido ocultos ante los ojos de la menguante población imperial de Farfallen.



Los Caballeros Grises habían perdido dos Thunderhawk en Sophano Secundus, de manera que Alaric sólo pudo llevar a los marines espaciales que cabían en la bodega de la tercera y única cañonera que quedaba. Decidió llevar a su propia unidad y a la escuadra de Genhain. Tenía la certeza de que se enfrentarían a algo difícil de digerir y confiaba en Genhain más que en ningún otro.

Alaric contempló la superficie de Farfallen mientras la Thunderhawk realizaba las maniobras de aproximación. Era la última hora de la tarde y los espesos bosques se veían como una alfombra de color verde oscuro, las ramas retorcidas de los árboles sobresalían como las crines de un animal. Viendo la espesura de aquellos bosques era fácil entender por qué las tribus salvajes se habían ocultado allí, alejadas de los ojos del Imperio, donde finalmente habían sido corrompidas.

El bosque se veía pasar a gran velocidad bajo la Thunderhawk y Alaric pudo ver en el horizonte la Sala del Recuerdo. Había sido construida en un acantilado que se alzaba sobre la cúpula del bosque, era una silueta cuadrada tallada en la pared rocosa. Unas enormes ventanas de arco miraban hacia el bosque como ojos sin vida, bajo un enorme frontón tallado que representaba a antiguos héroes de la Eclesiarquía aplastando a acólitos del Caos bajo sus pies.

Mientras la Thunderhawk realizaba las maniobras finales, Alaric pudo ver los primeros signos del Caos sobre Farfallen. Las luces de hogueras encendidas a nivel del suelo centelleaban sobre la roca. Los mástiles carbonizados marcaban los lugares donde una vez habían ondeado los estandartes. La parte superior de la Sala del Recuerdo estaba llena de impactos provocados por rocas y bolas de fuego lanzadas desde las catapultas de los salvajes. El bosque que cubría la parte superior del acantilado, justo sobre el techo de la Sala, estaba arruinado y pisoteado; los salvajes habían intentado descender por el acantilado sólo para ser blanco de los defensores y precipitarse sobre las rocas. Aún podían verse cuerpos destrozados y amoratados en los salientes del acantilado, testimonio de las primeras fases del ataque. La Sala del Recuerdo, el baluarte imperial más reconocible de todo Farfallen, estaba en estado de sitio.

—El control de la Sala ha respondido a nuestros mensajes —dijo el piloto del Malleus desde la cabina de la Thunderhawk. Si la tripulación del Malleus destinada en el *Rubicón* había lamentado la muerte de dos de sus pilotos en Sophano Secundus, desde luego no habían dado muestras de ello —. Tenemos permiso para aterrizar en la cubierta superior.

—Adelante —dijo Alaric.

Las tropas instruidas por el Malleus eran una raza peculiar. Todos habían sido adoctrinados en la represión emocional, y Alaric sabía que algunos incluso tenían implantados detonadores corticales preparados para activarse en situaciones críticas o de pánico, de modo que si alguna fuerza del Caos los corrompía serían destruidos antes de producir cualquier daño. Eran poco más que simples servidores, ni siquiera tenían la oportunidad de desarrollar una personalidad completamente humana. Alaric tenía la impresión de que la lucha contra el Caos requería el desperdicio de innumerables vidas, y eso en sí mismo era una victoria para el enemigo.

La Thunderhawk sobrevoló la cubierta y la parte superior del acantilado y efectuó un giro mientras desaceleraba. Alaric pudo ver las líneas de los salvajes que mantenían el sitio. Habían abierto trincheras en círculos concéntricos e innumerables montones de arena señalaban los lugares en los que habían cavado túneles para intentar encontrar un camino de acceso a través de los cimientos. Bajo la Sala del Recuerdo había suficientes pasadizos y cámaras subterráneas como para que esa idea no fuera tan descabellada. En la retaguardia de aquellas líneas habían encendido enormes hogueras alrededor de las cuales bailaban figuras con el pelo alborotado y el cuerpo pintado. Mientras la Thunderhawk descendía, Alaric pudo distinguir sus mutaciones iluminadas por los destellos de su hechicería.

Los salvajes no constituían ninguna amenaza para la cañonera. Sus armas de largo alcance se limitaban a arcos y catapultas. La Thunderhawk desplegó el tren de aterrizaje y se posó sobre el techo de la Sala del Recuerdo. Los escapes de sus motores dejaron unas enormes marcas negruzcas en la pared del acantilado.

La rampa de acceso descendió dejando entrar un olor a roca vieja y a bosque quemado. Las Escuadras de Alaric y de Tancred salieron de la cañonera y formaron sobre las baldosas de mármol veteado de la cubierta superior de la Sala.

Un diácono anciano, cubierto de cicatrices y de pecho amplio se acercó apresuradamente desde un puesto de observación situado en uno de los extremos de la cubierta. Llevaba un rifle automático muy rayado y abollado y vestía unos ropajes eclesiárquicos bastante deteriorados. Junto al muro

había unos cuantos novicios y archiveros que miraban con ojos de asombro a los enormes guerreros que emergían de la Thunderhawk.

El diácono era el único que parecía poder dar la talla en combate. Los días de la Sala del Recuerdo estaban contados.

—¡Alabado sea el Trono! —gritó el diácono al tiempo que se aproximaba hacia los marines—. ¡Sólo el Emperador sabe cuánto hemos rezado pidiendo ser liberados! Estábamos empezando a pensar que nunca nos enviarían refuerzos. ¡Y nuestras súplicas han sido escuchadas nada menos que por los marines espaciales! ¡En verdad el Emperador ha escuchado nuestras plegarias!

—No somos refuerzos —dijo Alaric rotundamente—. ¿Es usted quien está al mando?

El diácono esbozó una mueca de decepción. Si aún albergaba alguna esperanza respecto a la salvación de la Sala del Recuerdo, ésta acababa de esfumarse en aquel mismo instante. Pero los sirvientes del Emperador jamás se lamentaban de su suerte e hizo todo lo que pudo para no mostrar su frustración.

—Yo estoy al mando de este nivel —dijo el diácono.

—¿Y abajo?

El diácono suspiró.

—No tenemos a nadie que dirija la defensa, no somos soldados. Yo lo fui una vez, pero no puedo liderar la defensa de un emplazamiento sitiado. Ahora que el confesor Arhelghast ha muerto, el archivero superior Serevic ha sido ascendido, pero no es más que un erudito.

—Bien. Necesito reunirme con él lo antes posible.

—Le indicaré a uno de los novicios que lo acompañe abajo. Pero… hermano… si sólo alguno de ustedes pudiera quedarse. Tan sólo uno. Piense en todo lo que está en juego aquí, piense en lo que el Enemigo podría hacernos. Un solo marine espacial puede luchar como cien hombres normales, todo el mundo lo sabe.

—Farfallen debe vencer o morir solo, diácono. Cuando llegue el momento de enfrentarnos al Enemigo necesitaré a todos mis hermanos de

batalla. Hagan lo que puedan para sobrevivir, pero mis marines no van a quedarse aquí para morir por ustedes.

Por un instante pareció como si el diácono fuera a replicar a Alaric, pero decidió guardarse sus palabras. Él no había elegido ponerse al mando, pero era el único que podía hacerlo. Ahora que toda esperanza se había perdido, quizá podría mirar a la muerte a los ojos y darse cuenta de que la única batalla que debía ganar era la lucha contra el desánimo.

* * *

La Sala del Recuerdo estaba horadada en las profundidades de la roca, era como una madriguera repleta de corredores abovedados y altísimas capillas que parecían haber sido diseñados sin ninguna razón o propósito concreto. Pilas enormes de manuscritos y pergaminos poblaban todas y cada una de las habitaciones o cámaras, e incluso se extendían por algunos de los corredores. La sala principal, si es que había sido diseñada con alguna finalidad concreta, no había sido concebida como una biblioteca. Según caminaba, Alaric extrajo uno de los volúmenes, el título de la cubierta lo identificaba como una relación de diezmos pagados a una de las subcapillas de Volcanis Ultor. La última entrada estaba fechada hacía más de trescientos años.

Todo el lugar apestaba a papel podrido. El novicio que los guiaba a través de la Sala, un predicador alto, delgado y con los ojos hundidos, llevaba un antiguo rifle láser que evidentemente no sabía utilizar. Guiaba a los marines hasta la zona más baja, donde los gritos de los salvajes que había fuera atravesaban los muros. Aquel joven estaba aterrorizado por los Caballeros Grises; de hecho, muy pocos ciudadanos imperiales llegaban a ver a algún marine espacial, y mucho menos a estar tan cerca de ellos. Para él debía de ser como un sueño en medio de la pesadilla de aquel asedio.

—¿Cómo está organizado todo esto? —preguntó Genhain expresando la misma duda que invadía a Alaric.

—Lo cierto es que… no lo está, señor —contestó el novicio—. Los archiveros lo mantienen todo en orden, pero dentro de sus cabezas. Nunca dejan nada por escrito. La palabra del Emperador está en las mentes y en los corazones de sus súbditos, no escrita para que los herejes la tergiversen a su antojo.

Alaric suspiró en su interior. Al igual que ocurría con todas las organizaciones imperiales, el tamaño de la Eclesiarquía iba acorde con su variedad. Cada predicador o confesor hacía las cosas a su manera, y a pesar del afán conservador de los sínodos de la Tierra y de Ophelia VII, diversas cuestiones de dogma e interpretación podían hacer que una rama del culto imperial a veces pareciera una religión completamente diferente. Era evidente que las tradiciones según las que se trabajaba en la Sala del Recuerdo tenían más que ver con la importancia que una vez tuvo Farfallen que con la voluntad del Emperador. Los archiveros superiores habían decidido blindar su posición privilegiada asegurándose de que sólo ellos pudieran comprender los archivos.

Los niveles centrales contenían las oficinas de los archiveros. La mayor parte de ellas estaban vacías, pues por aquel entonces la Sala del Recuerdo había perdido a casi todo su personal. En el muro de uno de los laterales se podían ver las celdas de los novicios; un par de ellas daban cobijo a dos aprendices que se recuperaban en su interior. La cama de otra de las celdas contenía un cuerpo cubierto por las sábanas sobre cuyo pecho alguien había colocado un ejemplar muy usado del *Hymnal Imperator* como signo de respeto.

—Archivero superior Serevic —dijo el guía humildemente mientras se apartaba hacia un lado y señalaba una puerta de madera oscura. Alaric la abrió y una nube purpúrea de incienso se extendió por el corredor. El novicio tuvo que contener la tos mientras Alaric atravesaba el umbral.

Los implantes augméticos de Alaric permitían que ni el incienso ni la oscuridad lo afectaran, pero aun así la visión que contempló era bastante desalentadora.

Serevic, un erudito humilde de mediana edad, estaba inclinado sobre una lámpara mientras estudiaba concienzudamente un enorme tomo. Era

evidente que hacía algún tiempo que aquel hombre había decidido encerrarse en su habitación.

En cuanto percibió la intrusión, Serevic miró a su alrededor dispuesto a reprender al novicio que había osado interrumpirlo. Cuando vio a Alaric, cuya enorme silueta apenas cabía por la puerta, sus ojos vidriosos se abrieron de par en par y estuvo a punto de caerse de la silla, tuvo que apoyarse en la pared que tenía a su espalda y del asombro casi derribó la pila de libros y manuscritos que tenía a su lado.

—¿Quién…? ¡Qué el Trono nos asista!

Alaric entró en la habitación. Vio que la cama estaba sin hacer y que había papeles tirados por todas partes y montones de libros apilados contra las paredes.

—¿Archivero Serevic?

—Superior… Archivero superior Machas Lavanian Serevic.

—Bien. Hermano capitán Alaric, de los Caballeros Grises al servicio de la Inquisición del Emperador.

—¿La Inquisición? Pero… aquí todos somos sirvientes temerosos del Emperador, no hay necesidad de…

Alaric levantó la mano.

—No hemos venido a juzgarlo. La oscuridad se está cerniendo sobre la senda y para poder enfrentarnos a ella necesitamos que nos proporcione cierta información.

Serevic intentó reponerse, pero aún le temblaba la voz.

—Incluso desde aquí se pueden oír sus cánticos en mitad de la noche. Dicen que su Príncipe ha regresado.

—Y no les falta razón. Va a reaparecer en algún lugar de la senda, pero podremos luchar contra él si conseguimos averiguar dónde. La misma escalada de violencia que se está produciendo aquí se ha extendido por todas partes, y no nos queda mucho tiempo.

—Todos los archiveros han muerto. Ya hemos sufrido demasiadas pérdidas.

—Pero no perderemos esto. El Príncipe de las Mil Caras se alzará sobre la tumba de san Evisser.

Hubo una larga pausa.

—No existe tal tumba.

Alaric se inclinó amenazante sobre Serevic.

—El Príncipe necesita el cuerpo de san Evisser para regresar, ésa es la única razón por la que está en la senda.

—Hermano capitán, no existe tal tumba, no hay ningún santo, y el hecho de que la senda esté a punto de desaparecer lo demuestra. Hace tiempo que fuimos abandonados.

Serevic se armó de valor. Aquél era un momento para el que había estado preparándose desde hacía tiempo, lo que significaba que era algo muy importante para él, pues era evidente que no estaba capacitado para liderar la defensa de la Sala.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? —preguntó Alaric.

—La Inquisición del Emperador no puede ayudarnos, hermano capitán. La Iglesia Imperial debe seguir su propio camino.

—Muy bien. —Alaric se volvió para dirigirse al juez Genhain, que aguardaba en la puerta—. Quemad todo esto.

Serevic ahogó un grito.

—¿Quemarlo? Pero… todo esto es sagrado, es nuestra…

—La Sala del Recuerdo no va a resistir y este conocimiento caerá en manos del Enemigo. Si no es beneficioso para el Emperador, entonces debe ser reducido a cenizas.

—¡No puede ser! ¡Es imposible! ¡Esto es un sacrilegio! ¡La palabra sagrada debe preservarse! ¡Quemar todo esto es una herejía!

—Lo primero que pensé —dijo Alaric con mucha cautela— fue que los archiveros simplemente querían asegurar sus posiciones privilegiadas. Pero ésa no es la razón por la que mantienen todo este conocimiento almacenado tan sólo en sus memorias. ¿No es cierto, Serevic?

El hermano Ondurin había activado su incinerador y una pequeña llama azulada ardía en la parte frontal.

—Usted está aquí para proteger todo este conocimiento, está aquí porque la Eclesiarquía sabe algo sobre la senda, y sobre san Evisser y Ghargatuloth, y quieren que se mantenga en secreto. Nos estamos

ofreciendo para destruirlo todo, de este modo cuando los salvajes acaben con ustedes no quedará ningún secreto que buscar. ¿Por qué no íbamos a quemarlo? Les estaríamos prestando una valiosa ayuda. ¿Por qué le preocupa tanto salvar todo esto?

Serevic habló casi entre sollozos.

—Porque… porque aún no está completo.

Alaric alzó la mano de nuevo. Ondurin bajó el incinerador con el que se disponía a lanzar una llamarada a la pila de libros amontonados en la estantería más cercana.

—La Eclesiarquía debería haber elegido a alguien con más fuerza de voluntad para preservar sus secretos. Díganos lo que necesitamos saber o lo quemaremos todo delante de sus propios ojos.

Una lágrima se deslizó por el rostro de Serevic.

—No puedo decírselo. ¡Por el Trono de Terra! Me trajeron aquí cuando era niño, y aunque nunca he sabido nada, siempre me han dicho que hablar era un pecado mortal… —Serevic alzó la vista. Sus labios temblaban—. Pero… pero se lo puedo mostrar.

* * *

Kelkannis Evisser no era nadie. No era más que un adepto novicio al que enviaron a las humildes oficinas del Administratum en Solshen XIX cuando aún era un planeta recién colonizado destinado a convertirse en un mundo agrícola. No era más que otro nombre en una lista, igual que los de millones de hombres y mujeres que jamás conseguirían nada.

Estando ya muy avanzada la vida de Evisser, Solshen XIX se cruzó en el camino de los pielesverdes. Aquellos orkos pertenecían a una más de las miles de razas guerreras que merodeaban por las fronteras del Imperio, y las carnicerías que desataban periódicamente en los diversos asentamientos imperiales formaban parte de la vida de cualquier ciudadano, igual que rezar, trabajar u obedecer.

Cuando abandonaron Solshen XIX no quedaba nada, nada excepto ruinas humeantes.

Y Kelkannis Evisser.

No fue el único superviviente de la historia del Imperio. En torno a estos personajes se levantaban verdaderos mitos. Algunos decían que se trataba de infelices desafortunados, ya que habían agotado la suerte de todos los que estaba a su alrededor, otros decían que habían sido tocados por la fortuna, protegidos por la gracia del Emperador. Para el Administratum un superviviente no era más que un adepto a quien había que trasladar mientras se reconstruía el asentamiento de Solshen XIX.

Pero Kelkannis Evisser no volvería a formar parte de la compleja maquinaria del Administratum. Había contemplado la voluntad del Emperador mientras los pielesverdes masacraban a sus semejantes. Había podido ver que incluso los orkos, a su manera, también eran instrumentos en manos del Emperador. El Emperador los había enviado para mostrarle a Evisser lo infinito de su misericordia, el calor abrasador de su ira y su inquebrantable fe en una humanidad destinada gobernar las estrellas. Kelkannis había sido elegido para sobrevivir precisamente porque era un ciudadano anónimo, igual que los miles de millones que formaban el rebaño del Emperador, y su tarea era mostrarles a todos que el mensaje del Emperador estaba dirigido a humildes y ricos por igual.

Pensaron que estaba loco. Y él no quiso demostrar lo contrario. Aquellos a quienes enviaban para disuadirlo lo acababan escuchando, y pensando que lo que lo salvó de aquellos pielesverdes fue algo más que simple fortuna. El mero hecho de que el Administratum no consiguiera convertirlo en un engranaje más de su máquina hacía que fuera alguien especial. Ni siquiera la fría e implacable burocracia del Imperio consiguió subyugar su espíritu.

Era más que un simple hombre que difundía la palabra del Emperador inspirado por una gracia divina. Era la esperanza personificada, la esperanza de que los hombres y mujeres más humildes del Imperio jugaran un papel decisivo en los planes que el Emperador tenía para la humanidad, la esperanza de que una sola alma significara algo para el Imperio.

Si había algo que la gente del Imperio necesitaba era eso, la esperanza. Muchos mundos suplicaban a Evisser que los visitara, y cuando lo hacía los gobernadores y los Arbites se mostraban incapaces de controlar a las enormes masas que acudían a escuchar sus palabras. Muy pronto empezó a hablarse de su canonización.

Entonces llegaron los milagros. Una terrible plaga estaba hostigando una de las colmenas puerto de Trepytos. Evisser se adentró en el corazón de la zona bajo cuarentena y permaneció allí durante seis meses, aliviando el dolor de las últimas horas de miles de moribundos y consolando a millones de ciudadanos haciéndoles saber que morirían bajo la gracia del Emperador. Ese hecho en sí mismo ya constituía un milagro, pero a pesar de estar noches enteras en vigilia junto a las camas de los moribundos, Evisser no fue infectado por la plaga.

Una revuelta de esclavos mutantes de Magnos Omicron amenazaba con sumir aquel mundo forja en la anarquía. Milagrosamente, Evisser caminó entre el fuego cruzado para parlamentar con los líderes de la rebelión y, mediante las palabras del Emperador que emanaban de sus labios, consiguió que depusieran las armas y volvieran a inclinarse ante el yugo del Imperio.

En los vacíos que separaban los sistemas estelares, los navíos espaciales comenzaron a seguir a Evisser allí adonde fuera, pues por donde él pasaba la disformidad quedaba en calma. Ni uno solo de aquellos navíos sería azotado por la locura o por tormentas de disformidad siempre y cuando siguieran sus pasos. Y de ese modo se delimitaron las fronteras de la senda, sus diferentes sistemas quedaron unidos mediante los viajes de Evisser, que se movía por aquel territorio cuidando de los oprimidos y los desamparados.

Iluminó con la gracia del Emperador muertes que de otro modo habrían resultado en vano. Allí adonde iba dejaba una estela de diligencia y fe restaurada. Los ciudadanos de la senda sentían una profunda admiración hacia él y pronto empezaron a adorarlo fervientemente. Antes de que transcurriera un año desde su milagro en Trepytos ya había festividades y procesiones en su nombre. Al poco tiempo comenzaron a pasarse por alto las especulaciones sobre su canonización y la gente empezó a referirse a él como san Evisser, porque ¿qué otra cosa podía ser aparte de un santo? Era

un individuo tocado por la milagrosa gracia de la voluntad del Emperador, la personificación de su control sobre los designios de la humanidad.

Y así se convirtió en un santo en vida. Kelkannis Evisser realizó milagros que llegaron a convertirse en sinónimos de su propio nombre. Pasó décadas viajando a prácticamente todos y cada uno de los sistemas de la senda, y pasara por donde pasara se erigían templos y capillas en su nombre. La mismísima Sala del Recuerdo se construyó en el lugar exacto en el que posó sus pies sobre Farfallen por primera vez. Se dice que cuando descendió por la rampa de su lanzadera todas las flores del planeta se abrieron llenas de alegría. Bendijo las oscuras torres de Volcanis Ultor y las forjas geotermales subterráneas de Magnos Omicron, los campos de Victrix Sonora y los fecundos océanos de Solshen XIX, su bendición llegó incluso hasta las mismísimas estrellas que brillaban sobre la senda.

Gracias a san Evisser un trecho de espacio fronterizo se convirtió en una amalgama de mundos prósperos y florecientes. Los peregrinos comenzaron a llegar en masa trayendo riquezas consigo, y en agradecimiento, los ricos y poderosos construían monumentos en honor a san Evisser. Pronto se olvidaron de los votos de humildad de la Eclesiarquía y empezaron a erigir catedrales con cúpulas de oro y estatuas recubiertas de diamantes, todo un despliegue de arte de un valor incalculable en nombre de Evisser.

La senda había visto nacer a un santo cuyo fin era demostrar que el Emperador velaba por el bienestar de toda la humanidad, de ricos y humildes, de poderosos y anónimos, de aquellos que llenaban las iglesias y de los que permanecían olvidados en colmenas y forjas.

Y mientras la senda perdurara, Evisser nunca moriría.



Alaric cerró el libro muy enfadado. Serevic lo había llevado hasta una estancia secreta oculta tras la pared en la que montones de libros y pergaminos estaban esparcidos por el suelo sin ningún orden aparente.

Serevic conocía a la perfección el contenido de cada uno de ellos, por eso sólo le había entregado a Alaric los verdaderamente relevantes, los que contenían la verdadera historia de san Evisser.

Dejando de lado enaltecimientos y mitificaciones, lo que quedaba era una verdad muy débil. Todo lo que Alaric tenía era el esqueleto de la vida de un santo. No había detalles, no había ninguna descripción ni de la familia de Evisser ni de nadie de su círculo, ni siquiera se sabía qué aspecto tenía. Por supuesto, la historia del Imperio nunca se había escrito en su totalidad; hacer tal cosa resultaba imposible. Los acontecimientos del pasado más lejano, si es que conseguían sobrevivir el tiempo suficiente, quedaban envueltos en una nebulosa de interpretaciones diferentes y falta de veracidad. Pero esto era algo distinto. ¿Por qué razón habría instruido la Sala del Recuerdo a sus archiveros para que mantuvieran tanto secretismo en torno a la figura de san Evisser?

Alaric estaba prácticamente solo en la oscuridad de aquella cámara. Un novicio con aspecto de estar aterrorizado esperaba junto a la puerta, acompañaba a Alaric como muestra de que, a pesar de estar sitiada, la Sala mantenía el protocolo que todo sirviente imperial merecía. Genhain y el hermano Ondurin, con su incinerador aún a punto, estaban al otro lado de la puerta. Los marines espaciales de Genhain y Alaric habían desplegado un cinturón defensivo en torno a aquella cámara. No se trataba de ninguna demostración de fuerza: Alaric estaba seguro de que podía oír los golpes de los salvajes que estaban excavando túneles bajo la Sala. Era sólo cuestión de tiempo que consiguieran entrar.

—Juez Genhain —dijo Alaric. El marine se acercó hasta él dejando a Ondurin junto a la puerta—. ¿Qué opinas de todo esto?

Genhain caminó hasta la mesa en la que estaba sentado Alaric y comenzó a leer el volumen que tenía frente a él. Se trataba de una historia de la senda, una historia oficial pero muy imprecisa. Serevic le había asegurado a Alaric que la descripción de san Evisser que contenían aquellas páginas, junto con unos pocos documentos que confirmaban algunos de sus milagros, constituía todo el corpus de información que la Eclesiarquía quería proteger.

—No es que sea mucho —dijo Genhain mientras la examinaba.

—Pero es la verdad.

—Quizá sea ésa la clave.

Alaric pensó por unos instantes. ¿Qué hacer ahora? Hubo un hombre llamado Evisser que decía haber sido inspirado por el Emperador y que era considerado un santo. Eso era todo.

Y, por supuesto, ésa era la clave.

Alaric se levantó, cogió el libro y salió apresuradamente de la cámara. Tan sólo se detuvo para lanzarle una mirada al novicio, que permanecía asustado junto a la puerta.

—¿Dónde está Serevic?

El joven señaló con su brazo tembloroso. Alaric comenzó a caminar en la dirección que le había indicado, a través de una galería alargada y de techo bajo cuyas paredes estaban cubiertas de páginas arrancadas de libros prendidas en las vigas de madera o adheridas a la roca. Serevic estaba en el centro de la galería, buscando entre aquellas palabras como si quisiera encontrar una ventana que mirara hacia los exuberantes paisajes de Farfallen.

—Nunca hubo ningún san Evisser —dijo sin rodeos Alaric mientras arrojaba el libro a los pies de Serevic—. La Eclesiarquía nunca confirmó su canonización. Fue proclamado santo por el pueblo y a la Eclesiarquía no le quedó más remedio que aceptarlo, pero para ellos no era más que un ciudadano cualquiera.

Serevic pareció desinflarse, parecía incluso mucho más indefenso que antes. Negó con la cabeza con tristeza.

—Nunca pudimos aceptar que emanara tanta bondad de un solo hombre. La vergüenza es lo que nos ha hecho mantener el secreto. —Miró hacia Alaric y pareció que estaba a punto de echarse a llorar—. ¿Se imagina lo que habría ocurrido si los cardenales lo hubieran denunciado? Se habrían producido disturbios terribles. El odio no habría caído sobre los enemigos del Emperador, sino sobre los que le eran fieles.

—Pero Evisser hizo milagros —continuó Alaric—. Consiguió crear la senda en mitad de un tramo de espacio fronterizo. Debería haber sido un

candidato para la canonización. ¿Qué es lo que encontraron?

—Cuando empezaron a investigar ya era demasiado tarde —continuó Serevic. Había ocultado aquella información durante tanto tiempo que ahora que había cometido el pecado de confesar tenía que revelarla en su totalidad—. Evisser se había convertido en un santo para el pueblo mucho antes de que se constituyera el tribunal de beatificación. Cuando llegó hasta el Santo Sínodo ya era demasiado tarde. Nuestros propios cardenales predicaban en catedrales construidas en su honor. Los fieles mencionaban su nombre en las plegarias. Es imposible erradicar una creencia como ésa, y menos cuando mantiene unido un lugar como la senda.

Entonces Alaric se dio cuenta de que Ghargatuloth no sólo había elegido la senda, sino que probablemente la había creado él mismo.

—De modo que los cardenales dejaron que su culto continuara hasta que la senda entrara en franca decadencia y san Evisser fuera olvidado. Pero ¿por qué nunca fue canonizado? ¿Qué es lo que descubrieron de él?

Serevic contuvo un sollozo. Al otro lado de los muros los cánticos de los salvajes se volvieron más fuertes: se estaban preparando para un nuevo ataque.

—Todo esto —dijo Serevic casi entre suspiros—, todo esto arderá.

Alaric cogió a Serevic por el cuello y lo aplastó contra la pared de la galería, su cabeza casi tocaba el techo. No le haría falta más que un simple movimiento para machacar al archivero.

Serevic buscó con la mirada los ojos de Alaric.

—Su… su mundo de origen estaba contaminado… Si los cardenales lo hubieran ignorado y después se hubiera descubierto los disturbios habrían sido mucho más graves… Evisser el traidor, otra guerra santa, una nueva Plaga del Descreimiento…

Alaric soltó a Serevic, que se hundió poco a poco en el suelo, privado ya de toda dignidad.

—Su mayor traición es lo que no ha sido escrito —dijo Alaric lanzando el libro hacia Serevic de una patada—. Nada de mundo de origen, nada de tumba ni de canonización, la Eclesiarquía sabía que Evisser podría estar contaminado y dominado por alguna fuerza oscura. Y tenían razón. Pero

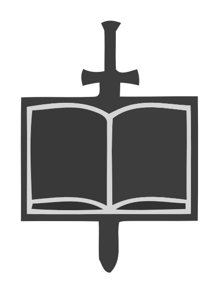
prefirieron dejar que enraizara entre los mundos del Imperio antes que admitir que no tenían control sobre el nuevo profeta. ¿Dónde nació? ¿Dónde fue enterrado?

Serevic comenzó a sollozar.

—¡Hable! O reduciremos todo esto a cenizas junto con su endeble cuerpo.

Serevic hundió la cabeza entre las manos. Estaba derrotado. Desde que era novicio, desde que era niño, había sido instruido para preservar el conocimiento sagrado de la senda en nombre del Emperador. Ya no le quedaba nada, y sabiendo que ocurriera lo que ocurriera todo aquel conocimiento acabaría ardiendo, finalmente se rindió.

—Nació en Sophano Secundus —dijo Serevic con voz temblorosa—. Pero lo enterramos en Volcanis Ultor.



QUINCE

VOLCANIS FAUSTUS

Tres días después de que Valinov escapara de su ejecución en Mimas, el cónclave de Encaladus envió un mensaje a la senda con su nave más rápida. La información que llevaba era demasiado importante como para transmitirla mediante un astrópata. Toda organización imperial de la senda era considerada sospechosa de encontrarse bajo la influencia de alguno de los muchos cultos que estaban surgiendo en todos sus sistemas, y no sería la primera vez que astrópatas corruptos filtraban información vital para la inteligencia inquisitorial. La única opción pasaba por enviar un mensajero.

El mensaje era muy simple. Casi con toda probabilidad Valinov se dirigía hacia la senda, y se trataba de un hombre tan peligroso que el mero hecho de hablar con él suponía un riesgo considerable de corrupción. La única orden era matarlo tan pronto como fuera detectado.

La tarea de entregar el mensaje le fue encomendada a la interrogadora DuGrae, una piloto experta y agente de confianza del señor inquisidor Coteaz. Además, le habían sido implantados diversos refuerzos corticales que le permitían llevar información importante sin correr el riesgo de que nadie accediera a ella mediante técnicas psíquicas. Durante sus años como

piloto, DuGrae se dedicó a surcar los cielos de Armageddon con su caza Thunderbolt, combatiendo contra los ingenios voladores que usaban los orkos. La nave con la que ahora cruzaba el espacio era casi tan sensible como un caza. Era una flecha negra y brillante que penetraba en la disformidad como un cuchillo, el transporte más pequeño y veloz que el Ordo Malleus había podido encontrar en tan poco tiempo. Sus únicos tripulantes eran DuGrae y el navegante.

Durante los primeros días la nave se movió a buen ritmo entre el immaterium. Pero a los tres días las tormentas de disformidad comenzaron a desatarse sin previo aviso. Una llamarada negra de infamia se extendió en forma de media luna por todo el Segmentum Solar, desde Rhanna a V'Run. Un piloto menos experto habría quedado completamente aislado, pero DuGrae, volando a ciegas y guiada tan sólo por el navegante, consiguió abrirse paso entre las corrientes de odio y llevar la nave hasta la senda.

Pero eso le había llevado tiempo, demasiado tiempo. Si Valinov había conseguido sacarles la suficiente ventaja, jamás lo atraparían.

DuGrae, sin un astrópata a través del cual poder contactar con Encaladus, no disponía de ningún medio para enviar o recibir noticias de la senda. Sólo podía confiar en que el Emperador consiguiera desbaratar los planes del Enemigo durante unas pocas horas más yen que ella fuera capaz de volar lo suficientemente rápido.

Salieron de la disformidad justo en los límites del sistema Volcanis, la luz vívida y rojiza de su estrella inundó la cabina. Volcanis Ultor era el centro de autoridad más importante de la senda, y una vez que el gobernador y los cardenales fueran advertidos, la siguiente parada sería la fortaleza inquisitorial de Trepytos.

Desde el primer momento se hizo patente que la situación en la senda había empeorado, podían verse naves de la Marina Imperial por todo el sistema, sin duda enviadas allí para tratar de controlar la creciente ola de actividad del Caos. El *Despiadado*, un crucero de batalla clase Marte, reminiscencia de los días en los que los portacazas eran los navíos más utilizados, enviaba patrullas de cazabombarderos en busca de naves enemigas que merodearan por la zona. El crucero de clase Lunar *Llama*

Divina, junto con los tres cruceros de escolta de la clase Espada del Escuadrón de Absolución, se mantenía orbitando en torno a Volcanis Ultor.

Al no contar con ningún astrópata, DuGrae no podría contactar con ellos hasta que no se aproximara más. Por esa razón estaba muy intranquila. ¿No habría naves del Caos rondando por aquel sistema que acabarían con ella sin ningún miramiento si es que la encontraban? Tomó la decisión de no acercarse a Volcanis Ultor hasta que consiguiera obtener más información mediante las comunicaciones de corto alcance de las naves pequeñas que circulaban entre los cruceros. Decidió dar una vuelta de reconocimiento en torno a Volcanis Faustus, un planeta rocoso, yermo y abrasador que se encontraba en la órbita más cercana a la estrella Volcanis. Todos los mensajes que pudo interceptar hablaban de capitanes muy nerviosos a la espera de un conflicto inevitable, como si las fuerzas del Caos que había en la senda se estuvieran agrupando para iniciar una guerra abierta. El personal de mantenimiento estaba realizando turnos dobles para preparar las naves más viejas para el combate. Las piezas de artillería escaseaban y el Departamento Munitorum era incapaz de suministrar combustible a todos los cazas.

De entre las sombras de Volcanis Faustus de pronto apareció la maltrecha y altiva silueta del *Despiadado*, el viejo caballo de batalla. Al detectar aquella nave recién salida de la disformidad, el *Despiadado* desplegó tres unidades de caza que se acercaron hasta ella. Cuando la tuvieron dentro de su radio de alcance, escanearon la nave de DuGrae y enviaron un mensaje muy simple: el sistema Volcanis no era seguro. Los cazas procedentes del *Despiadado* escoltarían a DuGrae hasta el puerto espacial de la colmena principal de Volcanis Ultor.

DuGrae le agradeció su ayuda al líder de la escuadra y apagó los motores mientras los cazas la rodeaban y adoptaban una formación de escolta.

Mientras orbitaba desprotegida, el capitán del *Despiadado* ordenó a sus cazas que abrieran fuego, convirtiendo la nave de DuGrae en una nube de plasma que se extendió por el espacio. Con ella también murió el mensaje que debía transmitir, el que decía que el hombre que se hacía llamar inquisidor Valinov era en realidad un sirviente del Caos.

* * *

Gholic Ren-Sar Valinov miró el triángulo que parpadeaba en la pantalla. Representaba a la nave que acababa de ser destruida. Los cuadrados azules representaban los cazas del *Despiadado*, que se mantuvieron merodeando por la zona durante un par de minutos mientras sobrevolaban los restos de la nave. La enorme pantalla de control orbital que Valinov había hecho instalar en sus aposentos mostraba el trecho de espacio que rodeaba a Volcanis Faustus. Mientras el inquisidor observaba fijamente, los cazas regresaban a la nave nodriza, situada en el otro extremo de aquel mundo baldío. Recoba había expulsado de allí a todos los nobles de Volcanis Ultor para que Valinov pudiera utilizar una planta completa. Una vez instalado en aquella estancia, el inquisidor se había rodeado de cogitadores, monitores, varias superficies holográficas y la pantalla de control orbital, todo ello con el fin de asegurarse de estar al día de todo lo que ocurría en aquel sistema.

—Impacto confirmado —comunicó la voz del líder del escuadrón en medio del sonido de la estática.

—Buena caza, Escuadrón Theta —contestó el capitán.

La enorme silueta azul del *Despiadado* comenzó a mover su gran masa para realizar el corto viaje de vuelta a la órbita de Volcanis Ultor. Los pequeños cazas también empezaron a moverse, como cachorros que siguen a su madre.

Se produjo un ruido al otro lado de la puerta y acto seguido entró el cardenal Recoba, envuelto en sus voluminosos ropajes oficiales y seguido por una bandada de clérigos menores.

—¡Inquisidor! —gritó Recoba—. Acabo de enterarme. ¿Era un intruso?

—Hemos tenido suerte de dar con ellos justo a tiempo —dijo Valinov—. Si no me hubieran informado podrían haberlos escoltado directamente hasta aquí. Los designios del Enemigo son muchos y muy oscuros, sólo el Emperador sabe lo que habrían hecho en caso de que hubieran conseguido llegar.

Recoba tragó saliva.

—¿Acaso se trataba de un agente de los Poderes Oscuros?

Valinov asintió.

—En cuanto los cazas del *Despiadado* escanearon la nave lo vi claro. Había un hechicero, de eso estoy seguro. Ha sido una suerte que los cazas la hayan destruido en seguida, de otro modo sus tripulantes habrían sido corrompidos.

Recoba negó con la cabeza.

—Entonces han estado muy cerca. ¡Gracias al Dios Viviente que los hemos detenido! En verdad el Trono nos protege.

—El Trono nos protege, su santidad —dijo Valinov con humildad.

Lo cierto era que habían estado muy cerca. Valinov se preguntaba quién los habría enviado, probablemente alguien importante. Puede que Nyxos hubiera sobrevivido a Mimas y ahora quisiera tomar parte activa en la caza. No, lo más probable era que uno de los señores inquisidores de Encaladus hubiera decidido tomarse la justicia por su mano para encubrir los errores que habían cometido, probablemente ese fanfarrón de Coteaz, quien hablando de baños de sangre y de destrucción habría enviado a una de sus mejores pilotos a una muerte segura. Valinov se permitió esbozar una leve sonrisa, los cruzados como Coteaz eran los más fáciles de manipular. Estaba seguro de que iban a enviar a algún mensajero, y por supuesto Valinov lo utilizaría para avivar los miedos de los defensores de la senda.

Era como si cada una de las partes de la galaxia conociera su papel en el gran baile del Caos y siguiera el compás de la melodía a la perfección. ¿Podría haber algo más placentero para el Señor de la Transformación que dejar que sus enemigos forjaran las cadenas de su propia esclavitud?

—¿Debería ordenar a nuestros capitanes que incrementen la frecuencia de las patrullas? —preguntó Recoba—. Habíamos prometido enviar una decena de cazas a Magnos Omicron, pero podríamos utilizarlos para patrullar los puestos de vigía de la órbita exterior.

Valinov levantó una mano.

—No. Que los capitanes se mantengan en la órbita más cercana, y también todos los cazas. El resto de la senda deberá librar su propia batalla,

Volcanis Ultor es una piedra angular que debe ser protegida a cualquier precio. Blindaremos nuestro mundo con un muro de acero, cardenal. No pasará mucho tiempo antes de que sea la única defensa que nos quede.

—Por supuesto, inquisidor —asintió Recoba en un tono casi sumiso que agradó mucho a Valinov. Recoba se marchó al tiempo que impartía órdenes a sus subalternos.

Gholic Ren-Sar Valinov miró la pantalla de control orbital una última vez antes de apagarla, sabía que el espacio vacío dejado por aquella nave representaba la muerte de la última esperanza para la senda.

* * *

La canonesa Ludmilla, de la Orden de la Rosa Ensangrentada, escudriñaba a través de sus prismáticos el terreno sobre el que se libraría la batalla. Sus hermanas de batalla, soldados de la Eclesiarquía, defendían una plaza de búnkers y trincheras que protegía una planta de tratamientos químicos en las orillas del lago Rapax.

A su flanco izquierdo podía ver las trincheras de la infantería pesada de Balur, guardias imperiales perfectamente armados y equipados en quienes podía confiar para no dejar expuestas a sus hermanas. A su flanco derecho se extendía el lago Rapax, una masa de líquido tan contaminado que ni siquiera podía llamarse agua. Ludmilla comandaba el extremo oriental de la línea defensiva que se había desplegado en torno a la colmena principal, y contaba con cientos de hermanas de batalla para repeler el ataque. Con la excepción de los marines espaciales, muchos consideraban a las hermanas del Adepta Sororitas como las tropas más efectivas del Imperio. Perfectamente entrenadas y equipadas con sus armaduras de exterminador y con sus bólters, muy pocas fuerzas podrían lidiar con las hordas del Caos de manera más efectiva.

La llanura que se abría frente a la capital era un terreno baldío e irregular manchado por las heridas de siglos y siglos de contaminación. Había sido

desecado y machacado hasta que lo único que quedó fue un desierto rocoso salpicado de dunas de ceniza. En la lejanía se alzaban unas colinas oscuras que daban cobijo a la pequeña colmena Verdanus. Pero tras Ludmilla se alzaba el verdadero premio de Volcanis Ultor, la colmena Superior, la sede del gobierno de aquel planeta, del sistema y de toda la senda.

La batalla podría terminar en cuestión de minutos si los Ordinatus dispuestos en las planicies que rodeaban la colmena pudieran dirigirse hacia las tropas enemigas en cuanto éstas aterrizaran, de ese modo podrían lanzar sobre ellos todas sus cabezas nucleares. Sin embargo Ludmilla sabía que eso no ocurriría. El ataque sería liderado por los marines del Caos, los herejes de las legiones traidoras, que recurrirían a la velocidad y a la fuerza de los marines espaciales para adentrarse en las líneas de defensa antes incluso de que muchos de los defensores supieran que habían aterrizado.

Esta batalla no se ganaría en la llanura sino a golpe de bayoneta: el ataque debería ser repelido entre las trincheras de los defensores.

Ludmilla miró hacia las líneas defensivas, que habían sido construidas en un tiempo récord por los equipos de trabajadores de la colmena. Estaban emplazadas en una planta de procesamiento de plasticemento que formaba un bastión que se extendía hasta la orilla del lago. Ludmilla había dispuesto varias escuadras de Hermanas Vengadoras en el tejado de la planta para que desplegaran fuego de cobertura con sus bólters pesados y sus cañones de fusión. Dos lanzamisiles Exorcista protegían la entrada de la planta, y varias escuadras de hermanas estaban parapetadas entre las defensas de rococemento. No podrían entrar en la planta debido a sus depósitos de productos químicos volátiles, pero nada conseguiría traspasar sus defensas.

Alrededor de la planta se extendían largas líneas de trincheras. Frente a ellas, incrustados en la planicie, había bloques de rococemento dispuestos para evitar un ataque con caballería acorazada. En algunos puntos, los bloques habían sido extraídos para canalizar dichos ataques, de ese modo las divisiones acorazadas quedarían atrapadas en medio de un fuego cruzado procedente de las escuadras de Hermanas Vengadoras y de la artillería antitanque operada por las tropas de Balur. En caso de necesidad, las hermanas que ocupaban las primeras líneas de trincheras podrían retirarse a

los búnkers prefabricados que tenían detrás, dispuestos en los cráteres donde habían sido depositados desde la órbita cuando se prepararon las defensas.

Para poder romper las líneas, los atacantes tendrían que atravesar diversas trincheras y varias decenas de búnkers. Las tropas de Balur contaban con varios cuerpos de reserva que podrían reforzar las líneas más atrasadas en caso de que los atacantes consiguieran llegar tan lejos, de ese modo las hermanas ocultas en los búnkers podrían cargar por sorpresa contra la retaguardia de los atacantes.

Ése era el plan. Pero Ludmilla sabía tan bien como cualquiera que los planes sólo eran planes hasta que se efectuaba el primer disparo, pero se necesitaría un asalto colosal para poder penetrar la línea defensiva por ese punto, probablemente el tramo mejor defendido, donde las hermanas habían conseguido desplegar una barrera tan impracticable como las propias aguas del lago Rapax.

Ludmilla miró a las tropas de Balur mientras se preparaban para la inspección por parte de uno de los comisarios del regimiento, una figura vestida con un uniforme negro que tenía autoridad para ejecutar a cualquiera, ya fuera oficial o soldado raso, que fuera sospechoso de eludir su deber para con el Emperador. En la lejanía, Ludmilla podía oír su voz mientras pronunciaba diferentes discursos para cada uno de los batallones que inspeccionaba. El Enemigo se acercaba, decía. Intentaría apoderarse de sus mentes incluso aunque destrozara sus cuerpos. Cualquiera que no diera la talla cuando el Enemigo tratara de entrar en su mente tendría suerte de recibir un balazo en la cabeza por parte de sus propios compañeros. Ésta sería una batalla por las almas, no sólo un mero enfrentamiento físico.

Ludmilla dejó sus prismáticos y volvió a ascender por la escala que daba acceso al búnker principal. Dos de sus Celestiales, hermanas de élite que servían en su escuadra de mando, estaban en posición de firmes junto a la entrada mientras la hermana superior Lachryma esperaba para poder hablar con la canonesa.

—Canonesa —dijo entonces con una leve inclinación de cabeza—. Las Serafines están en sus puestos.

Lachryma lideraba las escuadras de hermanas Serafines, unidades expertas en el combate cuerpo a cuerpo y equipadas con retrorreactores para poder desplazarse a los puntos más conflictivos de la batalla. Ellas serían las encargadas de desplegar un contraataque contra cualquier unidad enemiga que atravesara las primeras líneas de trincheras.

—Quiero que se dé prioridad a los puntos de unión de las líneas. Las tropas de Balur son muy efectivas, pero el enemigo intentará aprovechar los puntos más débiles.

—Por supuesto. Las hermanas que están junto a las tropas de Balur afirman que la Guardia Imperial se está poniendo nerviosa.

—Y tiene razones para estarlo. Encárgate tú misma de liderar los himnos de batalla en ese sector. Las tropas de Balur deben escuchar nuestro ejemplo.

—Y… canonesa, ¿puedo hablar con franqueza?

—Adelante.

—El discurso del inquisidor Valinov ha despertado ciertas dudas entre la Guardia Imperial, y creo que también entre las hermanas. Muy pocas de nosotras nos hemos enfrentado en combate a las legiones traidoras. En la Schola Progenium nos enseñaron que no existían.

—Recemos para que algún día eso sea cierto. —Ludmilla se quedó pensativa durante un instante—. Si alguien de los de Balur lo solicita, permita que recen junto a ustedes. Si ellos fallan todo estará perdido.

—Entendido.

—Y, hermana…

—¿Sí, canonesa?

—Las legiones traidoras cayeron porque el Enemigo supo sacar provecho de sus pecados, de su orgullo y de su arrogancia. Ésos son pecados que nosotras no cometeremos. No dejemos que el Enemigo destruya nuestro espíritu antes de que comience la batalla.

Lachryma hizo el saludo reglamentario y salió del búnker para unirse a sus hermanas de batalla. Ludmilla la miró mientras se marchaba. Lachryma era una mujer alta y su presencia era aún más imponente debido a su armadura de exterminador y a los retrorreactores que llevaba a la espalda. Las mangas negras que cubrían los avambrazos de su armadura color rojo

sangre estaban decoradas con la Rosa Ensangrentada, símbolo de la orden. En los tiempos anteriores a la Herejía de Horus, los marines espaciales pintaban marcas en sus armaduras para jactarse de sus victorias, pero las hermanas de batalla jamás hicieron algo tan vulgar.

Un miembro del personal de mando de Ludmilla, la hermana Dialogus, encargada de las comunicaciones, subió desde el nivel inferior del búnker.

—Canonesa, el personal del cardenal Recoba se ha puesto en contacto con nosotras. El inquisidor Valinov desea pasar revista personalmente a nuestras tropas.

—Dile que será todo un honor —dijo Ludmilla—. Y que esperamos que nuestras tropas estén a la altura de sus exigencias.

La hermana regresó al nivel inferior para transmitir el mensaje.

«Valinov es un líder nato», pensó Ludmilla. Parecía que había conseguido liderar la defensa sin proponérselo siquiera. La Guardia Imperial parecía acatar todas sus órdenes desde que dijo que las legiones traidoras existían realmente, y Ludmilla tenía la impresión de que algunas de sus hermanas pensaban lo mismo. Ludmilla era soldado, no político, pero aún así admiraba el modo en que Valinov había conseguido hacerse con el control de manera tan rápida, y más cuando había tanto en juego.

La presencia de Valinov significaba mucho más que un liderazgo competente. Las hermanas solían trabajar con el Ordo Hereticus más que con el Ordo Malleus, pero Ludmilla sabía que Valinov probablemente era miembro del Malleus, y que el hecho de que estuviera allí significaba que la amenaza que se cernía sobre Volcanis Ultor era de naturaleza demoníaca.

Marines traidores y demonios. Pocas fuerzas había tan poderosas bajo el mando del Enemigo, era comprensible que Valinov quisiera pasar revista a sus hermanas personalmente. No se trataba de un gesto político sino de una preocupación personal. Los demonios atacarían justo por el límite de las líneas defensivas, intentarían abrir una brecha que les permitiera destruir todas las defensas antes de dirigirse hacia la colmena. Las hermanas debían resistir.

Y resistirían.

* * *

El *Rubicón* dejó la Sala del Recuerdo antes de que fuera reducida a cenizas. En poco tiempo los salvajes conseguirían penetrar en los niveles inferiores, y cuando lo hicieran los defensores morirían junto con sus libros. Probablemente Serevic sería uno de los últimos en morir, abrasado junto a sus volúmenes humeantes. Alaric lo sabía, y aun así se marchó, no podía desperdiciar ni uno solo de sus Caballeros Grises para ayudar a los defensores en una batalla perdida. Él era un líder, y los líderes no podían desperdiciar las vidas de sus hombres para luchar en causas perdidas.

El puente del *Rubicón* estaba en silencio excepto por el zumbido lejano de los motores y por el sonido de los cogitadores. Las coordenadas habían sido trazadas y en breves instantes la nave comenzaría un breve salto a través de la disformidad. Sólo le llevaría unas pocas horas llegar hasta el sistema Volcanis, y el navegante del Malleus era lo suficientemente bueno como para llevar al *Rubicón* hasta los límites de aquel sistema.

Alaric observaba las preparaciones para el salto desde su puesto de mando. De pronto se abrieron las puertas y entró el juez Santoro.

—¿Hermano capitán? He hecho que la tripulación reúna toda la información de la que disponemos sobre Volcanis Ultor.

—¿Y bien?

—Nada que no supiéramos. Un mundo colmena controlado por la Eclesiarquía y con un gobierno meramente simbólico. Hemos echado un vistazo a la localización que nos dio Serevic. El lago Rapax está justo a las afueras de la colmena principal, pero no parece que allí haya gran cosa.

—Sin embargo, sabemos que eso no es del todo cierto. ¿Tenemos las coordenadas de aterrizaje?

—Ése es el problema, los astrópatas afirman que no han recibido ningún mensaje.

—¿Cuarentena?

—Probablemente. Volcanis Ultor está sufriendo una actividad cultista muy fuerte, una cuarentena psíquica sería un paso más que lógico.

—Pero no es lo que más nos conviene a nosotros. Tendremos que presentarnos allí de improviso. De todos modos, quiero que estemos preparados para entrar en combate. Si Volcanis Ultor ha sufrido la misma suerte que Farfallen, a buen seguro no tendremos una bienvenida amistosa.

—Entendido. Informaré a mis hombres.

Alaric descendió de su puesto de mando y se puso al mismo nivel que Santoro. Como siempre, poco podía extraerse de la expresión del juez.

—Juez, sé que te sientes frustrado al no poder combatir, pero Ghargatuloth pretende utilizar eso como arma.

—No estoy dispuesto a ser ninguna arma en manos del Enemigo.

—Lo sé, pero aun así lo intentará. Esta batalla no se luchará en nuestro terreno.

—Siempre ha sido así, tanto para Mandulis como para nosotros.

—Asegúrate de que tus hombres comprenden la situación.

Santoro saludó a Alaric y se marchó. Alaric sabía que Santoro aún no confiaba en él como líder. Sabía que los grandes maestres no lo habían elegido como hermano capitán por sus propios méritos, y que si no fuera porque Ligeia había perdido la cabeza ahora no estaría al mando. Ghargatuloth sería la prueba más dura posible para su capacidad de liderazgo, y con independencia del desenlace, Alaric podría averiguar si su núcleo de fe era lo suficientemente fuerte.

Pero por supuesto esta batalla no era por Alaric, era por los miles de millones de sirvientes imperiales que podrían morir, o algo mucho peor, si la estrella negra de Ghargatuloth conseguía volver a brillar.

—El navegante dice que estamos listos para el salto a la disformidad —dijo uno de los tripulantes desde la sala de control.

—Motores preparados —se oyó una voz a través del comunicador procedente de la popa del *Rubicón*.

Desde las diferentes cubiertas de la nave se confirmó que la tripulación estaba preparada. El *Rubicón* estaba listo.

—Adelante —ordenó Alaric, y el *Rubicón* se adentró de lleno en la disformidad.

* * *

Las defensas navales que protegían Volcanis Ultor eran las más fuertes que se habían visto en todo el sistema, o más bien en toda la senda, desde hacía siglos. El *Despiadado* era un crucero antiguo pero había demostrado su valía en innumerables ocasiones. Sus diferentes cubiertas daban cobijo a bombarderos Starhawk y a lanzatorpedos Avenger, todos ellos pilotados por hombres curtidos en mil batallas que hasta entonces habían estado convencidos de que su siguiente misión tendría lugar en el Ojo del Terror. El *Llama Divina* era mucho más moderno y estaba mejor armado, su artillería tenía capacidad para llenar de metralla enormes tramos de espacio y convertirlos en zonas mortíferas para cualquier nave. Los tres cruceros de escolta de la clase Espada del Escuadrón de Absolución eran prácticamente nuevos, su pintura aún refulgía tan brillante como el primer día que fueron botados en los muelles de Hydraphur.

Dispuestos alrededor de Volcanis Ultor, los dos navíos de combate y los tres cruceros de escolta podrían cubrir todo el planeta con facilidad. Había sensores de campo dispuestos sobre los núcleos de población y las estaciones de control orbital enviaban información de manera ininterrumpida. Se había cortado todo el tráfico comercial alrededor del sistema Volcanis, y cualquier nave que se moviera sería considerada como una amenaza.

Las órdenes del inquisidor Valinov habían sido claras. El Enemigo se acercaba y todo lo demás era secundario. Intentaría aterrizar en el planeta, pero el mejor modo de acabar con él sería destruir sus naves mientras estuvieran en órbita desembarcando a las tropas, ya que ése sería el único momento en el que serían vulnerables.

Al capitán Grakinko, del *Despiadado*, le gustaba hacer cuentas. Uno de los últimos supervivientes de las Purgas de Lastrati, Grakinko había visto

decenas de enfrentamientos a través de los ojos analíticos de un oficial. Los estrategas de la nueva escuela aseguraban que los ataques masivos con cruceros de combate eran el arma definitiva, pero Grakinko sabía que una oleada tras otra de cazas y bombarderos podía conseguir lo que ningún crucero de combate era capaz de hacer, y que en una pelea de perros como la que estaba a punto de desencadenarse podrían ser tan rápidos y mortales como un enjambre de avispas.

Grakinko aguardaba en su puesto de capitán, en su trono dorado. El puente de mando de su nave estaba tan elegantemente amueblado que parecía más la sala de baile de un palacio que el corazón de una nave de combate. Esperaba con la tranquilidad de saber que Volcanis Ultor era en aquellos momentos el lugar más seguro de toda la senda.

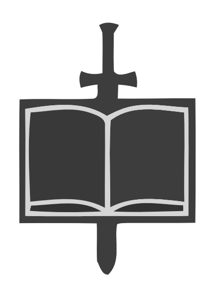
El *Llama Divina*, por el contrario, estaba comandado por un grupo de oficiales muy bien entrenados, la mayoría de los cuales se habían graduado en la Academia Naval Imperial de Hydraphur, y todos ellos eran poco menos que fanáticos convencidos de que la artillería pesada y la disciplina podrían acabar con cualquier enemigo. Pryncos Gurveylan, quien obtuvo la calificación más alta de toda una década y pronunció el discurso de graduación de su promoción, era el capitán. Pero todo el cuerpo de oficiales del *Llama Divina* funcionaba como una única máquina de toma de decisiones, entrenada para analizar cualquier situación y aplicar sobre ella la doctrina de la Marina Imperial. Los cazas del *Despiadado* serían muy útiles como distracción, pero la artillería del *Llama Divina* sería la que decantaría la batalla a su favor.

El capitán del *Llama Divina* compartía un primo segundo con el vicealmirante encargado de la formación del Escuadrón de Absolución, y una comunicación privada con los capitanes de escuadrón había asegurado que ellos y el *Llama Divina* lucharían como una sola nave. Con los cañones del *Llama* abriendo fuego a máxima potencia y los escoltas del Escuadrón de Absolución para llevar al enemigo hasta su rango de alcance, nada podría acercarse a Volcanis Ultor sin tener que atravesar una espesa cortina de fuego.

Pryncos Gurveylan estaba seguro, y como capitán debía estarlo, de que todas y cada una de las eventualidades posibles se habían previsto. Todo el puente del *Llama Divina* estaba tapizado y decorado con madera, un homenaje a las viejas salas y aulas de la academia; de hecho, la propia nave era como una extensión de la academia, un navío que contenía toda la sabiduría de la Marina. Los oficiales trabajaban afanosamente, inclinados sobre enormes mapas que representaban todo el sistema, trazando rutas sobre ellos con compases y reglas, gritando órdenes a ingenieros y subalternos y hablando constantemente por los comunicadores.

Justo en ese momento llegó un mensaje urgente de una de las estaciones de control en los confines del sistema. Una nave acababa de llegar a Volcanis sin previo aviso, y aparentemente estaba preparada para entrar en combate. No cabía duda de que se trataba de un crucero de asalto de los marines espaciales, pero su velocidad y su diseño hacían imposible averiguar su origen.

El *Despiadado* y el *Llama Divina* recibieron el mensaje al mismo tiempo, y ambos capitanes sabían que sólo había una explicación posible: tal y como Valinov había dicho, las legiones traidoras habían llegado.



DIECISÉIS

Llama Divina

—¡Se acerca algo! —gritó una voz desde el centro de control mientras en la pantalla aparecían unas marcas de color rojo que no cesaban de parpadear.

—¿De qué se trata? —preguntó Alaric.

El encargado de comunicaciones levantó la vista.

—Hemos enviado un mensaje de reconocimiento a Volcanis Ultor, pero no hemos tenido respuesta.

Alaric apretó con fuerza los reposabrazos de su asiento. Aquello no tenía sentido. Llevaban menos de una hora en el sistema Volcanis y sin previo aviso una nave de combate había salido a la caza del *Rubicón*, enviando escuadras enteras de cazabombarderos armados y en actitud beligerante.

—Archivum, necesito saber la clase y la designación de esa nave y de todas las demás que estén destinadas en este sistema. Alguien les ha dicho que veníamos y que no somos amigos.

Todos los jueces estaban a la escucha a través de sus comunicadores.

—¿Es posible que toda la flota haya caído en manos del Enemigo? —preguntó Tancred.

—No lo sé —respondió Alaric. Ésa sin duda era una posibilidad. Si Ghargatuloth había corrompido a los tripulantes de todas las naves de aquel sistema, eso explicaría su actitud hostil. Pero la última información de la que disponían era que Volcanis Ultor se mantenía relativamente libre y que sus defensores se estaban agrupando en torno a la figura del cardenal Recoba. Si todo el sistema había sido corrompido, desde luego había ocurrido a una velocidad alarmante—. Lo más probable es que se trate de desinformación. Si piensan que Ghargatuloth nos envía no hay nada que podamos hacer para convencerlos de lo contrario.

¿Cuántos ciudadanos imperiales habrían oído hablar de los Caballeros Grises? Muy pocos. Incluso si las tripulaciones de aquellas naves habían podido ver la silueta y los distintivos del *Rubicón*, ¿habrían sido capaces de identificarlo?

Alaric sabía que nada complacería más a Ghargatuloth que el hecho de que el secretismo de la Inquisición se volviera en su contra. Daba igual que las naves que se dirigían hacia el *Rubicón* estuvieran o no controladas por el Caos, los Caballeros Grises tendrían que luchar contra ellas de todas maneras.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Alaric. El ruido y el ajetreo del puente aumentaban gradualmente, cada vez más alarmas se disparaban y los oficiales de comunicaciones enviaban mensajes a las diferentes partes de la nave.

—Menos de veinte minutos —dijo el oficial de navegación—. Entonces entraremos en contacto con la primera oleada.

—Quiero que todas nuestras defensas estén activas, señuelos, artillería… todo. Tenemos que atravesar sus líneas y llegar a las capas altas de la atmósfera, no estamos aquí para luchar contra ellos sino para desplegar nuestras fuerzas en Volcanis Ultor.

El oficial de artillería comenzó a gritar órdenes mientras los miembros del Malleus comenzaron a salir apresuradamente del puente llevando mensajes hacia las cubiertas de artillería, donde los torpedos y los señuelos quedarían armados y listos para ser disparados. Los torpedos de corto alcance llenarían el espacio de metralla suficiente como para repeler las

primeras oleadas de cazas, pero al *Rubicón* no le quedaría suficiente armamento para enfrentarse a otro crucero.

—Que todos los jueces se dirijan a las plataformas de lanzamiento. Yo iré en la Thunderhawk. Tancred, conmigo. Genhain, Santoro, tendréis que utilizar las cápsulas de desembarco. Os quiero preparados antes de que los cazas nos alcancen.

Los jueces se apresuraron a acatar las órdenes, todos ellos ya llevaban puestas sus armaduras de exterminador. Los Caballeros Grises sólo necesitarían unos pocos minutos para llegar hasta la cubierta de lanzamiento, y Alaric pronto estaría junto a ellos. Entonces habló a través del sistema de megafonía del puente para que toda la tripulación pudiera escuchar sus palabras.

—Personal del *Rubicón*, sus órdenes están muy claras. Su objetivo es alcanzar las capas superiores de la atmósfera de Volcanis Ultor para permitir el despliegue. Cualquier otro objetivo es secundario. Esto incluye la supervivencia de la nave y de ustedes mismos. Sacrifiquen el *Rubicón* si es necesario, y puede que también tengan que sacrificar sus propias vidas. Sé que el Ordo Malleus los ha preparado para esto, pero no podrán saber si están verdaderamente preparados para enfrentarse a la muerte hasta que la vean cara a cara. El Emperador confía en que ustedes cumplan su cometido, y yo también confío en ello. Oficiales de control, el puente queda a su disposición, hagan lo que sea necesario para acercarnos al planeta lo máximo posible. No hace falta que les diga lo que está en juego. El hecho de que tenga que pedirles esto lo demuestra. ¡Que el Emperador los acompañe!

Hubo un breve silencio, una reacción muy emotiva teniendo en cuenta la naturaleza psicoadoctrinada de la tripulación. Acto seguido el ajetreo volvió a apoderarse del puente mientras las marcas visibles en los monitores de observación estaban cada vez más cerca del *Rubicón*.

Alaric descendió de su puesto de mando. El oficial de navegación le hizo un saludo disimulado mientras ocupaba su puesto. Alaric pudo ver cómo un mensajero se dirigía a la sala de máquinas para asegurarse de que los motores estaban preparados para una acción evasiva. El oficial de artillería comenzó a recontar las cargas que se lanzarían cuando llegara la primera

oleada del ataque. Los oficiales de navegación estaban marcando las posiciones del resto de naves del sistema. Tres cruceros de escolta y uno de asalto orbitaban en los alrededores de Volcanis Ultor, esperando abalanzarse sobre cualquier cosa que consiguiera eludir el ataque del transporte de cazas.

El encargado del archivo, junto con su pequeño equipo de eruditos rodeados de bancos de memoria, habían identificado el navío que se aproximaba como el *Despiadado*, un veterano de Puerto Maw durante la guerra Gótica. Se trataba de una buena noticia, ya que significaba que la nave estaba bastante anticuada, y las naves viejas solían ser muy lentas. El *Rubicón* podría dejarla atrás sin demasiados problemas. La verdadera batalla tendría lugar en la frontera entre la atmósfera de Volcanis Ultor y el espacio exterior.

En muy pocas ocasiones Alaric se había parado a pensar en la tripulación del *Rubicón*, compuesta por hombres y mujeres altamente eficientes pero casi invisibles. Algunos de ellos habían sido literalmente educados para pasar desapercibidos, resultado de programas de instrucción que generaban individuos altamente adoctrinados. Pero Alaric, en aquel momento, se sintió orgulloso de ellos. Eran eficientes e inquebrantables. Nunca podrían liderar una nave en combate, pero no lo necesitaban, sólo tenían que desempeñar su tarea mecánicamente, tarea que consistía en hacer avanzar al *Rubicón* lo suficiente como para que los Caballeros Grises pudieran alcanzar la superficie de Volcanis Ultor.

Ahora ya no necesitaban a Alaric, quien se apresuró a través del puente para unirse a sus hermanos de batalla y dejar al personal del *Rubicón* que hiciera su trabajo.



El capitán Grakinko miró la pantalla holográfica que había en el puente del *Despiadado*, en la que se podía ver como los cazas se acercaban hacia la nave del Caos. ¡Y pensar que el Enemigo había intentado hacerse pasar por

súbditos imperiales y había solicitado permiso para aterrizar en Volcanis Ultor! El inquisidor Valinov había previsto todos y cada uno de sus movimientos. Y si pensaban que acabar con una vieja nave como el *Despiadado* sería tarea fácil, estaban muy equivocados.

—¡Jefe de escuadrón! Quiero a los lanzatorpedos en vanguardia, que los Starhawk y las naves de asalto se replieguen. Primero debilitaremos sus defensas.

—Recibido, capitán. —Fue la respuesta entusiasta del jefe de escuadrón.

El escuadrón de cazas del *Despiadado* estaba liderado por una docena de oficiales subalternos, la mayoría de los cuales habían sido destinados a la propia nave durante todo su extenso historial de servicio. La ferviente actividad en el puente alcanzó su punto álgido mientras el *Despiadado* entraba en situación de combate. El personal médico estaba instalando puestos de atención primaria en torno a la sala de máquinas y a las cubiertas de lanzamiento, donde las bajas siempre eran muy numerosas. Los responsables de las capillas también estaban diseminados por toda la nave entonando plegarias. Los equipos de mantenimiento aguardaban nerviosos en las cubiertas, listos para repostar y volver a cargar de bombas a los cazas en cuanto regresara la primera oleada.

—Hermoso, ¿verdad? —dijo Grakinko, orgulloso—. Verdaderamente hermoso.

Ubicó su enorme silueta en su asiento y abrió un panel que había en el reposabrazos, del que sacó una botella del mejor vino espumoso de Chiros. Extrajo el tapón con su rollizo dedo y levantó la botella a modo de brindis.

—¡Por la guerra! —gritó.

Varios miembros del personal del puente devolvieron el brindis efusivamente. Las comunicaciones de la escuadra de cazas aumentaron conforme realizaban la aproximación final.

En cuanto dio la orden de abrir fuego, el capitán Grakinko bebió un buen trago que señalaría el comienzo de la batalla.

«Un vino excelente», pensó.

* * *

La primera oleada de torpedos fue contrarrestada por una descarga lanzada desde el *Rubicón*. La artillería de corto alcance disparada desde el crucero de los marines espaciales explotó cubriendo el espacio de residuos y metralla. Pronto empezaron a verse las llamas provocadas por las implosiones producidas en el vacío espacial, como pequeñas tormentas de fragmentos metálicos que formaron una cortina brillante a modo de telón protector.

Las primeras líneas de cazas, probablemente unos treinta de ellos, lanzaron sus torpedos y realizaron una maniobra evasiva para evitar el fuego de supresión lanzado desde las torretas del *Rubicón*. La cortina de metralla hizo explotar la mayor parte de los torpedos. Los pequeños destellos causados por las explosiones de los proyectiles quedaban silenciados en medio del vacío espacial. Cada una de las explosiones formaba una serie de ondas concéntricas en la cortina, como piedras que se lanzan a un lago. Inevitablemente algunos torpedos consiguieron atravesar el telón defensivo, produciendo destellos oscuros al estrellarse contra el escudo protector que rodeaba el casco del crucero de asalto.

Pero el verdadero daño ya estaba hecho. Mientras los equipos de mantenimiento del *Rubicón* intentaban reactivar los escudos, se produjo la segunda oleada del ataque. Esta vez los cazabombarderos Starhawk atravesaron el telón defensivo. Algunos de ellos explotaron cuando los pequeños fragmentos de metralla obstruyeron sus motores, pero la mayoría consiguió seguir adelante. Los pilotos del *Despiadado* eran veteranos que habían realizado esa misma maniobra cientos de veces. De hecho, el propio telón los protegía del fuego de supresión lanzado desde el *Rubicón*, y consiguieron salir en formación y lo suficientemente cerca del crucero como para desplegar toda su fuerza de ataque.

Empezaron a realizar maniobras ofensivas empleando los turboláser que llevaban montados en el morro para intentar perforar el casco del *Rubicón*.

Sobre las cubiertas y pasillos del crucero de asalto, los hombres y mujeres de la tripulación del *Rubicón* comenzaron a sucumbir.

* * *

Alaric oyó cómo los disparos provenientes de los cazas alcanzaban su objetivo: una serie de explosiones que se extendían a lo largo del casco. Estaba en el interior de la única Thunderhawk que quedaba. Acababa de abrocharse los anclajes de su asiento gravitacional y estaba listo para el lanzamiento, junto con su escuadra y la escuadra de Tancred.

Con Krae descansando en paz en las catacumbas de Titán, la escuadra de Tancred estaba ahora compuesta por el propio Tancred y por los tres hermanos exterminadores que quedaban con vida. Tancred llevaba su espada némesis mientras que Locath y Golven portaban sus alabardas, Karlin era el encargado del incinerador de la escuadra. Todos los marines exterminadores eran muy parecidos a Tancred, tropas de asalto inquebrantables que vivían para hacer cumplir la voluntad del Emperador con la ayuda de sus enormes armaduras y de sus armas némesis.

Karlin había sido un estudiante corriente en el seminario de capellanes, donde aprendió a que el núcleo incandescente de su fe bendijera el fuego que haría caer sobre sus enemigos. Locath era casi tan fuerte como el propio Tancred, y su alabarda némesis era una poderosa reliquia que le regaló un hermano capitán a cuyas órdenes estuvo durante sus años de novicio. Golven era tremendamente hábil con la alabarda y había obtenido su Crux Terminatus a base de abordar naves infestadas y de luchar contra hordas de genestealers.

Alaric portaba bajo el brazo la espada némesis de Mandulis.

—Creo que esto es tuyo, juez —dijo mientras le entregaba el arma a Tancred.

Éste la cogió y miró a Alaric con sorpresa.

—Hermano capitán, no creo que yo merezca…

—Eres nuestro mejor soldado, Tancred —lo interrumpió Alaric—. Tan sólo el capitán Stern ha conseguido derrotarte. Necesitamos que seas tú quien porte el relámpago dorado. Eres el más capacitado de todos nosotros.

Tancred dejó a un lado su propia espada némesis y cogió la de Mandulis. Era una arma extremadamente grande, pero Tancred se sintió muy cómodo al empuñarla. Había sido forjada pensando en la fuerza en lugar de la astucia, pero en combate Tancred tenía ambas cualidades de sobra, y en sus manos esa espada tenía el mismo aspecto de firmeza y equilibrio que debía de haber tenido en manos de Mandulis. El interior de la Thunderhawk se iluminó con el brillo de su hoja. Reflejada sobre ella, la figura de Tancred parecía aún más grande, oscura y fuerte, un reflejo de su propio espíritu.

—La espada que desterró a Ghargatuloth —dijo Tancred—. No puedo creerlo.

Levantó la espada para buscar su centro de gravedad, examinó su filo y la impecable y pulcra superficie de la hoja. Parecía como una extensión de su cuerpo. Tancred había nacido para empuñar esa espada. Para Alaric era una reliquia sagrada, pero para Tancred era como si el mismísimo Emperador la empuñara a través de su mano.

Se produjo otra serie de explosiones cuyo eco alcanzó el interior de la Thunderhawk. Se oyeron tan cercanas que era probable que la última ráfaga de disparos hubiera hecho blanco junto a la cubierta de lanzamiento. Se oyeron más explosiones provenientes de alguna otra zona de la nave. Alaric pudo sentir las vibraciones sobre la cubierta cuando los motores de aproximación del *Rubicón* se pusieron en marcha.

—Roguemos al Emperador para que tengamos oportunidad de usarlas —dijo Alaric mientras por todo el casco resonaba el estallido de los escudos protectores al ser perforados.

* * *

Los motores del *Rubicón* comenzaron a trabajar a máxima potencia mientras una nueva ráfaga de disparos impactaba a lo largo de todo su casco. El crucero de asalto empezó a avanzar aprovechando su mayor movilidad, atravesando el telón de residuos y dirigiéndose directamente hacia los cazas que se aproximaban. Muchos de ellos tuvieron que variar su rumbo para evitar al enorme crucero que se abalanzaba sobre ellos, acto seguido siguieron disparando para que sus proyectiles impactaran sobre el grueso blindaje de proa del *Rubicón*. Los ataques contra los laterales del casco pudieron ser repelidos cuando la nave varió el rumbo, y las torretas, que ya no tenían delante el telón defensivo, pudieron disparar contra los cazas que decidieron realizar una segunda pasada. Más de setenta cazas fueron destruidos o quedaron inutilizados. La mayoría de sus pilotos murieron o quedaron a la deriva en el espacio, donde sus posibilidades de ser rescatados serían mínimas. Gran parte de la munición que llevaban a bordo explotó antes incluso de que pudiera ser disparada. Los atacantes comenzaron a dispersarse mientras la enorme proa plateada del *Rubicón* empezaba a abrirse paso a través del espacio.

Las piezas de artillería del crucero de asalto se habían quedado sin munición, y toda la nave sangraba fuego a través de las heridas abiertas en su casco. Los Avenger y los Starhawk habían cumplido su cometido, pero no consiguieron acabar con el *Rubicón*.

Dejando tras de sí innumerables cazas flotando a la deriva y con las escuadras de bombarderos y lanzatorpedos en plena retirada, el *Rubicón* comenzó a acercarse a toda velocidad hacia Volcanis Ultor.



Desde el puente del *Despiadado*, el capitán Grakinko podía oír cómo el crucero de los marines espaciales repelía el ataque de sus cazas. A través del comunicador se podían oír los alaridos que los pilotos lanzaban desde sus cabinas inundadas de llamas. Se oían las explosiones cuando la munición

estallaba a causa del sobrecalentamiento, después todo quedaba en silencio cuando la fuente de energía de los cazas reventaba y cortaba las comunicaciones. El personal de control de cazas estaba acostumbrado a oír actuar a la muerte a distancia, el propio Grakinko había perdido a miles de hombres en infinidad de enfrentamientos navales, pero siempre era algo descorazonador.

—¡Control de navegación! —gritó Grakinko por encima del ajetreo que inundaba el puente de mando—. ¿Por qué no nos movemos? ¿Adónde se dirigen?

—Se dirigen hacia el planeta, señor —fue la respuesta proveniente del control de navegación, donde decenas de jóvenes oficiales intentaban arreglárselas con los mapas del sistema entre cogitadores que echaban humo al ser forzados a realizar cálculos tan complejos.

Grakinko soltó una risa grave y sardónica.

—Entonces nos colocaremos frente a ellos y lanzaremos otra andanada. ¡Veamos si esas alimañas son capaces de salir de ésta con vida! —Golpeó con fuerza el reposabrazos de su asiento—. Artillería, ¿de cuánta munición disponemos?

El oficial de artillería pertenecía a una familia que había dado siete generaciones de hombres a la Marina. Grakinko recordaba haber jugado al regicida, a tres tableros, con su padre.

—Los cañones están cargados y listos para abrir fuego, capitán. A la velocidad a la que se mueven podremos lanzar tres andanadas sobre su proa.

—¿Y si esperamos y atacamos desde popa?

El oficial se quedó pensativo unos instantes.

—Eso nos garantizaría dos andanadas y media sobre su popa.

—Tengo aquí una botella de amasec más vieja que yo mismo. Deme tres ráfagas y media contra su popa y será suya, ¿me ha entendido?

—Sí, capitán.

El *Despiadado* no era una verdadera cañonera, pero tras la guerra Gótica le habían sido instalados numerosos cañones (y Grakinko admitía que en contra de sus propios deseos), y por el Emperador que ahora era capaz de desplegar una potencia de fuego más que suficiente cuando era necesario.

Tres andanadas completas en proa y tres y media en popa serían más que suficientes para inutilizar cualquier nave que se encontrara a corta distancia. Después no habría más que enviar a los cazas para que bombardearan a esos canallas y destruyeran su crucero de asalto por completo.

Grakinko pensó que debería dejar que los cruceros de escolta del Escuadrón de Absolución también tuvieran su minuto de gloria, era una costumbre y un gesto de cortesía con los demás capitanes.

Pero esos oportunistas del *Llama Divina* se iban a quedar con las ganas.

—¡Control de navegación. Pónganos a su misma altura! —ordenó Grakinko.

El capitán sintió cómo el *Despiadado* se tambaleaba mientras sus motores hacían girar su viejo casco para ponerlo en la trayectoria del crucero de asalto.

La pantalla holográfica de control táctico realizó un *zoom*, dejando al resto de navíos fuera del campo de visión y concentrándose en dos señales brillantes, el símbolo azul que representaba al *Despiadado* y el triángulo rojo que indicaba la posición del crucero de asalto del Caos, esparciendo desechos y combustible en llamas mientras se aproximaba a Volcanis Ultor.



Alaric estaba abrochándose los anclajes de su asiento gravitacional cuando oyó que las alarmas se disparaban por todo el *Rubicón*.

«Alerta de colisión», dijo para sus adentros. Los motores de la nave rugían cada vez más fuerte.



El *Despiadado* lanzó una ráfaga de localizadores telemétricos hacia la proa del *Rubicón*. El personal de artillería estableció que el objetivo estaba dentro del rango de alcance y aproximándose, acto seguido el oficial dio la confirmación. Tras la señal, todos los cañones de babor abrieron fuego.

Contra una nave con los escudos a pleno rendimiento y con capacidad para devolver el fuego, el daño no habría sido excesivo. Pero contra una nave con los escudos dañados y que no estaba en posición de contraatacar, los cañones del *Despiadado* podrían lanzar varias andanadas directamente hacia la proa del crucero de asalto. La enorme proa blindada del *Rubicón*, protegida por capas de adamantium y por innumerables letanías de protección por todo el casco, recibió primero una serie de impactos menores antes de ser perforada por los enormes cañones del *Despiadado*. Las placas de blindaje resultaron arrancadas y quedaron flotando en el espacio envueltas en llamas. Una serie de explosiones secundarias originaron un muro de fuego que se extendió entre las junturas de las placas del casco. Finalmente, una gran explosión hizo añicos la proa del *Rubicón* dejando salir una enorme lengua de fuego que se extendió por todo el casco de la nave. Pronto el vacío apagó las llamas y lo único que quedó de la proa fue un amasijo de metal ennegrecido.

La nave no disminuyó la velocidad, pero realizó un viraje brusco. Innumerables sistemas habían sido dañados y el fuego se extendía por los corredores y por las zonas de mantenimiento. Las mamparas y ventanas de observación comenzaron a reventar a causa de la presión del vacío. El puente de mando quedó maltrecho, y si hubiera estado dispuesto en una zona más adelantada dentro del casco habría quedado totalmente destruido. Miles de hombres y mujeres del Malleus perecieron, inmolados, abrasados o lanzados al vacío espacial. La proa destrozada del *Rubicón* dejaba tras de sí secciones enteras de blindaje protector, residuos e infinidad de cuerpos congelados.

* * *

La Thunderhawk fue arrojada hacia un lado, precipitándose contra los anclajes que la sujetaban mientras el *Rubicón* sufría una tremenda sacudida.

—Informe de heridos —pidió Alaric a través del comunicador.

—Ninguno —contestó Genhain, cuyos hombres estaban en las cápsulas de desembarco que había junto a la cañonera.

—Ninguno —repitió Santoro.

Alaric examinó a los marines espaciales que había en la Thunderhawk. Sus hombres estaban perfectamente; se necesitaría algo mucho más fuerte para herir a alguno de los exterminadores de Tancred.

Alaric se puso en contacto con el puente.

—¿Qué ha sido eso?

—La proa ha quedado destrozada —respondió alguien. Incluso los sistemas de comunicaciones habían quedado dañados—. Toda la parte frontal de la nave ha quedado inutilizada.

—¿Y el puente?

—Ha sufrido daños menores. El control de navegación está corrigiendo el curso. Llegaremos a la atmósfera en veintidós minutos.

Por el tono de voz y por el ruido de fondo que había en el puente, Alaric supo que él no era el único que pensaba que sería demasiado tiempo.

* * *

El *Rubicón* pasó justo por debajo del *Despiadado*, lo suficientemente cerca como para que los residuos y los restos de su proa impactaran como una lluvia de acero en la parte inferior del crucero que la había destrozado.

Las piezas de artillería que el *Despiadado* tenía dispuestas a estribor no contaban con tanta munición ni personal como las de la cubierta opuesta, sin embargo, también jugarían su papel en la batalla. En cuanto la popa del *Rubicón* estuvo a tiro, la nave efectuó un giro para poder tener un mejor ángulo de disparo, en ese momento la artillería desplegó toda su potencia de fuego sobre la sección de popa del crucero de asalto.

Los enormes escapes de los motores comenzaron a recibir impactos mientras unas grandes leguas de fuego caían sobre ellos como una lluvia abrasadora. Unos enormes chorros de gas sobrecalentado comenzaron a salir de los motores heridos. Uno de los reactores de plasma resultó perforado y todo el combustible que contenía comenzó a derramarse por el espacio formando jirones al entrar en contacto con el gélido vacío. El jefe de máquinas miró hacia arriba y pudo ver el enorme agujero que había donde antes había estado el puente de la sección de popa, el vacío le robó el aire de los pulmones y congeló su sangre. Lo último que pudo ver fue al *Despiadado*, moviéndose despacio y abriendo fuego sobre él.

El paso principal entre la sala de maquinas y el puente del *Rubicón* había desaparecido. La nave estaba volando a ciegas.

Los cañones de estribor del *Despiadado* se quedaron sin munición. El *Rubicón* pasó justo por debajo, con la proa hecha añicos y la popa seriamente dañada, liberando oxígeno y plasma y dejando tras de sí un reguero de fragmentos metálicos. Pero aún seguía con vida. Los archivos de Iapetus podían dar fe de que había sobrevivido a ataques mucho peores.

Los reactores de plasma se estremecían por el esfuerzo mientras el *Rubicón* se dirigía pesadamente hacia la silueta blancuzca de Volcanis Ultor.

* * *

El capitán Grakinko levantó la vista y vio a su oficial de artillería de pie frente a él, los botones de sus uniforme recién almidonado refulgían brillantes.

—Han sido cuatro andanadas disparadas desde los cañones de estribor —anunció el oficial.

«Maldito cerdo engreído», pensó Grakinko mientras sacaba la botella de amasec del compartimento que había en el reposabrazos de su asiento. Sin apartar la vista del oficial, golpeó el cuello de la botella contra el reposabrazos y comenzó a beber su contenido, que empezó a gotearle por la

babilla y a manchar su uniforme. Una vez vacía, arrojó la botella al suelo del puente.

—Sean herejes o no, esas sabandijas saben construir una buena nave.

El capitán Pryncos Gurveylan, sentado detrás de uno de los muchos cogitadores que había en el puente del *Llama Divina*, observaba como lo poco que quedaba del *Rubicón* se abría paso a través de la cortina de fuego procedente de las baterías de estribor del *Despiadado*. No se trataba de un navío precisamente famoso por su artillería, pero había desplegado toda su potencia de fuego contra un oponente que se encontraba a muy poca distancia. El hecho de que el crucero de asalto enemigo siguiera adelante daba idea de su resistencia.

Gurveylan no era un capitán de la vieja escuela. Su palabra no era ley dentro de la nave, le había dejado ese privilegio al oficial de seguridad Lorn y al comisario naval Gravic. Él no era de los que gobernaban el puente con mano de hierro, ya que confiaba plenamente en que sus oficiales estaban capacitados de sobra para desempeñar sus tareas de manera eficiente. Él era más bien el brazo ejecutivo del cuerpo de oficiales del *Llama Divina*. Así era como se hacían las cosas en la academia, basándose en el trabajo en equipo, en la responsabilidad y en la obediencia.

La enorme unidad de proyección holográfica había inundado el puente con una imagen del crucero de asalto enemigo, con la proa destrozada y regueros de plasma congelado saliendo de sus reactores. La imagen del *Despiadado* estaba en la parte superior mientras el *Rubicón* seguía avanzando inexorablemente, marcado por los sistemas de seguimiento del *Llama Divina*. Se dirigía hacia Volcanis Ultor. No intentaba realizar ninguna maniobra evasiva, simplemente se dirigía hacia aquel planeta.

—Quiero un informe de daños sobre esa nave —dijo Gurveylan.

Uno de los muchos oficiales que había a bordo comenzó a hablar a través del comunicador.

—Se trata de un crucero de asalto de los marines espaciales, pero no tenemos ninguna otra especificación.

—Denme una valoración aproximada.

—Proa completamente inutilizada, sólo se mantienen los sistemas no primarios. Es probable que el puente de mando se conserve intacto. Importante fuga de plasma. Motores al setenta por ciento aproximadamente. Bajas en la tripulación entre treinta y cincuenta por ciento.

—¡Artillería! —gritó el capitán—. ¿Qué probabilidades hay de inutilizarlo si nos ponemos a su misma velocidad y disparamos varias andanadas de proyectiles pesados?

Se produjo una larga pausa mientras los oficiales de artillería y los lexicomecánicos realizaban los cálculos.

—Ochenta por ciento —fue la respuesta.

—Bien. Comunicaciones, pónganse en contacto con el Escuadrón de Absolución y díganles que se sitúen en órbita alta por si el enemigo consigue superarnos. Quiero estar junto a la nave enemiga y listos para abrir fuego en siete minutos. Creo que después de todo tendremos que agradecerle al capitán Grakinko que los haya dejado tocados. Todo el personal a sus puestos.

Todos los oficiales del *Llama Divina* se pusieron manos a la obra. La actividad en el puente de mando se volvió frenética. El control de navegación tendría que calcular vectores tremendamente complejos. El personal de artillería se desplazó hasta las cubiertas de disparo para preparar los enormes cañones. Los ingenieros tuvieron que colocar equipos de control de daños en puntos estratégicos a lo largo de toda la nave, pues aunque el crucero enemigo tuviera muy poca capacidad de fuego en aquel momento, aun así podría dañar alguno de los sistemas primarios del *Llama Divina*.

Una nave de combate era algo hermoso, todos y cada uno de sus componentes y tripulantes perseguían un mismo objetivo, estaban unidos por un mismo deber. Desde el personal de la sala de máquinas hasta los comandantes, o incluso el propio Gurveylan, todo el *Llama Divina* estaba unido para alcanzar un objetivo común.

Si todo el Imperio fuera como el *Llama Divina*, el Enemigo sería desterrado a la oscuridad para siempre. Pero por el momento a Gurveylan le

bastaba con ver aquel crucero de asalto de los marines del Caos reducido a un amasijo de hierros humeantes.



Valinov vio a través de un claro que se abrió entre las nubes de contaminación los destellos blanquecinos del fuego con que el *Llama Divina* estaba hostigando al *Rubicón*. Conocía muy bien la potencia de fuego que el *Llama Divina* era capaz de desplegar. Si Valinov había movido las piezas correctas, si todos los engranajes funcionaban como debían, el final estaría muy cerca.

Valinov se movía en un vehículo terrestre a través de las ruinas y aldeas que delimitaban los límites orientales de la colmena Superior. Frente a él se abría una tierra baldía salpicada de alambre de espino y horadada por cientos de trincheras, entre las que se alzaban los búnkers de plasticemento. A pesar de encontrarse a una distancia considerable de las líneas de retaguardia, Valinov podía ver a los hombres que se apresuraban a ocupar sus posiciones y oír las alarmas que declaraban el estado de máxima alerta. Recoba había conseguido organizar una defensa bastante cohesionada. Entre los oficiales se había extendido rápidamente el rumor de que el Enemigo había llegado al sistema y que, tal y como Valinov había predicho, se dirigía hacia Volcanis Ultor y la colmena Superior.

El vehículo, conducido por un oficial de enlace de la infantería pesada de Balur, rodeaba un puesto de suministros en el que se habían almacenado baterías láser dispuestas para ser transportadas allí donde la batalla lo requiriera. Apostado en la parte trasera del transporte, Valinov pudo ver en el cielo un pequeño reflejo escarlata, indicio de que la batalla se estaba recrudeciendo. La última de las asesinas del Culto de la Muerte de Ligeia que quedaba con vida estaba sentada a su lado, sus músculos, siempre alerta, se contraían de vez en cuando. Valinov se había asegurado de que la asesina permaneciera oculta mientras él se ocupaba de sus asuntos en las oficinas de

Recoba; tenía un aspecto demasiado siniestro y peligroso y podría haber comprometido sus intentos para ganarse la confianza del cardenal. Pero ahora que estaba fuera de la colmena ya no tendría que ocultarla más. Valinov debía transmitir la sensación de ser un guerrero, y su asesina lo ayudaba a aumentar la impresión de ser un combatiente mortífero.

El vehículo se dirigió hacia el norte y Valinov vio que se movían justo por detrás de las líneas de las tropas de Balur. La infantería pesada de Balur era famosa por su disciplina, lo cual sería tan útil para Valinov como los blindajes de medio caparazón de la Guardia Imperial o sus rifles láser, configurados para desplegar su máxima potencia de fuego a corto alcance. Los soldados de Balur harían cualquier cosa que Valinov les pidiera. Eso era todo lo que necesitaba de ellos.

Los oficiales no cesaban de gritar órdenes para colocar a sus unidades en posición. Los campos de tiro cubrían todo el territorio, las estrategias de contraataque estaban bien definidas y los puntos más débiles de las líneas defensivas habían sido reforzados con piezas de artillería adicionales. El comisario del regimiento inspeccionaba las tropas, bólter en mano, aunque Valinov sabía que no se vería obligado a usarlo contra sus disciplinados y fieles soldados.

Aunque quizá tendría que hacerlo cuando se acercara el final, pero entonces ya no importaría.

El vehículo se dirigía hacia el extremo norte de las líneas, a orillas del lago Rapax, donde se encontraba la planta de procesamiento. El color rojo brillante de las armaduras de las hermanas de batalla de la Orden de la Rosa Ensangrentada refulgía en medio de la grisácea luz matinal de Volcanis Ultor. Valinov vio que incluso había hermanas en el tejado de la planta, así como escuadras de Hermanas Vengadoras armadas con bólters pesados. Unidades enteras de Serafines, con sus característicos retrorreactores, rezaban arrodilladas mientras sus hermanas superioras las preparaban para lanzar un contraataque en cuanto el enemigo consiguiera romper las líneas. La canonesa Ludmilla había traído consigo una dotación completa de más de doscientas hermanas de batalla. Tropas que precisamente Valinov se dirigía a inspeccionar en aquel momento, así podría agradecerle

personalmente a la canonesa que hubiera escuchado la llamada de Volcanis Ultor y prevenirla aún más sobre la naturaleza del Enemigo. Su líder, según pensaba decirle, portaba una arma demoníaca que la Inquisición debía requisar para poder destruirla. Y a buen seguro que ella lo creería, pues los destellos que se veían en la órbita alta demostraban que tenía razón.

Valinov ya había vencido. El mismísimo Señor de la Transformación le había prometido que lo único que debía hacer era dejar que los hilos del destino se manifestaran en torno a su persona. Incluso en aquel mismo instante podía sentirlo, sentía cómo el peso del destino se cernía sobre Volcanis Ultor aplastando su falsa libertad. Sólo el Caos era la auténtica libertad, la glorificación del verdadero potencial del alma, la realización de aquello en lo que la humanidad podría convertirse bajo los designios del Señor de la Transformación. Pero para que el Caos pudiera reinar, las mentes de los mortales deberían ser despertadas de su letargo para poder dar cobijo a la infinita sabiduría de Tzeentch. La humanidad debería ser esclavizada bajo la voluntad de Tzeentch, ésa era la única manera de liberarla. La gran masa de la humanidad jamás lo comprendería, de modo que se necesitaban hombres como Valinov para actuar como instrumentos del Caos que se cernía sobre ella.

En el cielo podía distinguirse la silueta del *Rubicón*, una figura plateada y retorcida que dejaba tras de sí una estela de plasma y fragmentos metálicos como si fuera un cometa.

El vehículo por fin alcanzó las líneas de las hermanas. El conductor descendió y abrió la puerta para que Valinov pudiera salir, seguido por su asesina del Culto de la Muerte.

Valinov puso los pies sobre el suelo reseco y polvoriento y se acomodó el abrigo sobre los hombros. Adoptó una pose firme y posó su mano sobre la empuñadura de su espada de energía, como un verdadero caballero. La asesina se mantenía justo detrás de él. Valinov se preguntaba si tendría la más mínima idea de en qué estaba metida. Jamás hablaba, y Valinov ni siquiera sabía su nombre, pero sabía que lo seguiría hasta la muerte al igual que había hecho con su anterior señora, Ligeia.

Lo cual estaba muy bien, porque fuera cual fuera el plan que Tzeentch tenía preparado para Volcanis Ultor, a buen seguro incluiría un buen número de muertes.

* * *

—¡Puente! —gritó Alaric a través del comunicador.

Le resultaba casi imposible oír su propia voz en medio del estruendo de una nave que se resquebrajaba bajo un tremendo castigo. Los proyectiles seguían impactando contra el casco, y con cada nueva detonación se desprendían placas enteras de blindaje, librando más y más compartimentos al vacío.

En medio de tanto estruendo era imposible comprender los mensajes.

—Informe de daños… treinta por ciento…

—¿Podemos descender hasta la órbita baja? —gritó Alaric.

—… sistemas no operativos, motores… al veinte por ciento…

Alaric era incapaz de saber qué miembro del personal del Malleus estaba hablando; parecía que el puente también había resultado gravemente dañado. ¿Cuántos miembros del personal de control habrían muerto? ¿Cuántos más perecerían antes de que el *Rubicón* fuera abandonado a su suerte y destruido?

La Thunderhawk se agitó violentamente sobre sus anclajes, como si estuviera atravesando una zona de turbulencias. Los Caballeros Grises se sujetaron con fuerza a los asientos gravitacionales mientras se seguían produciendo explosiones a lo largo de todo el casco.

De pronto desapareció el sonido de estática y una voz alta y clara se oyó a través del comunicador.

—Hermano capitán Alaric, hemos perdido el puente. Hemos colocado al *Rubicón* en rumbo de aproximación, pero los sistemas de control ya no están operativos, si los cálculos son incorrectos no se podrá corregir el rumbo. —Alaric reconoció la voz del oficial al mando de las comunicaciones cuyo

nombre desconocía—. Llegaremos a la atmósfera en seis minutos si es que los motores resisten. En estos momentos nos estamos dirigiendo a la cubierta de lanzamiento para asegurarnos de que las puertas de los hangares se abren.

—Buen trabajo, oficial —dijo Alaric mientras el ruido de estática volvía a interferir en las comunicaciones—. ¿Cómo se llama?

—Ninguno de nosotros tiene nombre, señor —fue la escueta respuesta —. Despliegue en seis minutos, hermano capitán. Que el Emperador les proteja.

* * *

Los cruceros de asalto construidos para los capítulos del Adeptus Astartes no estaban diseñados para transportar artillería pesada. Habían sido diseñados pensando en la velocidad y en la resistencia, ya que su cometido era transportar marines espaciales de forma rápida y segura y tomar parte en operaciones de abordaje. Podían soportar una enorme cantidad de fuego enemigo, tanta como las naves de la Marina Imperial de clases mayores, de modo que los artilleros del *Llama Divina* habían calculado que necesitarían toda la potencia de fuego de las baterías de estribor para destruir el *Rubicón*.

Sin embargo, el *Rubicón* no era un simple crucero de asalto de los marines espaciales, por muy resistentes que éstos fueran. Había sido diseñado para el Ordo Malleus, cuyos recursos empequeñecían a los del Almirantazgo Naval. El *Rubicón* había sido construido con aleaciones y materiales tan avanzados que el Adeptus Mechanicus era incapaz de reproducir. El Ordo Malleus exigía lo mejor por parte de su cámara militante, los Caballeros Grises, y ellos también daban lo mejor de sí mismos. El *Rubicón* era uno de los cruceros más sólidos que habían surcado el espacio desde la Edad Oscura de la Tecnología.

El baile mortal entre el *Llama Divina* y el *Rubicón* llegó hasta las capas altas de la atmósfera de Volcanis Ultor. El aire de baja densidad que rodeaba

ambas naves se incendiaba formando lenguas de fuego a causa de los proyectiles que se disparaban desde las baterías de estribor del *Llama Divina*. Las llamas que envolvían el *Rubicón* se avivaron cuando penetró en la atmósfera; el fuego comenzó a brotar como si se tratara de un líquido que emanaba de su maltrecha proa y a formar enormes columnas ardientes que salían de sus motores. Un segundo generador de plasma explotó, esparciendo su abrasador contenido por toda la sala de máquinas. Acto seguido se produjo un impacto tan fuerte que casi hizo que el casco del *Rubicón* se partiera en dos, esparciendo por el suelo infinidad de fragmentos metálicos y cuerpos sin vida. Cuando el fuego alcanzó el almacén de munición de la nave, la explosión que se produjo hizo que todas las anteriores quedaran empequeñecidas. El *Rubicón* comenzó a resquebrajarse.

El *Llama Divina* tuvo que alejarse; se vio obligado a dejar aquel baile mortífero para evitar que la atmósfera fundiera la parte inferior de su casco. Sin embargo, el casco del *Rubicón* era mucho más resistente y los motores que quedaban operativos siguieron empujándolo hasta penetrar lo suficiente en la atmósfera como para soltar su carga.

Para poder soltar una nueva andanada sobre el *Rubicón*, el *Llama Divina* tendría que realizar un viraje para corregir su ángulo de entrada en la atmósfera y poder ponerse a la misma altura que el crucero de asalto enemigo. Pero necesitaría más de veinte minutos para poder llevar a cabo semejante maniobra, y para entonces ya sería demasiado tarde. El capitán Gurveylan dio la orden de todas maneras.

Al final resultó ser el Escuadrón de Absolución, que esperaba bajo la cubierta atmosférica, quien finalmente acabó con el *Rubicón*. Los tres cruceros de escolta de la clase Espada tenían la suficiente potencia de fuego como para destruir la nave enemiga, incluso, y con un poco de suerte, uno solo de ellos habría sido capaz de realizar el trabajo. Pero no había tiempo. En cualquier momento el *Rubicón* podría lanzar sus cápsulas de desembarco y sus marines traidores alcanzarían la superficie del planeta, entonces daría igual lo que le ocurriera a la nave.

Para el capitán del *Absolución Beta*, el crucero que lideraba la formación, su cometido estaba muy claro. El capitán Masren Thal era un hombre

piadoso que había empezado su carrera dentro de la propia Marina, y que se había ganado a pulso su puesto dentro del puente después de toda una vida de servicio. Thal sabía que probablemente la muerte le llegaría sirviendo al Emperador. Y había prometido ante el propio Emperador (aquel que siempre vigilaba y siempre escuchaba) que cuando ese momento llegara no se acobardaría.

Sabía que su tripulación y sus oficiales, en caso de que hubiera tenido tiempo para explicárselo, estarían de acuerdo. De modo que, sin dudarlo ni un instante, el capitán Thal ordenó que el *Absolución Beta* adoptara velocidad de abordaje.

La Thunderhawk puso en marcha sus motores. Su sonido era apenas perceptible en medio del estruendo producido por la parte inferior del casco del *Rubicón* al sobrecalentarse a causa del rozamiento con la atmósfera de Volcanis Ultor. Alaric podía haber dicho a sus hermanos de batalla que debían ser fuertes y mantener su fe intacta, pero sabía que probablemente no podrían oír nada. Lo mejor era dejar que rezaran sus propias plegarias.



La Thunderhawk comenzó a temblar cuando sus motores se pusieron a máxima potencia, listos para eyectar la nave fuera del *Rubicón* en cuanto sus anclajes se soltaran. El compartimento de pasajeros se inundó de una luz roja cuando las luces de alarma se encendieron. Alaric podía ver el rostro sombrío del juez Tancred mientras éste entonaba los ritos de aversión; tenía la mano sobre una copia del *Liber Daemonicum* que siempre llevaba en el compartimento pectoral de la armadura.

No había ninguna manera de contactar con Santoro ni con Genhain. A través del comunicador solamente se oían interferencias. Ni siquiera podía hacerle una señal al piloto de la Thunderhawk. Alaric se dio cuenta de que debía de ser uno de los pocos miembros de la tripulación del *Rubicón* que seguía con vida.

Se habían perdido ya muchas vidas para que el combate pudiera continuar, y muchos hombres y mujeres deberían seguir sufriendo para que los Caballeros Grises pudieran cumplir con su deber. Era como si el Caos ya hubiera vencido, aunque ése era el pensamiento que hacía que los hombres cayeran en brazos del Enemigo sin enfrentarse a él. Alaric comenzó a entonar una letanía de contrición.

De pronto se produjo un tremendo impacto que sacudió toda la nave en medio de un estruendo insoportable de metal retorciéndose. Algo había chocado contra el *Rubicón*, algo enorme. O quizá el casco de la nave finalmente se había partido en dos. La tensión de la reentrada en la atmósfera había sido demasiado para el maltrecho casco.

La Thunderhawk y las cápsulas de desembarco no lo conseguirían. La cañonera chocaría contra las puertas del hangar, pues no quedaba nadie con vida para poder abrirlas. Las cápsulas de desembarco quedarían atrapadas en los anclajes hasta que el *Rubicón* se estrellara contra la superficie de Volcanis Ultor. Los Caballeros Grises perecerían, y Ghargatuloth había sabido desde el principio que ése sería su final.

Alaric posó la mano sobre su propia copia del *Liber Daemonicum* y rezó para que alguien vengara su muerte.

De pronto, su cuerpo fue empujado contra el asiento gravitacional y la Thunderhawk salió disparada hacia adelante. La cubierta que protegía la ventana de observación que tenía a su lado se abrió y pudo ver la zona de lanzamiento que pasaba ante sus ojos a toda velocidad entre tanques de promethium ardiendo, cuerpos abrasados y desmembrados y orificios enormes y humeantes por toda la cubierta.

Acto seguido, los alaridos de la nave que agonizaba se apagaron y fueron sustituidos por el rugido de los motores de la Thunderhawk. Alaric estiró el cuello para poder ver cómo la silueta del Rubicón se encogía a medida que la cañonera se alejaba; una enorme columna de humo salía de la cubierta de lanzamiento en la que la Thunderhawk se encontraba tan sólo unos segundos antes. La proa de una segunda nave impactó de lleno en el maltrecho casco del *Rubicón*, perforando el crucero de asalto como si fuera

un cuchillo, y comenzaron a producirse enormes explosiones cuando el casco de la segunda nave se partió en dos a causa del impacto.

Alaric no pudo ver cómo el *Rubicón* explotaba, pero sintió la onda expansiva que alcanzó a la cañonera en pleno descenso. Sabía que los reactores de plasma habían explotado y convertido ambas naves en una bola de fuego abrasador que iluminó el cielo de Volcanis Ultor como si fuera una nueva estrella en su firmamento.

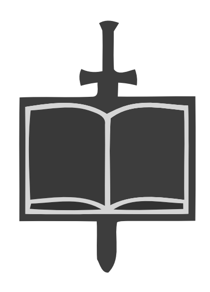
—Cápsula en tierra —se oyó la voz entrecortada de Santoro o de Genhain.

Por lo menos uno de ellos había conseguido llegar, puede que los dos, si es que el poco personal del Malleus que quedaba con vida había sido lo suficientemente rápido. Aunque era evidente que ya nadie de la tripulación seguía vivo.

—¡Hermanos de batalla! —gritó Alaric por encima del estruendo de los motores. Todos los Caballeros Grises interrumpieron sus plegarias y levantaron la vista—. Probablemente Ghargatuloth piensa que estamos todos muertos. Tengo la firme determinación de demostrarle que se equivoca. Pero aunque todavía sigamos con vida, hay muy pocas probabilidades de que todos logremos sobrevivir. Rezad, pues, como si éstas fueran las últimas palabras que dirigís al Emperador.

Los Caballeros Grises inclinaron la cabeza.

—Yo soy el martillo —comenzó Alaric—. Soy la espada que empuña su mano…



DIECISIETE

Lago Rapax

La canonesa Ludmilla se apresuraba a través de una trinchera estrecha y serpenteante mientras pasaba entre las escuadras de hermanas de batalla para ofrecerles sus bendiciones. A lo largo de toda la línea defensiva se había asentado un silencio sepulcral, y Ludmilla había visto batallas suficientes como para asociar ese mutismo con la terrible explosión de violencia que siempre venía a continuación.

Giró una esquina y vio la trinchera frontal que se extendía frente a ella, protegida por alambre de espino. Ludmilla había dispuesto casi un centenar de hermanas en aquella trinchera. Ellas serían la roca contra la que rompería la primera oleada del ataque. Las hermanas constituían una tropa excelente para repeler cualquier ataque; sus servoarmaduras y sus bólters podían mantenerlas con vida el tiempo suficiente como para que las Serafines iniciaran su contraataque.

El murmullo de las oraciones que se recitaban entre susurros rompía el silencio como un débil ruido de fondo. Cada una de las hermanas había memorizado páginas y páginas de letanías, y muchas de ellas tenían esas

mismas palabras sagradas bordadas en las mangas o en los tabardos que cubrían sus armaduras. Su fe era su escudo, su arma y su modo de vida.

Las hermanas se refugiaban tras el muro frontal de la trinchera. Los puntos en los que las diferentes trincheras se cruzaban estaban protegidos por hermanas equipadas con armamento pesado: bólters pesados o cañones de fusión que convertirían cualquier espacio por el que el enemigo penetrase en una carnicería. Había varios tanques listos para abrir fuego, y uno de los Exorcista había sido emplazado en un punto estratégico desde el que podría lanzar toda su carga de misiles hacia el interior de la trinchera en caso de que ésta cayera en manos del enemigo.

Las hermanas superioras, que guiaban las oraciones finales de sus unidades, saludaron con discreción a la canonesa mientras avanzaba por la trinchera para ocupar su puesto en primera línea. Ludmilla activó el comunicados y seleccionó un canal que le permitiría estar en contacto con la dotación de más de doscientas hermanas que estaban a punto de entrar en combate.

—El Emperador es nuestro padre y nuestro protector —comenzó Ludmilla citando los Fundamentos Eclesiásticos de santa Mina, bajo cuyos auspicios se había fundado la Orden de la Rosa Ensangrentada milenios atrás—. Pero nosotras también debemos proteger al Emperador, pues Él es la humanidad, y la humanidad no es otra cosa que su propia fe y diligencia en nombre del Emperador. Cualquier agravio contra esa fe es un agravio contra el propio Emperador y contra todos los ciudadanos del Imperio. Nuestro cometido reside en la afirmación de esa fe, pero en ocasiones la simple afirmación no es suficiente, y por ello debemos actuar contra todos aquellos que pretenden debilitar la fe de la humanidad a través de la herejía. Estamos sumidas en una guerra infinita por el alma del Imperio, y aunque parezca que esa guerra nunca vaya a llegar a su fin, la victoria está presente incluso en la derrota que siempre nos acecha. No hay mayor afirmación de la fe que entregar nuestras propias vidas para preservar el alma de la humanidad. Este sacrificio supone una victoria que supera cualquier daño que los herejes puedan infligir, lo que convierte cada batalla en un glorioso triunfo del que ni herejes ni apóstatas podrán privarnos jamás.

Ludmilla dejó que sus palabras flotaran en el aire, aquéllas habían sido las últimas palabras que santa Mina pronunció en su lecho de muerte. Todas y cada una de las hermanas ya las habían escuchado con anterioridad, pero ahora, en la calma que precedía a la tormenta, esas palabras cobraron un significado mucho más claro de lo que nunca antes habían transmitido.

Acto seguido, con un tono triste y apagado, Ludmilla comenzó a cantar.

—*A spiritus dominatus, domine, libra nos…*

Al reconocer la primera estrofa, entonada en gótico clásico, todas las hermanas superioras se unieron a la canonesa en el canto del *Fede Imperialis*.

—Líbranos, Emperador, del trueno y de la tormenta…

El *Fede Imperialis* encontró eco a lo largo de toda la línea defensiva, pues todas las hermanas de batalla se sumaron a los cánticos.

Las hermanas de las escuadras de Serafines que había tras la línea defensiva y las unidades de Hermanas Vengadoras situadas alrededor de la planta también comenzaron a cantar. Los tripulantes de los tanques y las Hermanas Hospitalarias, que habían desplegado puestos de atención primaria en la retaguardia, también se unieron. Sus voces se oían a través de los comunicadores. Incluso las Hermanas Famulatas, que estaban en las oficinas del cardenal Recoba, comenzaron a cantar, llenando su corazón de valor para que su fe estuviera a la altura de su cometido.

—Líbranos, Emperador, del azote del Kraken…

Incluso los guardias imperiales que conocían el *Fede Imperialis*, el cántico de guerra de la Eclesiarquía, alzaron sus voces. Los cánticos se extendieron por todo el flanco norte de la línea, miles de voces se unieron formando un coro que llenó aquel aire contaminado de fe y de esperanza.

Aún podían oírse los cánticos cuando los restos del *Rubicón* se estrellaron sobre las líneas de las tropas de Balur.

* * *

La Thunderhawk volaba a baja altura sobre las llanuras de Volcanis Ultor para no ser detectada por los sensores de la artillería antiaérea. Alaric podía ver las planicies que se abrían bajo un cielo opaco, la tierra era pálida y estaba desprovista de toda vida, mostraba un aspecto blanquecino por culpa de los agentes químicos. Estaba reseca y agrietada después de siglos de haber sido maltratada. Era una tierra baldía y yerma, un paisaje salpicado por dunas de ceniza y ríos de productos químicos en el que el hombre no sería capaz de sobrevivir durante mucho tiempo.

Alaric comprobó las runas que mostraba el lector de su antebrazo. Las que correspondían a las cápsulas de desembarco estaban activadas, tanto la de Santoro como la de Genhain habían conseguido tomar tierra. Habían aterrizado lo suficientemente cerca el uno del otro como para que el punto intermedio sirviera como zona de encuentro. La Thunderhawk no podía acercarse demasiado a las defensas y los Caballeros Grises no contaban con ningún vehículo blindado, tendrían que llegar al lago Rapax a pie. Por lo poco que Alaric había podido ver de las líneas defensivas desde el puente del *Rubicón* parecía que sus extremos estaban muy bien protegidos. No sería tarea fácil. Ghargatuloth lo había previsto todo.

Todo lo que Alaric sabía sobre el lugar en el que san Evisser estaba enterrado era que se encontraba a orillas del lago Rapax. Eso era todo lo que Serevic le había dicho. Todo lo demás tendría que averiguarlo por las malas.

—¿Cuánto falta? —preguntó Alaric alzando la voz por encima del ruido de los motores.

—Treinta segundos —gritó el piloto del Malleus como respuesta.

Alaric trató de imaginar lo que aquel hombre estaría pensando, sabiendo que todos sus compañeros acababan de morir en medio de una bola de fuego de la que la Thunderhawk había escapado por muy poco. ¿Quién sabría lo que aquel hombre estaba pensando? Ni siquiera tenía un nombre, había sido privado de todo lo que lo convertía en humano para poder servir mejor al Ordo Malleus.

La rampa de la Thunderhawk descendió y Alaric vio pasar el suelo a toda velocidad, los escapes de los motores de la cañonera levantaban enormes remolinos de ceniza. Tendrían que moverse muy rápido, habría suficiente

artillería, puede que incluso Ordinatus, como para machacar a todos los Caballeros Grises antes de que pudieran reagruparse. Tendrían que actuar con mucha rapidez, pues cada segundo que estuvieran alejados del lago Rapax estarían tremendamente expuestos.

El *Rubicón* había intentado establecer contacto con Volcanis Ultor para informar de que los Caballeros Grises llegaban en misión imperial, pero todas las comunicaciones fueron cortadas inmediatamente. Los defensores estaban convencidos de que los Caballeros Grises eran la punta de lanza de un ataque del Caos, y habían sellado todas sus redes de comunicaciones en caso de que su enemigo imaginario intentara corromper sus mentes. El único modo de atravesar aquellas defensas sería luchando, y Alaric pronto comenzó a sentir que sus manos quedarían manchadas de sangre imperial.

—¡Estamos muy cerca. Preparados para el despliegue! —gritó Alaric.

El olor a productos químicos de Volcanis Ultor había inundado la Thunderhawk. La escuadra de Alaric y la escuadra de Tancred soltaron los anclajes de sus asientos gravitacionales. La cañonera realizó un giro y redujo la velocidad, los Caballeros Grises que llevaba en su interior se agarraron con fuerza mientras veían el suelo acercarse.

Alaric fue el primero en salir, seguido por su propia escuadra. La escuadra de Tancred salió inmediatamente después, las enormes armaduras que llevaban dejaron grandes marcas sobre el suelo polvoriento. El juez Tancred empuñaba la espada de Mandulis, su hoja pulida brillaba poderosamente en contraste con el polvo y con la luz sombría.

—¡Salga de aquí ahora mismo! —ordenó Alaric al piloto del Malleus, probablemente el único superviviente de la tripulación del *Rubicón*—. Diríjase hacia el oeste.

El piloto no respondió. La Thunderhawk hizo un giro y acto seguido sus motores se pusieron a máxima potencia. La cañonera se alejó a toda velocidad levantando a su paso unos enormes remolinos de ceniza.

Alaric volvió a mirar las runas de su lector; parpadeaban muy de prisa: las cápsulas de desembarco estaban muy cerca.

—Genhain, Santoro, estamos en tierra —dijo a través del comunicador.

—Genhain, en tierra —confirmó la voz de uno de los jueces—. Listos para avanzar.

—Santoro, en tierra —repitió el otro.

—Nos dirigimos hacia vuestro cuadrante, permaneced en posición defensiva y preparaos para…

Alaric dejó de hablar en cuanto vio una luz rojiza que de pronto apareció entre el polvo. Algo había atravesado las nubes plomizas de Volcanis Ultor y parecía descender increíblemente despacio. Su parte inferior estaba al rojo blanco y dejaba tras de sí unas enormes lenguas de fuego. Alaric pudo oír el rugido que producía al caer, un estruendo como el de un huracán, y de pronto supo de qué se trataba. Aquella silueta que descendía envuelta en llamas era uno de los motores del *Rubicón*.

—¡Todo el mundo a cubierto! —gritó a través del comunicador mientras él mismo se lanzaba al suelo agrietado.

Se produjo un destello blanquecino que se extendió como una ola, seguido de un enorme estruendo y de una onda expansiva que recorrió la tierra como si una enorme bomba hubiera sido detonada. El sonido fue aterrador, como un ejército de demonios aullando. De pronto, el fuego del cielo desapareció y una capa de ceniza y roca pulverizada se cernió sobre la llanura como un enorme manto negro, sumiendo a Volcanis Ultor en una oscuridad casi total. Aquella tormenta seca y abrasadora cayó sobre los Caballeros Grises de Alaric mientras intentaban ponerse a cubierto. Las comunicaciones resultaban imposibles debido a las interferencias, la débil luz del sol se apagó por completo y el suelo se cubrió de remolinos de ceniza y polvo.

Alaric gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Caballeros Grises, conmigo! ¡Seguid avanzando! ¡Manteneos unidos!

Los Caballeros Grises no podían quedarse allí, estaban demasiado desprotegidos. En el combate cuerpo a cuerpo eran los mejores de la galaxia, pero en campo abierto no eran más que un puñado de objetivos.

Tancred consiguió perforar la oscuridad. La espada de Mandulis brillaba con tal fuerza que parecía estar en llamas. Sus hermanos de batalla lo seguían.

—¡Estamos a tu lado, hermano capitán! —respondió con fuerza.

Alaric consiguió reunir a todos sus hombres y se adentró aún más en la oscuridad, dirigiéndose hacia las escuadras de Tancred y de Santoro, y también hacia el lago Rapax.

* * *

El impacto de un crucero de asalto intacto y moviéndose a máxima velocidad habría sido similar al producido por un meteorito al estrellarse contra la superficie de Volcanis Ultor. Habría aniquilado ecosistemas enteros y provocado un invierno que se habría prolongado durante décadas. El fragmento del *Rubicón* que se precipitó sobre la superficie tan sólo representaba un pequeño porcentaje de su peso total, y había disminuido considerablemente su velocidad para poder lanzar su carga, de modo que no llegó a destruir por completo la colmena Superior ni las planicies que la rodeaban.

Para los defensores de la ciudad, sin embargo, ése fue un pobre consuelo. El motor cayó directamente sobre el extremo sur de la línea defensiva, protegido por la infantería pesada de Balur. La fuerza del impacto fue similar a la de un proyectil disparado por una de las enormes piezas de artillería Ordinatus construidas por el Adeptus Mechanicus. Una andanada directa desde una nave de combate en posición orbital no habría causado muchos más daños.

El tremendo calor y la onda expansiva provocada por la colisión hizo desaparecer gran parte del regimiento de Balur. Cientos de hombres perecieron asfixiados en medio de la nube de polvo y ceniza que cubrió por completo las trincheras. Hasta tres kilómetros de éstas quedaron destruidos, desde la línea frontal hasta las zonas de retaguardia. El puesto de control quedó completamente destrozado, acabando con el coronel Gortz y con casi todos sus subalternos. Las Hermanas Hospitalarias perecieron en sus

puestos de atención primaria. Muchos puestos de suministros también fueron destruidos, estallando en enormes bolas de fuego y metralla.

El Ordinatus dispuesto tras las tropas de Balur también fue inutilizado, su enorme cañón y sus sistemas de carga quedaron hechos añicos por los fragmentos desprendidos de la sección del motor cuando ésta explotó.

Los motores del *Rubicón* no llegaron a explotar, pues el plasma que contenían ya se había dispersado por todo el espacio cuando el *Absolución Beta* destruyó el crucero. En su lugar se extendió una espesa oscuridad provocada por el polvo y las cenizas, una nube oscura cuya altura casi superaba a la de las torres más altas de la colmena Superior y que se extendió a lo largo de toda la planicie. Cubrió por completo la extensa tierra de nadie que se abría ante las líneas frontales, hacia el sur, dejó en la penumbra más absoluta las secciones de las tropas de Balur, y por el norte extendió una oscuridad casi total hasta orillas del lago Rapax. También se cernió sobre las construcciones exteriores de la colmena Superior. Muchos de los defensores perecieron bajo el polvo, otros murieron asfixiados y otros más consiguieron salir de entre las cenizas para intentar reagruparse.

Todo el extremo norte de la línea defensiva quedó enterrado bajo una gruesa capa de una oscuridad impenetrable. Un poco más al sur la conmoción era indescriptible, las comunicaciones estaban cortadas, muchos búnkers se habían derrumbado a causa de la onda expansiva, que también destrozó los tímpanos de gran parte de los defensores. La confusión se apoderó de todo y sólo las tropas mejor equipadas y más disciplinadas mantuvieron la capacidad para enfrentarse al enemigo de manera efectiva.

Y esas tropas eran las hermanas de batalla del Adepta Sororitas.

* * *

Alaric pudo distinguir al juez Santoro en medio de la oscuridad, empuñando su bólter de asalto y listo para abrir fuego. Los otros cuatro marines espaciales de su escuadra habían formado en torno a la cápsula de

desembarco y aguardaban agachados bajo los pétalos metálicos que formaban sus compuertas.

Alaric le dio una palmada en la espalda a Santoro.

—Me alegro de verte en tierra.

Santoro asintió apesadumbrado.

—La noche ha caído demasiado pronto, parece que estamos en el sitio correcto.

Genhain también apareció en medio de la oscuridad. Si no hubiera sido por sus órganos de visión mejorados, Alaric no habría sido capaz de distinguirlo.

—Lachis está herido —dijo.

Las comunicaciones seguían cortadas, de modo que sólo podían entenderse de viva voz.

—¿Es grave?

—Se ha destrozado la pierna durante el aterrizaje, es probable que la pierda.

Alaric vio que los hermanos Grenn y Ondurin ayudaban a Lachis. Tenía la parte inferior de la pierna completamente destrozada, el hueso le sobresalía entre las placas de la armadura. Cualquiera que no fuera un marine espacial habría perdido el conocimiento.

—Hermano, ¿puedes luchar? —preguntó Alaric.

—Eso siempre —contestó Lachis. Era un Caballero Gris relativamente joven, sólo hacía un par de años que había dejado de ser un novicio para pasar a integrar la escuadra de Genhain—. Pero no puedo correr.

—Tus hermanos te ayudarán hasta que alcancemos las líneas defensivas, a partir de allí tendrás que moverte por ti mismo. Necesitaremos tu fuego de cobertura.

—Entendido, hermano capitán.

—Después tendremos que dejarte atrás. No sobrevivirás.

—Entendido.

Alaric intentaba ver a través de la tormenta de polvo. No podía distinguir la planta de procesamiento que señalaba el final de la línea defensiva y la orilla del lago Rapax, pero sabía que estaba allí. Aquél era justo

el centro de la telaraña tejida por Ghargatuloth, y el Príncipe de las Mil Caras los estaba llamando.

—Las comunicaciones han sido cortadas y no podremos recuperarlas, tendremos que mantenernos unidos para comunicarnos de manera natural. Estas defensas están protegidas por ciudadanos imperiales, pero mientras Ghargatuloth siga con vida, ellos son el enemigo. Cuando acabemos con el Príncipe de las Mil Caras nos cobraremos la venganza por sus muertes.

Dicho esto, Alaric se adentró en la oscuridad seguido por sus Caballeros Grises; todos ellos se preguntaban cuántos ciudadanos morirían antes de que el combate hubiera terminado, pero también estaban seguros de que todas aquellas muertes se volverían contra Ghargatuloth.

* * *

La canonesa Ludmilla se agachó en el interior de la primera trinchera y sintió cómo los filtros implantados en su garganta retenían el polvo y las cenizas que de otra manera le habrían colapsado los pulmones. Varias de sus hermanas se habían colocado los cascos con la efigie de santa Sabbat para proteger sus ojos de la tormenta. Ludmilla nunca solía utilizar el suyo, prefería ver al enemigo con sus propios ojos, por mucho odio que éste despertara en ella.

La hermana Lachryma, líder de las Serafines de Ludmilla, se apresuró hacia ella a través de la trinchera.

—Ha caído sobre las tropas de Balur —gritó Lachryma—. La confusión se ha apoderado de ellas, todo el personal de Gortz ha desaparecido, sólo quedamos nosotras.

—¿Has podido ver qué ha sido?

Lachryma había llegado donde estaba Ludmilla y ahora aguardaba de pie junto a ella. El veterano rostro de la Serafín estaba manchado de mugre, y el rojo bruñido de su armadura había perdido el lustre a causa del polvo.

—Algo ha caído del cielo. Algunas hermanas piensan que el Ordinatus nos ha traicionado. Parecía un meteorito o alguna arma brutal del Enemigo.

—Por la gracia del Emperador que el Enemigo también debe de haber perecido bajo semejante poder destructivo.

—Sus planes nunca suelen ser tan sencillos —replicó Lachryma, apesadumbrada.

—Pocas veces he oído una verdad tan certera —asintió Ludmilla al tiempo que desenfundaba su pistola inferno.

En algún punto de la trinchera se oyó un bólter que abría fuego. Pronto comenzaron a oírse disparos en medio de los tenues bramidos de la tormenta.

—¡Enemigo a la vista! —gritó una voz a lo lejos.

—¿A qué distancia? —preguntó Ludmilla a sus hermanas.

—¡Están muy cerca! ¡La visibilidad es casi nula, pero se trata de marines espaciales!

Marines del Caos, y teniendo en cuenta la baja visibilidad, las hermanas tendrían que luchar contra ellos cara a cara, pues no podían contar con la ayuda del fuego de cobertura de las escuadras de Hermanas Vengadoras apostadas en la planta.

—Lachryma, haz que tus hermanas se adelanten, no podemos retroceder ni un metro, el combate tendrá que librarse aquí mismo.

—Entendido, canonesa.

Las hermanas superioras estaban terminando sus ritos de batalla. Ludmilla podía sentir la tensión; no la percibía gracias a sus sentidos, sino a sus muchos años de experiencia en combate. Era la misma tensión que precedía a toda batalla, y ésa misma tensión ahora estaba a punto de estallar en un baño de sangre que se consumaría en medio de la oscuridad que se había cernido sobre Volcanis Ultor.

Los bólters de los marines espaciales comenzaron a abrir fuego, y los bólters pesados de las hermanas respondieron, apuntando hacia blancos casi imposibles de distinguir. Los marines espaciales contaban con auto-sentidos plenamente desarrollados que les daban una importante ventaja. Por el

contrario, las hermanas no podían distinguir ningún blanco a larga distancia.

—¡Hermanas! —gritó Ludmilla—. ¡Por el Trono y por el fin de los tiempos! ¡Cargad!

* * *

Alaric vio a los primeros defensores que salían de sus trincheras justo enfrente de él, pasando por encima del alambre de espino mientras los destellos rojizos de las balas trazadoras silueteaban sus figuras. Distinguió las armaduras rojas con las mangas negras, y sobre ellos le pareció ver un estandarte con el símbolo de la Rosa Ensangrentada.

Hermanas. Ghargatuloth había conseguido que tuvieran que enfrentarse a las hermanas de batalla. La maldad intrínseca del plan del Príncipe Demonio era cada vez más profunda, las hermanas eran soldados de la Iglesia Imperial, combatientes decididas, fieles y nobles que habían luchado junto a la Inquisición en innumerables ocasiones.

No había espacio para la duda, no debían tener piedad. En aquel momento eran el enemigo.

En cuanto sintió los primeros impactos de bólter sobre su armadura, Alaric comenzó a correr cargando contra la línea frontal. Podía sentir cómo su armadura sufría terriblemente bajo el fuego que llovía desde todas partes. Alaric se adentró de lleno en la refriega empuñando su alabarda némesis, mientras aplastaba a una de las hermanas y cercenaba el brazo de otra. Vio ojos llenos de odio que lo miraban en la oscuridad, y oyó las letanías imperiales que se alzaban sobre el fragor del combate y sobre el ruido de los bólters al abrir fuego. Dvorn estaba junto a Alaric, quien de pronto vio un destello, un relámpago que brilló en la oscuridad, cuando el marine espacial clavó su martillo en el cuerpo de una hermana.

Tancred intentaba abrirse paso entre las hermanas que cargaban contra él, apartándolas a un lado y a otro. El incinerador del hermano Karlin lanzó

una lengua de fuego para abrirse paso. Acto seguido, otro incinerador, el de una de las hermanas, respondió al ataque. El fuego que escupió iluminó a la escuadra de Tancred, que parecía que había entablado combate contra las hermanas en la mismísima superficie del infierno.

Los marines espaciales de Alaric cargaron junto a él. El hermano Clostus luchaba con su alabarda contra la espada de energía de una de las hermanas superioras, que entonaba los catecismos del Odio de los Justos al tiempo que combatía.

Finalmente, la hermana consiguió hundir su espada en el pecho de Clostus, empleando la mano que tenía libre para golpearle el rostro con fuerza y lanzando su cuerpo de espaldas al suelo entre un remolino de cenizas.

Alaric no podía detenerse. Tenía que seguir adelante.

Los disparos llovían desde todas partes. Las ráfagas disparadas por los cañones psíquicos pesados de la escuadra de Genhain, que avanzaba justo por detrás de Alaric, silbaban en el aire. En algún punto más atrás, aquella escuadra había dejado parapetado al hermano Lachis, quien, agachado sobre su pierna destrozada, intentaba desplegar fuego de cobertura con su bólter de asalto.

La escuadra de Santoro, que avanzaba delante de los hombres de Tancred, fue la primera en alcanzar las trincheras, y cargó directamente sobre la intersección de dos de ellas, un emplazamiento que habría sido cubierto por las armas pesadas de las hermanas si las artilleras hubieran visto venir a los Caballeros Grises. Alaric vio los destellos del fuego de bólter como petardos que estallaban en la oscuridad: se estaba produciendo un tiroteo a corta distancia. Él mismo, que aún estaba en campo abierto y completamente expuesto, intentaba seguir el camino literalmente iluminado por la escuadra de Tancred. Alaric comenzó a correr en dirección a los destellos y entonces vio al propio Tancred, zambulléndose de lleno en medio de un mar de promethium lanzado por los incineradores de varias hermanas desde el interior de la trinchera.

La runa de Clostus había desaparecido del visor retiniano de Alaric, lo que significaba que, o bien había muerto o estaba demasiado lejos y había

demasiadas interferencias como para que la señal con sus signos vitales llegara hasta el lector del hermano capitán. Cualquiera de las dos opciones significaba que lo habían perdido.

Alaric distinguió a un miembro de la escuadra de Santoro, probablemente el hermano Jaeknos, arrodillado y con la armadura perforada por una decena de impactos de bólter. Él también seguía disparando el suyo, pero su alabarda némesis estaba caída en el suelo. Alaric se dio cuenta de que la mano que normalmente empleaba para empuñarla había quedado reducida a un montón humeante de sangre y carne. Acto seguido, las hermanas se abalanzaron sobre él disparando sus bólters y su cuerpo quedó tirado en el suelo, cubierto de cenizas.

—¡Adelante, Caballeros! —gritó Alaric—. ¡Adelante!

Un proyectil impactó de lleno en la hombrera de su armadura y el dolor comenzó a apoderarse de él. Tancred, cuya silueta podía distinguirse gracias al fuego de los bólters, se abrió paso entre el alambre de espino y se adentró en una de las trincheras al tiempo que entonaba oraciones de guerra. Alaric se olvidó del dolor y decidió seguir sus pasos. Una hermana cargó contra él desde el otro lado del alambre y esquivó su primer golpe, agarró una de las hombreras de su armadura y le golpeó el rostro con la culata de su bólter.

Alaric la levantó agarrándola por la gorguera de la servoarmadura y la dejó caer sobre el fuego que llameaba a sus pies. La hermana comenzó a arder y Alaric le cortó la cabeza con su alabarda mientras ella aún intentaba dispararle.

Un hombre más débil se habría hundido. Pero no un Caballero Gris. Porque si Alaric mostraba clemencia a la hora de matar hermanas de batalla, Ghargatuloth volvería a vencer.

Tras acabar con la hermana, Alaric atravesó el alambre de espino y se adentró en la trinchera. El suelo de ésta estaba repleto de cuerpos abrasados por los impactos de bólter o degollados por las armas némesis. Tancred seguía luchando allí abajo: la espada de Mandulis refulgía como un relámpago en medio del polvo. Las salpicaduras de sangre se veían volar iluminadas por los destellos de los disparos, en el mismo momento en que el hermano Locath hendía su alabarda en el pecho de una hermana superiora.

Tomar aquella trinchera era su única esperanza, pues les proporcionaría cobertura del fuego de las hermanas que disparaban desde las líneas traseras. De esa manera los Caballeros Grises podrían aprovechar la mayor resistencia de sus armaduras y su superioridad en el combate cuerpo a cuerpo.

—¡Hacia el norte! —gritó Alaric—. ¡Hacia el norte, ahora!

De pronto, una lluvia de fuego de bólter pesado comenzó a caer sobre ellos. Santoro ordenó a sus marines que se pusieran a cubierto entre las trincheras y las irregularidades del terreno, mientras Tancred avanzaba protegido por el blindaje de su armadura de exterminador. A pesar de sus sentidos mejorados, Alaric apenas podía ver lo que ocurría delante de él, pero su sentido auditivo era capaz de diferenciar los silbidos de los proyectiles de los bólters de asalto cuando cortaban el aire y el ruido sordo de los bólters pesados a ambos lados de la trinchera. Podía oír el ruido de las armaduras de ceramita al resquebrajarse y el silbido de la espada de Mandulis al cortar el aire; también podía distinguir el crepitar del promethium que ardía a lo lejos.

De pronto, un nuevo sonido se alzó sobre el tumulto de la batalla, el ruido de los motores dibujó un arco sobre sus cabezas y comenzó a descender sobre las escuadras de Alaric y de Genhain, en la zona que cerraba la vanguardia la ofensiva de los Caballeros Grises.

Alaric podía distinguir unos retrorreactores en cuanto los oía. Sabía que las Serafines tomarían tierra incluso antes de ver como sus siluetas atravesaban la bóveda de ceniza negra que había sobre sus cabezas. Pronto el fuego de sus bólters de doble cañón inundaría las angostas trincheras con un muro de metralla. Sabía que eran la élite de las hermanas y las tropas de choque más efectivas de la Eclesiarquía, y también sabía que los Caballeros Grises tendrían que matar a todas y cada una de aquellas valerosas y entusiastas protectoras del Emperador si querían sobrevivir.

La Serafín superiora se zambulló, espada de energía en mano, directamente en la oscuridad. Alaric trató de dar una estocada con su espada, pero la Serafín se abalanzó sobre él. En aquel momento sintió la cara muy cerca del rostro de su atacante y el aliento abrasador que salía entre sus

dientes que chirriaban de pura ira. Alaric perdió el equilibrio y cayó de espaldas, hundiéndose en el barro a causa del empuje de los retrorreactores de la Serafín. Tuvo que utilizar la alabarda para detener la estocada de su espada de energía, pero casi al mismo tiempo la hermana inmovilizó con su rodilla el brazo al que Alaric tenía acoplado el bólter de asalto. Con el brazo que tenía libre, la Serafín golpeó a Alaric en la mandíbula; el golpe lo hizo tambalearse pero pudo aguantar mientras intentaba quitarse a la hermana de encima antes de que otra Serafín, que en aquel momento se abría paso a través de la escuadra de Genhain, pudiera llegar para ayudar a su oponente y acribillar a Alaric con su bólter.

—Líbranos, Emperador… —farfullaba la hermana mientras intentaba dar una estocada tras otra.

—… de la blasfemia de los caídos —concluyó Alaric.

Al oír que su enemigo conocía el *Fede Imperialis*, la Serafín se quedó paralizada durante una décima de segundo, momento que Alaric aprovechó para liberar su brazo y golpearla con tal fuerza que la lanzó contra una de las paredes de la trinchera. Sintió cómo el golpe le desencajaba la mandíbula, y probablemente el impacto contra el muro le habría partido el cuello.

Dvorn seccionó la mano de otra de las Serafines, pero el bólter que llevaba acoplado en su otro brazo disparó una ráfaga sobre la placa pectoral de su armadura, provocando una explosión de chispas que hizo que se tambaleara. El hermano Lykkos, que tenía una cierta desventaja en el cuerpo a cuerpo al tener que llevar su cañón psíquico, golpeó a una Serafín en las piernas, acto seguido ella se arrastró por el suelo para esquivar el disparo de su bólter, que dejó un cráter en el suelo de la trinchera. Las hermanas que estaban en el exterior sólo podían disparar a ciegas, y el fuego llovía desde todas partes. La escuadra de Genhain intentaba detener el avance de otra de las escuadras de serafines. Sonaban explosiones procedentes del norte mientras Tancred y Santoro se toparon de lleno con los tanques y las armas pesadas de las escuadras de Hermanas Vengadoras.

El aire apestaba a sangre, a sudor y al olor procedente del combustible de los retrorreactores. La ceniza cubría todo el campo de visión, la oscuridad

era iluminada tan sólo por las llamas y los destellos de los disparos, que refulgían como relámpagos en medio de una tormenta.

La Serafín superiora estaba de rodillas y la sangre brotaba de su boca.

—¡Líbranos, Emperador! —gritó Alaric por encima del fragor del combate, apuntando directamente con su bólter hacia la hermana—. ¡De la plaga de los demonios!

De pronto se desató un alboroto detrás de Alaric, que se dio la vuelta y vio una figura que se alzaba sobre el alambre de espino y se abalanzaba sobre la formación de los Caballeros Grises. Vien intentó detenerla, pero la hermana paró con el antebrazo la estocada de su alabarda, empujándolo hacia un lado y dirigiéndose directamente hacia Alaric, quien intentó apuntar con su bólter, pero de pronto se encontró el cañón de una pistola inferno justo delante de los ojos.

—Líbranos, Emperador —dijo Alaric con tranquilidad.

En aquel momento se dio cuenta de que la armadura de aquella hermana estaba decorada con los símbolos dorados de la Eclesiarquía. El tejido que cubría las mangas estaba bordado con palabras en gótico clásico y en una de sus mejillas tenía tatuada la rosa ensangrentada, símbolo de su orden. Su cara estaba manchada y tenía varias cicatrices, vestigios de alguna reconstrucción médica.

—Caballero Gris —dijo la canonesa—. Enséñeme el libro.

Alaric bajó el bólter y abrió el pequeño compartimento de la placa pectoral de la armadura, del que extrajo una pequeña copia del *Liber Daemonicum*.

—Lea.

Alaric abrió el libro por una página muy usada.

—«La naturaleza de lo demoníaco es tan pérfida que puede que el hombre justo no la conozca, aun así debemos luchar… —Alaric leía apresuradamente, sintiendo la muerte que había a su alrededor, oyendo los disparos de bólter, el sonido de las hojas al chocar contra la ceramita y las explosiones a lo lejos—. Para que la maldad del Enemigo no pervierta su mente, no debe serle transmitida mediante un discurso directo sino mediante parábolas y alegorías…»

—¡Hermanas! —gritó la canonesa. Alaric supo que estaba hablando a través del comunicador. Las hermanas debían de tener un repetidor bastante potente tras las líneas defensivas, pues sus comunicaciones se mantenían intactas—. ¡Alto el fuego! ¡Ahora!

—¡Caballeros Grises, alto el fuego! —repitió Alaric.

Sonó una última explosión proveniente del interior de una de las trincheras, donde se encontraba Tancred.

—¡Tancred! ¡Alto el fuego! ¡Reagrupaos!

Alaric miró a su alrededor. Las Serafines estaban en posición de alerta y apuntando con sus bólters. Unas pocas hermanas salieron desde el interior de la trinchera apuntando a Alaric. Los Caballeros Grises se acercaban a su hermano capitán. Alaric pudo ver que Lykkos estaba sangrando a través de varios orificios abiertos en la armadura, y que la placa pectoral de Dvorn tenía varios agujeros humeantes. Parecía que a la escuadra de Genhain le había ido un poco mejor, pero todos los marines tenían un aspecto terrible, estaban completamente cubiertos de heridas y golpes. En el suelo, algunas de las hermanas yacían heridas o muertas, y el fondo de la trinchera estaba empapado de sangre.

Una de las hermanas ayudó a ponerse en pie a la Serafín superiora. Tenía el rostro pálido a causa de la conmoción pero en sus ojos aún brillaba el odio.

—¿Juez? —preguntó la canonesa.

—Hermano capitán —contestó Alaric.

—Me temo que esto ha sido un terrible error.

La canonesa bajó la vista para mirar los cuerpos de sus hermanas que yacían sin vida. Era perfectamente capaz de controlar sus emociones cuando había en juego algo tan importante, pero no era capaz de esconder su pesar.

—No ha sido ningún error —replicó Alaric—. La causa del sufrimiento de toda la senda está aquí, en Volcanis Ultor. El Enemigo ha empleado tropas imperiales para protegerse. Ese mismo Enemigo contaba con que ninguno de los defensores conociera a los Caballeros Grises, pero parece que estaba equivocado.

—Mi orden sirvió junto al inquisidor Karamazov en el río de Tiguria. Los Caballeros Grises también estaban allí, aunque no llegamos a luchar a su lado. Han tenido suerte de que los haya reconocido. —La canonesa bajó su pistola inferno—. Canonesa Ludmilla, Orden de la Rosa Ensangrentada.

—Hermano capitán Alaric. ¿Se encargan sus hermanas de la defensa del lago Rapax?

—Parece que hay poco que defender. Estamos en el extremo de la línea defensiva, lo único que hay aquí es una planta de procesamiento.

—¿Hay algo más en este lago?

—No, sólo la planta.

—¿Ha estado usted en su interior?

Ludmilla negó con la cabeza.

—Valinov nos advirtió que los productos químicos del interior eran extremadamente inflamables.

—¿El inquisidor Valinov? —Alaric la miró desconcertado.

—Sí, ¿es él quien los ha enviado?

Alaric hizo una pausa. ¿Por dónde empezar? Al ver que la fiel canonesa esperaba una respuesta, supo que su única opción era decirle la verdad.

—Valinov es el enemigo. Fue condenado a muerte por el Ordo Malleus pero consiguió escapar en el momento de su ejecución. La confusión es su mejor arma. Les ordenó a ustedes que defendieran la planta porque es el lugar exacto en el que su maestro se alzará de nuevo.

—Valinov es un inquisidor —replicó Ludmilla con dureza. Alaric pudo comprobar que aún no se había ganado su confianza—. Cuenta con la bendición del cardenal Recoba y con el apoyo de todo Volcanis Ultor. Usted, sin embargo, ha matado a muchas de mis hermanas y casi acaba también conmigo. Sea o no un Caballero Gris, me está pidiendo que crea demasiado en tan poco tiempo.

—Nosotros no fuimos los agresores —dijo Alaric—. Sus hermanas fueron las primeras en abrir fuego.

Ludmilla dirigió su vista hacia el sur, donde el infierno desatado por el impacto aún centelleaba entre la nube de polvo.

—No creo que la infantería pesada de Balur piense lo mismo, hermano capitán.

Tancred salió de la trinchera y se colocó junto a Alaric. Todo su cuerpo echaba humo, los servos de su armadura de exterminador habían trabajado al cien por cien y las placas de ceramita estaban ennegrecidas y apestaban a promethium.

—Canonesa —dijo—. Sus hermanas luchan con valor. Ojalá hubiera encontrado algún otro modo.

Ludmilla lo miró fijamente.

—¿Dónde está Valinov? —preguntó Alaric.

—Se ha instalado en las oficinas del cardenal Recoba —contestó Ludmilla—. Pero se disponía a inspeccionar nuestras tropas cuando tuvo lugar la explosión.

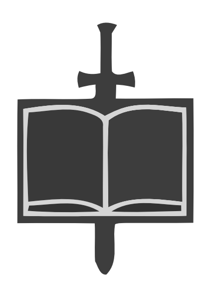
—Entonces está aquí. —Alaric miró a las hermanas muertas, valerosas guerreras y sirvientes del Imperio que jamás podrían ser reemplazadas. Las Hermanas Hospitalarias se aproximaban desde las líneas de retaguardia para atender a las heridas y ocuparse de los cadáveres—. Estoy cansado de llegar tarde, canonesa. La necesitaré a usted y a sus hermanas. Valinov está tramando algo terrible en el lago Rapax y ha provocado este enfrentamiento para encubrirlo. Supuso que lucharíamos unos contra otros hasta estancarnos en un punto muerto. Tengo la intención de demostrarle que se equivoca, tanto con su ayuda como sin ella, hermana, pero me temo que no podremos tener éxito si actuamos solos.

—No seremos de mucha ayuda si no sabemos contra qué estamos luchando, hermano capitán.

Alaric inspiró profundamente. ¿Cómo podría explicar todo aquello? Se trataba de un mal compuesto de conocimiento puro, un mal que usaba como armas la locura y la corrupción, un mal incomprensible contra el que no se podía luchar y que resultaba imposible de erradicar. Un mal que, una vez que se hubiera alzado, se enraizaría en el tejido que componía el Imperio, y se necesitarían otros mil años para poder erradicarlo de nuevo.

—Hermana —comenzó Alaric—. No tenemos tiempo, de modo que no espero que llegue a entenderlo en toda su magnitud, pero su nombre es

Ghargatuloth…



DIECIOCHO

El jardín de las estatuas

La infantería pesada de Balur había perdido a un tercio de sus hombres, que se habían desintegrado en una nube de polvo que flotaba entre la capa de ceniza. El coronel Gortz había muerto y las comunicaciones estaban cortadas, de modo que otro tercio de las tropas estaba aislado y desprotegido, intentando defender una posición contra un enemigo al que no podían ver.

El resto de las tropas de Balur, unos setecientos hombres, se reagruparon en torno al extremo norte de las líneas imperiales. Se trataba de unos soldados extremadamente disciplinados, pero con tantos oficiales muertos no había nadie para dirigirlos en combate contra un enemigo que a buen seguro atacaría aprovechando la confusión.

Sin embargo, la Guardia Imperial sí que podía luchar sin el liderazgo de sus oficiales, porque cuando los oficiales no podían liderar a sus tropas, ya fuera por incompetencia, corrupción o, como en el caso de Volcanis Ultor, porque casi todos habían muerto, la Guardia Imperial contaba con otra estructura de mando capaz de hacerse con el control de las tropas.

Un comisario no era un estratega. No podía organizar un asalto ni desplegar una defensa perfecta, pero cuando la Guardia Imperial necesitaba un líder eso era irrelevante. Los comisarios eran los únicos capaces de liderar a la Guardia Imperial cuando ésta necesitaba ser liderada, cuando debía enfrentarse a un peligro al cual un coronel y sus oficiales no podían plantar cara. Cuando ya no había tiempo para tácticas ni para estrategias y había que recurrir a la obstinación y al fanatismo, los comisarios se ponían a la cabeza.

El comisario Thanatal siempre había sabido que algún día tendría que liderar a las tropas de Balur en combate cuando no quedara nadie más para hacerlo. Eso era para lo que había sido entrenado desde el primer día que ingresó en la Schola Progenium, siendo Thanatal un huérfano más de una de las innumerables guerras del Imperio. En sus muchos años de cruel aprendizaje aprendió que el deber era una espada que podía acabar con uno mismo de igual modo que podía acabar con el enemigo, una espada que él estaba destinado a empuñar. A Thanatal no le importaban las vidas de sus hombres ni lo justo de la victoria, ni siquiera le preocupaba su propio bienestar. Lo único que le preocupaba era castigar a los enemigos del Emperador por el pecado de atreverse a existir bajo su mirada, y llevar las almas de sus soldados bajo el abrigo del Emperador mediante la luz divina de la guerra.

Creía firmemente en erradicar la cobardía de los espíritus débiles, de manera que cuando llegara la hora de dar la vida para mayor gloria del Emperador, sólo los espíritus más fuertes podrían estar entre las filas de las tropas de Balur.

La parte baja del abrigo de cuero de Thanatal se hundió en el barro de las trincheras mientras sentía el peso de su armadura. Intentaba dirigirse hacia el norte en medio de la oscuridad originada por las cenizas. Oía como los hombres gritaban los nombres de sus camaradas, escuchaba sus oraciones y sus gritos de dolor. Avanzaba penosamente tropezándose con innumerables cuerpos sin vida. El comisario se quitó la gorra y se puso la mascarilla, dejando que los filtros retuvieran las cenizas antes de entrar en sus pulmones.

Cuando las nubes se levantaron, la luz del ocaso iluminó débilmente el paisaje. Los hombres, siluetas alicaídas y oscuras, intentaban abrirse paso entre las maltrechas defensas.

Thanatal vio a un sargento al frente de un grupo de hombres.

—¡Sargento! —gritó—. ¿Hacia dónde se dirigen?

—Están atacando a través de las líneas de las hermanas. Vamos a reagruparnos en las trincheras de retaguardia y a levantar una nueva línea defensiva…

Thanatal desenfundó su pistola bólter y disparó al sargento a quemarropa. Los hombres que caminaban junto a él se detuvieron en seco, atónitos.

—¡Regimiento! —gritó Thanatal como si se estuviera dirigiendo a ellos en un patio de armas—. ¡Deben avanzar hacia el norte! El Enemigo ha intentado cortarnos el paso hacia su objetivo, pero ha fracasado. ¡Mientras las tropas de Balur sigan con vida, nuestro enemigo sufrirá el peor de los castigos!

En medio de la oscuridad varios de los hombres intentaron escapar. Sonaron otros dos disparos y acto seguido un miembro de la Guardia Imperial se desplomó sobre el alambre de espino. Nadie más se atrevió a moverse.

—¡El Enemigo está hacia el norte! ¡El regimiento debe avanzar!

Los hombres comenzaron a reagruparse en torno a él. Thanatal avanzaba como podía a través del barro y de los cuerpos sin vida. Ascendió hasta el borde de la trinchera para que todo el mundo pudiera verlo. Cogió una antorcha que sostenía uno de los hombres y la alzó en medio de la oscuridad, formando una bola de luz que apuntaba hacia el cielo ennegrecido por la ceniza.

—¡El Enemigo está intentando rodearnos y dejarnos aislados! ¡Ahora mismo está aniquilando a nuestros hermanos y planeando nuestra muerte! Incluso puede que piense que la victoria es suya, pero si lo que quiere es alzarse con la victoria, ¡por el Emperador que tendrá que matarnos a todos y cada uno de nosotros! ¡Mientras quede uno solo de nosotros con vida, el Emperador no será derrotado!

Thanatal disparó una vez más, esta vez hacia el cielo, y dirigió sus pasos hacia el norte a través del alambre de espino. Cada vez más y más hombres caminaban a su lado.

—¡Hacia el norte! —gritaban—. ¡Van a intentar atacarnos por la retaguardia! ¡Seguidnos!

Una multitud de hombres comenzó a surgir de entre la confusión que hacía un momento se había apoderado de las tropas, una multitud que se abría paso a través de las tinieblas. Thanatal no aminoraba su avance, pues se había erigido en líder del regimiento. A medida que avanzaba les hablaba a los hombres de la venganza que todos perseguían, mientras que disparaba a los que intentaban desertar cuando veían que se aproximaba a ellos. Se apoderó de la ira de las tropas de Balur y la convirtió en algo que ahogó sus miedos. Su corazón se llenaba de orgullo al comprobar la lealtad de todos aquellos hombres que habían decidido seguirlo en lugar de refugiarse en la desesperación.

Él era su única salvación. Era él quien caminaba por el sendero que les permitiría alejarse del pecado de la cobardía y quien los guiaría hacia la luz que emanaba de la gloria del Emperador.

El Enemigo estaría allí, tenía que estarlo. Aquel primer impacto no había sido más que la punta del iceberg de un ataque a gran escala, y Thanatal no perdería la oportunidad de guiar a las tropas de Balur hasta el epicentro del combate.

—¡Comisario! —gritó una voz.

Thanatal pudo distinguir la silueta de un vehículo blindado que se abría paso entre la oscuridad. De pronto, una figura salió del transporte y se dirigió hacia él. Era un hombre alto y delgado, con un enorme abrigo y una espada de energía. La hoja cobró vida y comenzó a emitir una luz pálida y azulada, entonces Thanatal pudo distinguir su rostro, noble y orgulloso, dominado por unos ojos en los que ardía la determinación.

—Comisario, alabado sea el Emperador. Pensábamos que habíamos perdido a las tropas de Balur.

—No mientras nos quede el más mínimo resquicio de vida —declaró Thanatal asegurándose de que sus hombres pudieran oír sus palabras—. Ni

mientras seamos capaces de hostigar al Enemigo.

—Entonces convertiré a sus hombres en mi guardia de honor, comisario. El Enemigo ha llegado, y con él la maldad más cruenta que seamos capaces de imaginar, pero con su ayuda podremos hacer cumplir la voluntad del Emperador. —El hombre hizo un saludo con la hoja de su espada—. Inquisidor Gholic Ren-Sar Valinov. Comisario, es un placer servir junto a las tropas de Balur.

Thanatal estrechó la mano que Valinov le había tendido. Fue un apretón firme, propio de un líder.

—¿Qué es lo que quiere de nosotros, inquisidor?

—Su acero y su valor, comisario. Ése es el único modo. —Valinov alzó su espada para que todos los hombres pudieran verla. El arma se iluminó como una atalaya en medio de la oscuridad—. ¡Por el Trono y por nuestros hermanos muertos! ¡Venganza y justicia, hijos del Emperador! ¡Venganza!

—¡Venganza! —gritaron todos los hombres.

Pronto ese grito se convirtió en un canto de guerra liderado por el propio Thanatal.

—¡Venganza!

Venganza. Todos sabían que era lo único por lo que merecía la pena luchar. El comisario Thanatal supo entonces que había cumplido su cometido, pues les había dado a los hijos de Balur la oportunidad de luchar por ella.



La silueta de la planta de procesamiento se alzaba, achaparrada y sombría, en medio de la oscuridad. Sus muros de plasticemento se erigían mugrientos. Alaric apenas podía distinguir a las escuadras de Hermanas Vengadoras sobre el tejado, apuntando con sus bólters pesados hacia la llanura que se abría frente al edificio. Había enormes bloques antitanque de rococemento y numerosos búnkers diseminados por todo el terreno,

ofreciendo muchos puntos de cobertura para los Caballeros Grises y para las hermanas, que empezaron a tomar posiciones frente al edificio.

La planta estaba situada justo a orillas del lago Rapax, cuyas aguas hediondas rompían sobre su muro trasero. Los bloques cuadrados con los que se habían construido los muros estaban cubiertos de productos químicos que se habían ido acumulando a lo largo de los años; toda la planta tenía un aspecto sucio y abandonado. Como si de una prisión se tratara, no tenía ventanas, tan sólo una única entrada oxidada daba acceso a todo el complejo.

El hedor del lago impregnaba todo el ambiente, en el que flotaba una pestilencia fuerte y metálica, un repugnante olor a productos químicos. La superficie aceitosa del lago aún estaba agitada por culpa del impacto. Una niebla grasienta se desprendía de sus aguas, mezclándose con las cenizas y dando lugar a una llovizna pringosa.

Alaric avanzaba rápidamente, a través de las defensas, en dirección a la planta. Su escuadra y los marines espaciales del juez Santoro iban a su alrededor. Ludmilla los seguía muy de cerca.

Ludmilla había traído consigo casi un centenar de hermanas de batalla. La canonesa había visto muchas de las atrocidades que se habían cometido a lo largo de toda la senda, y ahora que sabía que Ghargatuloth estaba detrás de ellas entendía por qué los Caballeros Grises estaban en Volcanis Ultor.

Ahora comprendía la red de mentiras y manipulaciones que habían convertido a sus hermanas en meros instrumentos en manos del Enemigo, y Alaric tenía la impresión de que debía sentirse tan sucia y engañada que sólo la más sangrienta de las venganzas podría limpiar su alma.

—Hermana Heloise —dijo Ludmilla. Tuvo que alzar la voz porque las interferencias estaban afectando a las comunicaciones—. Traiga sus cañones de fusión al nivel de suelo. ¡Ahora!

Aunque las hermanas hubieran conseguido abrir los cerrojos, habría sido imposible mover las puertas oxidadas de la planta. Los tanques Exorcista podrían haber disparado contra ellas, pero tanto los Caballeros Grises como las hermanas tendrían que haberse alejado mucho para no

sufrir las consecuencias de la detonación. Utilizando los cañones de fusión podrían atravesarlas sin perder tanto tiempo.

Ghargatuloth debía de saber que se aproximaban. Encontraran lo que encontraran allí dentro, las hermanas y los Caballeros Grises tendrían que actuar antes de que tuviera tiempo para reaccionar.

La Serafín superiora, la hermana Lachryma, llevó a su unidad hasta la línea frontal. Dos de las escuadras de Serafines habían sufrido tantas bajas que ahora luchaban como una sola, eran siete hermanas que luchaban bajo las órdenes de Lachryma, cuya mandíbula estaba tremendamente amoratada.

Lachryma hizo una inclinación de cabeza a modo de saludo mientras guiaba a sus hermanas hasta uno de los contrafuertes del muro para ponerse a cubierto. Tancred también avanzó hasta colocarse al otro lado de las puertas, esas dos serían las escuadras que, sin recibir ninguna orden previa, entrarían primero.

La escuadra de Hermanas Vengadoras de la hermana Heloise estaba justo a los pies del muro, preparando sus cañones de fusión y sus bólters pesados junto con toda su carga de munición explosiva. Alaric pudo ver que Heloise tenía un brazo biónico y que la mitad de su cabeza afeitada estaba marcada por una terrible quemadura.

—¿Algún movimiento en el interior? —preguntó Ludmilla.

—Nada —respondió Heloise.

—Abridlas —ordenó Ludmilla—. ¡Hermanas, preparadas! Lachryma y los Caballeros irán en vanguardia. Llenad vuestras almas de valor porque el Enemigo intentará apoderarse de ellas. —Ludmilla se volvió para dirigirse a Alaric—. Sé que nunca el alma de ningún Caballero Gris ha caído en manos del Caos, pero el Adepta Sonoritas ha perdido a muchas hermanas, no es algo muy normal y nadie lo admitirá jamás, pero…

—El hecho de que Ghargatuloth se haya aprovechado de su orden es una terrible ofensa —intervino Alaric—. No pienso abandonarlas después de que sus almas hayan sido mancilladas de semejante manera.

Ludmilla inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. Acto seguido se dio la vuelta para dirigirse hacia Heloise.

—¡Fuego! —ordenó.

Los cañones de fusión comenzaron a perforar el acero, produciendo una enorme lluvia de chispas que brillaban siniestramente en medio de las cenizas. Finalmente, una sección completa de las puertas de entrada se desplomó. Ni siquiera el propio Alaric, con su visión amplificada, podía ver más que una impenetrable oscuridad.

Lachryma abandonó su parapeto y rápidamente comenzó la carga espada en mano, sus Serafines avanzaron tras ella junto con la escuadra de Tancred, cuyas armaduras de exterminador apenas cabían por el hueco abierto en la puerta.

—Vía libre —dijo Tancred a través del comunicador al cabo de unos segundos.

—¡Adelante! —gritó Alaric mientras se adentraba por el agujero enarbolando su alabarda némesis. Santoro y Genhain lo siguieron. Ludmilla fue la siguiente en entrar junto con varias escuadras de hermanas de batalla, dejando a Heloise en el exterior para desplegar fuego de cobertura.

Allí dentro no había más que una espesa oscuridad. No se trataba de una simple falta de luz, sino que había un velo de oscuridad absoluta. Alaric ni siquiera podía distinguir los muros o el techo. El suelo era de mármol, y antiguamente habría estado cubierto de delicados mosaicos, pero ahora toda la superficie estaba resquebrajada. Allí no había ningún depósito de productos químicos ni ninguna turbina de procesamiento; en el interior de aquella planta reinaba un silencio gélido y el aire olía a antigüedad. Aquel lugar había sido totalmente sellado para protegerlo de la corrosión procedente de las aguas del lago Rapaz.

Alaric avanzó con mucho cuidado, la débil luz que entraba a través de la puerta era su único punto de referencia. Justo delante pudo distinguir a las Serafines de Lachryma y a los exterminadores de Tancred. La espada de Mandulis refulgía en sus manos, sus destellos aún eran brillantes a pesar de estar cubierta de sangre y ceniza, y desprendían una tenue luz que iluminaba débilmente la figura del juez.

Alaric se aproximó a Tancred y entonces vio la razón por la que se habían detenido. En medio de la oscuridad y prolongándose hasta donde

alcanzaba la vista, se alzaba un siniestro bosque de estatuas enormes. Parecían haber surgido como árboles sobre el suelo de mármol, todas ellas doblaban o triplicaban la altura de un hombre normal y tenían un aspecto ajado y antiguo. Muchas estaban inclinadas en ángulos imposibles. Representaban figuras que vestían ropajes de gala y sus túnicas pétreas parecían mecerse al viento, pero el tiempo y la oscuridad las había convertido en siluetas vagas e indiferentes. Alaric llegó hasta donde se encontraba Tancred y vio que el rostro de la estatua que tenía más cerca había sido desfigurado por la corrosión. Lo que antes fueron sus ojos ahora eran dos enormes huecos, y su boca había sido reducida al débil contorno de sus dientes. Aquella figura había representado a algún cardenal o diácono, y ahora se ladeaba precariamente, como si fuera a precipitarse contra cualquiera que se aproximara.

—Adelante —digo Alaric—. Separaos pero mantened contacto visual.

Alaric dejó a un lado la figura de aquel cardenal sin rostro y observó las decenas de estatuas que se alzaban detrás de ella, enormes monumentos que parecían llenar el cascarón vacío de la planta de procesamiento. Entre ellas podía distinguirse una elegante figura vestida con un uniforme de la Marina cuyo rostro también había quedado reducido a una masa de piedra deforme. También había un astrópata que, con el brazo extendido, parecía estar haciendo el signo del águila, pero su mano no era más que un montón de roca desmenuzada esparcida a los pies de la estatua.

Incluso había un marine espacial, una enorme figura pétrea que yacía en el suelo medio destruida. Las Serafines de Lachryma la rodearon aprovechando sus enormes brazos como parapeto y abriéndose paso entre lo poco que quedaba de su torso y de su generador dorsal.

Alaric se dio cuenta de que en el suelo había incrustaciones de oro que dibujaban complejas figuras, pero cuyo antiguo brillo había desaparecido dejando una superficie ennegrecida y decolorada por el paso del tiempo.

—Tengo algo —dijo Lachryma a través del comunicador. Su voz se oía temblorosa a causa del dolor de sus heridas. Tanto Alaric como Ludmilla habían ordenado a sus tropas que utilizaran el mismo canal—. Adelante.

—Tancred, echad un vistazo, estamos justo detrás de vosotros —dijo Alaric. Oyó a Ludmilla ordenando a sus hermanas de batalla que avanzaran por los flancos para rodear a cualquier posible enemigo.

Alaric siguió a Tancred, que acababa de pasar junto a la enorme estatua de una Hermana Hospitalaria que aún se mantenía intacta excepto por sus manos, que habían desaparecido. Un poco más adelante, el suelo de aquel bosque de estatuas se alzaba formando una pirámide escalonada en cuya cúspide se distinguía una especie de templo bañado en una luz tenue. Alaric escudriñó las sombras y pudo distinguir una serie de columnas que sostenían el frontispicio, cuyas esculturas habían sucumbido hacía ya mucho tiempo. También pudo ver un friso en el que aún se apreciaban unas letras talladas en gótico clásico y restos de estatuas más pequeñas. Figuras que estaban tan erosionadas que no eran más que simples siluetas humanoides.

Tallada en el friso se podía distinguir una única palabra:

EVISSER

—La tenemos. Es la tumba —dijo Alaric.

—Parece que somos los únicos que han entrado en este lugar en mucho tiempo.

—Valinov está en Volcanis Ultor y ésta tiene que ser la única razón de su presencia.

Alaric estaba completamente seguro de lo que acababa de decir. Ahora todo encajaba. La senda de San Evisser era un rompecabezas diseñado por Ghargatuloth y esa tumba era la pieza final.

—Podemos iniciar un asalto —dijo Lachryma, que esperaba junto con sus hermanas a los pies de la pirámide—. Nosotras nos ocuparemos de la retaguardia. Que los exterminadores vayan delante.

—Bien —asintió Alaric—. Santoro, con ella. Genhain, seguidnos y proporcionadnos fuego de cobertura si es necesario. Tenemos que averiguar qué hay ahí dentro. Yo entraré con Tancred. —Alaric se volvió para dirigirse a Ludmilla, que estaba ordenando a sus hermanas que rodearan el templo—. Ustedes cúbrannos también, éste es un asalto muy complejo sobre un emplazamiento que debemos suponer que está defendido, pero no hay

manera de saber lo que nos encontraremos ahí dentro. Tendremos que pensar con rapidez.

—Eso es lo que mejor se nos da, hermano capitán. ¿No es lo que mejor hacemos tanto usted como yo? ¿Enfrentarnos a lo desconocido cuando nadie más es capaz de hacerlo? ¿Luchar cara a cara contra la oscuridad? Es para lo que nos han creado.

La canonesa tenía razón, las hermanas, al igual que los Caballeros Grises, eran creadas, entrenadas desde la infancia, sumergidas en la palabra de los clérigos imperiales del mismo modo que los Caballeros Grises eran adoctrinados. Quedaba muy poco de la mujer que cada una de aquellas hermanas podría haber sido. En cierto sentido ellas ya habían hecho el sacrificio definitivo, sus vidas ya no eran suyas, pues habían sido moldeadas para convertirse en soldados capaces de hacer cumplir la voluntad del Emperador. Los Caballeros Grises y las hermanas de batalla compartían mucho más que un simple enemigo en común.

—Por el Trono, hermana —dijo Alaric mientras se dirigía hacia los escalones donde aguardaba Tancred.

—Que el Emperador nos proteja, hermano —contestó Ludmilla.

Las escuadras de Alaric y de Tancred ascendieron por los escalones que llevaban hacia el templo, cuya silueta se alzaba amenazante. Cuando se acercaron, Alaric vio que las hebras negras de la corrupción se habían extendido por las columnas de la entrada, y que los escalones por los que ascendían estaban salpicados de vetas oscuras. Parecía que todo el edificio estaba infectado. Era una construcción enorme, sus dos flancos cubiertos de columnas se perdían en la oscuridad, donde Lachryma había tomado posiciones para cargar desde la parte trasera.

Tras la primera fila de columnas se extendían muchas otras, dispuestas de forma alternativa, de manera que era imposible ver lo que había tras ellas. En lo alto de aquella pirámide, el aire era húmedo y frío, como si algo le hubiera arrebatado la vida. Alaric notó cómo sus sentidos se ponían alerta y sus músculos se tensaban, activados por la maldad que flotaba en el ambiente. Su núcleo psíquico entró en estado de alerta máxima a medida que las fuerzas invisibles comenzaron a desplegarse a su alrededor.

De pronto se oyó un grito en el interior del templo. Eran los alaridos de los demonios.

—¡Adelante! —gritó Alaric. Así empezó la carga contra la tumba de san Evisser.

* * *

Cuando el comisario Thanatal vio los cuerpos sin vida de las hermanas en el fondo de la trinchera supo que tenía razón. El enemigo había atacado por el extremo de la línea defensiva, consiguiendo repeler el valeroso contraataque lanzado por las hermanas que ahora yacían en un enorme charco de sangre. Sus cuerpos, cubiertos por las servoarmaduras rojas de la Orden de la Rosa Ensangrentada, estaban retorcidos sobre el alambre de espino o tirados en medio del barro. Las heridas que presentaban eran de bólter y de armas de energía, lo que era un indicio de que se había producido un tremendo enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

Las tropas de Balur, con Thanatal y Valinov a la cabeza, se movían con rapidez a través de las trincheras que antes habían intentado defender las hermanas. Uno de los predicadores del regimiento, que había conseguido sobrevivir, estaba entonando el libro de himnos *Odium Omnis*, una letanía de odio compuesta en gótico clásico que todos los soldados de Balur aprendían en los templos de su planeta natal cuando eran niños.

—¡Tengo uno! —gritó un sargento mientras apuntaba con su rifle láser hacia el enorme cuerpo herido de un marine. Su armadura grisácea estaba manchada de sangre y tenía la pierna hecha añicos. Thanatal pudo distinguir las complejas figuras ornamentales de su armadura y vio la enorme alabarda con la que había luchado tirada en el suelo junto a él; la hoja estaba manchada con la sangre de las hermanas que había degollado.

—¡Atrás! —gritó Valinov—. ¡Sus cuerpos están corrompidos!

El sargento gritó una orden y sus hombres se alejaron y evitaron pasar junto al cuerpo. Los soldados de Balur también se apartaron.

«El Enemigo es capaz de asustar a los sirvientes imperiales incluso después de muerto», pensó Thanatal con amargura. La muerte era algo demasiado bueno para ellos, pero eso sería lo que recibirían.

—¿Señor? ¿Dónde están las hermanas? —preguntó un joven oficial que estaba justo detrás de Thanatal.

Valinov lo interrumpió.

—Las hermanas están perdidas —respondió llanamente.

—Recuerda, hijo de Balur —dijo Thanatal—. Venganza.

El oficial asintió apesadumbrado y se volvió para asegurarse de que sus hombres avanzaban tras él.

¿Perdidas? ¿Qué podría hacer desaparecer a tantas hermanas de batalla? Muchos de los soldados de Balur dispuestos al norte de la línea se habían unido a las hermanas en sus oraciones, y sabían perfectamente lo efectivas que podían llegar a ser en combate. ¿Qué podría haber acabado con ellas? ¿Dónde estaban sus cuerpos?

Ese tipo de preguntas podrían minar la moral de los hombres. Thanatal no podía permitir que se extendieran entre las tropas.

—¡El sacrificio de nuestras hermanas de batalla ha servido para debilitar a nuestro enemigo! —gritó Thanatal para que todos pudieran oír sus palabras. Sabía que el mensaje se extendería entre los nerviosos soldados con mayor rapidez que si lo hubiera dicho a través de su comunicador—. ¡Con su generosidad han abierto una brecha en su coraza, y nosotros seremos quienes le asestaremos el golpe definitivo!

—¡Ahí! —gritó Valinov desde la cabeza de la columna señalando con su espada de energía. Justo delante de ellos, a orillas del lago Rapax, se alzaba la silueta de la planta de procesamiento. Su monstruosa forma se elevaba sobre la nube de ceniza—. ¡Ahí es donde se esconden!

Thanatal respiró aliviado. Las tropas de Balur corrían el riesgo de preocuparse demasiado por la desaparición de las hermanas y perder la concentración. Ahora tenían algo con lo que mantenerse ocupados.

—¡Mirad, hijos de Balur! ¡Ahí es donde se oculta nuestro enemigo! ¡Ataquemos mientras aún está débil! ¡Venguemos la muerte de nuestros camaradas y de las hermanas! ¡A la carga!

—¡A la carga! —gritó también el viejo predicador, quien enarbolando su libro sagrado salió de la trinchera con tanta decisión que cualquier soldado que estuviera paralizado por el miedo se habría sentido avergonzado.

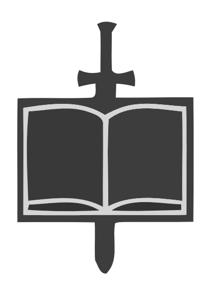
—¡Ya lo habéis oído! —gritó otro de los oficiales—. ¡A paso ligero y listos para abrir fuego!

De pronto pareció como si las tropas de Balur cobraran vida, una vida que ardía como una hoguera. Thanatal comenzó a correr. Ya no tenía que liderar a nadie, simplemente tenía que seguir el ejemplo del inquisidor Valinov, quien corría junto a él. El resto de los soldados avanzaban en tropel justo detrás de ellos, saltando sobre las trincheras y dejando sus huellas sobre el terreno lleno de sangre, en una carga frenética hacia la planta de procesamiento.

«Pase lo que pase —pensó Thanatal—, la victoria ya es nuestra. Cuando llegue el momento y las tropas de Balur ofrezcan sus vidas frente al altar de la guerra, me agradecerán que los haya guiado hasta la batalla final».

Un marine del Caos luchaba como diez de los más fieles guardias imperiales, y Thanatal lo sabía, pero con un espíritu valeroso y una alma libre de miedo las tropas de Balur podrían sobreponerse a la adversidad. Conseguirían ganar tiempo hasta que llegara el resto de los defensores, puede que incluso consiguieran acabar con el Enemigo en la misma orilla del lago Rapax. Fuera como fuere, la voluntad del Emperador se cumpliría.

Valinov avanzaba a toda velocidad espada en mano, y Thanatal corría junto a él. Las tropas de Balur entonaban gritos de guerra mientras la carga avanzaba, y cuando los primeros disparos de bólter pesado procedentes de los herejes hicieron blanco, ya no había nada que pudiera detenerlos.



DIECINUEVE

La tumba de San Evisser

Las setenta y siete máscaras rugientes del Oculto nacieron en las profundidades de Volcanis Ultor seiscientos años antes del primer advenimiento de Ghargatuloth. Entre las bandas de la subcolmena, donde un hombre tenía suerte si conseguía sobrevivir hasta los veinte años y donde una arma era tan valiosa como los alimentos o el agua potable, se alzó un profeta que decía conocer cada uno de los setenta y siete rostros de la muerte, y que prometió a sus devotos seguidores que serían inmunes a cualquier desgracia que asolara la subcolmena. Uno de los rostros era el zumbido metálico de las balas, otro el aliento gélido de la puñalada de un cuchillo.

Con el peligro de la muerte siempre al acecho y la angustia acuciante del hambre, las setenta y siete máscaras eran las protectoras de la muerte, y sólo mediante su adoración y su conocimiento profundo se la podía engañar. El profeta (cuyo nombre cayó en el olvido pero cuyo rostro sería por siempre recordado) aseguró a sus devotos que la muerte era precisamente aquello que veneraban, que era el objeto de su estudio, su religión y su modo de vida.

Sus seguidores formaron la banda más extraordinaria de toda la subcolmena, pues todos ellos eran inmunes a las muchas formas de la muerte. Hasta que finalmente se convirtieron en la única opción posible. El resto de bandas enterraron sus enemistades durante una larga noche en la que corrieron ríos de sangre, y todos los seguidores de aquel profeta fueron asesinados en los estrechos callejones que recorrían las entrañas de Volcanis Ultor. Se conservaron muy pocos relatos sobre aquella guerra de bandas, pues muy pocos de los que participaron en ella sobrevivieron para contarla.

Nadie supo qué fue de aquel profeta. El hecho de que consiguió sobrevivir queda fuera de toda duda, pues las setenta y siete máscaras reaparecieron, veneradas en secreto por aquellos que recordaban los relatos en los que se hablaba de unos hombres que conocían a la muerte tan bien que ésta jamás los alcanzaría. Poco a poco se fue revelando que todas las máscaras no eran más que diferentes aspectos de un único rostro, el rostro del Oculto, una fuerza tan poderosa que la muerte era simplemente una más de sus muchas facetas. Con el paso del tiempo el culto se fue extendiendo, aprovechándose de los resentidos y de los temerosos, de aquellos cuyas vidas estaban dominadas por el ansia de venganza o contaminadas por la locura. Todos eran bienvenidos, y de entre ellos los más devotos se convirtieron en sirvientes del mismísimo Oculto, cuya palabra les fue transmitida a través de un profeta que había vivido durante siglos.

Finalmente comprendieron.

La máscara final era la más compleja. Era destrucción en estado puro, la disolución del cuerpo, la extracción del alma, la superación de la muerte y el cese de la existencia misma. Una vez que la comprendía, el devoto se convertía en algo que estaba más allá de la muerte, pasaría a ser alguien para quien la vida o la muerte no eran más que sombras proyectadas por la verdadera luz de la existencia. La pureza, una gloria que iba más allá de lo que era tangible para los vivos y de lo que no era más que un sueño para los muertos. Ésa era la promesa del Oculto.

La máscara final sólo podía ser comprendida en el mismo lugar en el que las leyendas de la subcolmena situaban la destrucción y el caos, el lago Rapax, un pozo hediondo donde el pecado y la corrupción se habían

acumulado a lo largo de cientos de años hasta enraizarse en lo más profundo de la tierra. Se decía que el lago tenía vida y que estaba hambriento. También se decía que en sus profundidades vagaban monstruos y que los fantasmas ascendían hasta su superficie aceitosa. Muchas cosas se decían en las entrañas de Volcanis Ultor, y los seguidores de las setenta y siete máscaras sabían que todas ellas eran ciertas.

En una noche aciaga y oscura, los seguidores abandonaron sus guaridas y se reunieron en las calles de la subcolmena. Habían oído la llamada de su profeta. Nadie intentó detenerlos. El miedo habitaba en los corazones de los ciudadanos, quienes no pudieron hacer más que contemplar horrorizados cómo los insensatos se hacían con el control de las calles.

Marcharon a través de las entrañas de la ciudad hasta llegar a orillas del lago Rapax, donde la figura esquelética de su profeta aguardaba cantando las alabanzas dementes del Oculto mientras recontaba las setenta y siete máscaras que habían cosechado tan suculento botín de entre las calles de la subcolmena. Sus seguidores se regocijaban al tiempo que avanzaban en procesión hacia el lago, cuyas corrosivas aguas les arrancarían la piel y las entrañas, succionarían el aliento de sus pulmones y devorarían sus mentes.

Las aguas del lago bullían a medida que los devotos se sumergían en ellas, y borboteaban centelleantes según cubrían las cabezas de los fieles. Las orillas se volvieron rojizas, teñidas de sangre. Finalmente, el mismísimo profeta caminó sobre la superficie de las aguas hasta llegar al centro del lago, donde, muy despacio y entonando las letanías de las máscaras, se sumergió también él en las profundidades.

Los habitantes de la subcolmena dieron las gracias porque los dementes y los malditos habían desaparecido. Si hubieran sabido la verdad, se habrían sumido en la desesperación.

Las setenta y siete máscaras rugientes no enviaron a sus seguidores a la muerte en vano. Aquellos cultistas se convirtieron en algo diferente bajo las aguas del lago Rapax. Con sus cuerpos corroídos por la contaminación y sus mentes moldeadas a imagen y semejanza de las máscaras, se convirtieron en seres tan puros que el Oculto podía hablar directamente con sus corazones desde más allá del velo de la disformidad.

Y mientras se regeneraban en el cieno tóxico del fondo del lago, su nueva identidad les fue revelada de manera clara. Se habían convertido en los hijos del Oculto, en seguidores tan fervientes que habían trascendido las fronteras entre la vida y la muerte. El Oculto les encomendó entonces la tarea más importante de todas. Deberían viajar hasta el lugar olvidado que había a orillas del lago, convertirlo en su hogar y mantenerse vigilantes hasta el día en el que el Oculto revelara las setenta y siete máscaras a la galaxia.

Les fue encomendada la tarea de salvaguardar la gran tumba olvidada. La tumba en cuyo interior yacían los huesos de san Evisser.

* * *

Alaric nunca había sentido una muralla de odio tan puro, sólido y terrible. Sentía como si estuviera cargando a cámara lenta, intentando sobreponerse al peso de la maldad que se cernía sobre él. Era precisamente por esa sensación por lo que sabía que estaba en presencia de Ghargatuloth. Una sensación tan pura sólo podía ser producto de la disformidad, sólo podía haber sido arrancada de las mentes de la humanidad y depositada en aquel lugar donde el océano de almas entraba en contacto con el espacio real. Podía sentir cómo golpeaba su mente, y sabía que su escudo psíquico quizá sería una muralla demasiado débil. Si su voluntad se resquebrajaba, ¿qué terrible fuerza se apoderaría de su mente? ¿No se volvería loco al ver la demencia que habitaba en la disformidad? ¿Podría el mismísimo Ghargatuloth clavar sus garras en lo más profundo de su alma y convertir a Alaric en un sirviente del Caos? Por primera vez, Alaric tuvo miedo de la derrota. Un Caballero Gris también podía convertirse en el Enemigo, y en ese caso, los Caballeros Grises nunca serían perdonados por su fracaso.

En aquel momento Alaric hizo desvanecerse toda duda. No se hundiría. El Emperador estaba con él. Se inclinó hacia adelante y se zambulló de lleno en la muralla de odio, sintiendo como aquel muro de aversión tiraba de él.

De pronto las tinieblas se desvanecieron y pudo ver lo que había ocurrido en el lugar en el que descansaban los restos de san Evisser.

Al atravesar las columnas vio que el espacio que había entre la entrada y la tumba se deformaba terriblemente. Era un espacio cubierto por un cielo de mármol veteado e iluminado por un sol que colgaba de un incensario gigante que oscilaba en el aire lanzando sombras terribles por todo aquel espacio infernal. La tumba se encontraba a varios kilómetros de distancia, era algo imposible, como la superficie de un planeta que se combaba sarcásticamente, monstruoso y deforme.

Sólo podía tratarse del Caos en estado puro, el mismo Caos que había envuelto Khorion IX mil años antes. Todo el suelo era de roca resquebrajada, formado por enormes baldosas de mármol que se balanceaban entre abismos sin fondo. Como si se tratara de géiseres, unos chorros de agua negra salían a borbotones de entre las baldosas, y unas enormes criaturas oscuras sobrevolaban aquel paisaje como si se tratara de buitres. Alaric oyó los alaridos que llegaban hasta él desde todas partes. El aire apestaba infestado por mil hedores diferentes: sudor, sangre, sulfuro, carne quemada, decadencia, enfermedad, polución, incienso…

Unos muros ruinosos surgían de entre las piedras, unas murallas que aumentaban su grosor a medida que se acercaban al centro de la escena hasta formar lo que parecía ser una ciudad esquelética, aferrada a un promontorio como un parásito, como si algo enorme la estuviera empujando desde abajo. Había esqueletos de templos y basílicas que parecían pústulas sobre la piel de la montaña, sus muros formaban un laberinto inescrutable, ruinoso y oscuro, un lugar donde habitaba la muerte absoluta. La cima rocosa se alzaba sobre los edificios y formaba una llanura blanquecina que constituía la acrópolis de la ciudad. Ocupando un enorme espacio de aquella llanura se alzaba un gran bloque de mármol. La visión de aquella estructura bañada en un océano de luz dorada era una imagen incongruente. Aquel sarcófago se erigía como el eje que mantenía todo en su lugar, el corazón de la tumba, el punto desde el que partían todos los caminos.

Alaric tuvo que apartar la vista. Se volvió para mirar a sus hermanos de batalla, que habían conseguido seguir sus pasos y liberar sus mentes de aquel velo de odio puro. Lykkos portaba su cañón psíquico, seguido por Vien, Abarn y Clostus, y también por Dvorn, que empuñaba su martillo némesis. Tancred y sus marines, Locath, Karlin y Golven, los seguían justo detrás. Sus enormes siluetas quedaron empequeñecidas por la enormidad del mal que se abría ante ellos.

Tancred hizo el signo del águila. Allí dentro no era más que un gesto inútil, una gota de virtud en aquel océano de pecado.

—No creo que las hermanas lo consigan —dijo Alaric, cuya voz sonaba como un lamento. Sin embargo, todos sabían que sus palabras eran ciertas —. Ahora depende de nosotros. Santoro y Genhain nos seguirán, pero tenemos que continuar.

—¿Cuál es nuestro objetivo?

Tancred, al igual que Alaric, sabía que ya no podían retroceder. Ghargatuloth sabía que estaban allí. Aquello tenía que terminar.

Alaric señaló hacia el sarcófago, en lo más alto de la acrópolis que se alzaba sobre la ciudad.

—Que el Trono esté con nosotros, porque de lo contrario estaremos solos.

Las escuadras de Tancred y de Alaric comenzaron a avanzar, dejando las enormes columnas tras ellos y abriéndose paso entre el paisaje resquebrajado. Los abismos se abrían a su alrededor y el terreno se combaba formando ángulos imposibles y afiladas pendientes. Allí dentro cualquier lugar era perfecto para tender una emboscada, y había mil recovecos en los que perderse. De no ser por la atalaya que constituía el sarcófago, aquella masa de mármol cambiante sería un laberinto del que nadie conseguiría escapar. A medida que se adentraban, los alaridos se volvían más y más estridentes. Unos árboles esqueléticos se alzaban entre los picos de mármol, y de algún modo a Alaric no le sorprendió que aquellas figuras retorcidas una vez fueran seres humanos. Hombres retorcidos por la corrupción y deformados hasta que sus esqueletos se convirtieron en ramas y sus rostros aterrados quedaron tallados para siempre en sus troncos de piel y músculo,

desde donde lanzarían sus alaridos durante el resto de la eternidad. Unas siniestras siluetas sobrevolaban sus cabezas. Alaric sintió que miles de ojos incrustados en sus cuencas podridas los vigilaban desde las rocas.

Se dio la vuelta para comprobar que Genhain los seguía, abriéndose paso a toda velocidad para no perder a su hermano capitán de vista. Aún no habían necesitado fuego de cobertura, pero sabían que muy pronto lo echarían de menos, y Alaric sólo podía confiar en Genhain para mantener a raya al enemigo mientras el resto de caballeros grises seguían adelante con el ataque.

En aquellos momentos se preguntaba si Santoro, que aún estaba al otro lado, lo conseguiría. Temía que las Serafines de Lachryma y las hermanas de Ludmilla no fueran capaces de seguirlos. ¿Conseguirían siquiera entrar en la tumba? ¿Serían corrompidas por la presencia de Ghargatuloth y convertidas en un enemigo más de los Caballeros Grises?

Pasaría lo que tuviera que pasar. Los Caballeros Grises habían sido entrenados para estar alerta ante cualquier argucia del Enemigo, y eso también incluía tener que luchar contra sus propios aliados.

A Alaric no le extrañó que el comunicador no funcionara dentro de la tumba.

—¿Veis algo? —preguntó a sus marines espaciales.

—Nos están vigilando —dijo Dvorn con voz sombría mientras sostenía el martillo némesis con las dos manos.

Lykkos escudriñaba el terreno en busca de objetivos, su cañón psíquico se movía apuntando hacia las tinieblas.

El suelo crujía bajo sus pies. Alaric bajó la vista y pudo ver que había huesos de dedos incrustados en las baldosas de mármol.

Los Caballeros Grises eran capaces de oler al Enemigo antes de divisarlo. Desprendía un hedor apestoso y frío, era como si la corrupción que había invadido toda la tumba se hubiera coagulado y solidificado hasta formar un muro de repugnancia que dificultaba el avance de los Caballeros Grises. Era el olor de la contaminación tóxica y de la descomposición, una fuerza que se cernía sobre ellos desde todas direcciones.

—¡Genhain! ¡Fuego de cobertura! ¡Ahora! —gritó Alaric.

De pronto las sombras habían cobrado vida, y los disparos del cañón psíquico y de los bólters comenzaron a caer sobre ellas. Los marines espaciales de Genhain y de Tancred dispararon sus armas a discreción, desatando una tormenta de fuego mientras aquellas terribles formas surgían de entre las tinieblas para lanzarse sobre ellos.

Alaric consiguió esquivar el primer golpe más por sus reflejos que por su decisión, tal y como Tancred le había enseñado en sus sesiones de prácticas. Aquel entrenamiento resultó ser muy fructífero, ya que si Alaric se hubiera detenido a mirar a su atacante se habría quedado helado, pues no era más que una forma vagamente humanoide. Su piel era grisácea y traslúcida, y a través de ella podían verse los órganos que se retorcían en el interior del torso, ascendiendo por su cuello y extendiéndose por sus brazos y piernas. Todo su cuerpo estaba cubierto por una sustancia viscosa y sus extremidades eran como tentáculos. Uno de ellos expulsó una sustancia corrosiva cuando Alaric lo seccionó con su alabarda. El rostro de aquel ser no era ni siquiera un rostro. Los ojos no eran más que unas manchas pálidas, y la repugnante boca se abría para dejar salir unos terribles alaridos.

Alaric abrió fuego lanzando una ráfaga de proyectiles bólter contra aquella criatura y contra otra que emergió justo detrás. Los atacantes se movían a una velocidad endiablada. Uno de ellos extendió los tentáculos para arrancar la alabarda de las manos de Alaric, levantándola en lo alto y dejándola caer sobre el hermano capitán.

En ese mismo instante, Alaric agarró a la criatura por la garganta y disparó una ráfaga entera de su bólter, haciendo reventar su cabeza en una explosión repugnante de sangre y material cerebral. Acto seguido, aquel ser se retorció y se enredó alrededor de su brazo intentando colarse en su armadura. Alaric sintió el olor a quemado y notó cómo la sustancia que emanaba de aquella criatura empezaba a corroer las placas de su armadura. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, consiguió levantar a aquel ser y lanzarlo contra los atacantes que se aproximaban desde atrás, mientras disparaba otra ráfaga con el bólter convirtiendo a su enemigo en un montón de órganos hediondos y ácidos.

Sus marines estaban justo detrás de él, formando un círculo cerrado mientras sus atacantes los hostigaban desde todas partes. Alaric vio que Closus atravesaba a uno de ellos con la alabarda para que uno de los marines de Genhain le volara la cabeza de un único y certero disparo. Dvorn golpeó con su martillo a la criatura que tenía más cerca, reduciéndola a una mancha viscosa esparcida sobre el suelo de mármol.

Alaric se volvió y vio a Tancred. Lo reconoció fácilmente, pues podía distinguir el brillo de la espada de Mandulis agitándose a un lado y a otro. Ríos enteros de aquella sustancia corrosiva fluían por el suelo, pero las criaturas se volvían a regenerar tan pronto como Tancred las seccionaba con su espada. Una de ellas se abalanzó sobre él intentando derribarlo, pero Tancred esquivó el golpe y la empujó contra el mármol con tal fuerza que se deshizo convirtiéndose en un montón de suciedad tóxica.

—¡Nuestras hojas no son suficientes! —gritó Alaric alzando su voz sobre el fragor del combate—. ¡Dvorn, acaba con ellos!

Inmediatamente la escuadra de Alaric se dispuso en formación de flecha con Dvorn en la punta para enfrentarse a una decena de enemigos que acababan de surgir de entre las tinieblas. Movía su martillo dibujando enormes arcos en el aire y aplastando a cualquier criatura que se acercara lo suficiente. Mientras, la escuadra de Alaric abría fuego con sus bólters para intentar frenar el avance de aquellos seres.

—¡Tanto en la guerra como en el abandono! —gritaba Tancred—. ¡Conviértete en mi escudo y mi corcel! ¡Yo haré cumplir tu castigo y seré tu mano que escudriña las tinieblas! ¡La luz en la oscuridad! ¡La muerte de los corruptos y la venganza de los perdidos!

Alaric sintió un zumbido en el interior de su mente mientras los marines de Tancred también intentaban encauzar su fuerza de voluntad.

Se avecinaba un holocausto, la expresión de la fe de los Caballeros Grises canalizada a través de la mente de Tancred y convertida en una de las armas más valiosas de Emperador. Alaric sabía que generar un holocausto ya era bastante complicado para una escuadra completa, de modo que si Tancred y sus tres hermanos de batalla querían producir uno, necesitarían toda la energía que les quedaba.

—¡La venganza de los perdidos! —repitió Alaric intentando darle a Tancred todo el apoyo que necesitaba—. ¡Solamente los puros se alzarán sobre las tinieblas!

Aquella acumulación de poder psíquico casi hizo que Alaric perdiera el equilibrio. De pronto, una llama blanquecina de fe pura surgió de la hoja de la espada de Mandulis y se extendió como una onda expansiva. Alaric vio cómo las criaturas que estaban más cerca quedaban reducidas a cenizas, dejando una silueta negra en medio de la luz antes de deshacerse completamente.

Los seres que había frente a Dvorn chillaron y se cubrieron los rostros como si intentaran detener la onda expansiva de luz. Los autosentidos de Alaric se habían sobrecargado y no podía ver nada, tan sólo una luz blanca que lo inundaba todo y la espada de Mandulis que se alzaba como un relámpago.

—¡Al suelo! —gritó una voz desde detrás de Alaric.

Instintivamente se dejó caer sobre el mármol y oyó cómo sus hombres hacían lo mismo. Un instante después comenzaron a oírse los disparos que silbaban sobre sus cabezas. Los dos cañones psíquicos de los marines de Genhain destrozaban la carne viscosa de aquellos seres. Las explosiones psíquicas reducirían a cenizas sus cuerpos corruptos.

De pronto Alaric recuperó la visión. Se encontraba tirado boca abajo, el suelo apestaba y estaba empapado de sangre. Rápidamente se puso en pie para comprobar hasta dónde se extendían los restos viscosos de aquellas criaturas, y vio que la escuadra de Genhain se aproximaba hacia él rematando a cualquier ser que se moviera. El hermano Ondurin lanzaba lenguas de promethium con su incinerador, dirigidas directamente hacia las tinieblas. Alaric oía los alaridos de las criaturas que acechaban detrás de aquel velo negro.

Los marines de Tancred estaban exhaustos. El propio Tancred estaba de rodillas y jadeando. La fuerza requerida para el holocausto los había debilitado terriblemente. Aun así, Alaric nunca habría imaginado que la fuerza del odio de aquellos marines fuera tan grande. La espada de Mandulis seguía brillando y su hoja echaba humo.

El hermano Golven, uno de los exterminadores de Tancred, estaba tendido boca abajo. El hermano Karlin se acercó hasta él y le dio la vuelta. Su armadura estaba corroída y dejaba a la vista sus órganos sangrantes. Era obvio que aquel Caballero Gris estaba muerto. Probablemente habría sido uno de los primeros en caer y sus atacantes habían devorado su armadura con su icor corrosivo. Ni siquiera las armaduras de exterminador que habían sido bendecidas ofrecían protección alguna contra los defensores de la tumba de san Evisser.

Tancred se dirigió hacia Karlin, que empuñaba el incinerador de la escuadra.

—Quema a nuestro hermano —dijo.

Karlin, muy diligentemente, lanzó una lengua de fuego sobre el cuerpo sin vida de Golven. El cuerpo de aquel Caballeros Gris tardó unos instantes en verse reducido a un montón de ceniza cubierto por los restos humeantes de su armadura.

Ni siquiera podrían extraer su semilla genética para devolverla al seno del capítulo. Pero Alaric, si es que conseguía sobrevivir, se aseguraría de que Golven fuera recordado como se merecía.

—Adelante —dijo Alaric—. Manteneos unidos, el Emperador está con nosotros.

Mientras los Caballeros Grises llegaban hasta las afueras de aquella ciudad esquelética, Alaric vio que cada vez más y más bestias carroñeras volaban sobre sus cabezas.



El comisario Thanatal casi perdió la cordura cuando vio lo que rodeaba la planta de procesamiento de las orillas del lago Rapax. Unas criaturas inmundas emergían del suelo con sus rostros repugnantes y sus miembros retorcidos, envueltas en el estruendo de mil bocas que gritaban. Había cientos y cientos de ellas, seres asquerosos con las bocas repletas de

colmillos y los dedos afilados como cuchillas que emergían de la tierra para defender la planta.

En aquel momento Thanatal sintió que el deber de los servidores del Emperador no era la muerte. Ser destrozado por aquella horda embravecida era un precio demasiado alto. El pecado de la duda había aparecido en su interior, y sentía que su determinación había quedado muy debilitada por aquella horrible visión. Los hombres que había a su alrededor se detuvieron en cuanto las cenizas se abrieron ante ellos y los alaridos de aquellos demonios llegaron a sus oídos.

Sin embargo, el inquisidor Valinov no tenía miedo. Los temores de Thanatal se desvanecieron cuando vio sorprendido que Valinov se sumergía empuñando su espada en aquel océano demoníaco. Aquellos seres se detuvieron ante su presencia y huían aterrados a medida que se aproximaba hacia ellos.

Valinov pronunció unas palabras en algún idioma extraño y silbante. Thanatal supuso que se trataría de una oración, de algún antiguo rito dedicado al Emperador que hacía que los demonios huyeran por el mero acto de entonarlo.

Valinov caminó hasta el centro de la horda demoníaca sin dejar de pronunciar aquellas palabras mientras con su mano libre dibujaba en el aire signos arcanos que hacían que los demonios se adentraran de nuevo en las entrañas de la tierra.

—¡Inclinaos ante la obra de vuestro Maestro! —gritaba Valinov en gótico clásico—. ¡Temed todos su mano, pues arderéis con el sonido de su palabra! ¡Atrás! ¡Atrás, sirvientes de lo impuro! ¡Regresad a las entrañas de la tierra y desapareced de la vista de los piadosos!

Los demonios desaparecían bajo tierra al oír las palabras de Valinov. Su mera presencia impactó como si fuera un proyectil sobre aquel mar demoníaco. Aquellos seres se fueron replegando bajo tierra hasta dejar un paso libre entre las tropas de Balur y la entrada de la tumba.

—¿Lo veis? —gritó Thanatal—. ¿Veis cómo la palabra del Emperador infunde terror en el Enemigo? ¡Seguid adelante, servidores del Emperador! ¡La humanidad aún debe cumplir con su deber!

—El Enemigo se retira —dijo Valinov mientras lideraba a las tropas de Balur en su avance hacia la planta de procesamiento—. ¡Somos la punta de lanza de las tropas del Emperador! ¡Sentid cómo su espíritu os guía! ¡Regocijaos mientras atravesáis el corazón de la corrupción!

Sus rostros se iluminaron de asombro. Las tropas de Balur empezaron a avanzar a través de la horda de demonios que gemían derrotados, el color iridiscente de sus cuerpos se había vuelto grisáceo y mortecino.

Las nubes de ceniza se abrieron y comenzó a brillar la luz del sol, un sol que se alzaba deslumbrante sobre Volcanis Ultor como nunca lo había hecho desde hacía siglos. La luz iluminó la planta de procesamiento e hizo que sus muros grisáceos se volvieran dorados, bañándolos en un brillo blanquecino de pureza absoluta.

Los ojos del Emperador se habían posado sobre aquel lugar. Las puertas de la planta se abrieron de par en par como invitando a las tropas de Balur a adentrarse y enterrar la corrupción de su interior. Valinov avanzaba a la cabeza, y tras él cientos de soldados liderados por Thanatal.

Sin previo aviso, y como si estuvieran guiadas por una única voluntad, las tropas de Balur comenzaron a entonar canciones de instrucción que habían aprendido desde pequeños en los patios de armas de su planeta natal. Valinov ya no tenía necesidad de exhortar a los soldados, simplemente siguió corriendo hasta atravesar las puertas. Thanatal cruzó justo después, seguido por el resto de los soldados con sus rifles láser. Ni uno solo de ellos mostró el menor atisbo de duda al atravesar el umbral.

La luz entró con ellos iluminando aquellas rocas ancestrales. Las estatuas de los héroes imperiales parecían mirar con aprobación a aquellos servidores del Emperador. Al fondo podía distinguirse un templo, una atalaya que brillaba bañada en luz dorada. Aquél era el lugar que las tropas de Balur deberían liberar del yugo del Enemigo.

Allí, justo a las puertas del templo, estaban apostados los enemigos, cuya mera existencia estaba amenazada por la repentina aparición de los fieles soldados de Balur. Sus armaduras pintadas de rojo no les servirían de nada, como también serían inútiles las armas que tenían en sus manos. Los

atacantes contaban con la ayuda del Emperador y con el liderazgo de su más fiel servidor, el inquisidor Valinov. Era imposible que fracasaran.

Thanatal ni siquiera se dio cuenta de que había empezado a cantar junto con el resto de las tropas, pero finalmente desenvainó su espada sierra y comenzó la carga rodeado de cientos de soldados de Balur.

* * *

La canonesa Ludmilla esperaba que el ataque se produjera desde el interior del templo. Las comunicaciones estaban cortadas, de modo que no había modo de saber qué era lo que estaba ocurriendo allí dentro. De lo que sí estaba segura era que tanto los Caballeros Grises como las Serafines de Lachryma se habían adentrado allí con la finalidad de hacerse con el control del templo lo antes posible, y que hasta el momento nadie había conseguido salir. Ludmilla estaba a punto de ordenar a sus hermanas que entraran en busca de los Caballeros Grises cuando Heloise, la hermana superiora de una de las escuadras de Hermanas Vengadoras que vigilaban la entrada de la planta, informó de que la hechicería había hecho acto de presencia. Los terrenos que había alrededor de la planta hervían de ira y unas criaturas repugnantes estaban intentando salir de las entrañas de la tierra.

Heloise avanzaba a través del cementerio de estatuas, y estaba justo a mitad de camino de la posición de Ludmilla cuando las fuerzas enemigas hicieron acto de presencia.

—¡Hermanas! ¡A la parte frontal del templo! ¡Heloise, a cubierto y fuego a discreción! El resto desplegad fuego de supresión y preparaos para entrar en combate.

—Parecen guardias imperiales, canonesa —dijo Heloise a través del comunicador saturado de estática—. Quizá debiéramos…

Miles de destellos comenzaron a surcar el aire procedentes de los cientos de rifles láser que abrían fuego en modo automático. Ludmilla miró horrorizada cómo el aire se llenaba de hilos rojizos que envolvían las

estatuas hasta hacerlas caer, disparos que resquebrajaban las baldosas de mármol y hacían blanco sobre las armaduras de las hermanas. Los bólters pesados y los cañones de fusión de Heloise también abrieron fuego, pero el sonido de esas armas pronto fue absorbido por los disparos láser y por unos cánticos que cada vez se oían con mayor nitidez. Se trataba de unos cánticos de instrucción entonados por los cientos de guardias imperiales que se aproximaban.

Ludmilla tenía su pistola inferno en la mano, y al pie de las escaleras vio cómo las escuadras de hermanas de batalla se ponían a cubierto y formaban una línea defensiva. Cuando los guardias imperiales llegaron a su objetivo, sólo la mitad de ellas estaban en posición y listas para abrir fuego.

Las descargas de bólter comenzaron a hacer blanco en las armaduras de color azul marino, iluminando la sangre que derramaban los soldados de Balur. En seguida los atacantes respondieron disparando sus armas, y Ludmilla vio cómo algunas de sus hermanas se retorcían en el suelo cuando algún disparo impactaba en los puntos más débiles de sus armaduras. La propia Ludmilla recibió un impacto que casi la hace caer de bruces, acto seguido recibió otro en el pecho y sintió cómo el tejido que cubría los antebrazos de su armadura se agitaba atravesado por los disparos que llovían por todas partes.

Vio que los atacantes eran un grupo de hombres cuyos rostros ardían de ira. Estaban liderados por un comisario armado con una pistola bólter y con una espada sierra. La vanguardia de los guardias imperiales fue destrozada ante sus ojos por el fuego de las hermanas, pero detrás de la primera línea venían muchas más que cargaban furiosas pasando por encima de los heridos.

En aquel mismo instante distinguió al inquisidor Valinov, su rostro estaba iluminado por el brillo de su espada de energía y su silueta se erguía alta y temeraria al frente de aquella horda.

Los atacantes consiguieron llegar hasta la línea defensiva y de pronto el mundo de Ludmilla se convirtió en un angosto recodo repleto de cuerpos aplastados, bayonetas manchadas de sangre y disparos bólter. Ludmilla intentó mantenerse firme cuando los guardias imperiales se abalanzaron

sobre ella. Abrió fuego a quemarropa a izquierda y derecha; estaba segura de que cada uno de sus disparos acababa con tres o cuatro de sus atacantes. Acto seguido notó que el peso que la oprimía había disminuido y comenzó a quitarse los cadáveres de encima.

Tal y como estaba la situación no podría liderar a sus tropas, como toda canonesa debía hacer. Cada una de las hermanas tendría que tomar sus propias decisiones.

—¡Por el Trono! —gritó alguien en medio del fragor de la batalla. Aquella voz también transportaba los gritos de ira y los aullidos de los heridos, y traía consigo los chirridos de las hojas al chocar contra las armaduras y los ecos de los bólters al hacer blanco contra sus placas—. ¡Por los santos! ¡Por la venganza!

Uno de los guardias imperiales se alzó sobre la multitud y se abalanzó sobre Ludmilla enarbolando la bayoneta. La canonesa disparó su bólter, pero el proyectil se perdió por encima de la cabeza de su atacante. Acto seguido lo agarró por el cuello y se lo retorció hasta rompérselo. Después le dio una patada y notó cómo sus huesos se quebraban bajo la fuerza de la ceramita de sus botas. Hizo un nuevo disparo que atravesó el pecho de otro soldado, y su cuerpo se desplomó en el agujero ardiente que acababa de abrirse bajo sus pies.

La sangre le corría por las mejillas y le apelmazaba los mechones de pelo que caían sobre su rostro. En medio de aquel estruendo comenzó a alzarse un ruido sordo, como si se tratara de un sueño. Los hombres y las hermanas estaban cayendo. En aquel mismo momento la hermana superiora Annalise seccionaba las piernas de un oficial con su espada sierra, dejando salir un río de sangre entre las placas rotas de su armadura. La hermana Gloriana se arrodilló cubriéndose la cara mientras la sangre le brotaba entre los dedos. Las escuadras de hermanas estaban retrocediendo y subiendo poco a poco los escalones del templo al tiempo que descargaban sus bólters contra la marea que se cernía sobre ellas. Las pocas hermanas que no pudieron retroceder ante aquella avalancha intentaban enfrentarse a los soldados de Balur con sus cuchillos y las culatas de sus armas.

Entonces se produjo un destello y Ludmilla vio que provenía de la espada de energía de Valinov. La cabeza cercenada de una hermana pasó volando por el aire, aún tenía los dientes apretados por la ira al ver la hoja del inquisidor abalanzarse sobre ella.

Valinov. Alaric le había dicho que el inquisidor las había traicionado y aquélla era la prueba. Fuera o no un inquisidor, estaba matando a sus hermanas, y por el nombre del Emperador que tendría que pagar por su crimen.

Ludmilla avanzaba entre la multitud abriéndose paso con su pistola inferno y echando a sus enemigos a un lado. En medio de aquella masa oscura de cuerpos rabiosos solamente podía distinguir una espada de energía que asestaba incansable una estocada tras otra. Su campo de energía perforaba las armaduras haciendo saltar chispas blanquecinas. El rostro de Valinov mostraba una expresión de desprecio mientras seguía matando. Ludmilla sintió que en su interior hervía la misma rabia que se apoderaba de ella cuando escuchaba de boca de los predicadores los relatos sobre los enemigos del Emperador. La misma rabia que iluminó sus pasos durante las primeras misiones como hermana de batalla y que finalmente acabó convirtiéndola en canonesa.

Él odio puro era lo único que la hacía seguir adelante, seguía tirando de ella incluso después de recibir un impacto en la cadera y de que alguien la golpeara en la frente con la culata de un bólter. Ludmilla siguió peleando con los ojos inyectados en sangre mientras los gritos de las hermanas se alzaban sobre la confusión del combate. Oyó cómo el comisario gritaba órdenes a sus hombres, y aquello no hizo más que alimentar su ira, pues sabía que los soldados de Balur también habían sido traicionados.

Ahora podía ver claramente a Valinov, que lanzaba estocadas a su alrededor y estaba forzando a toda un escuadra de hermanas de batalla a retroceder mientras los guardias imperiales morían a su alrededor. Ludmilla cargó una vez más y se sumergió de lleno entre la masa de soldados, dándose cuenta de que retrocedían antes de caer al suelo.

En aquel momento se sintió libre, y empuñando su pistola inferno se dirigió directamente hacia Valinov, que estaba frente a ella.

Ludmilla era una excelente tiradora. No fallaría, no en aquella ocasión. El Emperador guiaba su mano a través de su odio, sintió cómo su fuerza bullía dentro de ella y sabía que él había escuchado todas y cada una de las plegarias que había rezado a lo largo de su vida. Ahora el Emperador la recompensaba por su lealtad convirtiéndola en el instrumento de su venganza.

Las bobinas de fusión de su arma parecieron cobrar vida de pronto. El arma dejó salir un destello y un proyectil de energía pura surcó el aire, volando directamente hacia el pecho de Valinov.

Se produjo un destello de luz blanquecina y Ludmilla sintió que un tremendo calor se apoderaba de ella. La imagen de Valinov seguía ardiendo en sus retinas. Mientras, un campo de conversión se desplegó en torno al inquisidor y disipó la energía del disparo, rodeando a Valinov con una aura de fuego blanco.

Un campo de energía, algo extremadamente complejo, codiciado y muy poco común. Probablemente lo habría robado del arsenal del gobernador imperial de la colmena Superior, al igual que la espada de energía. Ludmilla debería haberlo previsto. La fría aceptación del fracaso fue como un puñetazo en el estómago.

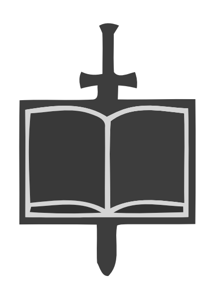
Ludmilla avanzó decidida sobre las baldosas de mármol. Valinov dibujó un arco con su espada y seccionó el brazo de la canonesa a la altura del codo. Cuando cayó al suelo su mano aún agarraba la pistola.

Ludmilla intentó ponerse en pie, pero en aquel mismo instante el inquisidor le clavó la espada en las costillas. La canonesa sintió cómo la hoja le seccionaba la espina dorsal. Notó un dolor eléctrico que se llevó consigo el aire de sus pulmones, incluso se olvidó de su mano cercenada, pues un dolor gélido se apoderó de ella, un dolor tan frío como la hoja que le había atravesado las entrañas. Durante un interminable momento lo único en lo que pensó fue en el dolor. Los disparos sonaban en el aire, los gritos de dolor se alzaron formando una muralla de ruido. El Emperador, sus hermanas, la galaxia… Todo lo que había jurado proteger había desaparecido. Ahora sólo sentía dolor.

Cuando Valinov retorció la espada, Ludmilla sintió que una gran oscuridad se apoderaba de su mente mientras la vida se le escapaba. Valinov retiró la espada y centró su atención en las hermanas que estaban frente al templo.

Valinov ni siquiera se acercó para cerciorarse de que Ludmilla estuviera muerta. No lo necesitaba. Cuando la canonesa se precipitó por los escalones de mármol ella misma sabía que ya estaba muerta aunque sus sentidos aún no se hubieran dado cuenta. Vio las armaduras de los guardias imperiales que pasaban sobre ella al cargar, sintió cómo sus botas pisoteaban su cuerpo y cómo la sangre brotaba por sus heridas dejando tan sólo una oscuridad gélida que aumentaba por momentos.

La oscuridad aumentó hasta volverse tan intensa que absorbió por completo su cuerpo. La tumba de san Evisser quedó atrás. La canonesa había muerto.



Veinte

Acrópolis

La ciudad estaba infestada de cultistas.

O por lo menos tiempo atrás habían sido cultistas, seguidores de Ghargatuloth en una de sus múltiples formas. Ahora estaban envilecidos y degradados por la inmundicia del lago Rapax, y el único hilo de vida que conservaban provenía de la voluntad del Príncipe de las Mil Caras. Toda aquella ciudad estaba al servicio del Príncipe. Sus murallas se contorsionaban deformándose en siluetas horrendas o rostros demoníacos, sus calles eran traicioneros callejones de mármol que cambiaban constantemente. La silueta de la ciudad se perfilaba sobre la luz que emanaba del sarcófago para hundirse después en la más profunda de las tinieblas.

Los tentáculos se retorcían entre los muros de mampostería. Los cultistas se abalanzaban desde las ventanas y los tejados, esparciendo un veneno corrosivo que caía sobre los Caballeros Grises.

Tancred avanzaba en cabeza, con cada estocada la espada de Mandulis cortaba a un nuevo cultista en dos. Las enormes siluetas de los exterminadores cargaban contra los muros ruinosos. Los marines espaciales de Alaric iban justo detrás, ocupándose de los cultistas que intentaban rodear ambas escuadras para cortar el contacto entre ellas y dejarlas aisladas. La alabarda de Alaric no cesaba de seccionar cabezas y de atravesar cuerpos deformes cubiertos por una sustancia viscosa. El martillo de Dvorn hacía tambalearse los muros mientras los cañones psíquicos de los marines de Genhain abrían fuego contra cualquier cultista que se acercara.

En algún momento del avance cayó el hermano Vien. Unos brazos repugnantes que emergieron del suelo arrastraron su cuerpo y comenzaron a disolver su armadura. Vien había formado parte de la escuadra de Alaric desde que éste obtuvo el rango de juez. Alaric veía en él a un Caballero Gris cuyas oraciones eran breves e incisivas, un soldado aplicado e inteligente que cuando no estaba entrenando en simulacros de combate se sumergía en el estudio de la historia imperial y la filosofía. Probablemente Vien habría llegado a convertirse en juez, pero ahora se había ido, dejando un destello sombrío y entonando una última y amarga oración.

Los Caballeros Grises intentaban ascender por la colina. La ciudad se había convertido en una madriguera de piedra en la que los cultistas acechaban tras cada esquina. De pronto los bloques que componían los muros comenzaron a deformarse dando lugar a rostros aterradores. El cielo marmóreo se combaba y ondulaba sobre sus cabezas como si toda la acrópolis se mantuviera colgando de la realidad gracias a un finísimo hilo. Las voces aumentaban en el fondo de la mente de Alaric, y su escudo psíquico intentó acallarlas hasta que se volvieron incomprensibles.

Los protectores tallados en su armadura estaban helados y podía sentir el frío sobre la piel; era su reacción contra la maldad que emanaba de aquella tumba. Su aliento también estaba gélido. A pesar de su metabolismo de Caballero Gris cada nueva bocanada de aire le producía un intenso dolor.

Aquel lugar le estaba succionando la vida, estaba dominado por la muerte en su estado más puro.

La acrópolis se alzaba sobre los Caballeros Grises; tan sólo un pequeño tramo de edificios deformes los separaba de su objetivo. Los tejados de aquellos edificios estaban bañados en oro, pero aparte de eso los caballeros estaban sumidos en la más profunda de las tinieblas. No había ningún camino establecido que atravesara aquellos edificios amenazantes, los hombres de Alaric tendrían que abrirlo. Una única fila de construcciones los separaba de la tumba. Un último lugar donde buscar refugio.

Alaric lideraba el avance hacia la basílica ruinosa, un edificio maldito que surgía de la cima de la montaña. Los escalones que llevaban hasta la entrada temblaban bajo sus pies. Cuando accedió al interior las sombras se cernieron sobre él envolviéndolo en una oscuridad grisácea. En lo más alto había talladas unas figuras retorcidas y deformes que cubrían el techo, produciendo una sensación de movimiento. En el suelo y a lo largo de todos los muros había palabras talladas en un idioma que Alaric no podía comprender, palabras que se retorcían bajo la mirada del hermano capitán. Aquel lugar era como un cascarón, estaba desprovisto de toda vida. Alaric sentía que, a cada paso que daba, el suelo temblaba bajo sus pies. Sus protectores refulgían gélidos por todo su cuerpo. A medida que avanzaba, las figuras talladas en la roca se volvían para mirarlo con desprecio, horrorizadas por la piedad que emanaba de él.

Su escuadra lo siguió hasta el interior, Tancred también lo seguía muy de cerca. Alaric vio que su armadura estaba muy abollada y llena de arañazos, y que de debajo de una de sus hombreras brotaba sangre. El propio Tancred respiraba con dificultad, como un animal jadeante. Sus exterminadores habían llevado casi todo el peso de la carga, atravesando muros y aniquilando nidos infestados de cultistas. De todos ellos, tan sólo Tancred, Locath y Karlin, que seguía empuñando el incinerador de la escuadra, consiguieron sobrevivir. La invocación del holocausto los había dejado extenuados, y Alaric sabía que ya no podrían volver a generarlo.

—Estamos muy cerca —dijo Tancred—. Puedo sentirlo. La espada lo sabe.

Por muy difícil que fuera de creer, la espada de Mandulis seguía brillando reluciente después de haber sido enterrada miles de veces en los cuerpos viscosos de los defensores de la ciudad. Como si de un espejo se tratara, su hoja reflejaba la luz directamente sobre las tinieblas.

—Uno más —dijo Genhain. Sus marines espaciales ascendían por la escalinata hacia la basílica—. Sólo uno más.

En el interior de aquella basílica no había ningún lugar donde esconderse, y parecía que por el momento los cultistas se estaban reagrupando en alguna otra parte. Los Caballeros Grises tendrían unos segundos para hacer una pausa.

—Si fuera un verdadero capitán —dijo Alaric mientras intentaba recuperar el aliento—, sabría qué plegaria deberíamos entonar en este momento. Pero creo que todos sabéis lo que tenemos que hacer. No sabemos cuáles son nuestras probabilidades de salir con vida, de modo que lucharemos como si no tuviéramos ninguna. No sabemos a qué nos enfrentamos, así que lucharemos como si nos enfrentáramos a los mismísimos Dioses Oscuros. En los años venideros nadie nos recordará y jamás seremos enterrados en el suelo de Titán, así que erigiremos nuestro propio mausoleo aquí mismo. Puede que el capítulo nos olvide y que el Imperio nunca sepa que hemos existido, pero el Enemigo… el Enemigo lo sabrá. El Enemigo nos recordará. Abriremos una herida tan grande en lo más profundo de su ser que nos recordará hasta que las estrellas se apaguen y el Emperador lo aplaste al final de los tiempos. Cuando el Caos esté a punto de morir, su último pensamiento será para nosotros. Ése será nuestro mausoleo, un mausoleo tallado en el corazón del Caos. No podemos ser derrotados, Caballeros Grises. Ya hemos vencido.

El silencio reinó por unos momentos, un silencio roto únicamente por la respiración entrecortada de los Caballeros Grises y por el zumbido psíquico que emanaba de la tumba.

Dvorn levantó su martillo némesis y empezó a caminar por la basílica en dirección a su muro más lejano. Las figuras sin rostro que había talladas sobre la roca se retorcían en sus hornacinas cuando pasaba a su lado. Tancred avanzaba justo detrás junto con Locath y Karlin, preparados para la

carga final. Dvorn murmuró una oración casi en silencio y asestó un golpe con su martillo.

El muro se resquebrajó por el impacto dejando entrar un chorro de luz. Las sombras de Dvorn y de la escuadra de Tancred se dibujaron sobre la claridad.

—¡Tú ya eres un líder, Alaric! —gritó Tancred mientras cargaba hacia la luz.

Alaric y Genhain lo siguieron. Sus autosentidos luchaban por seguir funcionando.

Alaric atravesó el muro y salió a la explanada de mármol que coronaba la acrópolis.

El zumbido psíquico fue sustituido por una nota única y estridente, como sí un enorme coro estuviera cantando. Alaric pudo distinguir unos querubines, similares a los que acompañaban a los santos imperiales, sobrevolando un enorme bloque de mármol que refulgía con tanto brillo que era como mirar directamente al sol.

Allí no había ni un solo cultista. La luz los habría abrasado.

Tancred caminaba sobre la roca pulida, Genhain y Alaric lo cubrían. El sarcófago era tan grande que hacía empequeñecer la silueta del caballero gris y la espada de Mandulis.

Tancred dirigió un gesto a Karlin y a Locath para indicar que se aproximaran. Los dos caballeros se apresuraron inmediatamente hacia el sarcófago. Cuando llegaron, levantaron los brazos para intentar introducir los dedos entre la pared de la tumba y la placa de mármol que la cubría.

Sus musculaturas hiperdesarrolladas y sus armaduras de exterminador servoasistidas los dotaban de una fuerza incluso superior a la de un Caballero Gris con su servoarmadura. Poco a poco empezaron a levantar la cubierta.

La escuadra de Tancred finalmente consiguió mover la placa de mármol y echarla a un lado hasta que se precipitó sobre el suelo de la acrópolis rompiéndose en mil pedazos.

En aquel mismo instante la luz desapareció y el coro de querubines se convirtió en un alarido.

Algo se agitaba en el interior del sarcófago. La escuadra de Tancred abrió fuego con sus bólters de asalto y Genhain hizo lo propio. Las explosiones de los disparos fueron ahogadas por el alarido que se alzó sobre sus cabezas. Alaric también levantó su arma para disparar, pero en lo más profundo de su ser sabía que los proyectiles bólter serían inútiles.

De pronto una mano esquelética y enorme emergió desde el interior del sarcófago, cada uno de sus dedos era tan grande como un Caballero Gris. Acto seguido se alzó una figura oscura y Alaric pudo ver la cabeza de san Evisser, enorme y corrompida. Su rostro era delgado y la piel reseca cubría sus huesos ennegrecidos. Los restos de su mortaja le colgaban del cuerpo formando jirones de colores desvaídos. Aquella enorme figura estaba ciega, sus ojos ardían incrustados en las cuencas oculares y una especie de sonrisa burlona dejaba ver sus dientes podridos. Finalmente la mano se apoyó en el suelo y san Evisser salió del sarcófago. Era un monstruo enorme y retorcido. Aquel cuerpo, que una vez fue humano, ahora estaba saturado de corrupción.

San Evisser abrió la boca y soltó un alarido cuyo estruendo hizo que se agrietara el mármol del sarcófago. Los disparos de bólter llovían sobre su rostro impactando sobre sus dientes y haciendo saltar fragmentos de huesos. El gigante agarró con su mano al hermano Locath, levantó al exterminador y lo lanzó contra el suelo de roca con tal fuerza que el impacto formó un cráter y destrozó su armadura. Acto seguido, san Evisser levantó lo poco que quedaba de él y volvió a estamparlo contra el suelo; esta vez su sangre se esparció sobre las baldosas de mármol.

Tancred cargó, tal y como Alaric sabía que haría. San Evisser le dio un manotazo y envió al juez volando por el aire. Alaric vio cómo chocaba directamente contra el muro de la basílica. Karlin lanzó una lengua de promethium sobre el cuerpo gigantesco del santo caído, pero las llamas no parecían tener ningún efecto sobre él.

San Evisser salió del sarcófago. Completamente erguido su altura superaba cuatro o cinco veces a la de un Caballero Gris. Cuando posó uno de sus pies sobre el mármol, enormes acantilados comenzaron a abrirse por toda la acrópolis, la roca se hundía ante su presencia. El santo cogió una

pieza de mármol del tamaño de un hombre y la lanzó con una fuerza sobrehumana sobre la escuadra de Tancred. Alaric vio cómo el cuerpo del hermano Grenn se partía en dos y cómo el brazo cercenado del hermano Salkin salía volando por los aires.

Alaric no pudo oír sus gritos de desafío antes de morir. Tampoco oyó cómo Genhain gritaba a sus marines espaciales que abrieran fuego. Ni siquiera podía oír su propia voz clamando venganza e instando a su escuadra a que desatara su ira divina. Alaric recuperó el equilibrio y, con los sentidos casi completamente saturados, cargó directamente contra san Evisser. El santo lanzó un golpe con su enorme mano, pero Alaric consiguió esquivarlo, y se incorporó rápidamente para dar una estocada con su alabarda.

La hoja atravesó las costillas deformes del santo provocando una lluvia de fragmentos óseos y clavándose en sus órganos podridos y en sus tendones resecos. Alaric extrajo la hoja y dio una nueva estocada, que atravesó el cuerpo de san Evisser hasta clavarse en la columna vertebral.

Alaric giró la empuñadura y extrajo su arma de nuevo. De pronto, la enorme mano de san Evisser se le vino encima y lo levantó del suelo. Intentaba dar estocadas a ciegas con la esperanza de seccionar la mano del santo, pero lo único que veía entre aquellos enormes dedos eran sus ojos llameantes, pozos de maldad pura llenos de caos y demencia.

Sus protectores también se estaban sobrecargando, refulgían con un fuego helado en el interior de su armadura y sintió que se estaban quedando grabados sobre su piel. En aquellos momentos el dolor era lo único que le recordaba que aún seguía vivo. Apretó el mecanismo de disparo de su bólter sabiendo que no haría ningún efecto, pero determinado a luchar hasta la muerte.

De pronto se produjo un destello y Alaric vio cómo la cabeza de san Evisser se inclinaba hacia un lado con un chasquido al tiempo que una lluvia de fragmentos de hueso saltaba por los aires. Acto seguido, la enorme mano del santo liberó al hermano capitán, que se precipitó sobre el suelo para ver cómo san Evisser se quitaba de encima al juez Santoro, que había saltado sobre su espalda propinándole un terrible golpe con su maza némesis. La

sección parietal del cráneo del santo había quedado completamente destrozada, y Alaric vio en su interior la masa viscosa y rojiza que tiempo atrás había sido el cerebro de un santo imperial.

Entonces los disparos comenzaron a perforar el pecho de san Evisser. La hermana Lachryma, con la cara sucia y ensangrentada y la mandíbula amoratada, había conseguido llegar hasta la planicie de la acrópolis junto con sus Serafines. Una de las hermanas comenzó a lanzar fuego con sus dos pistolas lanzallamas para distraer la atención del santo mientras los proyectiles de los bólters impactaban directamente sobre su cabeza.

Alaric se alejó de aquella figura monstruosa. El hermano Mykros, el marine encargado del incinerador de la escuadra de Santoro, se estrelló sobre la roca justo delante de él con tanta fuerza que el impacto le destrozó la armadura. Alaric se echó al suelo mientras Santoro también caía muy cerca de él. Estaba herido pero aún seguía con vida. Su maza parecía arder a causa de la carne impía que aún tenía pegada.

Alaric se arrastró hasta Santoro y se ayudaron el uno al otro a ponerse en pie. Los dos intentaron abrirse paso entre la planicie agrietada mientras san Evisser iba de un lado a otro tratando de acabar con los Caballeros Grises y con las hermanas que acababan de llegar para ayudarlos. La hermana Lachryma consiguió esquivar por muy poco un golpe que acabó aplastando el brazo de una de sus Serafines, mientras que el hermano Marl, que tenía la pierna destrozada, se arrastraba por el suelo.

De pronto, la enorme silueta del juez Tancred apareció justo en el límite del cráter que san Evisser había formado. Su armadura estaba muy dañada y las placas de ceramita desencajadas, los servos echaban chispas y la sangre del juez brotaba por las juntas. El blanco de sus ojos era como un destello de claridad perdido en un océano de sangre. El bólter que llevaba acoplado a la muñeca había quedado destrozado a causa del impacto contra los muros de la basílica, pero con su otra mano empuñaba la espada de Mandulis.

San Evisser dio otro golpe que lanzó a una de las Serafines volando por el aire. Justo al golpearse contra el suelo sus retrorreactores se incendiaron y envolvieron su cuerpo en llamas. Acto seguido, el santo caído se volvió hacia Alaric y Santoro, a cuya espalda la escuadra de Genhain seguía disparando

sus bólters para mantener a san Evisser bajo una avalancha de fuego constante.

Alaric sabía lo que había que hacer, al igual que Santoro.

El hermano capitán se olvidó del dolor y de los gritos que inundaban su cabeza y comenzó una última carga. San Evisser consiguió detener la estocada de su alabarda con la mano y Alaric estuvo a punto de perder el equilibrio, pero Santoro, que avanzaba justo detrás, aplastó la mano del santo con un golpe de su maza. El hermano capitán se repuso y lanzó una nueva estocada que chocó contra las costillas de su enemigo, aunque aquel golpe no estaba destinado a acabar con él.

San Evisser intentó aplastar a Alaric pero éste lo evitó mediante un portentoso salto, haciendo que el puño del santo destrozara la roca con el golpe. A continuación oyó cómo la maza de Santoro golpeaba la caja torácica de su enemigo haciendo que se tambaleara. Alaric hendió entonces su alabarda en la pierna de san Evisser generando una lluvia de fragmentos de hueso.

—Yo soy el martillo… —empezó a entonar Tancred, su voz grave y profunda parecía alzarse sobre el fragor del combate—. Soy la espada que empuña su mano, soy la punta de su lanza…

Tancred intentaba aproximarse sigilosamente a san Evisser, seleccionando cuidadosamente cada uno de sus movimientos mientras Alaric y Santoro trataban de distraer su atención. Tendrían que intentar mantenerse con vida el mayor tiempo posible, pues san Evisser era el navío que traería de vuelta a Ghargatuloth y sólo Tancred podía destruirlo.

San Evisser arrancó una enorme astilla de mármol, afilada como una espada, y la empuñó con ambas manos. Alaric tuvo que hacerse a un lado para evitar la estocada mientras que Santoro la detuvo con un golpe de su maza némesis, convirtiendo aquella espada improvisada en una lluvia de astillas pétreas.

San Evisser intentó entonces agacharse para coger a Santoro y aplastar su cuerpo, pero Alaric fue mucho más rápido: se abalanzó sobre el santo caído empuñando su alabarda con ambas manos y hundió la punta directamente en uno de los ojos llameantes del gigante.

Evisser soltó un alarido tan horrible que Alaric temió que sus autosentidos no soportaran aquel muro de sonido. El santo agitó la cabeza y lanzó a Alaric contra el suelo. Parecía que el cielo de mármol empezaba a resquebrajarse sobre sus cabezas. Evisser lanzó otro golpe y Santoro salió volando por el aire para impactar directamente contra el borde del cráter; su cuerpo se perdió de vista al caer al interior.

—¡Soy el guante que protege su puño! ¡Soy el fin de su sufrimiento y soy el sufrimiento de los traidores! ¡Yo soy el final!

Tancred era el más hábil con la espada de todos los caballeros junto a los que Alaric había luchado, tan sólo Stern había conseguido vencerlo. La fuerza estaba enraizada en el cuerpo de san Evisser, pero Tancred era un guerrero astuto y despiadado. De pronto se produjo un destello proveniente de la espada de Mandulis y la mano de san Evisser cayó al suelo, separada del brazo esquelético que la sostenía y desatando una lluvia de esquirlas de huesos mientras un torrente de luz blanquecina salía de la herida. Tancred repitió la estocada y hundió una y otra vez la hoja centelleante de la espada de Mandulis directamente en el torso de Evisser. Fragmentos de vértebras y huesos comenzaron a surcar el aire como balas y a caer directamente sobre el juez.

San Evisser estaba de rodillas, el juez Tancred lo estaba debilitando con cada nueva estocada. El santo levantó la cabeza para dejar salir un alarido y en aquel mismo momento el brillo de la espada de Mandulis dibujó un semicírculo en el aire y cortó limpiamente el cuello del santo caído.

La cabeza de san Evisser, con la cara retorcida por el sufrimiento de su segunda muerte, cayó de lado al suelo. Un enorme torrente de luz comenzó a salir de su cuello cercenado, atravesando las tinieblas que envolvían el cielo.

El alarido del santo se convirtió en un agudo pitido que perforó directamente el alma de Alaric.

Produciendo un sonido casi demasiado agudo como para ser percibido por los oídos de los Caballeros Grises, la acrópolis entera explotó inundándolo todo de luz blanca.

* * *

Gholic Ren-Sar Valinov llegó al interior de la tumba justo a tiempo para presenciar el renacimiento de su maestro.

Justo detrás de él, las tropas de Balur se quedaron paralizadas por el horror de ver lo que el mundo corrupto del Caos había hecho con el cadáver de san Evisser, el esqueleto podrido de una ciudad entera corrompida por las setenta y siete máscaras. El cielo pétreo se tambaleaba bajo el peso del destino haciendo temblar las baldosas de mármol resquebrajado y los abismos impenetrables que se abrían entre ellas. Las criaturas demoníacas y carroñeras sobrevolaban la acrópolis.

Muchos de los soldados de Balur perdieron la cordura incluso antes de que la acrópolis explotara. Valinov había usado todas sus argucias para despertar su ira y dirigirlos directamente hasta la tumba, pero ahora que había conseguido lo que quería ya no los necesitaba, de modo que dejó que se hundieran en la demencia. Ghargatuloth había erigido alrededor de la tumba un escudo de emoción pura para evitar que cualquier incauto accediera a ella, protegiendo aquel lugar sagrado con una muralla de demencia. Casi todos los soldados de Balur sucumbieron, pero Valinov no era ni mucho menos tan débil.

Algunos de los soldados no veían más que luz y hermosura, pues sus mentes ya se habían desprendido de cualquier noción de moralidad. Sólo veían un mundo de gloria y esplendor que se abría ante ellos, y corrían hacia él con los brazos abiertos para caer directamente en la oscuridad de los abismos o para que los pocos cultistas que los Caballeros Grises habían dejado con vida los envolvieran en las tinieblas. Otros se derrumbaban ante tales visiones, su subconsciente prefería desconectarlos de sus sentidos antes que arriesgarse a que fueran aplastados por la demencia que se abría ante ellos. Algunos incluso se enfrentaron a sus propios hermanos, convencidos de que todos los que había a su alrededor habían sido corrompidos. Los

disparos comenzaron a surcar el aire y las hojas de los cuchillos empezaron a desgarrar la carne.

El comisario trató de cumplir con su deber hasta el final, acusando de herejía a todos los que había a su alrededor en un intento de explicar el origen de tanta corrupción. Comenzó a disparar a ciegas sobre las tropas de Balur, y aquellos que aún eran dueños de sí mismos se abalanzaron sobre él haciendo que desapareciera bajo una montaña de guardias dementes. Al cabo de unos instantes los disparos de bólter comenzaron a atravesar aquella masa, pues el comisario no cesó en su empeño de impartir la justicia imperial hasta que fue aplastado y pisoteado contra el suelo de mármol.

Valinov permanecía indemne. El único resquicio de su mente que podría haber perdido la cordura había desaparecido hacía ya mucho tiempo, junto con la debilidad de su espíritu y el torrente de desesperación que se habría apoderado de la mente de cualquier hombre débil. Hubo un tiempo en que Valinov había suplicado a cualquiera que lo escuchara que hiciera desaparecer aquellas partes de su psique, pues le causaban un dolor infinito a la hora de desempeñar su violento y oscuro deber bajo las órdenes del inquisidor Barbillus. Ghargatuloth escuchó sus súplicas y acabó con su debilidad hasta dejarlo libre de toda duda y desprovisto de cualquier tipo de conciencia. Ése era el mayor don que un hombre podía recibir. Valinov debía recompensar al Príncipe de las Mil Caras convirtiéndose en su siervo, y ahora, por fin, iba a poder reunirse con su maestro.

La explosión que destruyó la acrópolis provocó una onda expansiva de luz blanquecina. El mal desatado por Ghargatuloth se extendió por el mármol como las ondas concéntricas de un guijarro al caer sobre un lago, resquebrajó la roca y destruyó aquella ciudad ruinosa haciendo desaparecer las setenta y siete máscaras en un instante. Toda la tumba pareció hincharse debido a la fuerza psíquica de la explosión, que alcanzó a los soldados de Balur lanzando a algunos de ellos contra las enormes columnas. Los pocos que no corrieron esa suerte huyeron despavoridos hacia el jardín de las estatuas. Valinov creyó haber visto la silueta de un Caballero Gris que surcaba el aire como un proyectil para impactar directamente contra el muro.

Valinov permanecía indemne. Ghargatuloth lo protegía.

Un enorme cráter, como las fauces de un terrible animal, fue todo lo que quedó de la ciudad.

Justo entonces, el Príncipe de las Mil Caras se sintió completo, y en medio de una erupción de gloria irrumpió de lleno en el espacio real.

* * *

La orilla del lago Rapax comenzó a temblar ligeramente. Aquélla fue la única advertencia que se produjo antes de que el tejado de la planta de procesamiento saltara en mil pedazos dejando salir una columna de carne iridiscente y centelleante, un torrente de casi un kilómetro de altura que iluminó como una erupción volcánica el cielo de Volcanis Ultor.

Las torres exteriores de la colmena Superior quedaron empequeñecidas ante la enormidad de la columna surgida de la tumba de san Evisser, una columna que lanzaba destellos de colores que sólo podían haber sido generados por la disformidad. La realidad se deformaba a su alrededor incapaz de contener aquel torrente en las dimensiones del espacio real. Muy pronto, unas nubes amenazantes de hechicería pura comenzaron a aparecer a su alrededor, unos nubarrones brillantes que generaban destellos de todos los colores. Acto seguido, unos enormes tentáculos surgieron de aquella masa iridiscente, moviéndose libremente y destruyendo la planta de procesamiento y todas las defensas que la rodeaban.

La tierra que había bajo las sombras de aquella enorme columna comenzó a hervir a medida que los demonios que servían a Ghargatuloth surgían desde la disformidad. Cientos de criaturas repugnantes comenzaron a arrastrarse por el suelo.

Un halo de hechicería se extendió sobre las planicies yermas de Volcanis Ultor, desde las profundidades de la subcolmena hasta las cimas de las torres de la colmena Superior. Muchos de sus habitantes cayeron en la demencia, otros se quedaron paralizados, con los corazones congelados por el terror. El

pánico se apoderó de todos y cada uno de los habitantes de la colmena. El Príncipe de las Mil Caras había traído el terror consigo, un terror tan puro que aquellos que nunca habían visto el cielo de Volcanis Ultor se quedaron paralizados al ver al Príncipe Demonio manifestarse sobre la ciudad.

El odio se convirtió en una sustancia líquida que goteaba a través de los muros. El sufrimiento formó una niebla que se extendió sobre las planicies. El engaño llovía en torrentes negros de maldad que inundaban lo poco que quedaba de las trincheras. Infinidad de mentes se resquebrajaron a lo largo de toda la línea defensiva.

La enorme columna ondulaba y se retorcía. Cada uno de los enormes tentáculos que habían surgido de ella comenzaron a deformarse hasta que un millar de nuevos rostros miraron desafiantes hacia la superficie de Volcanis Ultor.

* * *

Cuando Alaric se estrelló contra el muro, el tiempo se detuvo.

Vio cómo Ghargatuloth surgía a través del suelo, alzándose terrible, como a cámara lenta. Los océanos de carne iridiscente acabaron formando una columna demoníaca que atravesó el cielo marmóreo de la tumba y se alzó hacia las alturas de la atmósfera de Volcanis Ultor. La tumba se derrumbaba. La ciudad esquelética y las columnas de mármol se convirtieron en polvo, destruidas por la carne demoníaca que surgía de sus entrañas.

Alaric se estaba derrumbando poco a poco. Los huesos rotos se retorcían en su interior. La tumba se estaba viniendo abajo poco a poco y la maldad indescriptible de Ghargatuloth se abría ante él en toda su magnitud, para que contemplara con sus propios ojos la demencia que emanaba de ella.

Alaric estaba sobrecogido ante tal inmensidad. Ya se había enfrentado a los demonios en infinidad de ocasiones, pero nunca había visto un poder de tal magnitud. Su mente estaba sumergida en el horror de Ghargatuloth, en la

fuerza ciega de los tentáculos que surgían de aquella columna, en la enormidad de la irrupción en el espacio real del Príncipe de las Mil Caras.

—Tu mente es realmente débil —dijo una voz—. Pues se acobarda ante una ínfima demostración de todo mi poder.

Alaric intentó mirar a su alrededor, pero sus músculos, paralizados por un terror agonizante, no respondían. Aquella voz era tan familiar que surgió de lo más profundo de su mente y consiguió abrirse paso hasta su conciencia.

Una figura surgió en el aire justo delante de Alaric, como si un fragmento del conocimiento infinito de Ghargatuloth hubiera adoptado una forma física. El Príncipe de las Mil Caras se convirtió en un hombre alto, musculoso y con los rasgos muy marcados. Su psique comenzó a hablarle de vidas salvajes y demasiado cortas, de la guerra, de la supervivencia y de la caza. Su pelo largo y oscuro estaba recogido y adornado con huesos y plumas, y tenía una lanza con la punta de sílex.

Cada uno de los cultistas que adoraban a Ghargatuloth veía en él un rostro diferente, y aquél era el que veía Alaric. El Príncipe Demonio había extraído esa imagen de lo más profundo de la mente del Caballero Gris para decirle cómo iba a ser su muerte.

—¿Es así como te apareces ante mí? —dijo Alaric. Sus labios eran la única parte de su cuerpo que aún podía controlar—. ¿Es ésta una más de tus mil caras?

—Tengo muchas más de mil.

Alaric era incapaz de leer la expresión del rostro de aquel hombre, no dejaba de cambiar, como si el mero hecho de concentrarse en ella hiciera que mutara.

—En este mundo yo era la septuagésimo séptima máscara, la muerte más allá de la muerte. En Farfallen era el Dios de la Última Cacería. Para ti no soy más que el rostro que ves ahora mismo.

Tras el Príncipe, su cuerpo demoníaco seguía creciendo hasta que formó una columna que atravesó el techo. Los gruesos tentáculos que surgían de ella perforaron los muros de la tumba y se alzaron hacia el cielo de Volcanis Ultor.

El Príncipe se volvió para contemplar su grandiosidad. Parecía admirado o incluso nostálgico.

—El Señor de la Transformación me dio este cuerpo. El mismísimo Tzeentch. El creador de todo lo que soy, soy conocimiento puro, el arma más sagrada de la Transformación. Cada hombre que asesino, cada secreto que hago que mis seguidores desvelen, cada momento de sufrimiento que causo, me convierte en algo más sabio y más fuerte. En estos últimos meses mi conocimiento se ha incrementado sobremanera, y ahora soy mucho más de lo que nunca he sido. Cuando Mandulis me desterró, yo era como un niño, ahora mi comprensión es casi total. Las mentes de la humanidad son los barrotes que lo retienen todo. Si esos barrotes se rompen, la humanidad será libre, y la libertad es la esencia del Caos.

—Miénteme —dijo Alaric—. Adelante, miénteme, demuéstrame que estoy en lo cierto.

El Príncipe volvió a darse la vuelta hacia Alaric, su rostro aún mantenía la misma expresión cambiante.

—Me resultas muy interesante, Alaric. Tú representas aquello que comprendí de Mandulis cuando acabé con él. Huyes de todo lo que una vez te hizo hombre. Te has convertido en algo infrahumano, te has desprendido de todo aquello que podría haber sido iluminado por el Señor de la Transformación. Tú lo llamas fe, pero si comprendieras la verdadera naturaleza de lo que Tzeentch le ha prometido a toda la galaxia, te darías cuenta del grave crimen que has cometido al convertir tu mente en algo inerte.

—Ya pudimos contigo una vez, demonio, y lo volveremos a hacer.

—¿Y luego qué? —La voz de Ghargatuloth sonaba burlona—. ¿Dónde estaría ahora si Mandulis no me hubiera encontrado? Aquí, Caballero Gris, aquí y ahora, junto a mis seguidores, llevando a cabo la gran obra de nuestro Maestro. Mi destierro no cambió nada. ¿Por qué te niegas a comprender? El Caos no puede ser derrotado, deberías saberlo.

Las nubes comenzaron a cubrir el cielo a medida que el cuerpo de Ghargatuloth ascendía por la atmósfera de Volcanis Ultor, sus relámpagos azulados se reflejaban sobre la carne brillante e iridiscente. El rostro del

Príncipe, que permanecía frente a Alaric, parecía ignorar la destrucción que se estaba desencadenando tras él. La tumba de san Evisser casi había desaparecido bajo aquella enorme columna de carne demoníaca.

—No tenías más que mirar a tu alrededor, Caballero Gris, y lo habrías visto todo. ¿Qué es el Caos? Tú dirías que es sufrimiento, opresión, engaño… Pero ¿no es eso lo mismo que podría decirse de tu Imperio? Vosotros os dedicáis a cazar a aquellos que tienen talento y fuerza de voluntad, o los sacrificáis o acabáis con ellos. Mentís a vuestros ciudadanos y desatáis a los perros de la guerra contra aquellos que se atreven a hablar. Los inquisidores, a quienes vosotros llamáis maestros, son quienes asumen la culpa y ejecutan a los disidentes a su antojo. ¿Y todo ello por qué? ¿Por qué lo hacéis? Porque sabéis que el Caos existe pero no sabéis cómo combatirlo, de modo que aplastáis a vuestros propios ciudadanos por miedo a que ellos puedan ayudar al Enemigo. El Imperio siempre sufrirá por culpa del Caos, no importa la determinación con la que luchéis, eso es algo que no cambiará jamás. El Caos se encuentra en un estado de victoria permanente sobre vosotros. Bailáis al son de nuestra música, mortales, os asesináis, masacráis y torturáis los unos a los otros porque los dioses de la disformidad así lo desean. El Imperio se ha fundado gracias al Caos. Mi señor Tzeentch ganó vuestra guerra hace ya mucho, mucho tiempo.

Alaric pudo sentir cómo aquellas herejías impactaban sobre su escudo de fe como si se tratara de proyectiles lanzados desde un crucero de asalto. Las palabras del Príncipe se clavaron en su alma con mucha más fuerza que cualquier hechizo que jamás hubiera presenciado, consiguieron abrirse paso a través de los muchos años de adoctrinamiento que protegían su fe. Alaric se sentía desnudo, nunca se había sentido tan vulnerable, ni siquiera cuando se había visto rodeado por el enemigo ni cuando Ligeia cayó y él quedó solo en su lucha contra Ghargatuloth. Dejó que su ira aumentara para intentar ahogar su miedo.

—¡Ya te matamos, demonio! —bramó Alaric lleno de furia—. ¡Te matamos con la espada de Mandulis! ¡Con el Relámpago Dorado!

—«Sólo el Relámpago Dorado podrá hacer que la presencia de Ghargatuloth se desvanezca de la realidad» —dijo el Príncipe—. Es eso lo

que Valinov te dijo, ¿verdad? Es lo que confesó cuando se derrumbó en Mimas, ¿no es cierto? ¿Es que necesito explicarte por qué Valinov nunca podrá derrumbarse? Eliminé todas sus debilidades cuando me convertí en su señor. Engañar diciendo la verdad es algo tremendamente placentero, Caballero Gris. Es algo tan irónico que complace sobremanera al mismísimo Tzeentch… Como puedes comprobar, Valinov tenía razón. Yo no puedo morir, nadie puede detenerme, el único modo de que yo desaparezca de la galaxia es que complete la obra de Tzeentch y la galaxia se convierta en Caos puro. En ese momento mi señor y yo seremos uno y yo dejaré de existir. El arma que me desterró es la única que tenía el poder para traerme de vuelta y así poder completar la obra del Caos. Valinov os dijo la verdad, pero vosotros elegisteis escuchar una verdad diferente.

Por supuesto, era verdad. Todo demonio necesita que se cumpla una condición específica para poder regresar, una fecha, un lugar, un sacrificio, un hechizo… Pero para Ghargatuloth, que era un ser de poder absoluto, debían cumplirse varios requisitos: debía renacer a través de una reliquia imperial que hubiera sido corrompida, el cuerpo de san Evisser; debía ser en la senda y en aquel mismo momento; y el cuerpo que lo trajera de vuelta tendría que ser destruido por la misma arma que lo desterró por primera vez.

Ghargatuloth había conseguido crear todas aquellas condiciones, el santo, la senda y los cultistas que maquinaron para que todas las piezas estuvieran en su sitio. Sin embargo, Ghargatuloth no podía crear la espada de Mandulis. La espada tendría que llegar hasta él, y fueron precisamente los Caballeros Grises quienes se la llevaron.

La mente de Alaric ardía en conflicto. Los Caballeros Grises no habían sido utilizados. Habían luchado, habían matado y habían cumplido con su deber. No eran una pieza más de aquel plan, no eran ningún instrumento en manos del Enemigo…

—Era así como tenía que ser —dijo Alaric apretando los dientes lleno de ira—. Tú no nos has usado como usaste a Ligeia. Para hacer lo que hizo Mandulis teníamos que luchar contra ti cara a cara, y para poder luchar contra ti hemos tenido que liberarte…

—Desesperad, Caballeros Grises. Habéis estado conmigo desde el principio, sólo podíais haber sido vosotros. Os encuentro sumamente fascinantes con vuestras almas inquebrantables. Sois unas herramientas maravillosas, incorruptibles, una de las mejores armas que el Imperio ha conseguido crear, totalmente comprometidos con cualquier causa que se os ponga delante. Sólo tengo que encaminar vuestros pasos en la dirección adecuada y haréis cualquier cosa que desee. Vosotros habéis traído la espada de Mandulis hasta mí, vosotros alimentasteis la matanza que se extendió por la senda y vosotros convertisteis Volcanis Ultor en el campo de batalla que necesitaba para poder ocultar las preparaciones de mi advenimiento. Y después de todo eso, el desafío de acabar con vosotros se me antoja irresistible.

Alaric podía ver cómo los soldados de Balur morían irremediablemente, convertidos en figuras de color azul oscuro que se movían en la entrada de la tumba, retorciéndose mientras se mataban los unos a los otros deshumanizados por la demencia. También pudo ver a Valinov, con las manos levantadas alabando a su señor.

—Al igual que todos los humanos, vosotros también tenéis vuestras debilidades —continuó Ghargatuloth—. Pero sois tan orgullosos que no podéis verlas. Vuestra debilidad es el miedo, Alaric. Sabéis que los Caballeros Grises nunca han perdido a ninguno de sus soldados ante la corrupción del Enemigo, y en lo más profundo de vuestras almas todos tenéis miedo de ser el primero. Es ese miedo lo que hace que te sientas tan indefenso en estos momentos. Es la razón por la que jamás habrías podido convertirte en un verdadero líder. ¿Por qué crees que me ves con este rostro? —Ghargatuloth se refería a la forma que había adoptado, la forma de aquel hombre que parecía salido de alguna tribu—. Me aparezco ante ti como lo que podías haber sido, soy tu propio miedo. Me presento ante ti como aquello que serías si esta frágil realidad no te hubiera hecho caer en manos de los Caballeros Grises. En lo más profundo de tu subconsciente aún recuerdas tu antigua vida en aquel mundo salvaje, y eso te recuerda constantemente que podrías volver a cambiar, podrías cambiar y convertirte en alguien que me venera. Voy a asegurarme de que ese miedo se haga

realidad, Alaric. Puede que me lleve mucho tiempo hacer que te derrumbes, pero cuando caigas te convertirás en uno de mis más preciados trofeos.

Alaric permanecía en silencio. Ya no le quedaba la menor voluntad de seguir con vida. Puede que sólo tuviera una única oportunidad, pero era más de lo que habría esperado tener. Tenía que aprovecharla, por sus hermanos caídos, por Ligeia y por Mandulis, quien entregó su vida hacía más de mil años.

No era Ghargatuloth quien lo había llevado hasta allí. Alaric había tomado sus propias decisiones. La espada de Mandulis, su enfrentamiento con las hermanas, el asalto sobre el lago Rapax en busca de Ghargatuloth… Y aún tenía una última oportunidad para demostrarlo.

Su escudo de fe se estaba resquebrajando, tenía que actuar rápido, tenía que hacer algo antes de que se desmoronara por completo y Ghargatuloth descubriera lo que ocultaba detrás.

—Entonces éste es realmente el final —dijo—. Pero una muerte luchando contra el Enemigo es en sí misma una victoria, una victoria que nunca podrás arrebatarme.

—Quizá no —contestó Ghargatuloth—. Pero después de tu muerte serás completamente mío, tendré toda la eternidad para conseguir que te derrumbes.

—Tendrás que usar toda la senda —continuó Alaric—. San Evisser, los cardenales, todos y cada uno de los ciudadanos… Tendrás que utilizarlos a todos para poder vencemos. Pusiste tu plan en movimiento mucho antes de que la senda existiera, porque sabías que la necesitarías. Fue por nuestra culpa por lo que tuviste que llevarlo a cabo. Nos tenías tanto miedo que tuviste que mover sistemas enteros para que bailáramos al son de tu música.

—Ten cuidado con tu orgullo, Alaric, te hace mucho más vulnerable.

—De acuerdo —asintió Alaric con resignación—. Entonces cumplamos con las formalidades. Un Caballero Gris debería pronunciar unas últimas palabras en tono heroico, así es como nos lo cuentan las historias. Una última negación del Enemigo.

—O algo que enfatice la futilidad de tu muerte.

—Bien. —Alaric intentó concentrarse en el rostro de aquel ser, logró concentrarse tan plenamente que los ojos de Ghargatuloth se hicieron presentes ante él. Eran unos ojos expresivos y llenos de determinación, como los suyos.

—*Tras'kleya'thallgryaa…*

Alaric comenzó a recitar esas palabras y de pronto el mundo comenzó a moverse a una velocidad endiablada mientras el rostro de Ghargatuloth se estremecía.

Un tentáculo de carne demoníaca surgió de la columna para pasar sobre los restos de la tumba y dirigirse directamente hacia Valinov, que estaba rodeado de soldados agonizantes. De pronto cientos de manos surgieron de su piel iridiscente y levantaron al inquisidor, otorgándole su recompensa por su devoción al Señor de la Transformación y a su heraldo.

Valinov pudo sentir cómo una enorme fuerza crecía a su alrededor, el poder del conocimiento puro. Se trataba de una percepción tan intensa que comenzó a filtrarse a través de su piel y a devorar sus entrañas, reduciendo a Valinov a la pura esencia del conocimiento del que se componía. Las ideas de su piel y de sus huesos quedaron liberadas de la prisión que las contenía. Los órganos de Valinov comenzaron a disolverse en medio de la masa líquida y brillante de Ghargatuloth. Unos rostros que sería imposible describir como humanos surgieron en la piel de aquel tentáculo para contemplar cómo el sirviente más fiel de su maestro se convertía en uno de ellos. Una nueva cara para el Príncipe, un nuevo ídolo ante el que miles de cultistas se inclinarían. Cuando Tzeentch absorbiera la galaxia y todo se convirtiera en Caos, Valinov sería un dios.



Las mil caras de Ghargatuloth desaparecieron de pronto, pareció como si se refugiaran en la enorme columna. Los tentáculos se retorcieron en torno a aquel pilar de carne demoníaca. Las nubes centelleaban dejando salir

relámpagos furiosos, el dolor de lo demoníaco dibujó enormes líneas rojas sobre el suelo. La carne iridiscente se tensó mientras infinidad de manchas oscuras aparecieron en su interior, como heridas bajo la piel.

Los demonios se retorcieron y cayeron al suelo, su carne se volvió líquida y comenzaron a fundirse mientras su sangre se convertía en enormes ríos abrasadores que fluían sobre las llanuras baldías. El ruido era insoportable, como un millón de alaridos agonizantes.

Apoyado contra el muro resquebrajado de la tumba, rodeado de destrucción y con la figura de Ghargatuloth desplomada a su lado, podía distinguirse la silueta de Alaric, hermano capitán de los Caballeros Grises. Tenía el cuerpo repleto de heridas y su armadura estaba destrozada, pero aún seguía con vida y estaba consciente. Seguía gritando las mismas palabras que la inquisidora Ligeia pronunció una y otra vez momentos antes de su ejecución.

En su momento la Inquisición pensó que Ligeia hablaba en lenguas demoníacas y que su mente había sido corrompida por Ghargatuloth, pero Alaric sabía que su mente era demasiado fuerte y decidió confiar en ella una última vez. Había conseguido hacerse con las transcripciones de sus interrogatorios y memorizar la frase que repetía una y otra vez.

No se trataba de una simple sucesión de sílabas sin sentido. Era el último mensaje desesperado que Ligeia había enviado a sus captores, su último intento de vengarse del Príncipe de las Mil Caras.

—*Iahthe'landra'klaa*… —gritó Alaric una vez más.

El cuerpo de Ghargatuloth se convirtió en una masa plomiza de la que se desprendían pequeños fragmentos como si fueran nieve grisácea.

En el fondo, todo demonio era un sirviente. Todos debían responder ante un maestro, y el maestro de un demonio tan poderoso como Ghargatuloth no era otro que el mismísimo Tzeentch. Pero para que un demonio sirviera a su maestro ciegamente, el maestro tenía que obtener el control absoluto sobre su sirviente. Todo demonio también tenía un nombre, puede que los hombres lo llamaran de miles de maneras diferentes, pero sólo una era el nombre verdadero.

La inquisidora Ligeia sabía que su mente sería corrompida por Ghargatuloth. Sabía que su destrucción sería inevitable, de modo que abrió su mente tanto como pudo. Su enorme poder psíquico era capaz de extraer información de cualquier fuente, y Ghargatuloth no era otra cosa que información pura. Ella dejó que el Príncipe de las Mil Caras fluyera por su interior, entregó su cordura e incluso su vida para encontrar el conocimiento que necesitaba. Finalmente consiguió encontrarlo, y en sus momentos finales consiguió mantenerse lo suficientemente lúcida como para comunicárselo a sus captores.

Y de todos ellos, tan sólo Alaric confiaba en ella lo suficiente como para escucharla.

Sílaba tras sílaba, al igual que hizo Ligeia en sus últimos momentos y a pesar del inmenso dolor que le producía, Alaric repitió el nombre verdadero de Ghargatuloth.

* * *

Aquellas sílabas ardían en los labios de Alaric. De no haber sido por su núcleo inquebrantable de fe jamás habría sobrevivido a la pronunciación del nombre verdadero. Aquel nombre tenía cientos de sílabas, y si hubiera cometido el más mínimo error habría fracasado, de modo que tuvo que concentrarse plenamente para olvidarse del dolor que lo invadía y seguir adelante.

La inmensa figura de Ghargatuloth se había ennegrecido y estaba cubierta por unas manchas purpúreas de las que salían destellos de color verde enfermizo. Sus miles de rostros se retorcían bajo su piel mientras intentaban adentrarse en el núcleo del cuerpo de Ghargatuloth para protegerse de las palabras que estaban abrasando el cuerpo de su maestro. Los enormes tentáculos se secaron y se precipitaron como arcos grisáceos que se rompieron en mil pedazos al impactar contra el suelo.

Alaric pronunció la última sílaba con dificultad. Un sonido que nunca pensó que sería capaz de pronunciar se abrió paso a través de su garganta. Por un momento pensó que aquel tremendo esfuerzo acabaría con él. Finalmente se dejó caer hacia adelante hundiendo su rostro en el mármol resquebrajado que yacía a los pies del muro.

El desfallecimiento se apoderaba de él, una oscuridad que acechaba desde los límites de su visión. El alarido agonizante de Ghargatuloth se alzó por encima del dolor que lo envolvía. Era un aullido patético y lleno de ira. Era odio y dolor. Era la rabia que se revelaba contra la agonía de la muerte.

Alaric luchó para abrir los ojos. Una lluvia de carne demoníaca muerta se desprendía de la columna y caía directamente sobre los restos ruinosos de la tumba. De pronto unos bulbos carnosos aparecieron en la base y el cuerpo de Ghargatuloth se precipitó sobre las llanuras y las trincheras que habían defendido las hermanas de la Rosa Ensangrentada. Poco a poco el cuerpo de Ghargatuloth se derrumbó produciendo un terrible sonido cuando sus miles de tendones se fueron rompiendo uno a uno.

Con mucha dificultad, Alaric consiguió ponerse en pie. El aire estaba repleto de trozos de piel reseca que caían como si fueran nieve negra. Su alabarda némesis estaba en el suelo. Caminó hasta ella y la recogió justo en el mismo momento en el que el cuerpo de Ghargatuloth golpeaba el suelo de las llanuras.

Alaric trepó por las ruinas hasta que pudo ver el exterior de la tumba. Los analgésicos fluían por su torrente sanguíneo pero resultaban incapaces de aplacar el insufrible dolor que sentía. Ghargatuloth era un enorme montón de carne agonizante. Todos los demonios se estaban disolviendo y mezclándose con la tierra.

El juez Genhain ascendió por las ruinas hacia donde se encontraba Alaric. También podían distinguirse un par de Caballeros Grises; Alaric vio que uno de ellos era un exterminador, seguramente se trataría del hermano Karlin, pues Tancred debía de estar muerto.

Puede que en total no quedara más que una decena de Caballeros Grises. Karlin, un par de hombres de la escuadra de Genhain y dos o tres de la escuadra de Alaric. Alaric no conseguía distinguir a ninguno de los hombres

de Santoro, y ni siquiera estaba seguro de cuántos habían conseguido llegar hasta la acrópolis. Lachryma y sus hermanas habían desaparecido.

Alaric se volvió para mirar a Ghargatuloth. El nombre verdadero lo había debilitado mucho, pues justo después de su advenimiento, el impacto de tener un nuevo maestro mortal había hecho que se estremeciera hasta lo más profundo de sus entrañas.

Alaric empezó a caminar hacia el cuerpo caído del Príncipe Demonio acompañado por lo que quedaba de sus tropas. Aún tenía trabajo que hacer.

* * *

Al final no fueron los Caballeros Grises quienes acabaron con Ghargatuloth. En realidad fue la infantería pesada de Balur que, marchando sobre las planicies y levantando enormes remolinos de ceniza con su artillería antitanque, terminaron el trabajo que los Caballeros Grises habían comenzado. Ninguno de ellos sabía qué había pasado ni quiénes eran los Caballeros Grises, todo lo que sabían era que una tremenda ola de destrucción había asolado Volcanis Ultor, que la mayor parte de sus camaradas habían muerto y que aquella enorme bestia era la responsable. Un par de tanques Leman Russ fueron puestos en posición y los pocos oficiales que quedaban con vida empezaron a abrir fuego sobre Ghargatuloth.

Los proyectiles de los tanques y de las armas pesadas perforaron el cuerpo del demonio. Su sangre multicolor empapó la tierra convirtiendo los alrededores de la planta de procesamiento, ennegrecidos a causa de la ceniza, en un repugnante terreno pantanoso que desembocaba directamente en el lago Rapax.

Las pocas hermanas de la Rosa Ensangrentada que habían conseguido sobrevivir también abrieron fuego, y el único tanque Exorcista que les quedaba lanzó una lluvia de misiles directamente sobre Ghargatuloth. El XII.º Regimiento de Exploradores de Methalor cubrió rápidamente la

distancia que separaba sus posiciones, en el sur de la línea defensiva, de la llanura sobre la que yacía el Príncipe Demonio, para ayudar con la poca potencia de fuego que les quedaba. Finalmente, el cuerpo de Ghargatuloth quedó reducido a un enorme montón de carne humeante.

Las tropas de Balur avanzaron junto con el regimiento de Methalor, fuego de los rifles láser parecía haber desatado una tormenta escarlata, convirtiendo la sangre de Ghargatuloth en una enorme y hedionda nube. Ambos regimientos acoplaron sus bayonetas y, llenos del mismo odio que se apoderó de ellos la primera vez que Ghargatuloth emergió de las entrañas de Volcanis Ultor, comenzaron a descuartizar su cuerpo. Las hermanas se unieron a ellos al tiempo que entonaban letanías de furia y hostigaban el cuerpo sin vida del demonio con su fuego bólter. Las hermanas superioras le cortaron la piel con sus espadas sierra.

Muy pocos se dieron cuenta de la presencia de los Caballeros Grises. Quedaban muy pocos y todo estaba oscurecido por las nubes de humo. Alaric y Genhain, hombro con hombro, hundieron mecánicamente sus alabardas en el cuerpo de Ghargatuloth hasta que quedó reducido a un charco repugnante y viscoso de carne demoníaca.



El sol de Volcanis Ultor se estaba poniendo en algún lugar tras sus nubes eternas. Alaric sintió cómo la vida de Ghargatuloth se estaba apagando, y decidió quedarse a orillas del lago Rapax hasta que su núcleo psíquico confirmara que el Príncipe Demonio había muerto.

Sufría varias heridas de considerable gravedad. El brazo que sostenía su bólter de asalto estaba roto, tenía varias costillas fracturadas y fragmentos de hueso dispersos por toda la caja torácica. Su tercer pulmón era lo único que le permitía seguir respirando. Cualquier hombre más débil ya estaría muerto. Pero la visita a las instalaciones médicas de la colmena Superior tendría que esperar. Alaric no se movería de allí hasta estar seguro de que

Ghargatuloth había muerto. Los últimos latidos de la voluntad del demonio se estaban apagando. Apoyado sobre su alabarda y sintiendo como el frío de la noche caía sobre la llanura, Alaric no tendría que esperar mucho.

El juez Genhain estaba intentando reagrupar a cuantos Caballeros Grises hubieran sobrevivido al tiempo que buscaba los cuerpos de sus hermanos muertos. Había conseguido dar con el cadáver de Santoro, desfigurado hasta quedar casi irreconocible por la explosión de la acrópolis. Había caído a muy pocos metros de Alaric, y fácilmente podría haber sido el hermano capitán el que hubiera muerto. Algunos de los marines espaciales de Santoro cayeron sin que el propio Alaric se percatara de ello, asesinados por los cultistas de Ghargatuloth mientras intentaban llegar hasta la acrópolis junto a varias de las Serafines de Lachryma. El cuerpo de Tancred había desaparecido, y Alaric sabía que nunca lo encontrarían.

La espada de Mandulis había conseguido sobrevivir intacta, y brillaba orgullosa en el fondo del cráter donde antes había estado la planta de procesamiento. Genhain la había recogido y guardado en su funda para que la hoja no reflejara la tremenda destrucción que la rodeaba. Sería el mismo Genhain quien, acompañado por Durendin, regresaría a la tumba de Mandulis para devolverla a las entrañas de Titán. Hasta entonces la espada se mantendría en su funda, pues su trabajo había terminado.

Las hermanas de la Rosa Ensangrentada también estaban recogiendo a sus camaradas muertas, y Alaric vio cómo recogían el cuerpo de la canonesa de entre lo poco que quedaba de la escalinata de la tumba. Toda la planta de procesamiento había quedado reducida a un enorme cráter lleno de escombros, y era imposible distinguir la frontera entre lo que fueron las dimensiones normales de la planta y las deformaciones caóticas de la tumba. Los cadáveres de las tropas de Balur estaban esparcidos por todas partes, y un transporte de tropas Chimera atravesaba la llanura cargado de cuerpos que llevaba hacia la retaguardia.

Muchos habían muerto en Volcanis Ultor, y todos ellos eran irreemplazables.

Algo comenzó a moverse entre la masa negruzca en la que se había convertido el cuerpo de Ghargatuloth. Alaric se acercó caminando con

dificultad y distinguió una figura humana que se retorcía entre la inmundicia.

Su piel había desaparecido por completo, como corroída por algún ácido. Estaba completamente cubierta por una sustancia viscosa y sus ojos sin párpados se movían descontroladamente. Intentaba sostener sus entrañas con las manos para evitar que se desparramaran por el suelo.

En un principio Alaric pensó que se trataba de un soldado de Balur, pero entonces se percató de que su espada de energía aún colgaba del cinturón que tenía alrededor de la cintura. Era la misma espada que Alaric había visto empuñar a Valinov cuando éste dio la bienvenida a Ghargatuloth al espacio real.

Alaric casi deseó que Valinov aún pudiera hablar, pues así podría escuchar sus súplicas. Aunque lo cierto era que ya no importaba. Cuando Alaric pronunció el nombre verdadero, Ghargatuloth renegó de su sirviente. Valinov había dedicado su vida, mucho más que su vida, su alma y su existencia misma, al Príncipe Demonio, y justo en el último segundo había sido arrancado de su lado. El sufrimiento de la agonía no significaría nada para Valinov, pero la agonía del fracaso después de haber estado tan cerca sería una tortura que haría sentirse orgulloso al mismísimo Ghargatuloth.

Quizá lo más adecuado hubiera sido dejar que Valinov siguiera agonizando, pero el Ordo Hereticus ya lo había ejecutado una vez y Alaric sabía que esperaban que terminara el trabajo.

—Por la autoridad que me ha sido otorgada por las Santas Órdenes de la Inquisición del Emperador —declaró Alaric—. Y como hermano capitán de los Caballeros Grises, la cámara militante del Ordo Malleus, haré cumplir lo que ha sido decretado por el cónclave de Encaladus y pondré tu alma frente al Emperador para que sea él quien la juzgue.

Alaric se agachó y levantó a Valinov agarrándolo por la garganta. Valinov lo miraba tembloroso con los ojos llenos de rabia; una sustancia viscosa y repugnante rezumaba por su cuerpo rojizo y húmedo.

—Pero resulta —continuó Alaric—. Que tú no tienes alma, de modo que éste es el fin. Gholic Ren-Sar Valinov, esto es el olvido.

Alaric se alejó caminando despacio del cadáver medio disuelto de Ghargatuloth hasta llegar a la orilla del lago Rapax, cuya superficie refulgía enfermiza bajo la débil luz de la luna que se colaba entre las nubes. Cuando alcanzó la orilla se arrodilló y sumergió a Valinov en las aguas contaminadas.

Valinov se retorció débilmente hasta que poco a poco dejó de moverse. Alaric esperó lo suficiente como para asegurarse de que estaba muerto, y entonces esperó un poco más, solo y en silencio, junto a la orilla del lago.

* * *

El día empezaba a despuntar cuando el juez Genhain llegó para recogerlo. Había cogido uno de los Chimera del regimiento de Methalor para poder llevar a los Caballeros Grises hasta la colmena Superior, donde, al igual que las hermanas, podrían recuperarse de sus heridas a la espera de que llegaran los medios para trasladarlos a unas instalaciones médicas más apropiadas.

Karlin había sobrevivido, y aún sostenía su incinerador a pesar de las numerosas heridas de metralla que tenía por todo el cuerpo. Lo acompañaban el juez Genhain, con Farn, Ondurin y Salkin (que había perdido un brazo), así como los marines Haulvarn, Dvorn y Lykkos, junto con el propio Alaric. No había nadie de la escuadra de Santoro.

A medida que el Chimera atravesaba el campo de batalla en dirección a la colmena Superior, Alaric se dio la vuelta para ver por última vez la enorme mancha oscura en que se había convertido Ghargatuloth.

Por supuesto, aquello no había terminado, pues nadie podía matar a Ghargatuloth definitivamente. Pero los Caballeros Grises, Mandulis, e incluso la propia Ligeia, habían demostrado que podían vencerlo. Y sería el deber de Ordo Malleus asegurarse de que permaneciera derrotado.

El sol se abrió paso entre las nubes, pero lo único sobre lo que sus rayos brillaron fue sobre la muerte y la polución, sobre los montones de escombros y sobre los cadáveres de los soldados. Poco a poco, muy despacio,

se puso en marcha la larga y fatigosa tarea de borrar la influencia de Ghargatuloth de la senda de San Evisser.

* * *

Desde una montaña que se alzaba sobre la llanura, Xian, la asesina del Culto de la Muerte, contemplaba cómo el cuerpo de Ghargatuloth se disolvía. Xian finalmente había conseguido cumplir las órdenes de su maestra, la inquisidora Ligeia. Se había asegurado de que el Príncipe Demonio regresara al espacio real para que los Caballeros Grises tuvieran una única oportunidad para acabar con él.

Xian se encontraba en una situación en la que nunca antes se había visto. No tenía maestra. Una vez sirvió a las órdenes de la Iglesia Imperial, para la cual debía realizar sacrificios de sangre en nombre del Emperador, y después había pasado a servir a Ligeia. Xian nunca había sido libre y ésa era una sensación muy extraña para ella. Sus pensamientos, sus movimientos, sus decisiones… ahora sólo dependían de ella. Ahora sería ella la única a quien obedecería.

Puede que algún día encontrara a un nuevo maestro a cuyas órdenes se sometería. Aunque quizá decidiera explorar ese nuevo sentimiento un poco más en profundidad, y Volcanis Ultor era un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar a hacerlo. Todo un territorio salvaje e inhóspito por explorar, infinidad de niveles de una subcolmena en la que probar y perfeccionar sus habilidades y todo tipo de ciudadanos imperiales de los que aprender, a quienes observar y quizá, también, a los que obedecer.

Xian se volvió para apartarse del Príncipe demoníaco y alzó la vista para mirar sobre la llanura hacia la colmena Verdanus, cuya silueta se perfilaba a lo lejos en dirección este. Xian se preguntó si algún día volvería a encontrar un maestro como Ligeia, pero también se preguntó si realmente quería hacerlo.

Con sus poderosos músculos apenas sin notar el esfuerzo, Xian comenzó la larga caminata.

* * *

El aire era frío en las entrañas de Titán. La cámara, que estaba custodiada por protectores psíquicos, era pequeña y lúgubre, iluminada únicamente por la luz trémula de una vela. Aquella cámara había sido excavada hacía tan sólo unos días con el único fin de preservar un secreto, una información que debía guardarse de una manera segura y, lo más importante de todo, que jamás debía ser olvidada. Estaba escondida en las entrañas de Titán y protegida por legiones enteras de marines muertos, y únicamente los capellanes de los Caballeros Grises sabrían encontrarla.

Un único escritorio ocupaba la estancia, y un servidor escriba permanecía inclinado sobre un libro. Se trataba de un libro nuevo, recién encuadernado y con todas las páginas en blanco. El brazo-pluma del servidor se deslizaba sobre la primera de ellas.

El capellán Durendin y el inquisidor Nyxos permanecían junto a uno de los muros de la cámara. Durendin había llevado a Nyxos hasta aquella cámara porque había sido construida precisamente gracias a la insistencia del inquisidor. Nyxos se había recuperado casi por completo de las heridas que recibió durante la ejecución de Valinov, aunque aún tenía un aspecto débil y macilento; parecía mucho mayor de lo que era en realidad, y todos sus movimientos eran asistidos por los servos de su exoesqueleto.

—Puede comenzar —dijo Nyxos, y el servidor escriba empezó a caligrafiar el título sobre la página.

Segundo Libro del Codicium Aeternum —escribió con una letra elegante y fluida—. *Siendo una relación de Nombres de Demonios y sus descripciones, Fechas y Duración de sus Destierros y Detalles del Enemigo que deben ser conocidos antes de que se cumplan sus Maquinaciones…*

El inquisidor Nyxos comenzó a dictar los detalles del informe que Alaric le había entregado en el apotecarion, en el que describía el elaborado plan urdido por Ghargatuloth para crear un santo que fuera la piedra angular de los ritos que debían traerlo de vuelta, para hacer que los Caballeros Grises le llevaran el arma con la que fue desterrado por primera vez y para someter a infinidad de cubistas y demagogos con el fin de que ocultaran los indicios sobre su advenimiento. Aquellos mismos cultistas estaban siendo eliminados de la senda de San Evisser mediante una operación comandada por el inquisidor Klaes y por el superintendente Marechal, y que tardaría años en ser completada, si es que alguna vez lo era.

—Préstese especial atención a esto —dictaba el inquisidor Nyxos—. Pues cada una de las sílabas debe ser pronunciada correctamente para que el destierro se produzca. El nombre verdadero del demonio Ghargatuloth es *Tras'kleya'thallgryaa…*

Durante varios minutos el inquisidor Nyxos extrajo con dificultad todas y cada una de las sílabas de su garganta. Cuando hubo terminado, el servidor escriba fue destruido para asegurarse de que el nombre verdadero no corrompiera su cerebro biológico.

Acto seguido, el inquisidor dejó Titán en dirección a Iapetus, con el fin de encaminarse hacia el Ojo del Terror para continuar con la lucha en nombre del Emperador. Un capítulo más de la historia de Ghargatuloth se había cerrado, y cuando el siguiente comenzara, Nyxos y todos los que habían luchado contra el Príncipe llevarían mucho tiempo extinguidos.



Cuando todo hubo terminado, cuando los cuerpos de los Caballeros Grises caídos fueron enterrados en Titán, cuando los informes fueron entregados al Ordo Malleus y los supervivientes hubieron sido purificados, Alaric pudo disponer de unos días para recuperarse mientras se decidía si debía o no mantener su rango de hermano capitán.

Recibió permiso para realizar un breve viaje a Mimas, donde el personal encargado de los interrogatorios lo guio hasta el lugar en el que Ligeia había muerto.

Allí no quedaba nada. La celda había sido desmantelada y lo único que se había mantenido era el anclaje que sirvió para sujetar el cable de la celda incrustado en la roca.

El cuerpo de Ligeia había sido incinerado y sus cenizas arrojadas al espacio para asegurarse de que no quedara absolutamente nada de ella. Todo lo que Alaric pudo hacer fue pronunciar una oración en su honor, y aun así fue mucho más de lo que nadie había hecho nunca. Ligeia murió como una traidora, así que nadie se preocupó de encomendar su alma a la protección del Emperador. No fue mucho, tan sólo unas breves palabras sagradas pronunciadas contra el horror de la herejía. Pero fue más que suficiente.

Mientras miraba la superficie baldía de Mimas, Alaric pensó que muchos más tendrían que morir. El enorme disco de Saturno brillaba sobre su cabeza. Muchos más tendrían que sufrir.

Aunque en ocasiones la lucha merecía la pena. Ésa era la razón por la que existían los Caballeros Grises. La guerra nunca terminaría, pero en ocasiones podría ganarse una batalla.